

ANDES PATAGÓNICOS.

VIAJES DE EXPLORACIÓN A LA CORDILLERA
PATAGÓNICA AUSTRAL

TOMO I

Alberto M. de Agostini



BIBLIOTECA FUNDAMENTOS DE LA CONSTRUCCIÓN DE CHILE

CÁMARA CHILENA DE LA CONSTRUCCIÓN
PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE
BIBLIOTECA NACIONAL

BIBLIOTECA FUNDAMENTOS DE LA CONSTRUCCIÓN DE CHILE

INICIATIVA DE LA CÁMARA CHILENA DE LA CONSTRUCCIÓN,
JUNTO CON LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE
Y LA DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS

COMISIÓN DIRECTIVA
GUSTAVO VICUÑA SALAS (PRESIDENTE)
AUGUSTO BRUNA VARGAS
XIMENA CRUZAT AMUNÁTEGUI
JOSÉ IGNACIO GONZÁLEZ LEIVA
MANUEL RAVEST MORA
RAFAEL SAGREDO BAEZA (SECRETARIO)

COMITÉ EDITORIAL
XIMENA CRUZAT AMUNÁTEGUI
NICOLÁS CRUZ BARROS
FERNANDO JABALQUINTO LÓPEZ
RAFAEL SAGREDO BAEZA
ANA TIRONI

EDITOR GENERAL
RAFAEL SAGREDO BAEZA

EDITOR
MARCELO ROJAS VÁSQUEZ

CORRECCIÓN DE ORIGINALES Y DE PRUEBAS
ANA MARÍA CRUZ VALDIVIESO
PAJ

BIBLIOTECA DIGITAL
IGNACIO MUÑOZ DELAUNOY
I.M.D. CONSULTORES Y ASESORES LIMITADA

GESTIÓN ADMINISTRATIVA
CÁMARA CHILENA DE LA CONSTRUCCIÓN

DISEÑO DE PORTADA
TXOMIN ARRIETA

PRODUCCIÓN EDITORIAL A CARGO
DEL CENTRO DE INVESTIGACIONES DIEGO BARROS ARANA
DE LA DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

PRESENTACIÓN

La *Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile* reúne las obras de científicos, técnicos, profesionales e intelectuales que con sus trabajos imaginaron, crearon y mostraron Chile, llamaron la atención sobre el valor de alguna región o recurso natural, analizaron un problema socioeconómico, político o cultural, o plantearon soluciones para los desafíos que ha debido enfrentar el país a lo largo de su historia. Se trata de una iniciativa destinada a promover la cultura científica y tecnológica, la educación multidisciplinaria y la formación de la ciudadanía, todos requisitos básicos para el desarrollo económico y social.

Por medio de los textos reunidos en esta biblioteca, y gracias al conocimiento de sus autores y de las circunstancias en que escribieron sus obras, las generaciones actuales y futuras podrán apreciar el papel de la ciencia en la evolución nacional, la trascendencia de la técnica en la construcción material del país y la importancia del espíritu innovador, la iniciativa privada, el servicio público, el esfuerzo y el trabajo en la tarea de mejorar las condiciones de vida de la sociedad.

El conocimiento de la trayectoria de las personalidades que reúne esta colección, ampliará el rango de los modelos sociales tradicionales al valorar también el quehacer de los científicos, los técnicos, los profesionales y los intelectuales, indispensable en un país que busca alcanzar la categoría de desarrollado.

Sustentada en el afán realizador de la Cámara Chilena de la Construcción, en la rigurosidad académica de la Pontificia Universidad Católica de Chile, y en la trayectoria de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos en la preservación del patrimonio cultural de la nación, la *Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile* aspira a convertirse en un estímulo para el desarrollo nacional al fomentar el espíritu emprendedor, la responsabilidad social y la importancia del trabajo sistemático. Todos, valores reflejados en las vidas de los hombres y mujeres que con sus escritos forman parte de ella.

Además de la versión impresa de las obras, la *Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile* cuenta con una edición digital y diversos instrumentos, como *softwares* educativos, videos y una página web, que estimulará la consulta y lectura de los títulos, la hará accesible desde cualquier lugar del mundo y mostrará todo su potencial como material educativo.

COMISIÓN DIRECTIVA - COMITÉ EDITORIAL
BIBLIOTECA FUNDAMENTOS DE LA CONSTRUCCIÓN DE CHILE

AGOSTINI, ALBERTO MARÍA DE, 1883-1960

918.3 ANDES PATAGÓNICOS: VIAJES DE EXPLORACIÓN A LA CORDILLERA PATAGÓNICA AUSTRAL/ ALBERTO MARÍA DE AGOSTINI; EDITOR GENERAL RAFAEL SAGREDO BAEZA. –[1ª ED].– SANTIAGO DE CHILE: CÁMARA CHILENA DE LA CONSTRUCCIÓN: PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE: DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS ARCHIVOS Y MUSEOS, c2010.

D278a 2 v.: IL.; FACSÍMS., MAPAS; 28 CM. (BIBLIOTECA FUNDAMENTOS DE LA CONSTRUCCIÓN DE CHILE)
2010 ISBN 9789568306083 (OBRA COMPLETA) – ISBN 9789568306410 (v. 93)

INCLUYE BIBLIOGRAFÍAS.

1.- DE AGOSTINI, ALBERTO M., 1883-1960- VIAJES. 2. PATAGONIA (ARGENTINA Y CHILE) - DESCRIPCIONES Y VIAJES. 3.- PATAGONIA (ARGENTINA Y CHILE) - DESCUBRIMIENTO Y EXPLORACIONES. I.- SAGREDO BAEZA, RAFAEL, 1959– ED.

© CÁMARA CHILENA DE LA CONSTRUCCIÓN, 2010
MARCHANT PEREIRA 10
SANTIAGO DE CHILE

© PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE, 2010
AV. LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS 390
SANTIAGO DE CHILE

© DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS, 2010
AV. LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS 651
SANTIAGO DE CHILE

REGISTRO PROPIEDAD INTELECTUAL
INSCRIPCIÓN Nº 193.931
SANTIAGO DE CHILE

ISBN 978-956-8306-08-3 (OBRA COMPLETA)
ISBN 978-956-8306-41-0 (TOMO XCIII)

IMAGEN DE LA PORTADA
ALBERTO MARÍA DE AGOSTINI

TRANSCRIPCIÓN DEL ORIGINAL
PATRICIO ÁLVAREZ RABÍE

RECOPILACIÓN FOTOGRÁFICA
IVÁN ROJEL FIGUEROA - JORGE BAEZA MUÑOZ

NOTAS EXPLICATIVAS
MATEO MARTINIC BEROS - PATRICIO ÁLVAREZ RABÍE

DERECHOS RESERVADOS PARA LA PRESENTE EDICIÓN

CUALQUIER PARTE DE ESTE LIBRO PUEDE SER REPRODUCIDA
CON FINES CULTURALES O EDUCATIVOS, SIEMPRE QUE SE CITE DE MANERA PRECISA ESTA EDICIÓN.

Texto compuesto en tipografía *Berthold Baskerville 10/12,5*

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR ESTA EDICIÓN, DE 1.000 EJEMPLARES,
DEL TOMO XCIII DE LA *BIBLIOTECA FUNDAMENTOS DE LA CONSTRUCCIÓN DE CHILE*,
EN VERSIÓN PRODUCCIONES GRÁFICAS LTDA., EN JULIO DE 2010

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

ALBERTO MARÍA DE AGOSTINI

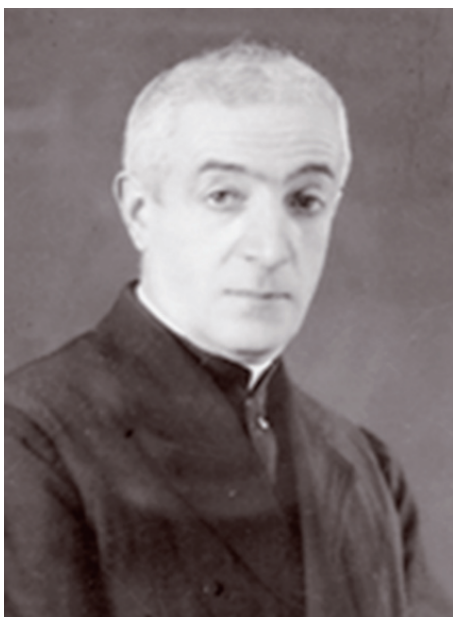
ANDES
PATAGÓNICOS

VIAJES DE EXPLORACIÓN
A LA
CORDILLERA PATAGÓNICA AUSTRAL

TOMO I



SANTIAGO DE CHILE
2010



Alberto María de Agostini S.D.B.
(1883-1960)

ALBERTO M. DE AGOSTINI.
CENTENARIO DE SU LLEGADA
A MAGALLANES

Mateo Martinic B.

Lo vi por primera y única vez en mi vida a principios de 1944 –no recuerdo bien si era enero o febrero– en el corredor vecino al gran patio del antiguo y querido liceo “San José”. Alguien que me acompañaba me dijo “ese es el padre De Agostini” (que para mí fue como si mencionara a Cristóbal Colón) y observé con más atención su figura: un salesiano de aspecto serio y reservado, con sotana y cubierto con una boina negra, se veía delgado y ligeramente encorvado. Lo contemplé un momento con la sorpresa y admiración de un adolescente que sabía de su merecida fama, por haber oído hablar de él a los maestros y superiores salesianos, por verme muy familiares sus conocidas fotografías panorámicas de paisajes magallánicos que adornaban con profusión las paredes del colegio, y por haber visto algunos de sus libros. Fue una visión breve, pero tan intensa como para que permaneciera grabada en mi memoria. El gran explorador se hallaba de paso por la casa salesiana, que había sido su primer destino magallánico, de regreso de su memorable viaje por la región del río Baker (Aysén), que había culminado con el ascenso al monte San Lorenzo, la segunda cumbre en altura de los Andes Patagónicos.

Su vocación religiosa y su origen piamontés lo habían llevado a ingresar a la Sociedad de San Francisco de Sales, por otro nombre Congregación Salesiana, fundada por el padre Juan Bosco –Don Bosco– como una orden religiosa especializada en la educación de la juventud, que culminó con su ordenación sacerdotal en 1909, tras lo cual fue destinado a Sudamérica, a la lejana Punta Arenas, en el estrecho de Magallanes, formando parte de quizá uno de los últimos grupos de misioneros enviados por el rector mayor de la Congregación a esa austral región para apoyar la labor evangelizadora y educacional, toda una empresa apostólica iniciada casi un cuarto de siglo antes por monseñor José Fagnano. La ciudad chilena, capital del entonces Territorio de Magallanes, lo era al propio tiempo de toda la

Patagonia meridional y la Tierra del Fuego, a uno y otro lados de la frontera internacional, porque allí se había originado y dinamizado el proceso progresista de colonización territorial, y porque allí en consecuencia se domiciliaban las gerencias y administraciones generales de las empresas que lo animaban y sostenían tanto en la región chilena como en la argentina de la parte austral del continente americano, fenómeno que había conllevado el poblamiento civilizador. Punta Arenas, así, había sido elegida naturalmente para ser la sede matriz de la actividad salesiana en los territorios de una y otra jurisdicciones nacionales, la Inspectoría de San Miguel Arcángel, regida desde su fundación por el pensamiento inspirador y la celosa conducción de monseñor Fagnano. En Punta Arenas, precisamente, radicaba el establecimiento original, el colegio “San José”, al que el joven sacerdote Alberto De Agostini se incorporó para servir en labores docentes y funciones religiosas a contar de febrero de 1910.

Esa tarea desarrollada a partir de entonces con la dedicación que imponía la fuerza de su vocación y su juventud, no obstante lo absorbente que pudo ser, debió permitir tiempos de algún descanso durante los meses del verano, que en el meridión americano se corresponden con el período de receso escolar o vacaciones. Fue entonces cuando –se nos antoja–, como había acontecido antes y sucedería después con otros de sus hermanos de congregación, en alguno de sus momentos libres debió realizar excursiones de conocimiento por los alrededores de Punta Arenas, principalmente por el valle del río de las Minas, paraje siempre atractivo para los lugareños y que convocaba el interés de cuanto visitante arribaba al puerto del estrecho por sus características geológicas. Allí, amén de disfrutar en plenitud de la naturaleza, pudo tener, desde la cima de sus laderas, una visión amplia del panorama hacia el oriente y el sur, rumbo este que remata en un horizonte de montañas entre las que se destaca en los momentos de claridad diáfana la airosa cumbre blanca del monte Sarmiento, el monarca de los Andes Fueguinos –cuya conquista devendría la obsesión de De Agostini–. Originario como era de Pollone, en la zona prealpina del Piamonte, pudo complacerse una y otra vez con esa perspectiva y despertarse y nutrirse la que sería su otra vocación vital: el conocimiento de las montañas australes. Esas excursiones comarcales iniciales debieron complementarse con largas charlas con gente conocedora del territorio, con la lectura de las todavía escasas obras disponibles que informaban sobre la historia y la geografía magallánicas, y con las noticias escritas y verbales de los misioneros salesianos que habían viajado por diferentes lugares del inmenso entorno. Así se enriqueció su conocimiento y se acrecentó su interés por alcanzar hasta los parajes más recónditos de esa geografía enloquecida que se le iba metiendo poco a poco en el alma. Él, al fin y al cabo, era un hijo de las montañas, ellas eran parte de su ser esencial y en ellas radicaba una de las fuentes inspiradoras de su existencia, en tanto que veía en las mismas de manera patente el portento de la mano admirable del Creador. Motivado así, él podía llegar a ser un instrumento eficaz de acción misionera *sui generis* al servicio de la verdad.

Fue la Providencia la que, apenas llegado a Puntas Arenas, le brindó una oportunidad para conocer, en una primera aproximación, lo que sería el territorio de sus futuras andanzas exploratorias, al permitirle embarcar en un vapor que par-

tía hacia la isla Dawson para seguir después hasta Ushuaia y retornar a la capital magallánica. Pudo así conocer la célebre Misión de San Rafael que vivía su época final y contornear la península Brecknock, siguiendo los pasos marítimos que la flanquean. Aquello, doblemente valioso por lo inesperado quizá, hubo de despertar su interés por ese mundo natural pristino y singularmente hermoso. No debió ser ése el único viaje que por entonces le ofreció la posibilidad de acercarse más todavía a la formidable y colosal fortaleza andina fueguina, por lo que de seguro más adelante pudo hacer alguna otra incursión de conocimiento. Oportunidades pudo tenerlas, y varias, habida cuenta de las relaciones que mantenían los salesianos con la comunidad local, pues como centro portuario de comunicaciones intraterritoriales que era Punta Arenas en la época, su movimiento cotidiano registraba ingresos desde y salidas hacia diferentes lugares de los ámbitos patagónico y fueguino, tanto de naves mercantes (veleros y vapores) como de buques de la Armada de Chile.

Para 1912 ya tenemos al futuro explorador, con alguna experiencia previa, programando su primera empresa del género y alguna envergadura a desarrollarse en la cordillera fueguina, con el monte Sarmiento como primer objetivo de conocimiento. También para entonces, vista la fuerza de su vocación montañera, los superiores salesianos pudieron, comprensivamente, facilitar sus aspiraciones y propósitos. No debió ser ello, convengamos, algo fácil ni sencillo. La obediencia religiosa había traído a Alberto M. de Agostini hasta el sur de América en el cumplimiento de una doble misión específica ineludible, como eran las labores evangelizadora y educadora que conformaban la razón de la presencia salesiana. De manera que aquella tarea montañera pudo ser aceptada y aun alentada, únicamente en tanto que la misma no fuera en desmedro de la que debía ser su preocupación principal ya mencionada.

Pero, inevitablemente, las cosas se fueron dando de manera diferente. Los trabajos exploratorios y andinísticos del padre De Agostini, en la medida que sus resultados se vieron cada vez más interesantes e importantes, condujeron a los superiores salesianos tanto a una mayor comprensión y aceptación de los mismos, como a una consecuente liberación de sus deberes propios, para facilitar lo que tempranamente pudo intuirse como una verdadera empresa característica de la genialidad salesiana, según lo había puesto y ponía en evidencia la historia de un cuarto de siglo a contar de 1887. En efecto, ese lapso trascendente mostraba tanto los admirables resultados espirituales y sociales de una labor cristianizadora, educacional y civilizadora, como los de significado científico. Allí estaban a la vista, como suficiente evidencia acerca de lo que había sido y era la labor complementaria de los misioneros en el campo de las ciencias naturales y humanas, el Observatorio Meteorológico Salesiano y el Museo Territorial Salesiano, en funcionamiento desde 1888 y 1893 respectivamente, uno y otro en el colegio “San José”, donde se desempeñaba el padre De Agostini.

Incrementar el conocimiento científico es evidentemente una forma de servicio a la verdad, en tanto que ésta refleja la obra inconmensurable del Creador, y bien se podía, como se puede, realizar una labor igualmente evangelizadora y educadora privilegiando esa faceta cuando se dispone de capacidad y de talento para

desarrollarla a la mayor gloria de Dios. Así, la Congregación Salesiana no sólo era fiel a su compromiso fundacional con la Iglesia Católica sino que lo reafirmaba con eficacia.

Fue así como –reiteramos– los deberes privativos religiosos del padre De Agostini se ampliaron paulatinamente con la inclusión de aquel otro aspecto de su interés, en una progresión que acabó por ser virtualmente una dedicación exclusiva. La comprensión, aceptación y respaldo de la congregación que recibió la obra exploratoria geográfica del padre De Agostini, permite a la posteridad entender el éxito de lo que fue en la realidad una gigantesca empresa de adelanto del conocimiento científico.

Explicadas somera y satisfactoriamente las circunstancias y el contexto del comienzo de las tareas exploratoria y difusora de sus resultados del padre Alberto María de Agostini, cabe dar cuenta de su desarrollo y de su significado para el adelanto de la ciencia geográfica y el progreso general de la cultura en lo referido a los territorios de la Patagonia meridional y la Tierra del Fuego.

Fue en Tierra del Fuego, cuya fascinación misteriosa lo subyugó durante muchos años, según su propia declaración, donde comenzó su obra.

Allí realizó varias exploraciones entre 1912 y 1918, que tuvieron por objetivo el estudio de las montañas que se extienden entre el fiordo del Almirantazgo y los canales adyacentes, por el norte, y el canal Beagle, por el sur. Además, exploró detenidamente los cordones cordilleranos situados al suroeste y al sur del lago Fagnano, en el sector comprendido entre este depósito y el Beagle. En 1913, mientras exploraba la sección occidental de la gran península Brecknock, descubrió dos grandiosos fiordos, tal vez los más hermosos entre los fueguinos, y los denominó Contraalmirante Martínez y Pigafetta, nombre este último reemplazado posteriormente y con justicia por el de “De Agostini”, por oficiales de la Marina de Chile en homenaje a su descubridor. El reconocimiento abarcó el extenso distrito de fiordos y glaciares que se halla en la sección occidental de Tierra del Fuego y que en especial se desarrollan sobre la vertiente boreal de la península mencionada, descubriendo numerosas corrientes glaciares y otros accidentes geográficos. Esta labor de estudio oro y glaciográfico fue proseguida entre los años 1923-24 y 1928-29, extendiéndose luego hasta 1932, con lo que consiguió explorar de manera sistemática el interior antes desconocido de la zona cordillerana fueguina, descubriéndose muchos lugares que permanecían ignotos para la geografía, entre ellos el gran valle Carvajal al norte de Ushuaia. El padre De Agostini completó estas exploraciones con viajes por las llanuras orientales de la Isla Grande, con lo que pudo presentar al fin un cuadro satisfactorio para el mejor conocimiento de los variados aspectos geo-orográficos del gran archipiélago fueguino. Simultáneamente durante aquellos años realizó viajes extensos por los canales australes hasta el cabo de Hornos, la isla de los Estados y a peñones solitarios del borde del océano Pacífico, tales como la famosa isla Negra.

Tocante a la Patagonia, un reconocimiento previo durante el cual observó glaciares más imponentes y montañas más elevadas y espectaculares que las conocidas en Tierra del Fuego, llevó a Alberto de Agostini a extender a ella su actividad, iniciando

hacia 1916 las primeras exploraciones en las cordilleras de Última Esperanza, en los macizos del Paine y Balmaceda. Retornó en 1917 a este último monte, reconociéndolo íntegramente, estudiando además el campo de hielo que circunda al macizo por el noroeste. Entre 1917 y 1929, alternando con sus exploraciones fueguinas, recorrió el amplio valle del río Serrano, las cuencas de los lagos Toro o Maravilla y Nordenskjöld, y, en particular, el grande y atractivo macizo del Paine, que con sus cumbres y torres lo impresionó en tal forma que no resistió en calificarlos como “el más soberbio y característico grupo de picachos que posee la cordillera patagónica austral”. En 1929 conoció y estudió parte de la sierra Baguales mientras pasaba desde el distrito del Paine al de los Andes que enfrentan el lago Argentino. Todos estos viajes de exploración los complementó De Agostini con un reconocimiento aéreo que hizo en 1937 acompañando a Franco Bianco, pionero de la aeronavegación patagónica, en un vuelo que cubrió la región cordillerana de Última Esperanza desde el cerro Balmaceda, pasando por el Paine y llegando hasta el distrito andino interior del lago Argentino. Finalmente, en 1943 amplió todavía más el conocimiento de este atractivo distrito de Última Esperanza, con la exploración de la sección septentrional del macizo del Paine y las cuencas lacustres vecinas, entre ellas la del Dickson.



El padre De Agostini con el macizo del Paine como objetivo fílmico.
Posiblemente ésta fue la última fotografía que se hizo del explorador en la Patagonia (hacia 1957).

Entretanto, a fines de 1928 había realizado un viaje por los canales occidentales de la Patagonia, recorriendo entre otros los fiordos Falcón y Eyre, explorando particularmente la zona adyacente al gran glaciar que se vierte en este último fiordo y que bautizó con el nombre de Pío XI. Obtuvo en esta excursión una nueva visión desde la zona occidental sobre el extenso campo de hielo que cubre la sección más austral de los Andes patagónicos.

En aquel mismo año el padre De Agostini llegó por primera vez a la zona del lago Argentino, realizando una primera excursión de carácter informativo preliminar. Regresó en los años 1930-1931 en compañía del geólogo Egidio Feruglio, dando comienzo así a la exploración sistemática de los cordones montañosos del sector limítrofe próximos a los lagos Argentino y su vecino Viedma, recorriendo los fiordos interiores del primer lago y los glaciares que caen al mismo, en modo particular el glaciar Upsala, el más extenso de la vertiente andina oriental, descubriendo y bautizando numerosos lugares y accidentes geográficos.

Su trabajo más notable en este distrito fue el reconocimiento de la zona interior alto andina que efectuó en 1931, recorriendo parte del extenso *plateau* que conforma al gran Campo de Hielo Patagónico Sur¹, descubriendo y nominando el Altiplano Italia y realizando de paso la primera travesía de la cordillera patagónica de este a oeste. Por la misma época el explorador extendió su actividad al distrito interior del lago Viedma, recorriendo el cordón de montañas que bordea el glaciar Upsala y reconociendo los montes inexplorados del interior del campo de hielo. En los años 1935-36 regresó a la zona del Viedma, esta vez para explorar el macizo del Fitz Roy, que le impresionó por su belleza y la soberbia audacia de sus formas. Exploró además los valles alto andinos inmediatos y la región del gran campo de hielo hasta el paso de los Cinco Glaciares. En 1937-1938 Alberto de Agostini realizó una nueva expedición destinada a completar el conocimiento del glaciar Upsala y el sector entre el lago Viedma y el fiordo Eyre, descubriendo y bautizando nuevos montes en el interior. Siguiendo un plan sistemático de trabajos, durante el verano de 1937 inició, y prosiguió durante 1940, la exploración del distrito situado entre el lago Viedma y el lago O'Higgins-San Martín, que le brindó un conocimiento complementario de la situación alto andina septentrional, con su conjunto de cerros y corrientes glaciares. El año 1944, en el que sería su último viaje a esa región, retornó a la zona occidental del lago Argentino para efectuar nuevos estudios y reconocimientos en el sector del seno Mayo, incluyendo el glaciar que se vacía en él, que denominó Ameghino.

Pero su interés incluía desde hacía tiempo el conocimiento de la sección septentrional de los Andes Patagónicos, señoreada hacia el oriente por el imponente monte San Lorenzo, la segunda en altura de las cumbres de aquella cadena. Una primera expedición de reconocimiento fue realizada en 1937 y completada en 1940, comprendiendo la zona inmediata al San Lorenzo y a la imponente cordillera Cochrane. En los años 1940-41 el padre De Agostini hizo una expedición en el distrito dominado por el río Baker, cuyo valle superior exploró, conjuntamente con los vecinos de los ríos del Salto y Chacabuco. Retornó a esas comarcas nuevamente en 1942, conociendo esta vez el sector occidental de la cuenca fluvial del Baker, en especial el valle de su afluente, el río Colonia, que le brindó una visión de lo que seguía hacia el occidente, ya en pleno Campo de Hielo Patagónico Norte.

¹ La toponimia popular y con fines de divulgación turística y científica se refiere a Campo de Hielo Patagónico Sur y Norte (CHPS y CHPN). No obstante, oficialmente Chile emplea los términos Campo de Hielo Sur y Campo de Hielo Norte.

Finalmente, al concluir el año 1943, realizó una expedición a la cadena Cochrane y al monte San Lorenzo, oportunidad en que consiguió escalar su cumbre².

Luego de un corto viaje a Punta Arenas, a manera de necesario descanso por las fatigas acumuladas durante aquella expedición, siguió una corta excursión al fiordo Mayo del lago Argentino, ya mencionada, cumplida la cual el padre De Agostini, ya sexagenario, decidió poner término a sus exploraciones andinas al cabo de tres y media décadas de iniciadas. Se imponía, prudentemente, el retiro. El montañismo es exigente y bien saben sus cultores que la fase activa es más corta que larga en su vigencia, y como tal hubo de asumirla el salesiano de Pollone. Entonces pudo sentirse satisfecho con lo realizado en tan prolongado lapso. Ninguno de cuantos lo habían precedido en los trabajos del género a contar del siglo XVI había logrado lo que él, esto es, dedicar una vida activa entera a la faena exploratoria geográfica con resultados científicos condignos para ese esfuerzo prolongado y sistemático.

Sin embargo, restaba algo por concluir de una vez por todas. De sus viajes por Tierra del Fuego, Alberto de Agostini conservaba por años una espina: el monte Sarmiento, que permanecía invicto desde el intento de ascensión de 1913. De allí que su pensamiento recurrente fuera el de lograr su escalamiento. No pudiendo intervenir personalmente por razones de edad, promovió durante 1956 la organización de una expedición con ese objetivo, contando para ello con la colaboración del profesor José Morandini y un grupo de científicos y geólogos italianos, y del Ejército de Chile. Arribada a fines de ese año a Punta Arenas, la expedición se dirigió de inmediato a la zona fueguina previamente elegida, y a principios de 1956 los guías alpinos que la integraban conquistaron finalmente al monarca de los Andes Fueguinos. De modo cierto el padre De Agostini consiguió vencer al Sarmiento, el coloso de Tierra del Fuego, al cabo de una espera de cuarenta y tres años. Con esta expedición se dio cima a los estudios orográficos y glaciológicos de la cordillera Darwin, iniciados cuatro décadas antes.

Como resultado de tantas exploraciones y trabajos, el padre Alberto de Agostini pudo sentirse al fin satisfecho, pues había hecho una notable contribución a la geografía de la parte austral de América, al dar a conocer la estructura orográfica y glaciológica de los Andes Patagónicos y Fueguinos, los que, con excepción de algunas zonas limitadas, eran completamente desconocidos en su interior para la ciencia mundial al promediar la segunda década del siglo XX. Entonces, ya a contar de 1944 pudo también haber dado por debidamente cumplido cuanto alguna vez se había propuesto realizar, y recogerse para dedicarse –ahora sí– a sus obligaciones religiosas. Si tal se hubiera dado, con sólo eso la posteridad habría reconocido sin retaceos su gran contribución al adelanto del conocimiento geográfico austral, pues lo realizado había sido ciertamente relevante.

Pero, bien se sabe, ello no habría podido darse de esa manera por cuanto el Padre De Agostini decidió que debía continuar otra tarea de trascendencia que había desarrollado casi a la par de sus exploraciones, como era la de la difusión

² Véase *supra* nota 1.

al público de lo realizado. Percibió desde un principio que tanto conocimiento acumulado no podía quedar relegado a la intimidad de las academias y cenáculos científicos, como había sido la norma común hasta su época, sino que debía ser puesto al alcance de la gente con toda la eficacia y posibilidad de penetración social que la modernidad brindaba a las comunicaciones.

Así, el padre De Agostini pudo poner de manifiesto otra faceta clave de su personalidad como era la capacidad para difundir conocimientos. Y para ello empleó tanto la técnica y el arte de la fotografía, de la que llegó a ser un verdadero artista, como su talento de escritor para dar cuenta con sabiduría y amenidad, y a veces con arranques líricos, lo que concernía a sus viajes y experiencias en el contacto con una naturaleza tan fuerte y sugerente como es la patagónico-fueguina. Y, por si faltara, supo valerse complementariamente de la cinematografía, de la cartografía y, por fin, de conferencias y exposiciones para presentar sus trabajos y resultados ante diferentes auditorios de doctos y gente ilustrada, de alumnos escolares y de gente común, pues a todos quiso hacerlos partícipes de su fecunda tarea vital a favor de la ciencia y la cultura. Ciertamente, el padre De Agostini fue un gran comunicador social.

Entre las más calificadas de sus creaciones literarias deben mencionarse los libros *Mis viajes a la Tierra del Fuego y Andes Patagónicos*, ambos, en especial el segundo, títulos clásicos en la bibliografía científica del siglo xx referida a las regiones meridionales de América del Sur. En ellos hay un contenido informativo riquísimo que concierne principalmente a lo geográfico y, dentro del género, a la fisiografía y glaciología andinas, a la descripción de los paisajes naturales, todo complementado con crónicas de viajes en que se incluyen valiosos testimonios de época sobre personajes, circunstancias y lugares correspondientes al período final de la ocupación colonizadora del territorio patagónico-fueguino, y, para también darle un sentido de integralidad, con noticias históricas y etnográficas referidas a las regiones australes americanas.

Su producción fotográfica merece una consideración particular. En este aspecto, Alberto de Agostini supo usar de esta técnica quizá como ningún otro explorador y viajero científico precedente, tanto por la cantidad y variedad de las vistas como por su notable calidad que, en sus reproducciones impresas de divulgación alcanzó el mejor nivel de su tiempo. Complemento de esta labor expresiva fue la filmografía, donde su película documental *Tierras Magallánicas* fue todo un suceso en su hora y es aún en el presente un referente obligado en la especialidad desde el punto de vista histórico.

En suma, la multifacética empresa desarrollada por el padre De Agostini durante medio siglo, entre 1910 y 1960, año de su fallecimiento, fue simplemente colosal, calificación que le ganó la admiración aprobatoria de sus contemporáneos y el reconocimiento consagratorio de la posteridad, que lo ha tenido y tiene como el mayor de los exploradores de la Patagonia y la Tierra del Fuego.

Con cuánta razón, entonces, la Congregación Salesiana ha procurado recordar la obra científica y difusora de uno de sus más preclaros hijos, con mayor énfasis todavía al cumplirse el centenario de su llegada a Punta Arenas. Por ello

el museo Maggiorino Borgatello, que fuera la primera institución que recepcionó los resultados científicos y al fin el depositario de buena parte de los documentos escritos y gráficos del explorador, decidió conmemorar el acontecimiento con la debida relevancia, y así asumir la reedición –en su homenaje– de su obra capital, *Andes Patagónicos*³.

Ha sido una decisión acertada por demás, tanto por la condición emblemática que ostenta el libro desde su aparición, como porque entre los papeles que dejó Alberto de Agostini al morir se encontró un ejemplar de la edición española del mismo (1945), corregido y adicionado por el propio autor, cuando preparaba la que habría de ser la tercera edición, propósito que no pudo hacerse efectivo por causa de su fallecimiento. De esta manera, retomar y dar adecuado fin a esa tarea postrera constituye, sin duda alguna, el mejor homenaje en memoria del ilustre explorador salesiano.

No obstante la condición facsimilar de esta edición, ajustada cabalmente a los deseos del autor, se ha estimado necesario adicionar al contenido del libro una cantidad de notas cuyo objetivo es el de actualizar, complementar y, excepcionalmente, corregir algunos datos y antecedentes para la mejor comprensión de los lectores y la calidad general de la obra.

De igual manera, para reafirmar el sentido de homenaje que tiene la edición, se ha juzgado conveniente incluir apéndices en que se da cuenta somera de toda la producción bibliográfica del padre Alberto de Agostini, tanto la impresa como la inédita que se conserva en los archivos del Museo, del itinerario de sus viajes y de la memoria toponímica en su recuerdo. Así, esta tercera edición de *Andes Patagónicos* permite dar una cumplida satisfacción a distintos objetivos con los que se tributa el homenaje de reconocimiento al gran explorador salesiano por su obra de toda una vida, tantas veces ponderada como de excelencia, en el adelanto del conocimiento geográfico de la Patagonia austral y la Tierra del Fuego.

³ Esta reedición se ha preparado cuando está vigente el Acuerdo para precisar el recorrido del límite desde el monte Fitz Roy hasta el cerro Daudet, suscrito el 16 de diciembre de 1998. Por tanto, algunas referencias del autor a la línea limítrofe deben ser analizadas conforme a las disposiciones de ese tratado, que se aplica en un sector del Campo de Hielo Sur.

ALBERTO M. DE AGOSTINI S. S.

ANDES PATAGONICOS

VIAJES DE EXPLORACION
A LA CORDILLERA PATAGONICA AUSTRAL

Segunda edición aumentada y corregida

ILUSTRACIONES Y MAPAS DEL AUTOR

BUENOS AIRES
1945

PRÓLOGO

Después de haberme sentido subyugado, durante muchos años, por la fascinación misteriosa de la Tierra del Fuego, encontré en la Patagonia otros glaciares, otras montañas más elevadas e imponentes aún, que habían de constituir, por una veintena de años, la meta predilecta de mis estudios y exploraciones.

Todas mis excursiones, grandes o pequeñas, solo o acompañado por guías alpinos venidos de Italia, tuvieron por objetivo reconocer la sección austral de la cordillera Patagónica comprendida entre el fiordo de Última Esperanza, al sur y el lago Buenos Aires, al norte; sección que se distingue por el extraordinario desarrollo de sus glaciares y la elevación y majestad de sus montañas.

Aunque mi objetivo no era precisamente alpinístico, sino más bien geográfico explorativo, realicé, sin embargo, numerosas ascensiones a picos elevados, que podían ofrecerme mayor campo de visibilidad y estudio.

Es indudable que la escasez de días serenos, los vientos y huracanes continuos, y la constante nebulosidad, propios de estas regiones cordilleranas australes, entorpecieron notablemente mi tarea, haciéndola sumamente difícil y, algunas veces, inútil; de manera que lo poco que he podido reunir es fruto de ímprobo trabajo e ilimitada paciencia.

A pesar de lo adverso del clima y lo exiguo de los medios de los que podía disponer –todos ellos particulares, salvo algunas pequeñas contribuciones de entidades públicas, entre las que recuerdo con agradecimiento la de la Real Academia de Italia–, he logrado llevar a cabo importantes viajes, reunir un copioso material ilustrativo y trazar un primer esquema de la estructura orográfica de la cordillera Patagónica austral, la cual, con excepción de limitadas zonas, puede decirse que era completamente desconocida en su interior.

En el transcurso de estas páginas, que relatan las vicisitudes de mis viajes por la cordillera, he querido también, y a medida que se me ofrecía la oportunidad, mencionar las extensas mesetas patagónicas, sus aspectos y sus recursos económicos, que actualmente constituyen el factor vital del progreso de esta región.

Ilustran este trabajo numerosas fotografías tomadas por mí. Ellas dirán con más elocuencia que mis palabras cuán precioso caudal de bellezas naturales en-

cierra la Patagonia, tan poco conocida y apreciada, con sus montañas, glaciares, lagos y canales.

En esta tercera edición he podido renovar la parte cartográfica con un mapa nuevo de la Patagonia Austral, en la escala de 1:1.000.000, a continuación del de la Tierra del Fuego que salió anteriormente, y añadir cinco croquis topográficos, ejecutados por mí en los viajes de exploración que habían quedado inéditos en las dos ediciones anteriores (1941-1945), porque a causa de la guerra mundial no me fue posible conseguir que me los remitieran de Italia, donde se encontraban para su elaboración.

Una notable contribución al mejor conocimiento geológico de la zona cordillerana que linda con los lagos Argentino y Viedma, ha sido aportada por el doctor Egidio Feruglio, entonces geólogo de los Yacimientos Petrolíferos Fiscales, quien en el verano 1930-31 tomó parte en una de mis expediciones a los Andes. Los resultados de sus estudios fueron publicados en el *Boletín de la Academia Nacional de las Ciencias de Córdoba*.

Completan el siguiente trabajo algunos datos etnográficos sobre los tehuelche, los antiguos patagones, hoy casi completamente extinguidos, a quienes los salesianos prodigaron asistencia y protección.

La Patagonia ha sido, en efecto, la primera tierra a la cual se dirigieron las miradas apostólicas de Don Bosco, quien le envió en 1875 un grupo de misioneros capitaneados por don Juan Cagliero, Cardenal más tarde, de la Santa Iglesia Romana, iniciándose así aquellas misiones salesianas que, en tan breve espacio de tiempo, habrían de realizar tantas obras de caridad y celo en las regiones más australes de América.

Con mirada profética, el gran Apóstol vio y describió el espléndido porvenir de la Patagonia que los geógrafos y viajeros de aquel tiempo pintaban como desierta y estéril, preanunciando así con mucha anticipación los inmensos tesoros de su subsuelo y el desarrollo de florecientes centros de población.

Terminada mi ardua labor, cábeme la satisfacción de haber aportado una no pequeña contribución a la ilustración y valorización de esas tierras bañadas con el sudor de nuestros heroicos misioneros que trajeron de Italia, junto con el ardor de la caridad, la luz de la fe y de la verdadera civilización.

ALBERTO M. DE AGOSTINI S.D.B.

NOTA: Es interesante notar que en las ediciones anteriores aparece la abreviatura S.S., que significa Sacerdote Salesiano, mención de pertenencia congregacional que posteriormente se cambia a S.D.B., que significa Sacerdote de Don Bosco. En adelante las notas explicativas aparecerán marcadas con un asterisco (*) y entre paréntesis se indicará (N.E.).

CAPÍTULO I

ASPECTOS DE LA CORDILLERA PATAGÓNICA AUSTRAL

Situación y subdivisión. Extensión de los glaciares. Particularidades morfológicas de la glaciación patagónica. Condiciones climáticas. Estructura orográfica. Constitución geológica. El Fitz Roy y la actividad volcánica de la cordillera. Efectos de la erosión glacial durante el Cuaternario. Fiordos y canales patagónicos

En la extremidad sur de la América meridional se levanta la cordillera Patagónica austral, flanqueada al oriente por una larga cadena de lagos maravillosos, y al occidente, por un enmarañado laberinto de canales, fiordos e islas, que se pierden en las turbulentas aguas del Pacífico.

Se diferencia de la cordillera de más al norte por el extraordinario desarrollo de sus campos de hielo, que cubren como un inmenso manto sus áreas más elevadas, comparables tan sólo con las regiones englaciadas de Spitzberg y de Alaska.

La singular belleza de sus fiordos, la majestad de sus montañas, la imponente grandeza de sus glaciares, que bajan hasta el mar entre una exuberante cornisa de forestas vírgenes, hacen de esta región una de las más atrayentes de la Tierra.

Cuando en 1915, en mis primeras excursiones a la extremidad sur de la cordillera en la región de Última Esperanza, tuve la fortuna de contemplar por primera vez los macizos del Balmaceda, del Paine y las cándidas cadenas interiores de donde bajaban inmensos ríos de hielo, quedé profundamente entusiasmado y atraído.

También allí encontré las mismas montañas majestuosas y atrevidas de Tierra del Fuego, las mismas formas características de las cumbres y de los glaciares, pero con dimensiones mucho mayores, más gigantescas, y sobre todo una vastísima zona montañosa todavía desconocida, la cual, además del atractivo de sus bellezas naturales, encerraba problemas geográficos de sumo interés, ofreciendo un campo virgen a los estudios naturalistas y glaciológicos.

Una profunda brecha abierta por el fiordo Baker divide esta inmensa cordillera cubierta de hielo, en dos secciones: septentrional y meridional.

La sección septentrional comienza en la cuenca hidrográfica del río Huemul (45°50' latitud Sur) y se extiende por dos grados hasta el canal Martínez del seno Baker (47°45' latitud Sur). Poco se conoce aún de esta sección formada por un vastísi-

mo altiplano cubierto de hielo, atravesado de norte a sur por una importante cadena de montes, notables por su altura y esbeltez de formas, entre los cuales se destaca el San Valentín de 4.058 m, el más elevado de la cordillera patagónica*. De este monte descienden hacia occidente grandes glaciares, uno de los cuales es el San Rafael.

Más amplia y variada es la sección meridional, que fue objeto de nuestras exploraciones. Está constituida por una compleja cadena de montes, interrumpida y sumergida en algunos puntos por altiplanos y valles glaciares transversales, la cual se extiende por cuatro grados, desde el frente del glaciar Jorge Montt, que baja al estero Calén (48° 15' latitud Sur), hasta la extremidad austral de la cordillera Sarmiento en el seno Unión (52° 15' latitud Sur).

En toda esta extensión de 440 km de largo por 50-90 de ancho, la cordillera está cubierta por un amplio y no interrumpido manto de nieve y hielo, que llena los valles, se ensancha sobre los altiplanos, sube a las cumbres de tres mil metros y luego desciende festoneado en centenares de glaciares, que bajan por los valles y se precipitan en los fiordos a occidente, mientras que al oriente disuelven sus frentes en una no interrumpida serie de lagos de toda forma y dimensión.

Entre estas dos amplias secciones cordilleranas se levanta aislado, un poco más al oriente, otro sistema de montañas, que se podría llamar sección central, limitado al norte por la depresión hidrográfica del río Baker y el lago Cochrane-Pueyrredón, y al sudeste por la cuenca fluvial del río Pascua y la del lago San Martín. Está constituido por algunas cadenas de montañas revestidas en gran parte de glaciares entre las cuales se insinúa una bellísima hilera de lagos. Sobre todos estos montes se destaca por su altura el macizo San Lorenzo de 3.700 m.

La glaciación patagónica tiene particularidades que la distinguen de otras. Haremos una breve descripción. El gran manto de hielo que cubre estas dos secciones cordilleranas es mucho más extenso que los casquetes glaciales que coronan los altiplanos de Noruega, de los cuales descienden numerosas y cortas corrientes marginales.

De aquéllos difieren también porque la cordillera ofrece un relieve más marcado y variado, siendo más profundos los valles y más vastas y definidas las cuencas de alimentación de los distintos glaciares. Con todo, la glaciación patagónica no puede ni remotamente compararse con el hielo continental (*Inlandsis*) de Groenlandia, donde un manto inmenso y uniforme, apenas interrumpido por algún *nunatak*, baja de golpe de la costa y se fracciona en grandes lenguas de hielo sobre el mar, desprendiendo de sus frentes enormes témpanos o *icebergs*¹.

* La altura efectiva de este monte es de 3.910 m. Debe tenerse presente que en la época de los viajes del padre De Agostini muchas de las alturas asignadas a cerros de los Andes Patagónicos eran aproximadas. Para una adecuada información sobre el particular se sugiere consultar el libro de Gino Buscaini & Silvia Metzeltin, *Patagonia, Tierra mágica para viajeros y alpinistas*, Barcelona, Desnivel Ediciones, 2000. (N.E.).

¹ La denominación "hielo continental", aplicada por algunos autores a esas grandes masas de hielo que cubren áreas considerables de la cordillera Patagónica austral, no parece justificada. Hay, sin duda, en las dos mencionadas secciones cordilleranas, particularmente al noroeste del lago San Martín y al suroeste del macizo San Valentín, campos enormes de hielo, con un espesor de varios



Glaciar Moreno. Una pared de hielo de cincuenta metros de alto.
Última Esperanza. Glaciar Grey.



Algunas semejanzas podríamos hallar en los gigantescos glaciares de los macizos montañosos de Alaska, con excepción de los vastos conos de expansión en que aquéllos se derraman en la región pedemontana y en la planicie costera.

Más bien el tipo patagónico de glaciación se parece al de Spitzberg por el gran manto de hielo suavemente ondulado, del cual emergen las cumbres más altas y las aristas rocosas del relieve fundamental en el cual están cortados anchos boquetes y depresiones que unen los glaciares de las vertientes opuestas. Hay que notar, sin embargo, que en la cordillera Patagónica el relieve es mucho más grandioso, la elevación mayor y los valles más amplios y profundos².

La actual fisonomía de la glaciación patagónica se puede también comparar con la que ofrecían los Alpes en la época pleistocénica, pero, en éstos, la cubierta de hielo era más extensa y más vastas las lenguas terminales.

Las varias lenguas de hielo, que se desprenden de las cuencas superiores de recepción y llegan a los valles, forman importantes glaciares de valle de tipo alpino. Pero entre éstos, que ocupan el fondo de los valles y descienden a menudo hasta el mar, se pueden distinguir los de cuenca bien definida y los que no la tienen y que están constituidos por lenguas que salen de altiplanos de hielo donde las cuencas de alimentación se intercomunican y confunden. Numerosos son los glaciares de valle, más raros los de circo, unas y otras veces colgantes en las laderas empinadas de los valles³.

centenares de metros que cubren una superficie de varios miles de kilómetros cuadrados; sin embargo, los mantos de hielo de los Andes Patagónicos no ofrecen características que permitan compararlos con el hielo continental o Inlandsis.

Éste, en efecto, consiste en enormes mantos de hielo, los cuales cubren un país entero y ocultan totalmente su relieve a la manera de inmensos escudos que terminan periféricamente con altas paredes cortadas a pique o, bien, en bordes sinuosos, desde donde se desprenden, a veces, numerosas corrientes que bajan por los valles de la zona marginal. En el hielo continental fuera de los bordes no se distinguen glaciares independientes.

El tipo de “Inlandsis” está limitado hoy a Groenlandia, a algunas islas árticas y a la Antártica. Esta última nos ofrece el ejemplo más grandioso, ya que un continente entero yace oculto bajo un manto de hielo que se extiende hasta el océano, ofreciendo un frente flotante.

En la cordillera Patagónica central y austral, las masas de hielo, si bien es cierto que llenan totalmente las altas cuencas y valles de la zona interior suavizando notablemente las desigualdades del terreno y formando en algunos lugares vastos altiplanos, no ocultan del todo el relieve, el cual sobresale en forma de cadenas, de crestones y de montes aislados, hasta centenares de metros de altura. La masa de hielo desborda por los boquetes de una cuenca o de un valle a otro, como asimismo de una a otra vertiente, pero, por lo general, las cuencas de alimentación de las principales cuencas glaciares se presentan bastante bien definidas.

De los mantos de hielo que cubren el interior de la cordillera salen, hacia uno y otro lados, numerosas corrientes de tipo alpino, algunas realmente imponentes, las que descienden encajonadas, cada vez más, en los valles hacia los fiordos de la costa del Pacífico, y hacia los lagos de la vertiente oriental.

² Por estos particulares caracteres que la diferencian de los demás, el tipo de glaciación patagónica, con justo motivo, como ya fue propuesto por Franz Kühn, *Patagonia: resultados de las expediciones realizadas de 1910 a 1916*, Buenos Aires, Soc. Científica Alemana, 1917, 2 tomos, tomo II, p. 259, se debe distinguir con la denominación de “tipo patagónico de glaciación”.

³ Con el fin de conservar la propiedad de los vocablos hemos creído oportuno atenernos a una regla fija excluyendo aquellos términos que no corresponden al justo concepto y pueden crear confusión. Así denominamos ‘glaciar’ o ‘helero’ y no ‘ventisquero’ a una “masa de hielo acumulada en las zonas

Por lo demás, los caracteres de los glaciares patagónicos son análogos a los de los alpinos: las mismas estratificaciones con los mismos lentos movimientos de descenso, idénticas grietas marginales, longitudinales y transversales, incluyendo también grietas periféricas.

Las morrenas superficiales están bien desarrolladas, especialmente porque está alimentado por abundantes precipitaciones, pero decrece en la parte oriental, donde éstas disminuyen.

Casi todos los glaciares de la vertiente oriental de la cordillera se hallan ahora en una fase de retroceso, como lo demuestran las fajas despojadas de vegetación que bordean las lenguas terminales de los glaciares*.

Hace excepción el glaciar Moreno, en el brazo sur del lago Argentino, que, desde hace algunos años está en continuo avance, amenazando con llegar en diciembre de 1939 a obstruir el canal de los Témpanos^{4**}.

El gran desarrollo de este glaciar y su avance, mientras todos los demás, que bajan en esta misma cuenca a los lagos Viedma y San Martín, como puede observarse, delatan un reciente y sensible retroceso, constituye un fenómeno raro y digno de estudio.

Las causas que lo originan deben buscarse en las precipitaciones atmosféricas, que, en este lugar de la cordillera, son mucho más frecuentes y abundantes, y con elevada nebulosidad, debido a la más libre afluencia de los vientos cargados de humedad que llegan del Pacífico.

Por lo demás, es regla general que los glaciares respondan con tanto más retardo a las variaciones del clima (precipitaciones, nebulosidad, temperatura) cuanto más extensa es su cuenca de alimentación y cuanto mayor es la longitud de su lengua y menor su pendiente. De ahí que glaciares muy cercanos se encuentren a veces en discordia de fase, o sea, unos en avance y otros en retroceso. Una clara demostración de este fenómeno la encontramos en el canal de los Témpanos en el lago Argentino, donde se observan dos glaciares limítrofes, el Moreno y el Ameghino, con caracteres opuestos, estando el primero en pleno avance y el segundo en notable retroceso.

altas de las cordilleras por encima del límite de las nieves perpetuas y cuya parte inferior se desliza muy lentamente, como si fuera un río de hielo" (A.E.); pues ventisquero –ventisca– tiene otro sentido y significa la parte superior del glaciar y precisamente una "altura de los montes expuesta a las ventiscas; sitio en las alturas de los montes donde se conserva la nieve y el hielo; masa de nieve o hielo reunida en este sitio". Por la misma razón denominamos 'monte' o 'montaña' a una gran elevación natural del terreno en vez de cerro, usado impropriamente en América latina para indicar toda elevación de terreno, cuando propiamente significa sólo colina o pequeña altura

* Interesante observación del autor, más si se tiene presente que fue realizada unos ochenta años atrás, circunstancia que pone de manifiesto que el fenómeno de retroceso glaciar no está ligado esencialmente al cambio climático, materia de actual preocupación mundial, sino que obedece a una dinámica propia del proceso de deglaciación iniciado miles de años atrás (N.E.).

⁴ El glaciar Moreno y sus oscilaciones fueron estudiados por los geólogos Hauthal (1899), Quensel (1908), Reichert (1914) y últimamente (1937) por el Dr. Egidio Feruglio. Cfr. Egidio Feruglio, "Variaciones del glaciar Moreno, en *Anales de GEA*, Buenos Aires, 1938.

** El glaciar Perito Moreno es compartido con Chile, donde recibe el nombre de Vidal Gormaz (N.E.).



Lago Argentino.
Troncos de árboles amontonados por la marejada en una bahía próxima al glaciar Francisco Moreno.
Frente al glaciar Grey.



Lago San Martín. Glaciar O'Higgins.
La cumbre granítica del monte San Lorenzo (3.700 m).

Muy interesante resultaría un estudio del régimen de las corrientes atmosféricas y de los fenómenos meteorológicos que las acompañan, posible solamente con la instalación de estaciones meteorológicas en ambas laderas de la cordillera. Igualmente recomendable e importante sería un estudio sistemático de las variaciones de los frentes de los glaciares, del movimiento de las lenguas, etc., sobre la base de observaciones y mediciones realizadas cada año o por lo menos cada dos o tres años.

En la vertiente occidental de la cordillera, inmediata a los canales del Pacífico, donde las precipitaciones suelen ser más abundantes y constantes, los glaciares se mantienen estacionarios. Con todo, uno de los más extensos, el Pío XI, del cual hablaremos más adelante, situado en el seno Eyre, en el año 1925 avanzó en unos pocos meses algunos centenares de metros y llevó su frente hasta la orilla opuesta, cerrando así la extremidad norte de dicho seno*.

El retroceso tan rápido de los glaciares en la vertiente oriental de la cordillera quizás dependa no solamente de la menor cantidad de nieve caída y de la suavidad de los veranos, sino también de los grandes incendios que, en estas últimas decenas de años, destruyeron casi por completo los extensos y tupidos bosques que cubrían los valles cordilleranos, conservaban la humedad y favorecían las precipitaciones atmosféricas, factor indispensable para el desarrollo y conservación de los glaciares.

Un carácter particular de la glaciación patagónica es el que sus glaciares llegan a muy bajo nivel. La verdad es que en ninguna parte de la Tierra hay glaciares que a esa latitud tengan un desarrollo tan grande y lleguen hasta el mar con sus imponentes frentes, de las cuales se desprenden los témpanos, produciendo en el turista la ilusión de hallarse en regiones polares. En el hemisferio boreal se precisa subir hasta el paralelo 58° (Alaska) o bien al 68° (Jökelfjord, Noruega) para encontrar un glaciar que descienda hasta el mar, mientras aquí se lo encuentra a sólo 46°40' de latitud sur, cerca del golfo de Penas (glaciar San Rafael).

Las causas que originan tan extraordinaria extensión de los glaciares en la cordillera Patagónica están esencialmente ligadas al régimen de las corrientes atmosféricas, que, al sur de los 39° de latitud, se manifiestan bajo la forma de vientos fuertes, que soplan casi perennemente desde el sector comprendido entre el noroeste y el suroeste.

Estas corrientes atmosféricas, una vez saturadas de humedad sobre la superficie del océano, van a chocar con las elevadas cadenas marginales del Pacífico y, obligadas a ascender por las faldas, se enfrían y condensan el vapor de agua en forma de lluvia y nieve. Son tan abundantes las precipitaciones en el lado occidental de la cordillera, que pasan de los 2.000 milímetros anuales y llegan en algunos lugares hasta los 4.000 y 5.000**.

* El glaciar Pío XI es el más extenso del campo de hielo Patagónico Sur, pues su superficie ha sido calculada en 1.265 km². Supera así al Upsala (902 km²), Viedma (945-862 km²) y O'Higgins (893-747 km²) que son las corrientes glaciares que le siguen en tamaño (N.E.).

** Es mucho lo que se ha avanzado desde tiempos de De Agostini en el conocimiento de la materia. La pluviometría de la zona occidental andina puede promediarse en alrededor de 3.000 mm anuales y en algunos sectores, como el archipiélago Madre de Dios, supera los 8.000 mm anuales (N.E.).

Está ya demostrado que para el desarrollo y la conservación de los glaciares se necesitan nieves tan abundantes, que el calor del verano no alcance a fundirlas totalmente. Esto es precisamente lo que ocurre en los Andes Patagónicos australes, donde se suman a la constante nebulosidad una temperatura estival notablemente baja y muy abundantes precipitaciones, principal condición para la formación de los glaciares.

Lamentablemente, en este soberbio escenario de picos y glaciares se desencadenan a menudo las tormentas con extraordinaria violencia y duración. Las mismas corrientes atmosféricas, que con sus precipitaciones alimentan a los glaciares, son en gran parte las causas de estas perturbaciones que mantienen envueltos en un denso manto de nubes todos los montes.

Despojadas de humedad en las partes más elevadas de los Andes, estas masas aéreas se precipitan con velocidad vertiginosa sobre las mesetas de la Patagonia donde llegan secas, de suerte que las precipitaciones son allí sumamente raras*. Por lo demás, toda la parte austral de América, a partir más o menos del paralelo 39°, se halla bajo el dominio de los vientos permanentes del oeste, cuya violencia aumenta en primavera y verano y dan fama tan poco lisonjera a la Patagonia. Así, mientras en la cordillera el clima es húmedo y con variaciones no muy acentuadas de la temperatura (o sea, de tipo oceánico), en el altiplano es continental y árido, con saltos de temperatura rápidos y frecuentes, aun en la misma costa atlántica, que está bajo el influjo de las masas aéreas provenientes del interior. En la cordillera Patagónica el cielo se muestra enteramente despejado sólo cuando sopla una ligera brisa del sur, que poco a poco deshace los vapores y da lugar a una calma soberana, mientras la presión barométrica sube sensiblemente. Son éstos, días de un esplendor y una transparencia excepcionales, pero muy raros.

Las corrientes atmosféricas, que explican la diversidad de climas en ambas vertientes de la cordillera, determinan también las diferencias en las nevazones y en el desarrollo del hielo.

En la vertiente occidental las cadenas internas de montes, a causa de la mayor copia de precipitaciones meteóricas, a la nebulosidad permanente y a la constante baja temperatura, que aun en verano no permite la fusión de la nieve, se hallan cubiertas hasta la cumbre por un manto no interrumpido de nieve y de hielo por entre el cual raramente asoman las rocas.

Al oriente, en cambio, los montes están en parte sin hielo, porque las precipitaciones son menos abundantes, el aire más seco y el cielo más sereno. Con todo, en esta vertiente, la mayoría de las cimas, que sobrepasan los 2.500 m, bajo el influjo de las corrientes húmedas y frías del tercer y cuarto cuadrantes están envueltas, hasta en las paredes rocosas a pique, por espesas y fantásticas incrustaciones de hielo, formado por los vapores que allí se condensan y congelan.

Aunque la cordillera Patagónica austral no esté muy avanzada en latitud y se encuentre vecina a centros poblados y con caminos que le dan fácil acceso, permaneció hasta hace pocos años casi desconocida, cual si estuviera desterrada en

* El fenómeno se conoce como efecto "Foehn" (N.E.).



Deposé

Cerro Fitz Roy. Ventisquero del río Blanco.

Fot. A. M. De Agostini

los círculos polares y todavía presenta hoy en su interior zonas inexploradas. Cien-tenares de picos, cándidos macizos caprichosamente cubiertos de hielo y atrevidas agujas de granito o pizarra, no solamente no han sido escalados sino que permanecen en el misterio con sus cielos oscuros y tempestuosos*.

Después de mis repetidas expediciones a distintas zonas interiores por ambas vertientes, y de un reconocimiento aéreo de la zona de Última Esperanza, puedo hoy trazar con seguridad un esquema general de la estructura orográfica de la cordillera patagónica austral.

Comenzando por el sur, en torno al seno Unión se levanta la bellísima cordillera Sarmiento, completamente blanca de nieve, con picos de unos 2.000 m que se yerguen inmediatamente sobre las aguas del mar entre el canal de las Montañas y una profunda articulación de los canales patagónicos.

Mas allá, la cordillera se transforma en vastos altiplanos y corrientes de hielo que se extienden hasta el fiordo Peel, apenas modificados por cimas bajas y por cadenas de un blanco immaculado (1.500-2.000 m), orientadas generalmente de noroeste a sureste. En este primer trecho se destaca por su masa voluminosa y su elevación el cerro Balmaceda, que avanza hacia el oriente en forma de gigantesco baluarte, entre la cabecera occidental del fiordo Última Esperanza y las cuencas hidrográficas de los ríos Serrano y Geikie, quedando unido a la cordillera solamente por un bajo espolón cortado por un portillo que da fácil acceso a las dos laderas.

Otro importante macizo aislado que se extiende por un buen trecho hacia las terrazas patagónicas, entre el lago Nordenskjöld y la cuenca del río Paine, es el Paine, que se levanta treinta kilómetros más al norte del Balmaceda. Esta maravillosa cadena posee numerosos picos en forma de torres, agujas o pináculos, que le dan un aspecto imponente y fantástico: de éstos, el mayor es el denominado precisamente Paine, de 2.840 m.

Al norte del grupo del Paine, la cordillera Patagónica, flanqueada al oriente por los extensos brazos del lago Argentino, y al occidente por el seno San Andrés, se eleva gradualmente hasta el monte Roma, en forma compacta y con innumerables cumbres, algunas de las cuales sobrepasan los 3.000 m. Un manto continuo de hielo reviste todos los accidentes del relieve y de vez en cuando desborda en las depresiones, bajando en majestuosas corrientes de hielo sobre los fiordos del lago Argentino (glaciares Moreno, Ameghino, Mayo, Spegazzini, Onelli y Upsala).

Desde el monte Roma el relieve disminuye y desaparece en parte bajo el gran manto de hielo y nieve del altiplano Italia, que a la altura de 1.900-2.000 m se extiende con ligeras ondulaciones hacia el norte por unos cuarenta kilómetros, terminando a los pies de los contrafuertes meridionales del cordón Mariano Moreno. Solamente en los bordes del vasto altiplano, que mantienen un ancho de 10 a 15 km, se acentúa el relieve, al principio con pequeñas elevaciones hacia el poniente en forma de cimas aisladas de 2.200-2.500 m, como el monte Torino (2.260 m),

* Es impresionante lo que se ha adelantado desde que el explorador hizo esta observación, en particular entre 1960 y el presente, al punto que podría afirmarse que restan todavía poquísimos lugares por explorar, en tanto que año tras año son escaladas nuevas cumbres andinas (N.E.).

unidas por crestas cubiertas de hielo que se precipitan por los canales del Pacífico; luego vienen montes más elevados, de los cuales el Riso Patrón es el que más resalta.

Al oriente del altiplano, la cadena central, que forma la línea divisoria entre Chile y Argentina, se prolonga hacia el norte con macizos de más de 3.000 m, entre los cuales se destacan el Cono, el Murallón y el Don Bosco, separados entre sí por amplios boquetes cubiertos de nieve. En la vertiente occidental, esta cresta, que divide las opuestas pendientes, se presenta cubierta hasta la cima por los bordes del manto de hielo del altiplano Italia, que desborda desde los boquetes formando a su vez largas corrientes tributarias del glaciar Upsala.

Éste, el mayor en amplitud de cuantos posee la cordillera Patagónica austral en su vertiente oriental, llena todo un amplio y profundo valle excavado entre la cadena preandina y la cresta divisoria de las aguas, y se extiende por unos treinta kilómetros desde su frente, que se disuelve en el lago Argentino, hasta el monte Don Bosco.

Al deprimirse nuevamente el relieve central, el glaciar Upsala se confunde, en su margen occidental, con la uniforme extensión de hielo y nieve del altiplano Italia. Más al norte esta gran masa de hielo de superficie casi llana, después de haber llegado a las bases del cordón Mariano Moreno, donde alcanza su mayor altura, se dirige hacia el noreste y vuelve a descender uniéndose al glaciar Viedma, que disuelve su frente de cinco kilómetros en el lago homónimo.

Es en este segundo trecho, limitado por el seno Eyre al occidente, y por los lagos Viedma y San Martín al oriente, donde la cordillera Patagónica sufre mayor discontinuidad por la interposición de altiplanos helados que la atraviesan de este a oeste en forma de amplias cuencas, de las cuales bajan lateralmente grandes corrientes de hielo.

La anterior compacidad y uniformidad está también alterada por el múltiple fraccionamiento y por la diferente dirección de las cadenas de montañas, las cuales, aunque situadas al margen de la cordillera, conservan un notable desarrollo y elevación.

En efecto, después del altiplano Italia, es la vasta cuenca de los Cinco Glaciares, la que interrumpe el curso de la cordillera e irradia cinco corrientes de hielo, las que a su vez limitan en su curso y aíslan importantes grupos de montañas. Entre éstas citamos el cordón Adela, en cuyo interior se yergue al oriente el majestuoso pico Fitz Roy (3.406 m) y más al norte la cadena Marconi, entre el valle del río de Las Vueltas y la cuenca glacial del lago Viedma.

El macizo Gorra Blanca (2.907 m), que se levanta al margen de la cordillera, se halla circunscrito, así como sus contrafuertes orientales, por los glaciares Marconi y Chico, y el mismo cordón Mariano Moreno, que forma el *divortium aquarum*, está bruscamente truncado en ángulo recto por el glaciar Pío XI, que desciende al seno Eyre.

Al norte de la altiplanicie de los Cinco Glaciares, la cadena central recobra su forma elevada con imponentes macizos enteramente cubiertos de nieve y queda partida longitudinalmente en dos ramales por una extensa cuenca glacial, la cual se prolonga hacia el norte y termina en el fiordo Calén.



Valle Moyano. Ventisquero que baja del cerro Campana.
Monte Torre con sus características incrustaciones de hielo.

La cadena de montañas que se levanta a occidente de esta cuenca glacial está constituida por el cordón Pío XI con el monte homónimo de 3.300 m y por otras cumbres que superan los tres mil metros. Algo más al norte de esta cadena sobresale, casi aislado, el monte Pirámide, señalado en los mapas argentinos y chilenos con una altura de 3.380 m*.

Desde el cordón Pío XI y otras montañas que hay más al norte se desprenden grandes heleros en dirección al Pacífico y que alcanzan los senos Eyre, Farquhar, Bernardo y Calén. Los más extensos y conocidos son el Pío XI y el Jorge Montt, que derriten sus gigantescas frentes, el primero en el seno Eyre y el segundo en el fiordo Calén.

Los montes que delimitan a oriente la mencionada cuenca glacial llevan el nombre de cordón Gaea y fueron explorados por el doctor Reichert y compañeros en el verano de 1933. Esta notable cadena de montañas que me fue posible divisar y fotografiar desde la cumbre del monte Milanesio, está formada por montañas todas blancas de nieve de 2.500 a 3.000 m y se dirige hacia el noreste a lo largo del brazo sur del lago San Martín, delimitada en el norte por el glaciar O'Higgins y en el sur por el glaciar Chico.

En este último tramo la cordillera mantiene sus mayores alturas a lo largo de los brazos occidentales del lago San Martín con importantes macizos y picachos de los cuales los mapas señalan solamente los montes O'Higgins, Cóndor, Alesna y los Mellizos, de 3.000 m de altura.

La elevación de los montes de la cordillera Patagónica no es mucha, ya que fuera de los montes San Valentín (4.050 m)** y San Lorenzo (3.700), ningún otro sobrepasa los 3.500 m; gran parte de las cumbres se mantienen a 2.000 y algunas llegan a 3.000 y 3.400 m más o menos. Sin embargo, quien observó de cerca los montes patagónicos ha admirado en ellos toda la magnificencia y grandiosidad de los mayores colosos de la montaña y ha experimentado hacia ellos una irresistible fascinación, que sólo son capaces de despertar las cimas excelsas. Cuando uno se encuentra frente a ellas y ve elevarse verticalmente sobre la cabeza aquellas gigantescas moles de granito o de hielo por dos o tres mil metros, queda impresionado fuertemente y convencido de que los montes de la Patagonia, por su belleza y por lo atrevido de sus formas, no tienen nada que envidiar a los más elevados macizos alpinos y aun, tal vez, a los de las demás partes de la Tierra.

Las montañas de formas más elevadas e imponentes son las que están constituidas por rocas granodioríticas, de intrusión terciaria, que sobresalen de un manto de sedimentos cretáceos al margen de la cordillera o a lo largo de la cresta principal, algunas de las cuales por su elevación y visibilidad fueron escogidas para la determinación de los límites entre Chile y Argentina.

Estas resistentes masas intrusivas se fueron despojando poco a poco del manto de sedimentos en que estaban envueltas y que aún hoy se manifiesta en los restos

* La referencia corresponde al volcán Lautaro, que tiene la altura mencionada. El cerro Pirámide, que pertenece al cordón Gaea, está situado a unos 20 kilómetros hacia el sureste de aquél y su altura es de entre 2.700 y 2.800 metros (N.E.).

** Sobre la altura del San Valentín véase nota 16 (N.E.)

de rocas esquistas negruzcas que cubren las cúspides de algunas de ellas (Paine).

Se levantan como masas aisladas, ya en forma de macizos cupulares, ya como torres y agujas, por la facilidad que tienen estas rocas graníticas de partirse en sentido vertical (Paine, 2.400-2.700 m), Fitz Roy (3.375 m). Pero, aun cuando tienen formas cupulares y redondeadas, se presentan como formidables baluartes con altísimas paredes verticales, que les dan un aspecto sobremanera imponente e inaccesible. Entre estas últimas anotamos el Balmaceda (2.200), el Murallón (3.000)*, y el San Lorenzo (3.700).

El límite climático de las nieves perpetuas en la cordillera austral varía no solamente en relación con las diferentes condiciones térmicas de su extensión sino, también, según la mayor o menor humedad, la abundancia de las lluvias de las vertientes y según la posición del relieve. Conforme a los pocos datos que se poseen, este límite de las nieves se mantiene en la zona norte (monte San Lorenzo, 47°35' latitud Sur) entre los 1.600-1.700 m y va después decreciendo a medida que se avanza hacia el sur, donde se alcanza, en la cadena Paine (50°58' latitud Sur) los 1.200-1.300 m.

El susodicho límite climático de las nieves está también en relación con el de la vegetación arbórea, la cual, en general, se desarrolla de 400 a 500 m debajo de la línea de las nieves eternas.

Según las observaciones efectuadas por mí, el límite superior de la vegetación arbórea (*Nothofagus pumilio*) se encuentra en el monte San Lorenzo a 1.200-1.250 m y baja progresivamente hasta los 850-900 en la cadena Paine, y a 550-600 en el canal Beagle y cerca de Ushuaia (54°45' latitud Sur) en la costa sur de la Tierra del Fuego.

Geológicamente, la cordillera Patagónica se puede dividir en tres zonas, que se suceden en sentido longitudinal, o sea, de oeste a este, presentando cada una de ellas particularidades propias de estructura y constitución⁵.

* El cerro Murallón tiene 2.656 m de altura (N.E.).

⁵ Los primeros datos sobre la geología de la Patagonia se deben a Carlos Darwin (1834) que a bordo de la *Beagle* visitó las costas y con el capitán Fitz Roy remontó por un buen trecho el río Santa Cruz. Recién a fines del siglo pasado [XIX], cuando se discutió la cuestión de límites entre la Argentina y Chile, comenzó el verdadero estudio geológico de la cordillera austral por obra de R. Hauthal, S. Roth y A. Mercerat, invitados por el gobierno argentino. Precedieron a estos estudios y luego les siguieron, tanto en la cordillera como en la región atlántica, las expediciones de Francisco Moreno, Carlos Ameghino y J. B. Hatcher (que encabezó en 1896 y 1899 las expediciones de la Universidad de Princeton), Otto Nordenskjöld, P. D. Quensel, M. A. Tournouër, L. White, G. Bonarelli, J. Felsch, R. Wichmann, J. Keidel, A. Hemmer y C. Caldenius, los cuales recogieron nuevos e importantes datos geológicos en la región andina y extra-andina de la Patagonia austral. Son notables los estudios paleontológicos de Florentino Ameghino sobre los vertebrados del Terciario y especialmente sobre los mamíferos coleccionados por su hermano Carlos; los de Herman von Ihering sobre braquiópodos y moluscos del Cretáceo y Terciario; los de W. B. Scott y W. J. Sinclair sobre los mamíferos del Santacrucense; los de A. E. Ortmann sobre los invertebrados del Terciario; los de F. von Huene sobre los dinosaurios del Cretáceo superior, los de Th. Halle sobre las plantas fósiles del lago San Martín y de la Tierra del Fuego, y los de F.B. Loomis, B. Patterson, E. S. Riggs, G. G. Simpson, A. Bordas y A. Cabrera sobre los vertebrados del Terciario inferior.

Una valiosa contribución al conocimiento geo y paleontológico de la Patagonia ha sido aportada, en estos últimos años, por los geólogos de la Dirección de Yacimientos Petrolíferos Fiscales, y especial-



Glaciares en los canales patagónicos.

Estancia Los Leones. Dique basáltico cerca de la Sierra de los Baguales.

Al oeste, sobre el Pacífico, tenemos la zona costera y montañosa del archipiélago patagónico en la cual aflora, en las innumerables islas y penínsulas, el gran batolito o serie de batolitos graníticos y granodioríticos cuya intrusión data del Cretáceo medio-superior que se extiende desde el golfo de Penas hasta el cabo de Hornos. Sigue al este la zona interna y más elevada, que forma la cordillera principal, casi enteramente revestida de hielo y nieve, compuesta de rocas esquistoso-cristalinas (filitas a menudo cuarzosas, y rocas marmóreas) y sedimentarias (pizarras arcillosas oscuras fuertemente plegadas y a veces metamorfoseadas) que pertenecen al Paleozoico y en parte al Mesozoico. De este manto sedimentario emergen algunas masas aisladas, a veces bastante extensas, de granito y de diorita cuarcífera, cuya intrusión se remonta probablemente al Cretáceo superior. Estas masas intrusivas, fácilmente reconocibles por sus formas bizarras y descollantes y por sus colores claros o rosados (San Lorenzo, Fitz Roy, Murallón) debido a su mayor resistencia a la meteorización, constituyen, por largos trechos, la cresta principal de la cordillera.

La tercera zona al oriente es la preandina, sólo en pequeña parte cubierta de hielo y constituida por espesos mantos de pórfido cuarcífero, alternado con tobas, brechas multicolores y recubiertos por un complejo de rocas ígneas, areniscosas y de pizarras arcillosas de colores oscuros, de más de 1.000 m de potencia, cuya edad está comprendida entre el Titoniano inferior y el Cretáceo superior.

Estas rocas sedimentarias constituyen la mayor parte de la zona preandina y la vertiente oriental de la andina, e incluyen, en diversos niveles, restos fósiles mal conservados en pizarras, a veces transformadas en esquistos filádicos por metamorfismo dinámico y a veces también de contacto. A medida que se alejan de los macizos intrusivos, adquieren estas rocas los caracteres de sedimentos normales y contienen fósiles mejor conservados (lamelibranquios, amonitas, belemnitas y braquiópodos) del Titoniano (Jurásico superior) y del Cretáceo hasta el Huroniano inclusive.

Al oriente de la cordillera Patagónica el altiplano se extiende hasta el Atlántico en una serie de amplias mesetas y terrazas constituidas por depósitos marinos y estuáricos del Cretáceo superior, y por sedimentos terciarios muy ricos en fósiles inferiormente marinos (patagoniense) y superiormente continentales (santacruceño). Todos estos terrenos están dispuestos en capas más o menos horizontales sobre una plataforma formada por pórfidos cuarcíferos, pizarras tobíferas y tobas multicolores que encierran en el Gran Bajo de San Julián, cerca de bahía Laura (Estancia Malacara) y de la Guitarra, restos muy bien conservados de plantas del Jurásico medio-superior.

mente por el doctor Egidio Feruglio, que también realizó varias campañas de estudio en el altiplano y en los Andes. El mismo estudioso ha sintetizado los resultados de las investigaciones más recientes en un mapa geológico general de la Patagonia y Tierra del Fuego que fue publicado por iniciativa de la mencionada dependencia.

En el verano de 1930 participó el doctor Feruglio en una expedición mía a la cordillera Patagónica al occidente del lago Argentino, acopiando una importante serie de observaciones sobre la constitución geológica y la morfología de aquella región, las que aparecieron en el tomo XXXVII del *Boletín de la Academia de Ciencias*, Córdoba, 1944

Los mantos, o series de mantos basálticos que cubren las mesetas patagónicas en gran extensión, especialmente en las zonas inmediatas a la cordillera, o que se presentan intercalados entre los sedimentos glaciales y fluvioglaciales, así como las ruinas de cráteres circundados de escorias volcánicas que se observan en distintos lugares, atestiguan que la Patagonia fue teatro de grandes erupciones volcánicas acaecidas hacia el fin del Terciario y del Cuaternario, durante y sobre todo después de los movimientos orogénicos que levantaron la cordillera. La actividad ígnea continuó localmente también en la época postglacial, pero hace ya tiempo que está enteramente apagada.

En la cordillera Patagónica austral no existen –fuera del monte Burney, situado en los 52 grados de latitud y que dio señales de vida todavía en el año 1910– montes como los de reciente actividad volcánica que aparecen al norte del paralelo 46°, a lo largo de las costas del Pacífico; a menos que ulteriores exploraciones de las cadenas internas, aún desconocidas, demuestren lo contrario.

Se había creído por muchos años que el monte Fitz Roy (el Chaltén de los Tehuelche) era un verdadero volcán, y así efectivamente lo describe el perito argentino Francisco Moreno, cuando efectuó su primer viaje de exploración (1876-1877) al norte del lago Argentino en compañía del subteniente de la marina argentina, Carlos M. Moyano. Engañado por el penacho de nubes que casi siempre corona la cumbre, y por las informaciones de los indios, nos lo describe así:

“En un momento en que se hace un claro entre los vapores agolpados, vemos el negro cono del volcán y una ligera columna de humo que se eleva de su cráter. Los Tehuelche me han mencionado varias veces y con terror supersticioso esta ‘montaña humeante’. Es el ‘Chaltén’, que vomita humo y cenizas y que hace temblar la tierra; sirve de morada a una infinidad de espíritus poderosos que agitan las entrañas del cerro. Como este volcán activo no ha sido mencionado ni por navegantes ni viajeros, y como el nombre de ‘Chaltén’ que le dan los indios lo aplican también a otras montañas, me permito llamarle ‘Volcán Fitz Roy’ como una muestra de la gratitud que los argentinos debemos a la memoria del sabio y enérgico almirante inglés que dio a conocer a la ciencia geográfica las costas de la América austral”⁶.

También Ramón Lista, que visitó el lago Viedma describiendo el imponente aspecto de la cadena andina, afirma la actividad volcánica del Fitz Roy en estos términos:

“Allí se alzan las cumbres más audaces y bellas de la Patagonia, como el volcán Fitz Roy, macizo tal vez traquítico que de vez en cuando se enciende y alumbra las noches de estas regiones”.

El primero que advirtió el error fue el mismo Moyano que, de vuelta al lago Argentino (1884), y observando con un potente anteojito las cimas andinas, no vio nada que acusara el menor vestigio de erupción.

⁶ Moreno, *Viaje a la Patagonia austral, 1876-1877*, Buenos Aires, 1879, pp. 415-418.



Puerto Deseado. Cañadón de las Bandurrias - Rocas porfíricas labradas por la erosión.

“El que más observé, escribe, fue el Chaltén, debido al error en que incurrimos con Moreno al considerarlo un volcán, engañados por las nubes que siempre coronaban su cima, y las contestaciones de los indios que, ajustándose a su construcción gramatical, inducen y dan lugar a muchas equivocaciones según la forma en que se les interroge y el uso que se haga de los negativos”⁷.

Supone él que el verdadero volcán se encuentra al noroeste del Fitz Roy, y esta hipótesis hoy es valorada por mejores datos, como yo lo he podido verificar oyendo a los habitantes de las estancias situadas en las regiones vecinas a los lagos Cardiel y San Martín. Éstos, efectivamente, aseguran haber visto en varias oportunidades una columna de humo surgiendo del interior de la cordillera, al occidente del brazo sur del lago San Martín, acompañada alguna vez por ruidos y resplandores rojizos de llamas, visibles de noche, y de una lluvia de cenizas tenue, de color gris.

Un rastro del calor, que yo atribuyo a la proximidad de un volcán, lo pude constatar en 1935 durante una excursión al interior de los campos de hielo al noroeste del Fitz Roy, pues encontré allí una zona que por la insólita forma de las hendiduras revelaba haber sido súbitamente atacada por una poderosa ola de calor, consolidándose después al retorno de la temperatura correspondiente. Además, una capa de arena de color gris claro y muy fina, amontonada a lo largo de las grietas, me hizo sospechar que no se trataba de un simple limo glacial, sino de ceniza volcánica. La muestra que allí recogí demostró efectivamente, por el examen microscópico, que se trataba de toba de data reciente y origen cercano⁸.

La amplia cinta negruzca, que sobresalía alrededor y flanqueaba por largo trecho la margen sur del glaciar Chico, atestiguaba también la influencia de un fuego volcánico no lejano, el cual debía haber hecho derretir la nieve de la cual estaban cubiertas^{9*}.

El geólogo Hauthal en 1902 aclaró más aún la estructura del Fitz Roy, afirmando que no era un volcán sino un lacolito granítico.

Esta afirmación fue repetida por Quensel y otros autores. En 1916 Witte, de la expedición alemana al lago Viedma, que tuvo la ocasión de contemplar de cerca

⁷ Carlos M. Moyano, *Viajes de exploración a la Patagonia*, Buenos Aires, 1931, p. 169.

⁸ El examen microscópico realizado por el profesor Luis Peretti, del R. Politécnico de Turín, dio los siguientes resultados.

a) Feldespato incoloro o blanco no alterado (en parte oligoclasa).

b) Fragmentos de pasta lávica compacta, gris oscura, de vidrio volcánico, finamente poroso (pómez).

c) Cristalitos rotos de hornblenda, vesuvianita, etc., sin mica, calcita, etcétera.

⁹ Recientes excursiones aéreas en el interior de estas vastas cuencas glaciales han revelado por medio de la fotografía que entre el glaciar Chico y el glaciar Viedma existen tres notables centros volcánicos. El más importante es el austral, que se encuentra en plena depresión longitudinal, frente a la abertura por la cual baja el glaciar Viedma. El centro de erupción comprende un área de 8 km en el sentido longitudinal y de 4 en el transversal, a saber 32 km². A 8 km al norte de este centro existe otro centro volcánico de menor extensión, hacia el sudeste del cordón Gaea, muy lejos del lugar alcanzado por nosotros en febrero de 1936.

* El misterio del centro volcánico activo en el interior de la cordillera fue develado en 1933 con la observación hecha por Reichert, quien fue el primero que vio fumarolas en el cerro Lautaro, fenómeno que fue definitivamente ratificado por Eric Shipton en 1960 (N.E.)

este monte, negó absolutamente que el Fitz Roy fuera un lacolito, asegurando que era de cuarcita como el vecino monte Torre.

Del estudio de las muestras recogidas por mí en 1931 en los flancos occidentales, resultó que el Fitz Roy se compone de granito que pasa a diorita cuarcífera. Queda así comprobado que este monte es la parte superior de una masa intrusiva granodiorítica, que penetró durante el Cretáceo en las formaciones eruptivas y sedimentarias mesozoicas y que luego fuera puesta parcialmente al descubierto por la denudación.

Si la glaciación de la cordillera Patagónica nos maravilla por su gran desarrollo, no representa, sin embargo, más que un leve residuo de lo que era durante las expansiones del Cuaternario.

Los rastros profundos de la erosión glacial (rocas aborregadas, estriadas, aliadas, cuencas lacustres, terrazas, etc.) y los enormes anfiteatros morrénicos, acumulados en las desembocaduras por el oriente de los grandes valles, y sobre las terrazas extra-andinas, demuestran claramente cuán gigantesca fue la extensión del manto de hielo que durante las fases glaciales pleistocénicas cubría por el occidente toda el área del archipiélago patagónico fueguino hasta el cabo de Hornos, mientras por el oriente bajaba hasta el altiplano en forma de enormes corrientes de hielo con cuencas de recepción independientes, subdivididas en numerosas lenguas y lóbulos terminales, bien determinados.

Al retirarse los glaciares, se formaron los grandes lagos andinos que se extienden, en una cadena ininterrumpida, paralelamente al eje de la cordillera en su flanco oriental y que penetran también en las mesetas orientales. Estas amplias cuencas glaciales representan antiguos valles excavados transversalmente en la cadena andina, por el agua, y luego ampliados y profundizados por los glaciares. Entre los más notables de norte a sur, citamos el Buenos Aires, el Cochrane-Pueyrredón, el San Martín, el Viedma y el Argentino*.

Mientras en la parte occidental estos lagos cortan los flancos de la cordillera, formando profundas ramificaciones en forma de fiordos, en la parte oriental se ensanchan como cuencas hacia el altiplano, limitados por bordes aplanados o por terrazas lacustro-glaciales, distribuidas en varias series, y por vastos anfiteatros morrénicos compuestos de varios arcos concéntricos.

Estas cuencas lacustres tienen su superficie a 200-280 m sobre el nivel del mar, mientras que el altiplano que las rodea por el oriente se yergue inmediata y verticalmente hasta una altura de 700-800 m.

La acumulación de vastos depósitos morrénicos hacia la extremidad oriental de los lagos, mientras continuaba la acción erosiva de los glaciares en el flanco occidental de los Andes, donde las precipitaciones son más frecuentes y copiosas, alteró profundamente el antiguo sistema hidrográfico de la Patagonia, obstruyendo, luego de la disipación del manto de hielo, la primitiva salida de las aguas por la pendiente atlántica, derivándolas hacia el Pacífico. Por efecto de la más rápida

* A contar de 1950 (en la primera edición de la carta preliminar, escala 1: 250.000), las secciones chilenas de los lagos binacionales Buenos Aires y San Martín fueron denominadas General Carrera y O'Higgins, respectivamente (N.E.).



Cerro Negro en la orilla del lago Cardiel.

Cerro Negro. Disyunción prismática en una masa de roca magmática básica.

profundización de los valles que descienden a este último, los grandes lagos Buenos Aires, Cochrane-Pueyrredón y San Martín, tributarios anteriormente del Atlántico, luego de la disipación del manto de hielo, han encontrado su salida al Pacífico a través de los cordones occidentales, originando así el río Baker, emisario de los lagos Buenos Aires y Cochrane-Pueyrredón, y el río Pascua, emisario del San Martín.

Los valles antiguos sobre los cuales corrían hasta el Atlántico las caudalosas corrientes de deshielo que salían de estas cuencas glaciales, están hoy en seco, o casi, como el río Deseado, el río Chico de Santa Cruz y el río Shehuen o Chalfía. Solamente el valle del río Santa Cruz, emisario de los lagos Viedma y Argentino, está aún activo, porque al occidente de los mencionados lagos la cordillera se mantiene todavía como un cordón relativamente compacto y de apreciable elevación.

Pasando a la vertiente occidental de la cordillera, que se extiende a lo largo de las aguas del Pacífico, encontramos aún más marcadas las huellas de la extraordinaria glaciación de la época pleistocénica en un inmenso número de canales, ensenadas estrechas y profundas, de márgenes paralelas, con bordes tallados a pico, a la manera de fiordos, donde las rocas expuestas al fuerte viento de occidente muestran claramente el modelamiento clásico de los glaciares.

Estos canales y fiordos son muy semejantes a los de Noruega, con la única diferencia que, mientras en la cordillera Patagónica meridional posee un relieve más acentuado y se encuentra aún bajo el inmenso manto de hielo y nieve, el macizo escandinavo posee nada más que el típico hielo de calota sobre las mesetas terminales (*Icefields*). Tienen también mucha semejanza con los fiordos de Spitzberg porque, aun con un relieve menos emergente, análoga es la glaciación de grandes mantos de los que se desprenden y bajan hasta el mar numerosos glaciares.

Toda la costa patagónica occidental, desde el seno de Reloncaví hasta el cabo de Hornos, está dentellada por una gran cantidad de fiordos, que por sus particularidades morfológicas, por extensión y número permiten dividirla en dos secciones: la septentrional y la austral.

En la zona septentrional, cuyo límite sur podríamos fijar en la península de Taitao, los fiordos excavados en la vertiente occidental andina son relativamente escasos y poco desarrollados: faltan sobre todo los fiordos transversales radialmente dispuestos en un sistema articulado con respecto al principal. Tienen, sin embargo, una compensación en la notable continuidad hacia el interior con valles continentales y ríos caudalosos de largo curso.

En la zona meridional, donde aún existen dos importantes áreas de glaciación, los fiordos son más numerosos; pero, exceptuando el Baker, no tienen ramificaciones hidrográficas de importancia en la parte interior.

Esta falta se explica por el hecho de que los valles secundarios no pudieron ser profundamente esculpidos debido a los pocos cursos de agua, pero sobre todo a causa de la inmensa protección del manto de nieve y hielo que revestía el relieve andino y que aún hoy lo envuelve.

De este modo se presentan los fiordos Nelly, Jesuitas, Boca de Canales, que desembocan en el golfo de Penas, y los de más al sur, Caldeleugh, Eyre, Falcón, San Andrés y Peel que desde dicho golfo se suceden hasta el estrecho de Magalla-

nes. Todos son de dimensiones notables y penetran transversalmente en el corazón de la alta y nevosa cordillera andina con grandes ramificaciones, terminando las más de las veces al pie de vastas masas de hielo que descienden hasta el mar.

Estos fiordos se comunican externamente con los grandes canales longitudinales de la costa: Messier, Fallos, Wide, Sarmiento, Smyth, los cuales corren paralelos a la costa por centenares de kilómetros, como estrechos corredores entre elevadas montañas. Algunos de ellos son importantes vías de comunicación marítima entre el norte y el sur de Chile.

El mayor y más característico de los fiordos patagónicos es, sin rival alguno, el Baker, de 120 km de largo, en todo semejante a los de Noruega, pero más profundo (1.261 m), con una boca de entrada de 17 m de profundidad. Este magnífico fiordo con sus complejos brazos laterales y con sus ramificaciones continentales en profundas depresiones, constituidas por las tres cuencas hidrográficas de los ríos Baker, Bravo y Pascua, con sus correspondientes lagos Cochrane-Pueyrredón y San Martín, corta transversalmente el macizo patagónico con gigantescas hendiduras, la mayor de las cuales, desde el ángulo interno del fiordo Baker hasta la extremidad oriental del lago Buenos Aires, mide 220 km.

Resultaría muy interesante un estudio batimétrico de estos fiordos, pero ya de lo que anticipan los sondeos efectuados por varias comisiones hidrográficas, especialmente chilenas, casi todos presentan un umbral en la embocadura y bastaría un ligero levantamiento para que muchos de ellos quedaran convertidos en grandes lagos terminales como los de la vertiente opuesta.

Los fiordos patagónicos eran originalmente valles continentales formados por un complejo de agentes exógenos, especialmente por la erosión de las aguas en los tiempos preterciarios, y luego ampliados y profundizados por la erosión de los glaciares cuaternarios. Al disiparse la masa de hielo que los rellenaba, y a consecuencia quizá de bradisismos y de otros complejos fenómenos geológicos que causaron el hundimiento parcial del macizo andino, las aguas del mar invadieron por decenas de kilómetros los valles, transformándolos en los actuales fiordos.

Cuando se ingresa en estos profundos senos flanqueados de altas montañas se tiene la impresión de hallarse en los valles alpinos, y como ejemplo típico quisiera citar el valle de Aosta, si alguna vez fuese invadido por el mar hasta los 2.000 m. De esta súbita inmersión resultaría un magnífico fiordo que desde el anfiteatro morrénico de Ivrea, se insinuaría en el valle axial hasta los pies del monte Blanco, mientras todos los valles laterales resultarían como otras tantas ramificaciones del fiordo principal, pudiéndose entonces navegar hasta las bases del Cervino, del Rosa, del Gran Paradiso y demás macizos alpinos.

Consecuencia de la sumersión del continente patagónico, aunque hoy tiende a levantarse, es la dentelladura de la costa que se extiende por diez grados de latitud desde la península de Taitao hasta el cabo de Hornos, en forma de larga faja con millares de islas, algunas de ellas bastante extensas.

Todas estas islas son de naturaleza montañosa, y las más elevadas tienen en la cumbre pequeños glaciares o manchas de nieve, mientras los flancos están recubiertos de un denso y verde manto de florestas vírgenes.



Deposé

Monte y ventisquero Fitz Roy.

Fot. A. M. De Agostini

Cuando se entra en esos canales y fiordos llama la atención el gran número de cascadas que se precipitan desde las escarpadas rocas de los montes hasta el nivel del mar o, bien, se descuelgan con sordo fragor en abismos profundos entre densos bosques, desde donde sólo nos llega el eco misterioso.

Junto al blanco inmaculado de las nieves se destaca el verde fresco y exuberante de la floresta virgen que cubre las faldas de los montes y de los valles, suavizando las líneas severas del paisaje áspero y abrupto.

La belleza de esta floresta consiste en el esplendor y variedad de los árboles de hoja perenne que la constituyen. Hay cipreses, magnolias, hayas y laureles a los cuales la lluvia frecuente da un vigor poco común de frescura y de vida¹⁰. Bajo los árboles mayores crecen muchas especies de arbustos, entre los cuales sobresalen los *Berberis*, que forman una barrera espinosa e impenetrable. En todas partes, sobre el terreno y sobre los troncos vivos o abatidos en el suelo en estado de putrefacción, existe un denso manto de musgos, de líquenes y de otras criptógamas, que hallan en la sombra y en la humedad las mejores condiciones para su vida y desarrollo.

El suelo es un muelle y esponjoso tapete de musgos y juncos, impregnado de agua, donde el viajero se hunde hasta las rodillas.

¹⁰ La floresta austral cordillerana constituye una entidad fitogeográfica bien definida que se desarrolla en un régimen de clima rígido, con inviernos de larga duración y frío muy intenso. Pero no concuerdan los naturalistas en su denominación.

Hasta hace pocos años se la calificaba de “antártica”, nombre aplicado por Förster y aceptado por insignes botánicos. Algunos exploradores modernos no lo consideran apropiado y con razón, sea porque no debe aplicarse un solo nombre a una región que se extiende por quince grados y con condiciones climáticas y geológicas bien variadas a lo largo y a lo ancho, sea porque no corresponde al concepto geográfico, pues está comprendida entre los 37° y 55° de latitud sur.

Skottsberg substituyó el calificativo de “antártica” por “subantártica”, queriendo indicar con este término la zona boscosa pobre de especies (*Artenarmer Wald*) que se extiende entre el fiordo Baker y el cabo de Hornos. A la zona rica en especies (*Artenreicher Wald*) que se extiende al norte, entre el fiordo Baker y el paralelo 37° al norte de Valdivia, Chile, la llamó Bosque Valdiviano.

Entre los autores modernos prevalece el término “magallánica” para la floresta que se extiende desde el fiordo Baker (47° latitud sur) hasta el cabo de Hornos, extremidad austral del archipiélago de Tierra del Fuego, y el de valdiviana para la situada al norte del mismo, desde los 47° al 37° latitud sur.

Ésta es la opinión de Haumann, el cual establece un límite divisorio principal a la altura del paralelo 47°, separando una región septentrional valdiviana de otra austral magallánica (L. Haumann, *La forêt valdivienne et ses limites*, 1916, p. 83) También el naturalista S. Hambleton dice “que es la península de Taitao (46°-47° lat. sur) la línea de separación entre la rica flora de Llanquihue, Chiloé, etc., y la magallánica (S. Hambleton, *La línea de frontera con la República Argentina*, Santiago, Riso Patrón, 1907, p. 149).

Las notables diferencias que se registran entre las precipitaciones atmosféricas de la vertiente occidental y las de la oriental de la cordillera, originan sensibles desigualdades en el desarrollo y en la variedad de las especies que constituyen los bosques magallánicos.

Vemos, en efecto, en la zona del Pacífico, donde las lluvias alcanzan en algunos puntos hasta los 3.000-3.500 mm anuales, que la vegetación, favorecida por el clima húmedo, crece en forma exuberante, posee la mayor cantidad de especies arbóreas, con predominio de las siempre verdes (bosque hidrófilo), mientras que en la zona oriental, frente del Atlántico, siendo más seco el régimen climático, con vientos violentos y continuados, el bosque es más pobre en especies arbóreas y predominan las especies caducifolias (bosque tropófilo).

Pero sobre todo este grandioso escenario de canales, montes, glaciares, cascadas y bosques, donde la vida es tan exuberante y el paisaje tan espléndido, no existe ningún rastro de vida humana. Todo es misteriosa soledad y profundo silencio interrumpido tan sólo por el silbido de las ráfagas de los vientos que de cuando en cuando bajan de las gargantas de los montes o surgen de la profundidad del Pacífico a través de los claros que dejan las islas.

El antiguo dueño, el indio alacaluf, que por muchos siglos vivió tranquilamente pescando de isla en isla en su frágil canoa, cazando focas y pingüinos, alimentándose de peces y moluscos, y reparándose del frío y de la intemperie bajo una mezquina carpa hecha con unas pocas ramas, ha desaparecido.

Solamente un pequeño núcleo de individuos, pocos más de cien, degenerados por el contacto de la civilización llevada por los loberos (cazadores de focas), seguramente de mal origen, que frecuentan periódicamente las costas, esperan con resignado dolor el momento ya próximo de la extinción fatal de su estirpe.

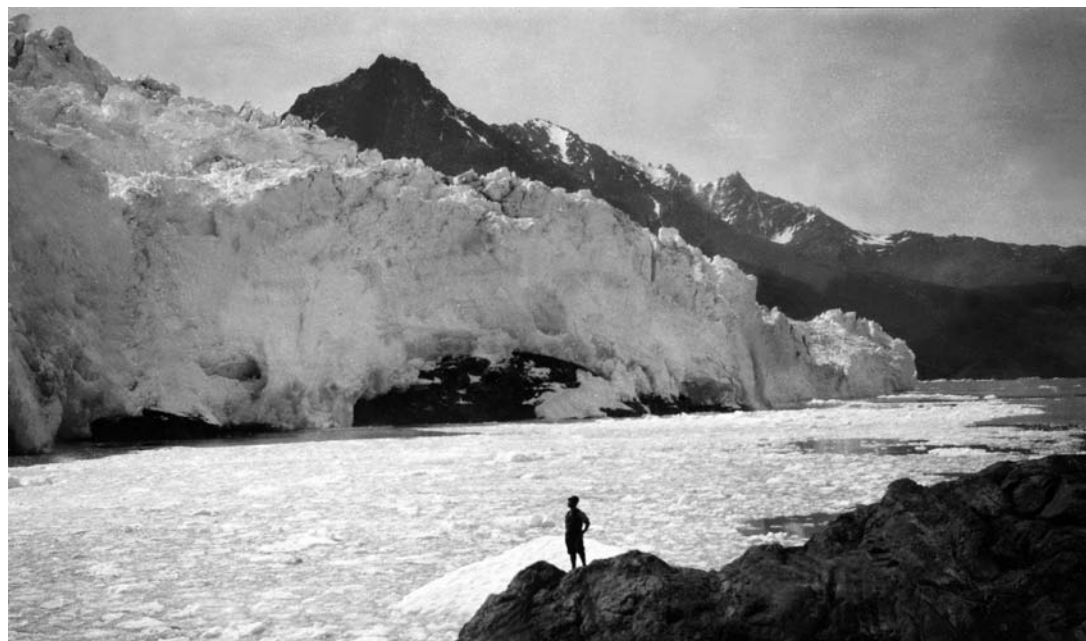


Lago San Martín. Disyunción columnar en un manto de toba porfirica del Jurásico, frente a la estancia Federica.

Banco potente de sedimentos arcilloarenosos silicificados del Cretáceo inferior, de disyunción vertical, en la ladera septentrional del monte Pollone.



Cerro de La Ventana. Arco natural labrado en las rocas basálticas.



Lago Viedma. Frente del ventisquero Viedma.

Piedra clavada. Torreón formado por la degradación meteórica en un banco de arenisca conglomerado del Senoniano (Cretáceo superior).



Lago Argentino. Glaciar Ameghino.
Bosque magallánico derribado por los vendavales.



Deposé

Bosque de lenga. *Nothofagus pumilio*.

Fot. A. M. De Agostini

CAPÍTULO II

ESTRECHO DE MAGALLANES Y CANAL SMYTH

Canales y fiordos patagónicos. Crock Reack y Long Reack. Entre tempestades y huracanes. Una semana bloqueados en el cabo Upright. Vientos y lluvias interminables. La oca antártica. Particularidades meteorológicas de los canales occidentales. Islas pintorescas. En el paso Tamar. A la deriva sobre los arrecifes Stragglers. La *Macrocystis pyrifera*. En el canal Smyth. Monte Burney. Encuentro con un viejo “lobero”. Orgía entre “loberos” e indios alacalufe. La cordillera Sarmiento

Al occidente de la cordillera Patagónica austral, entre el estrecho de Magallanes al sur y el golfo de Penas al norte, se extienden los canales patagónicos.

Con un recorrido casi rectilíneo, se prolongan sin interrupción de norte a sur en una longitud de 550 km encauzados entre las estribaciones de la cordillera de los Andes, por el oriente, y una cadena ininterrumpida de islas y escollos que se pierden en el Pacífico, por occidente.

Políticamente los canales patagónicos pertenecen a Chile y forman parte de los territorios de Magallanes y Aysén, con una superficie de más de 200.000 km².

Los más conocidos y frecuentados son los canales Smyth, Sarmiento, Esteban, Concepción, Wide y Messier, porque constituyen la ruta usual de las naves que, viajando del estrecho de Magallanes a Puerto Montt y Valparaíso tratan de evitar las tempestuosas aguas del Pacífico. Pero al lado de éstos se distribuyen en todas direcciones otros canales, grandes y pequeños, un laberinto de callejuelas, senderos, meandros solitarios que en curioso serpenteo se internan entre un ciclópeo conjunto de islas, caprichosamente recortados por una infinidad de bahías, caletas y ensenadas.

Éstas penetran en el corazón de la cordillera entre gigantescas paredes de montañas, talladas a pique sobre el mar y revestidas de exuberantes bosques de hayas, cipreses y magnolias, formando los fiordos más gigantescos y majestuosos del mundo. Las masas de hielo que se desprenden de los glaciares llenan literalmente las bahías para ser arrastradas después a la deriva, a lo largo de los canales, por el viento y las corrientes.

Es un espectáculo impresionante por la severa grandiosidad de las montañas, la variedad infinita de las costas desmenuzadas en millares de islotes y escollos, por el

encanto de la soledad, la magnificencia de los cielos, ora nebulosos y sombríos, ora diáfanos y luminosos, desde donde el Sol proyecta sus luces sobre este fantástico cuadro de la naturaleza, salpicando en él las tonalidades más sorprendentes e inverosímiles. Exceptuando los ya mencionados y tal vez algún otro, los canales patagónicos se hallan aún poco explorados o totalmente desconocidos. Permanecen sobre todo inexploradas las ensenadas que, con sus múltiples ramificaciones, penetran la cordillera, ya que solitarios y sumergidos en la soledad de elevadas montañas, entre glaciares y nieves perpetuas, estos fiordos ofrecen muy poco interés a los navegantes.

Fue justamente esta solitaria y virginal belleza de los fiordos con sus altísimas y blancas cadenas de montañas de las que había tenido una visión fugaz en un rápido viaje realizado en un barco a vapor, al norte de Chile, lo que me llevó nuevamente a ellos, pero no ya en los usuales barcos correo sino en un velero provisto de motor, el *Renato*, de 40 toneladas de desplazamiento, fletado en Punta Arenas, a fin de poder visitar a mi gusto los lugares más interesantes e internarme en los fiordos inexplorados de la alta cordillera.

El 7 de diciembre de 1928, después de un rápido viaje de diez días a la isla Negra, la *Renato* volvía por el canal Santa Bárbara al estrecho de Magallanes para seguir de inmediato al cabo Pilar y de allí dirigirse al norte, a lo largo de los canales y llegar a los fiordos Eyre y Falcón, en las cercanías de la angostura Inglesa^{11*}.

Pilotaba la goleta el capitán genovés Luciano Formento, viejo y apreciado lobo de mar, gran conocedor de los canales. Completaban la tripulación de a bordo otros tres expertos marineros: un dálmata, un napolitano y un “chilote” (habitante de Chiloé).

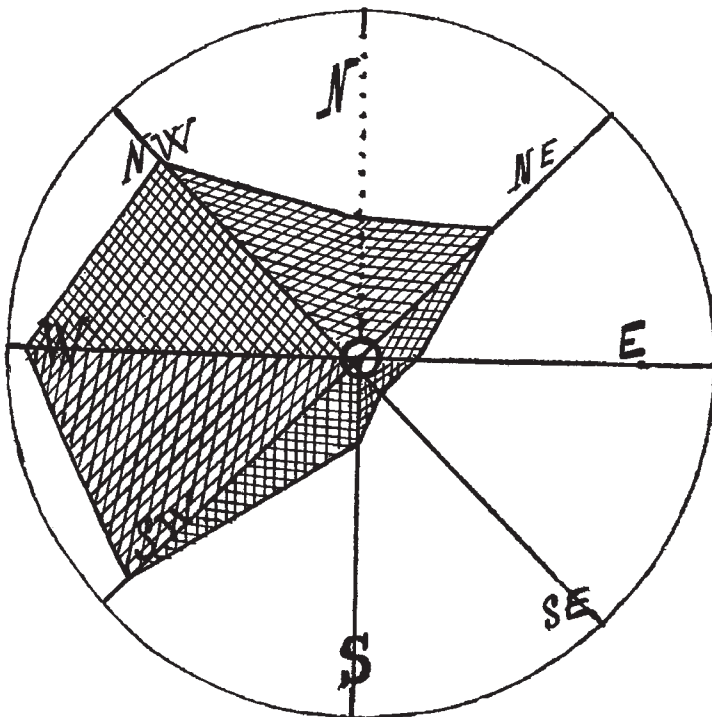
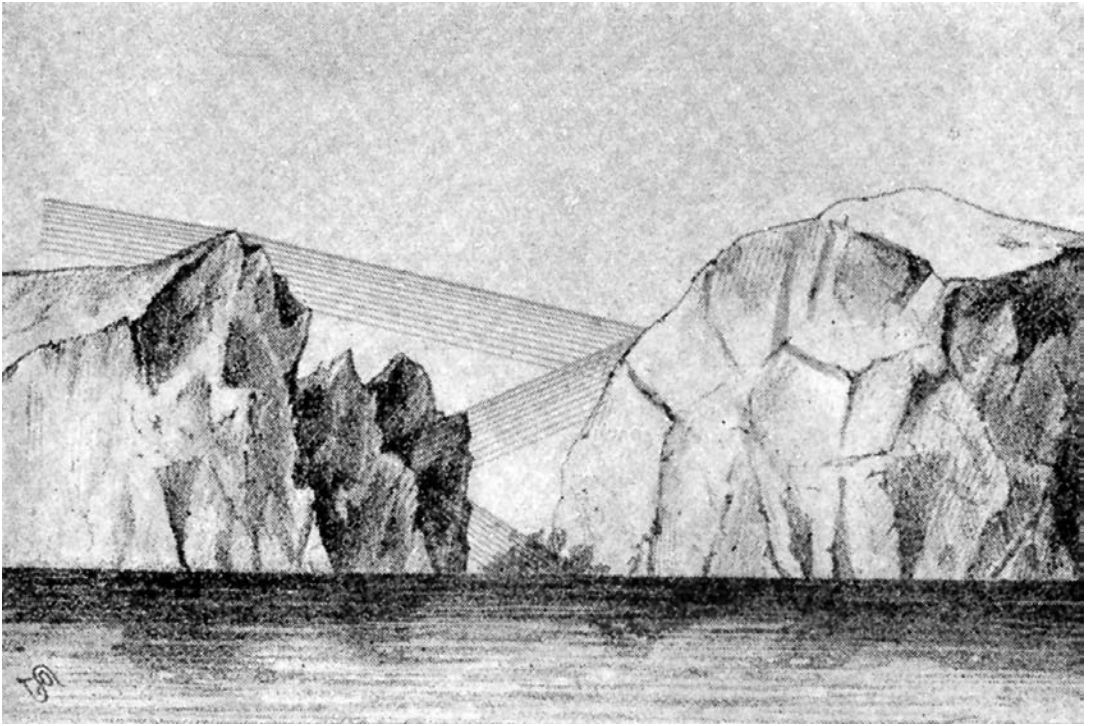
Una sucesión de temporales de extraordinaria violencia dificultó desde el principio nuestro viaje. Los vientos soplaban de noroeste a suroeste sin interrupción y sin disminuir su violencia, encajonados en el corredor de altas montañas que flanquean el Estrecho, levantando una furiosa marejada de proa contra la cual la potencia de nuestro motor era insuficiente.

Esta parte occidental del estrecho, que va del cabo San Isidro al cabo Pilar, ofrece, por su naturaleza montañosa, un notable contraste con la llanura oriental y presenta fenómenos físicos que modifican las reglas de la navegación y acrecientan los peligros de la misma. Desaparecen por completo las mareas de gran amplitud y las corrientes marinas son de escasa potencia, con excepción del paso Tortuoso (Crooked Reach), en las cercanías del cabo Crostide, donde las corrientes adquieren una velocidad de 3 millas por hora. Pero si los fenómenos relativos a los movimientos de agua se tornan prácticamente de escasa importancia, los atmosféricos constituyen en cambio uno de los peligros más serios y persistentes para la navegación.

Los vientos del noroeste y del suroeste, que en la zona oriental, a pesar de su gran potencia, mantienen más o menos la misma intensidad, en la zona occidental del archipiélago tienen direcciones casi opuestas pues son desviados en su curso por la distinta orientación de las montañas que flanquean los canales. La caracte-

¹¹ Cfr. De Agostini, *I miei viaggi nella Terra del Fuoco, La Isola Nera*, 3ª ed., Torino, pp. 297-322, 1934.

* Este capítulo sobre la isla Negra no se encuentra en las ediciones en español e italiano anteriores a la referida por el autor (N.E.)



N =	6
NE =	8
E =	2
SE =	1
S =	3
SW =	15
W =	16
NW =	<u>13</u>
	64

Bosquejo que demuestra la acción de un *williwaws* en los canales magallánicos.

Esquema de la frecuencia relativa de los vientos en la región magallánica a base de las observaciones de cuarenta años realizadas por el Observatorio Salesiano de Punta Arenas.

rística de estos vientos son las ráfagas que acompañan a los temporales (chubascos, cerrazones) de una violencia indecible y de breve duración, las cuales, descendiendo de los valles y montañas con un formidable estruendo son acompañadas, a veces, por una descarga de nevisca que oscurece el horizonte y levanta trombas de agua pulverizada que luego es arrastrada por el viento vertiginosamente sobre las aguas. Algunas veces estas ráfagas, que han sido denominadas por los loberos *williwaws* o ráfagas huracanadas, son tan extraordinariamente violentas, rápidas y fulminantes que destruyen a su paso cuanto no sea de una solidez absoluta.

8 DE DICIEMBRE

En las primeras horas de la mañana abandonamos bahía Mussel en la costa noreste de la isla Carlos III, donde habíamos pernoctado y proseguimos nuestro camino por el English Reach, entre la ribera suroeste de la península Brunswick y la isla mencionada, escarpada y hendida, formada por macizas rocas cupuliformes modeladas por antiguos glaciares, algunas de las cuales alcanzan hasta 432 m de altura. Llegados a la extremidad occidental de esta isla viramos al suroeste y penetramos en el canal Tortuoso, dejando a nuestra derecha el canal San Jerónimo, que conduce a los golfos interiores Otway y Skyring y cuya boca veíamos tallada en la costa norte entre las penínsulas Córdoba¹² y Brunswick*.

La primera parte de este pintoresco canal tiene solamente una longitud media de unos 2 km y se desliza entre altísimas y verticales paredes de montañas coronadas de nieves perpetuas y cubiertas hasta las dos terceras partes de su altura por espesas manchas de vegetación. Ya más adelante, frente al golfo Cóndor, se ensancha recibiendo el nombre de canal Indian hasta que, después de haber descrito un arco de 21 millas, desemboca en el vasto golfo Otway**. La corriente de este canal llega a adquirir en su parte más estrecha una velocidad de 11 kilómetros por hora. No habíamos recorrido más que unas pocas millas en el Crooked Reach cuando el tiempo, prometedor en las primeras horas de la mañana, cambió súbitamente y a eso de las 8 de la mañana densos nubarrones nos ocultaron la vista de las montañas y comenzó a soplar un fortísimo viento del noroeste.

Las riberas que flanquean este canal son sumamente desoladas y demuestran la fuerza del viento que las azota constantemente impidiendo el desarrollo de la vegetación. Curiosa e imponente es la forma del monte El Morrión, denominado así por Córdoba en 1786. Éste es un monolito granítico liso y pulido que surge ver-

¹² El nombre Córdoba (y no Córdova como es señalado en los mapas hidrográficos ingleses y chilenos) aplicado a esta península así como a una isla y a una profunda ensenada, situadas en la costa sur del Long Reach, fue puesto en honor del capitán español Antonio de Córdoba, que exploró el estrecho de Magallanes con la fragata *Santa María de la Cabeza* en dos expediciones efectuadas en los años 1785-1786 y 1788-1789.

* Más que golfos estos grandes espejos marinos interiores merecen ser llamados “mares”, siguiendo una tendencia en la descripción geográfica iniciada pasado el medio siglo xx (N.E.).

** Corresponde al actual canal Jerónimo (N.E.).

ticamente del mar para alcanzar una altura de 330 m en la margen sur del brazo Tortuoso y casi frente al cabo Quod¹³.

No salimos aún del canal Tortuoso cuando experimentamos la acción de una fuerte marejada que viene desde larga distancia, encajonada en ese largo y recto brazo de mar que con el nombre de canal Largo (*Long Reach*) constituye una de las partes más angostas del estrecho de Magallanes. La limitada fuerza de nuestro motor no puede vencer la fuerza de las ondas y debemos buscar rápidamente refugio en la costa, a la entrada del golfo de las Nieves (*Snow Sound*) donde pasamos todo el día. Este golfo es un gran brazo de mar de 18 km de longitud, circundado por montañas blanqueadas de nieve, que termina en dos fiordos en los que desembocan dos majestuosos glaciares. Bellísima y totalmente inexplorada es esta cadena de montañas, recubiertas por un gran manto de nieve y hielo, que se extiende entre los canales Santa Bárbara y el abra Sea Shell por el norte de la isla Santa Inés y desciende formando numerosas caídas de hielo sobre la costa del Long Reach.

9 DE DICIEMBRE

Continúa soplando el viento noroeste, pero ya con menos violencia. Zarpamos temprano y retornamos a nuestra ruta por el canal Largo, que se extiende recto en un recorrido de 34 millas, entre el cabo Quod y la punta Havannagh, extremidad occidental de la península Córdoba.

Ambas márgenes del canal presentan una sucesión de altísimas montañas de desnuda roca granítica, recortadas por profundos valles y pequeñas ensenadas que penetran la costa; una escasa vegetación cubre sus bases, mostrando sus árboles azotados y curiosamente retorcidos por los furiosos vientos que soplan casi de continuo. En la costa norte, hay montañas que son más elevadas y llegan a perforar las nubes a manera de agujas o crestas dentadas. Profundas sinuosidades las surcan y una que otra mancha de nieve se deposita en sus repliegues. De cuando en cuando algunos glaciares se precipitan en la garganta de las montañas, siendo entre ellos el más pintoresco y conocido el que, en rápida cascada de hielo con reflejos azul-verdosos, desciende a la bahía Ventisquero (glaciar Bay) deteniéndose luego cerca de un verdeante y frondoso bosque de hayas.

Los vapores que hacen la travesía del estrecho lo visitan con frecuencia, pues encuentran allí un buen fondeadero, facilidad para renovar la provisión de hielo y una oportunidad de disfrutar al mismo tiempo de uno de los más majestuosos y curiosos espectáculos que la tierra magallánica puede ofrecer.

Mientras nuestra goleta avanza con dificultad, nos alcanzan y adelantan dos *destroyers** chilenos, provenientes de Punta Arenas, que se dirigen veloces hacia el Pacífico. La severa y maciza silueta gris oscuro de estas naves, coronadas por un

¹³ Este cabo fue denominado Quad por el piloto Wood de Narborough (1670) y luego transformado en Quod por los ingleses.

* Tanto en la edición española como en la italiana la palabra aparece en inglés. Se refiere a los destructores, barcos de guerra, en este caso de la Armada chilena. El cursivo es nuestro (N.E.).



Cruz monumental erigida sobre el cabo Froward en el extremo sur del continente americano. Debajo se ven las aguas del Estrecho y al fondo las montañas de Tierra del Fuego.

El capitán Luciano Formento, al timón de la goleta *Renato*.

penacho de humo, encuadra maravillosamente con el fondo también gris y sombrío de las montañas y del cielo.

Entretanto, el viento va adquiriendo mayor violencia y las olas se estrellan furiosamente contra nuestra pequeña embarcación que salta y se agita en forma endiablada, sin conseguir avanzar. Nuevamente nos vemos obligados a buscar resguardo y, a eso de las 10, anclamos en la bahía Cormorán, al norte de la isla Santiago.

DICIEMBRE 10

Durante la noche el viento hizo sentir su terrible ulular que se mezclaba con el fragor de las olas. En las primeras horas de la mañana, pareciéndonos que había llegado un período de tregua, continuamos el viaje. Pero, después de haberse levantado el Sol sobre el horizonte, aumentó nuevamente la fuerza del viento, como ocurre a menudo, y apenas pasamos el cabo Upright, el oleaje de mayor potencia y altura a causa de la corriente del Pacífico con cuyas aguas habíamos tomado nuevamente contacto, nos obligó otra vez a buscar un fondeadero. Lo encontramos en una pequeña bahía ubicada entre las sinuosidades de algunos islotes, al sur de la bahía Alquilqua, donde el capitán Formento acostumbraba refugiarse años atrás, cuando se dedicaba a la caza de focas.

No muy lejos de donde anclamos, entre un grupo de islotes y escollos que obstruyen la entrada de la bahía Alquilqua, emerge de las aguas, como un fantasma, el esqueleto de un velero naufragado allí quién sabe cuándo. Sobresalen únicamente la proa, los mástiles y la antena, en gran parte destrozados por el viento y las tempestades. Por haberse desviado de la ruta habitual, recostándose sobre la costa sur a poco de haber penetrado en el estrecho, impelido quizás por una fuerte tempestad y con precarias condiciones de visibilidad, había ido a estrellarse en uno de los tantos escollos submarinos que insidiosamente disimulados a flor de agua, constituyen un constante peligro en todo el largo de la travesía.

DICIEMBRE 11-13

Continúa el mal tiempo con una constancia impresionante. Si dura unos días más tendremos que renunciar al viaje a cabo Pilar y aun a continuar hasta los canales patagónicos, donde la tarea que nos espera es más grande e importante.

Fortísimos temporales del noroeste se suceden sin interrupción, día y noche, acompañados de una lluvia torrencial. Nuestra estada a bordo es por demás monótona y tediosa. Gran parte del día la pasamos guarecidos en el castillo de popa, nuestro refugio predilecto, donde están emplazados el motor y la cocina. Una curiosa y penetrante mezcla de olores a peces y alquitrán, yodo y cables, nafta* y fritos, emana de este rincón de a bordo que se frecuenta con tanto cariño por

* Probablemente se refiera al petróleo del motor de la goleta o a la bencina de las lámparas. El término nafta se utiliza en Argentina así como el de bencina en Chile. Ambos son combustibles que se usan para hacer funcionar motores especialmente de automóviles (N.E.).

la tibieza que difunde su estufita siempre encendida, mientras afuera la lluvia y el viento helado del sur hacen casi imposible el permanecer sobre cubierta. En esas largas horas de espera, pensaba para mis adentros en lo dura que debía ser la vida para la tripulación de los antiguos veleros que surcaban estos mares desconocidos, entre continuos peligros y con medios escasos y primitivos.

Cien veces al día se consulta el barómetro, se escudriña el cielo, se espía el canal convertido en una impresionante masa de monstruosas olas impulsadas por el viento y lanzadas en una furiosa carrera por el canal.

De cuando en cuando, para desentumecer los miembros, descendíamos a tierra, pese al viento y la lluvia, e íbamos recorriendo los islotes vecinos a fin de cazar algunas aves, pues la carne fresca de las pocas ovejas que traíamos a bordo se había terminado. Escasos son los volátiles en estos islotes batidos por el viento, pero asimismo encontramos a lo largo de la costa rocosa, en los lugares más salientes sobre el mar, algunos ejemplares de avutardas (*Chloephaga antarctica*) que cayeron bajo la certera puntería de Formento. La *Chloephaga antarctica* es una especie de oca grande, de pico muy corto y de formas muy elegantes; el macho es de plumaje blanco como la nieve, la hembra es negra con las plumas de las alas listadas de blanco*. Estos palmípedos se ven con frecuencia en estas costas y suelen andar siempre en parejas; pero no son tan sociables como las otras dos especies de avutardas que viven en la cordillera y en la zona pampeana. Son muy desconfiados y huyen apenas notan la proximidad de seres extraños, pero cuando tienen crías que no pueden volar, se dejan aproximar hasta pocos metros, para protegerlos y facilitarles la huida.

Las excursiones al interior de las islas ofrecían pocos atractivos, pues no era posible atravesarlas sin quedar empapados de agua de la cabeza a los pies. El terreno recubierto de altos juncos, musgos y esfagnos, formaba un tapete esponjoso impregnado de agua, donde los pies se hundían con gran facilidad, y a medida que nos internábamos en espesos y raquíticos bosquecillos de hayas, que crecían en los pequeños canales reparados del viento, copiosas duchas de agua caían desde las ramas sobre nosotros.

Toda esta zona occidental del archipiélago fueguino y de los canales patagónicos presenta fenómenos meteorológicos y físicos del mayor interés. La cantidad de lluvia que cae en estos parajes es verdaderamente enorme, y está considerada entre las más abundantes del mundo.

De las observaciones pluviométricas realizadas durante veinte años en las islas Evangelistas¹⁴, donde hay instalado un faro con personal permanente, resulta que

* Referencia a la caranca, actualmente *Chloephaga hybrida*. Para entender los cambios de denominación científica de las especies debe tenerse presente que la Taxonomía, como rama de la Sistemática, ha tenido una gran evolución desde el tiempo de las exploraciones del Padre De Agostini (N.E.).

¹⁴ En 1896 la marina chilena instaló un faro sobre el islote más grande del grupo Evangelistas. Esta instalación requirió una labor ímproba y dos años de trabajo. La mayor dificultad consistió en desembarcar el material de construcción en el islote de paredes verticales, expuesto a las furias de las olas del océano que son de potencia y dimensiones asombrosas. Aun durante lo que allí se llama perfecta calma, el movimiento de las aguas (mar de fondo) alcanza a 5 metros de altura. Desde el puerto



Estrecho de Magallanes. La goleta *Renato* en la bahía Fond.

Mar gruesa del sur.

el término medio de lluvia registrado es de 2.900 mm al año, pero ha habido años en que la lluvia caída alcanzó a 3.450 mm*.

La temperatura es relativamente benigna, siendo la media anual de 6,2°C. En los meses de enero y febrero, los más templados del año, la temperatura más alta registrada fue de 18,2° y la más baja de 1,6°. El término medio de la presión barométrica es de 700 mm. La mayor presión se observa en junio y la menor en julio, lo que constituye un caso curioso. Casi no aparece el Sol. En once meses y medio (345 días) de observaciones, un empleado del observatorio comprobó que el Sol se dejó contemplar, durante el día entero, solamente cinco veces. El resto del tiempo el cielo estuvo siempre nublado. No hay allí estaciones propiamente dichas, pues llueve, nieva y graniza constantemente. El clima de esta región, como lo ha denominado con exactitud el capitán King, “es frío, húmedo y borrascoso”.

Los vientos predominantes son del noroeste y oeste y, en invierno, del norte y ocasionalmente del este. Las ráfagas de viento son de tal potencia que en una ocasión, en el faro Evangelistas voltearon un barril de 250 litros de capacidad. Durante las borrascas, las olas que rompen sobre la escollera, a 200 m de distancia, llegan a sobrepasar con sus salpicaduras el islote de 56 m de altura, por lo cual ha debido protegerse el depósito de agua pluvial para evitar que se mezcle con la salada del mar, tornándose no apta para el consumo.

Muy desolado y triste es el aspecto de esta costa que se extiende desde el cabo Tres Montes hasta el cabo de Hornos, completamente montuosa y escarpada, desnuda y rocosa, con una infinidad de islotes y escollos a los que la erosión de las gigantescas olas del mar han hecho aún más interesantes. Numerosos monolitos y farallones de curiosa y atrevida figura forman, en toda su extensión, una espectral barrera de centinelas avanzados, en perpetua lucha con las enfurecidas olas del Pacífico, por lo cual merecieron el acertado nombre de “Desolación del Sud” aplicado por el navegante inglés John Narborough**.

Aquí, en la embocadura del estrecho a donde nos dirigimos, hay cuatro de estos desolados islotes a los cuales Magallanes, por su número y forma, dio el nombre de Evangelistas y en el mayor de los cuales es donde se ha levantado el faro. Allí van a reposar los preciosos lobos de mar de dos pelos y las aves oceánicas. Los “loberos” (cazadores de lobos y focas) los visitan periódicamente esperando en puertos cercanos, durante semanas y hasta meses enteros, el preciso momento en que el mar en calma permita el desembarco, operación asaz difícil y peligrosa. Otros doce farallones se alzan al sur del cabo Pilar con el nombre de Apóstoles.

Cuarenta Días –nombre que tiene su significado– al sur de la isla Pacheco, esperaban los días de calma y entonces ganaban rápidamente el islote, efectuando el desembarco con hábiles marineros adiestrados especialmente para esa difícil maniobra.

* La pluviometría media para Evangelistas es de alrededor de 3.000 mm anuales (N.E.).

** Acertada impresión que lleva a recordar a uno de los navegantes que más trabajó por el perfeccionamiento de la hidrografía patagónica occidental como lo fue el comandante Pringle Stokes, de la Real Marina Británica, quien durante una campaña de operaciones memorable en 1828 sufrió intensamente a consecuencia del rigor ambiental, al punto de caer en una depresión profunda que lo llevó al suicidio (N.E.).

El cabo Pilar es notable por su elevación de 552 m y por su aspecto escarpado y elevado como un pilar, lo que le ha valido ese nombre. En el grupo *Collage Rocks* a occidente de la isla Santa Inés, algo más al norte de la costa Brava (*Breaker Coast*), me decía el capitán Formento, que exploró toda esa desolada escollera cuando realizaba sus cacerías de lobos marinos, que hay una roca cuya estructura se asemeja a la imagen de la Virgen con el Niño en brazos, la cual es venerada por los loberos quienes, al pasar cerca de ella, se descubren e invocan su protección para salir ilesos de las borrascas.

Los navegantes españoles y portugueses, siguiendo los impulsos de su profundo sentimiento religioso reavivado por las angustias de una penosa navegación en estas lejanas y desoladas regiones azotadas por continuas tempestades, han querido exteriorizar su gratitud por los peligros eludidos, aplicando el nombre de la Santísima Virgen y de los Santos a las islas, cabos y canales por ellos descubiertos.

En los archipiélagos fueguinos y en los canales patagónicos se conservan intactas en gran parte estas denominaciones, edificantes testimonios de la fe de que estaban poseídos aquellos heroicos marineros.

DICIEMBRE 14-15

Después de fuertes vientos del noroeste y una lluvia continua, comienza a soplar viento suroeste y el barómetro sube rápidamente a 762 mm. Creíamos que con una presión alta llegaría el buen tiempo, pero en cambio los temporales han aumentado en intensidad hasta convertirse en verdaderos huracanes. Los chubascos que caen sobre nuestra pequeña embarcación son tan fuertes que llegan a amedrentarnos seriamente. El capitán ha asegurado la goleta con una segunda ancla y un cable atado a tierra. Ya ha transcurrido casi una semana, el tiempo que yo había destinado para visitar el cabo Pilar. Nos es imposible esperar más. Apenas se componga el tiempo atravesaremos el estrecho, para volver a tomar la ruta de los canales patagónicos hacia el norte.

DICIEMBRE 16

Van seis días sin que el viento ofrezca un minuto de tregua, antes bien, durante la noche ha colmado toda medida. Las terribles sacudidas que daba a las cadenas de las anclas nos tenían en un continuo sobresalto impidiéndonos conciliar el sueño. Por la mañana fue calmándose gradualmente, lo que nos indujo a dejar nuestro refugio poco después de mediodía, e intentar la travesía del Estrecho para llegar, al anochecer, a cobijarnos en la orilla opuesta.

Apenas penetramos en las aguas del estrecho comprendimos que aunque el viento había amainado, el mar estaba aún agitado por monstruosas olas que obligaban a nuestra goleta a recibirlas parcialmente de popa, para no verse arrastrada a los profundos abismos.



Canal Sarmiento. Restos de un naufragio.

Canales patagónicos. *Philesia buxifolia*.

Deposé

Fot. A.M. De Agostini

Después de dos horas de viaje tocamos la orilla norte del estrecho, al sur del cabo Providencia, y girando nuevamente a occidente navegamos en plena calma entre un rosario de islotes de formas muy graciosas y cubiertos de una vegetación forestal tan hermosa y pintoresca que nos llenaron de admiración.

Su naturaleza montañosa los hace aún más atrayentes por lo variado de sus valles y montañas, por las paredes gigantescas que caen a pique sobre el mar, surcadas por un sinnúmero de riachuelos y cascadas. Helechos, musgos, líquenes, adornan artísticamente las bases de estas islitas, dejando en la margen inferior un zócalo de roca viscoso y negruzco, despojado de toda vegetación por el flujo y reflujo de las aguas. En las laderas, entre el intenso verdor de las hayas y magnolias, sobresalen, como palmeras, los elegantes y gigantescos helechos del *Blechnum magellanicum*, cuyo tronco, de casi un metro de altura, termina en una magnífica cabellera de hermosas hojas pinadas y radiantes, de consistencia coriácea, verdes en su exterior y rosa oscuro en su interior, donde aún asoman las tiernas yemas. No faltan tampoco las soberbias y graciosas campanillas rosa-escarlata de esa magnífica liliácea llamada *Philesia buxifolia*, que se adhiere a los troncos y ofrece una nota de vida y belleza en la floresta magallánica. Al oscurecer anclamos en una bellísima caleta a la entrada del canal Silvia, situado entre la isla Providencia y la costa del continente.

Las aguas de la bahía están casi inmóviles y nos dan la ilusión de que fuera de allí todo está en calma, pero las nubes que pasan veloces y en desorden sobre nuestras cabezas son claro indicio de que en el canal continúa enfurecido el mal tiempo. Durante la noche cae una lluvia torrencial que en las primeras horas de la mañana se transforma en nevisca acompañada de fuertes ráfagas de viento.

DICIEMBRE 16

Mañana oscura y tempestuosa. Salimos del canal Silvia y costeamos a sotavento una accidentada y montuosa prolongación de la península Muñoz Gamero, que termina con la isla Tamar.

Las aguas del *Sea Reach* (Paso del Mar) –así es llamado el estrecho en este extremo oeste, porque las aguas están continuamente agitadas por los vientos y las corrientes– aparecen en lontananza de un color verde oscuro y casi se confundirían con el cielo denso y preñado de nubarrones si a trechos no aparecieran las blancas crestas de las olas que se elevan y se persiguen en veloz carrera acuciadas por el viento.

El airado aspecto del estrecho casi nos hace perder la esperanza de poder, en esa jornada, ir más allá de la isla Tamar, que se halla relativamente cerca. Es éste un peligroso trecho de mar, temido por los pequeños barcos de cabotaje, que navegando hacia el norte, a lo largo de los canales patagónicos, se encuentran completamente expuestos a la vehemencia de la gruesa marejada del suroeste, que llega del Pacífico a través de la abertura del estrecho, entre el cabo Pilar y el archipiélago Reina Adelaida.

Viene a facilitar en algo esta peligrosa travesía el paso Roda, canal de tres millas de extensión, que se abre entre la península Tamar y la isla del mismo nombre, pero antes de llegar a él debemos atravesar unas dos millas de mar gruesa que nos embiste de proa y nos obliga a efectuar unas arriesgadas bordadas.

Son las nueve de la mañana. La goleta se aparta de la costa y, guiada por la experta mano del capitán Formento, inicia la ardua travesía. Apenas sobrepasado el baluarte rocoso del cabo Tamar¹⁵, que detiene las aguas borrascosas del Estrecho, nos encontramos a merced de gruesas olas que se precipitan furiosas contra el ágil velero.

El *Renato* afronta impávido el golpe de las olas, y se desliza sobre ellas como si fuera una gigantesca gaviota, pero bajo las violentas ráfagas se inclina de golpe y roza de un modo alarmante, con sus velas hinchadas, las espumosas crestas de las ondas marinas. Algunos virajes bruscos, mientras se hunde en lo profundo, no dejan de causarnos impresión, pero bajo el robusto brazo de Formento, que maneja hábilmente el timón, nuestro velero, encaramándose sobre las olas, sale de las hondas simas y después de algunas bordadas, en las que el avance se torna penoso por la violencia del mar, ganamos la embocadura del paso Roda, donde navegamos al fin en mar tranquilo.

Renunciamos por ese día a continuar el viaje y echamos anclas en el puerto Rachas, abrigado en la costa oriental de la isla Tamar.

Por la tarde descendemos a tierra y efectuamos una excursión a lo largo de la costa septentrional de la isla Tamar, la que tendremos que abandonar para surcar el último tramo peligroso que nos falta recorrer aún, antes de entrar al canal Smyth.

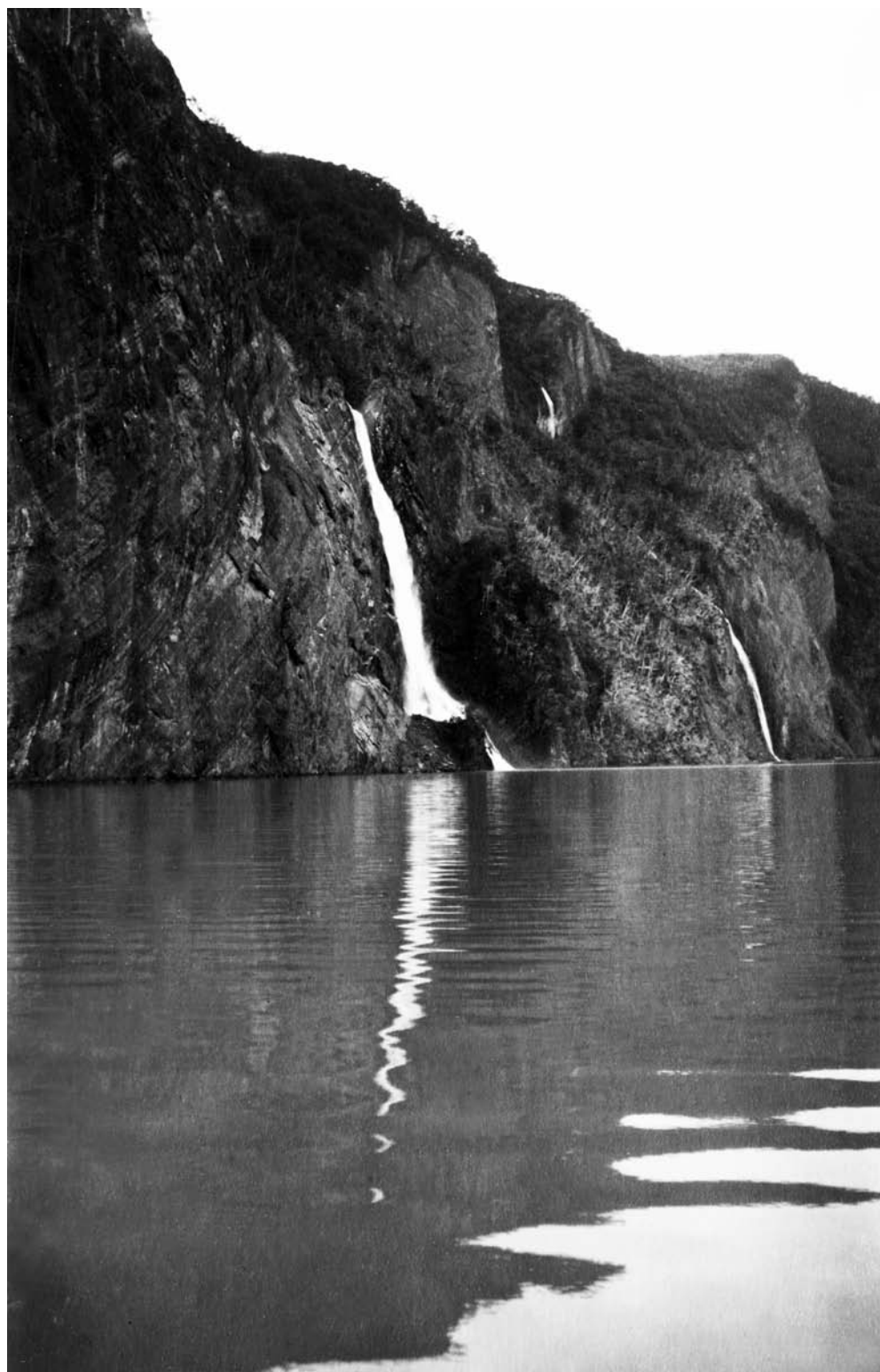
Alejándonos de la playa, trepamos las empinadas cuestras de la isla, impregnadas de agua y recubiertas de un tapete de musgos, líquenes y helechos. En los profundos cañadones que surcan la montaña hay vigorosas manchas de hayas, entre las cuales destacan las artísticas pirámides verde-claro del canelo (*Drymis winterii*) y las más oscuras del ciprés austral (*Libocedrus tetragona*).

En pocas horas llegamos a un cerro elevado desde el cual se domina un extenso panorama sobre el estrecho y la cadena montañosa de la península Muñoz Gamero.

Es un paisaje por demás desolado y triste debido al desnudo y escarpado aspecto de las montañas que se extienden en el lejano horizonte formando una caótica aglomeración de cúspides y cimas redondeadas por la acción de los antiguos glaciares y barridas por los vientos que las azotan sin tregua.

A occidente, la llanura azul oscuro del estrecho, surcada por las innumerables crestas blancas de las olas, se aleja y desaparece en la bruma tempestuosa del Pacífico, limitada al sur por el cabo Pilar, mientras a nuestros pies se extiende una costa abrupta sembrada de numerosos escollos, en los cuales las monstruosas olas se rompen y convierten en blanca espuma, haciendo llegar hasta nosotros un fragor sombrío y misterioso.

¹⁵ Nombre de uno de los buques del comodoro Byron.



Numerosas cascadas bajan de las escarpadas montañas que flanquean los canales.

Durante la excursión encontramos entre algunas bahías ocultas, un buen número de grandes patos vulgarmente denominados “Pato a Vapor” o “Quetro” (*Micropterus cinereus*), algunos de los cuales cayeron bajo las balas de nuestro Winchester*.

El *Micropterus cinereus* es el ave más característica de la zona magallánica, porque, no pudiendo volar y teniendo las alas poco desarrolladas e insuficientes para sostener su cuerpo, que es de forma tosca y pesada como el de nuestras ocas, posee en cambio la facultad de poder deslizarse a gran velocidad en el agua, sirviéndose para ello de sus patas palmípedas y sus alas mochas que hacen girar rápidamente dejando tras de sí una estela de blanca espuma, como si fuera un vapor; de allí su curioso nombre ya citado, que al inglés se traduce *race-horse* o *racess steamer*. En cierta ocasión tuve oportunidad, en Tierra del Fuego, de perseguirlo con una lancha a motor, y no obstante navegar a 9 millas por hora, no conseguí alcanzarlo. Cuando está en peligro se zambulle bajo el agua, donde puede permanecer largo rato. Vive siempre en parejas, pero a veces se encuentran grupos de 15 a 20 individuos. El ave adulta tiene la cabeza de un color ceniza claro mientras el resto de su cuerpo es gris plomo. Construye sus nidos entre las hierbas de la costa, donde pone de 4 a 6 huevos. Su carne es negra y dura, pero los marineros la preparaban discretamente quitándole el pellejo, que es grasiento y rancio. Destripada y desplumada, una de estas aves pesaba 6 k. Hay también un *Micropterus* volador denominado por Fitz Roy *patachonicus*, que es más pequeño que el anterior y frecuenta, con preferencia, los charcos de agua dulce. El naturalista Cunningham, que permaneció largo tiempo en el estrecho de Magallanes dedicándose a estudios ornitológicos, asegura que el *Micropterus* volador no es sino el individuo joven de la especie no voladora, aunque no da ninguna explicación de la atrofia de las alas en los ejemplares adultos, la que posiblemente podría atribuirse al subsiguiente desarrollo desproporcionado que aumenta excesivamente el peso de su cuerpo.

DICIEMBRE 17

Durante la noche el viento empezó a disminuir, y a la madrugada nuestra goleta abandonaba su refugio para cumplir el último tramo difícil del estrecho y entrar en el canal Smyth, pero, apenas salidos del paso Roda, advertimos que no había disminuido la violencia de la marejada. Nuestra pequeña embarcación trató de orzar para ganar la costa opuesta y colocarse a sotavento de la isla Manuel Rodríguez, distante una decena de millas, pero frente a las continuas y violentas olas no pudo avanzar, y después de algunas vanas tentativas, se vio obligada a volver popa al viento y penetrar en la profunda e inexplorada bahía Beaufort.

Las indicaciones acerca de la ruta, que buscaba en la guía hidrográfica de la Marina Chilena y en los mapas del Almirantazgo inglés, eran por demás alarmantes y no aconsejaban la entrada ni siquiera de embarcaciones pequeñas, por

* Actualmente *Tachyeres pteneres* (N.E.).

tratarse de una zona todavía inexplorada y salpicada de arrecifes y escollos. Ni Formento había penetrado en ella, pero obligados a ir a la deriva, tratamos de superar con la prudencia y cuidado que sugiere el amor a la vida, todo aquel formidable amontonamiento de escollos e islas, que lleva el nombre de Stragglers y al que nos aproximamos con gran rapidez. La presencia de los escollos que circundan los islotes es de inmediato señalada por la masa flotante del Kelp (*Macrocystis pyrifera*), esa alga gigantesca que forma verdaderos bosques submarinos y señala providencialmente la presencia de los escollos y de los altos fondos sobre los cuales está asentada, pero aun cuando tratamos de mantenernos alejados no pudimos lograrlo, impelidos como íbamos por el viento y la marejada. No sin temor vemos a nuestra goleta rozar la quilla sobre la flotante masa de hojas del kelp y, cuando creíamos correr el mayor de los riesgos, con gran sorpresa nos encontramos en aguas perfectamente tranquilas. Aquellas algas que tanto temíamos lograban detener y dominar la violencia de las olas que pocos centenares de metros atrás se rompían en blanca espuma.

Es realmente maravilloso ver cómo crece y florece en medio de las rompientes esta planta vigorosa, cuando la misma roca, tan dura, es corroída y desmenuzada por la furia del mar.

La *Macrocystis* se adhiere a las rocas con una raíz muy ramificada de la que nacen ramas de dos especies: unas pequeñas, carentes de vesículas, que son fructíferas; otras, en cambio, largas y sutiles, forman un ángulo agudo con el fondo, para surgir luego oblicuamente a la superficie donde la extremidad se ramifica exteriormente en forma de láminas dentadas provistas del aire que la mantiene a flote. La longitud que alcanzan es enorme. El capitán Cook midió algunas de 110 m y Agassiz, en la nave *Haslar* en 1872, encontró ejemplares de 300 m. En esta floresta submarina hay un mundo de seres vivientes que forman una escala ascendente desde los más diminutos crustáceos hasta los peces, aves y nutrias, los que encuentran allí abundantes medios de subsistencia.

Después de dos horas de trepidar, dejamos atrás los escollos Stragglers y penetramos en las aguas más seguras y tranquilas del canal Smyth. Navegamos ahora en un largo y angosto corredor casi rectilíneo, orientado de norte a sur, flanqueado por complejas cadenas de montañas de desnudas rocas graníticas que se suceden hasta el infinito, ostentando bizarras cúspides salpicadas por blancas manchas de nieves y glaciares. La parte inferior de estas montañas se halla revestida de una escasa vegetación de hayas raquílicas y retorcidas por los furiosos vientos del noreste. Un cielo hosco, denso de nubes, pesa como una capa de plomo sobre ese paisaje montañoso lleno de misterio y de silencio, interrumpido sólo ocasionalmente por el aleteo del cóndor andino.

A eso del mediodía ganamos la isla Summer mientras a levante se abre la bahía Muñoz Gamero, la cual ofrece en su terminación un buen puerto donde la Marina Chilena ha establecido un depósito de carbón y mantiene una guarnición todo el año.

A unos 10 km al noroeste de la bahía Muñoz Gamero se alza el monte Burney, un pico volcánico de sólo 1.768 m de altura, pero de forma imponente, pues emer-



Puesta de Sol en los canales.

Helecho (*Blechnum magellanicum*) que adorna las florestas en los canales patagónicos.

ge aislado de otras montañas cercanas al mar y lanza a lo alto su cúspide cónica, revestida por una formidable coraza de nieve y hielo, la cual descende en bellísimas cascadas de *seracs* azules sobre el pie verde oscuro de la floresta magallánica. Fue así denominado por el capitán Parker King en memoria del almirante inglés James Burney.

A esas horas no podíamos divisar más que los poderosos flancos, deslumbrantes de nieve, y las azuladas paredes de hielo entre las repentinas rasgaduras de la niebla gris que ocultaba la cumbre.

A cuatro millas hacia el norte de la isla Summer, atravesamos la extremidad sureste del canal Cutler, que separa la isla Rennell del archipiélago Reina Adelaida. Toda esta compleja zona insular que se extiende entre el canal Smyth y el Pacífico, quebrada hasta el infinito por una cantidad enorme de canales y sinuosidades, que serpentean en todas direcciones, armando una esparcida flotilla de islas y enjambres de escollos, está aún en gran parte inexplorada.

Las embarcaciones se mantienen alejadas de esta costa que oculta celadas mortales en sus numerosos escollos a flor de agua y en las ráfagas impetuosísimas de los vientos huracanados que llegan del Pacífico.

Apenas hemos dejado atrás el canal Cutler y la vecina isla Rennell, cuando vemos apartarse de la costa y venir hacia nosotros una pequeña embarcación tripulada por dos hombres.

El capitán Formento acerca con su largavista la extraña embarcación y reconoce en ella al portugués Juan Viera, su antiguo compañero de aventuras en la caza de focas, y a un joven indígena alacalufe¹⁶.

Disminuimos la marcha de la goleta y pocos minutos después la chalupa nos aborda. Hacía más de un mes –nos dijo el lobero Viera– que escudriñaban infructuosamente esa costa para cazar nutrias, y nos pedían que los remolcáramos algo más al norte del canal Smyth, donde esperaban tener mejor suerte.

Accedimos a su pedido, y atada la chalupa con un cabo a nuestra goleta, subieron a bordo visiblemente satisfechos del afortunado encuentro que les evitaba una dura travesía a remo por unos días, con mar y viento casi siempre de proa.

Había oído hablar muchas veces del lobero Viera (conocido vulgarmente con el nombre de Juan Chico) y de su valentía de marinero, y estaba satisfecho de que se me presentase la oportunidad de conocerlo personalmente y de poder recoger de sus labios la narración de sus peligrosas aventuras en esos mares borrascosos, donde desde hacía más de treinta años soportaba una vida errante, dedicada a la caza de nutrias y focas.

La presencia del amigo Formento disminuyó algún tanto en él la desconfianza de encontrarse con personas desconocidas, y, después de haber bebido un vaso

¹⁶ “En enero de 1898, mientras el lobero Viera, en el cutter *Creta*, navegaba con Formento y otros marineros en las cercanías del Brecknock, habiéndose volcado la embarcación, alcanzó a extraer del agua la chalupa de a bordo sobre la cual pudieron ponerse a salvo, llegando después de tres días de penurias y privaciones a la población de Punta Arenas” (Cfr. A. De Agostini, *I miei viaggi nella Terra del Fuoco*, 3ª ed., Torino 1934, p. 308).

de vino, cobró ánimos y respondió con frases cortas y concisas a mis insistentes preguntas.

Mientras hablaba, iba poco a poco descubriéndose a sí mismo. Semisalvaje por la vida vagabunda y cerril que lleva desde hace años, no tenía otra ambición que la de procurarse el mísero beneficio que obtenía de la caza de focas y de la pesca y que luego malgastaba en francachelas y vicios.

Continuamente expuesto a las privaciones y a los rigores de un clima extremadamente húmedo y borrascoso, estaba sin embargo ligado por un profundo afecto a esa tierra en la cual experimentaba toda la fascinación de la vida aventurera y salvaje, y donde tal vez terminaría sus días, ignorado de todos en una remota playa o en el mar, víctima de una tempestad.

De pequeña estatura y de cutis bronceado, ocultaba entre los mechones de sus negros cabellos una frente baja y arrugada; el amplio tórax y los brazos vigorosos revelaban bajo sus ropas grasientas y remendadas, una fuerza muscular poco común; de su cuerpo y vestimentas se desprendía un fuerte olor a cabra y a pescado crudo.

Lo supuse en frecuentes relaciones con los indígenas, de lo que me daba un indicio el joven alacalufe, a quien formulé algunas preguntas en ese sentido, viniendo a saber que pocos días atrás una tribu de treinta individuos había dejado isla Summer, lugar convenido para intercambiar pieles de nutria con algunos blancos, criminales de la peor especie, que traficaban en los canales para explotar y enviar en toda forma a esos míseros pobladores.

Para lograr más fácilmente sus inicuos propósitos, los blancos habían llevado consigo un barrilito de aguardiente, pues, conociendo la gran debilidad que tienen estos salvajes por los licores, sabían que al ponerlos en completo estado de embriaguez les sería sumamente fácil despojarlos de todas sus pieles de nutria.

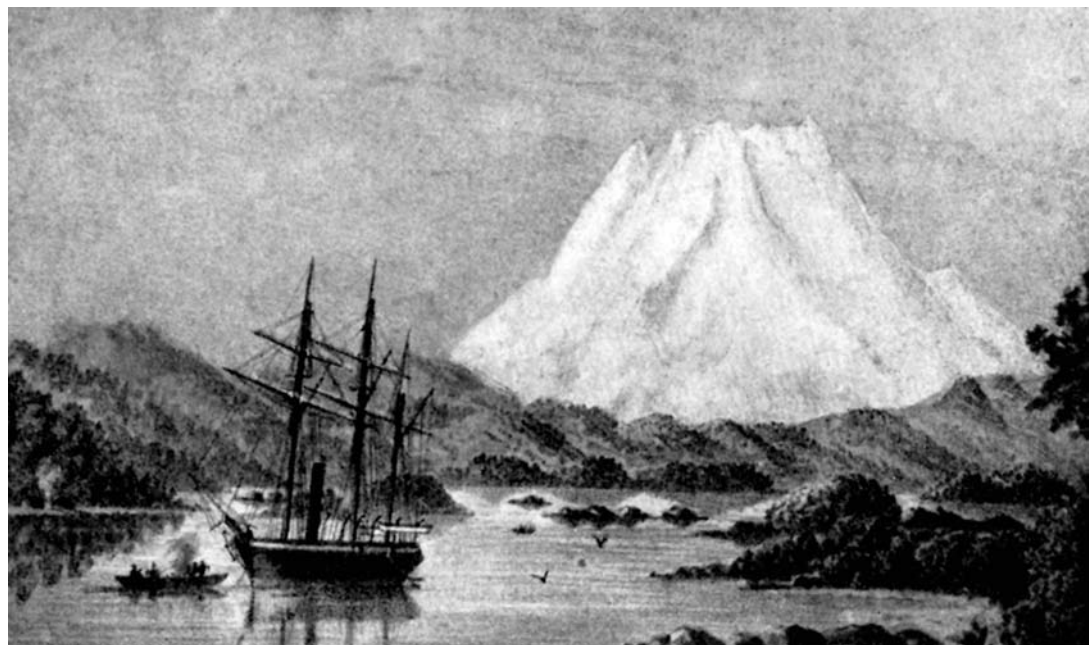
El plan se había logrado perfecta e impunemente.

Una semana entera duró la orgía, hasta que terminados los licores, los indígenas se alejaron en malas condiciones de salud por causa de la embriaguez y privados además de los únicos objetos de valor que poseían, fruto de duras privaciones y de largos viajes, y con los cuales hubieran podido adquirir cuanto les era indispensable para alimentarse y vestirse.

Mientras el portugués describía con minuciosos detalles la orgiástica fiesta de los alacalufe con los blancos, no pude alejar de mí la sospecha de que él también había participado y no poco de la bacanal, ya que trataba de ocultarlo con el disimulo característico que distingue a estos aventureros y semipiratas del mar.

Estos hechos deplorables se suceden con demasiada frecuencia, sin que las autoridades marítimas puedan prestar al indígena la severa e inmediata vigilancia y protección que necesita, debido a la gran dificultad de comunicaciones causada por la misma conformación geográfica de la región, alejada de todo centro de actividad humana.

Preocupaba seriamente al vicario apostólico de Magallanes la cristianización de esos pobladores, a cuyo fin pensaba concentrarlos en una determinada zona de los canales, pero las insalvables dificultades financieras y de personal misionero han impedido hasta el día de hoy la realización de este humanitario proyecto.



Monte Burney (1.768 m) desde las islas Otter, según un dibujo de C.P. Vereker de la expedición del capitán Mayne.

Canal de las Montañas. Frente de un ventisquero.

Los indios alacalufe*, que de tiempo inmemorial habitan las islas occidentales de la Patagonia, ascendían a mediados del siglo pasado [XIX] a unos tres mil individuos, calculados más o menos por la cantidad de canoas de las que disponían y el número de tripulantes que cada una podía contener, pero al hacerse más activo el tráfico de vapores y más frecuente su trato con los blancos, fueron terriblemente diezmados. La violenta y sistemática persecución que afectaban a los blancos, algunas enfermedades contagiosas como el sarampión y la gripe, aparecidas de improviso entre ellos, algunos vicios nefandos adquiridos de los civilizados y especialmente el abuso de licores, fueron las principales causas de su rápida desaparición.

Al presente (año 1940), su número, según los datos recogidos por el misionero salesiano F. Torres, alcanza apenas a 120 individuos.

Los primeros navegantes, comenzando por Juan Ladrillero (1558), dejaron algunas escuetas descripciones de estos indígenas que encontraron diseminados aquí y allá en esos canales, pero sobre todo el célebre navegante Fitz Roy, que pasó muchos años (1826-1836) a lo largo de estas costas y laberintos de islas, ocupado en trabajos hidrográficos logró, merced al contacto que mantuvo con ellos, profundizar sus conocimientos etnográficos y clasificarlos en cuatro tribus distintas: alikhoolip, pecheray, huemul y chonos. Omitimos aquí una quinta tribu, los Tekeenika (actuales yaganes o yámanas) que viven sobre las costas del canal Beagle y en las partes centrales y meridionales de la Tierra del Fuego**.

Los alikhoolip habitaban la parte occidental y meridional de la Tierra del Fuego; los pecheray –así denominados por Bouganville (1767) por la palabra que ellos pronunciaban repetidamente y que, según Fitz Roy, significaría una invocación a un ente supremo, o quizás más bien, amigo, hermano– vivían sobre las costas occidentales y centrales del estrecho de Magallanes hasta el canal Smyth. Los Huemul, así llamados por Fitz Roy porque estaban vestidos con la piel de esta especie de ciervo, tenían su sede en los golfos internos Otway y Skyring y mostraban afinidades somáticas y lingüísticas con los indios tehuelche, con los cuales tenían frecuente contacto.

Los chonos eran muy semejantes a los alikhoolip, pero más adelantados en el desarrollo técnico de sus armas y sus viviendas. Éstos habitaban primeramente en las islas Chonos y tal vez en la de Chiloé, pero después se habrían ocultado en los canales, al sur del cabo Tres Montes. Los alikhoolip y los huemul están totalmente extinguidos. No queda hoy día más que un escaso número de pecheray y de chonos, conocidos con el único nombre de alacaluf***.

* Alacaluf es el nombre que les dieron los blancos a los nativos Kawesqar, nómades canoeros que habitaban los canales patagónicos entre la península de Taitao por el norte y el oeste del canal Beagle por el sur (N.E.).

** Sobre el nombre de la etnia recomendamos los voluminosos trabajos de Martín Gusinde y la *Gramática Kawesqar* de Óscar Aguilera, Temuco, CONADI, 2001 (N.E.).

*** La mención corresponde a la etnia *kawesqar*, gentilicio aceptado actualmente para los canoeros de la Patagonia occidental. Las denominaciones *Alikhoolip*, *Huemul*, *Pecheray*, *Alacaluf*, *Halukwutup*, son algunas de las varias asignadas por los navegantes y exploradores a lo largo de los siglos a ese grupo humano. Los *chonos* conformaban otro grupo de aborígenes marinos diferenciado del anterior y cuyo territorio se situaba en el archipiélago homónimo, entre el golfo de Corcovado y la península de Taitao (N.E.).

Estas dos tribus tienen substancialmente los mismos caracteres étnicos y la misma lengua, alterada solamente por pequeñas diferencias dialectales, pero viven separadas en dos grupos circunscritos a una región determinada por antiguas costumbres y tradiciones.

El grupo del norte se extiende desde el golfo de Penas hasta el estrecho de Nelson, y el del sur desde el estrecho de Nelson (al sur de la isla Cambridge) hasta el estrecho de Magallanes (isla Tamar).

Los alacalufe son pescadores nómadas y se nutren exclusivamente de peces y moluscos, especialmente de mejillones (*Mytilus edulis* L.). Sus instrumentos de pesca, que son asimismo sus armas en tiempos de guerra, son la honda, el arpón, el garrote, el arco y la flecha.

Son de carácter hosco y taciturno. Perezosos y traicioneros. Roban cuanto les es posible. Las tripulaciones del *Adventure* y de la *Beagle*, de acuerdo con lo escrito por Fitz Roy, fueron seriamente dañadas y molestadas por estos salvajes que lograron robar dos embarcaciones sin que se pudieran recuperar y sin descubrir a los culpables.

El grupo del sur –me aseguraba el lobero Viera– no pasa de 70 individuos entre niños y adultos, y el del norte, de 180 más o menos, pero también para este diezmado número de indígenas se aproxima a pasos agigantados el día de su completa extinción.

En las primeras horas de la tarde llegamos a la extremidad septentrional de la península Muñoz Gamero y entramos en el paso Victoria, que se abre entre la península Zach y la isla Hunter, dejando a nuestra izquierda el canal Smyth, el cual en este punto se orienta al noroeste y prosigue así unas 35 millas hasta el estrecho de Nelson, siempre flanqueado por abruptas montañas.

El lobero Viera ha llegado a su meta y se embarca de nuevo en su pequeña canoa para proseguir a lo largo del canal Smyth y reiniciar su vida errabunda y salvaje. El viento casi ha cesado, pero la atmósfera se ha vuelto pesada y brumosa, quitándonos así la posibilidad de contemplar la belleza del paisaje que aquí aumenta en magnificencia y grandiosidad.

Del paso Victoria nos trasladamos al estrecho Collingwood, dejando a nuestra derecha el canal Unión que continúa al sureste y conduce por tortuosas vías a la pintoresca región de Última Esperanza.

Al este del estrecho Collingwood se levanta la cordillera Sarmiento, última, bellísima e inexplorada prolongación meridional de la gran cordillera de los Andes, totalmente cubierta de un espeso manto de nieve y hielo del cual se desprenden imponentes glaciares que bajan al canal de las Montañas.

La negras e informes masas de nubes que se acumulaban rápidamente sobre la montaña y luego se disgregaban castigadas por repentinas ráfagas de viento, dejaban al descubierto albos resplandores de nieve, lajas alabastrinas de glaciares suspendidos sobre los abismos, coronados por aguzadas y escarpadas crestas que perforaban las nubes como las torres y almenas de un castillo hechizado.

A las cuatro de la tarde, habiéndose oscurecido amenazadoramente el cielo, creemos prudente aprovechar la proximidad de un refugio seguro que nos ofrecía



Fiordo Última Esperanza. Monte Balmaceda.

Indios Alacalufe en su canoa.

la caleta Colombina, entallada en la costa este de la isla Newton, para anclar y pasar la noche.

Sobre la playa verdeante de un espeso follaje de arbustos y árboles, encontramos el esqueleto de una choza Alacalufe, claro indicio de que ese lugar debía ser frecuentado periódicamente por estos indígenas en sus continuas peregrinaciones, ya que allí abunda la pesca.

En efecto, hacia el anochecer, los marineros con echar sólo una vez la red en la proximidad de la desembocadura de un pequeño torrente lograron capturar una gran cantidad de róbalo y algunos pejerreyes, cuyas exquisitas carnes alegraron nuestra mesa, en sustitución de las conservas y la carne salada de oveja.



Indios alacalufe de viaje.

Mujer alacalufe con sus chicos.



Canales patagónicos. Montes escarpados recubiertos de nieves perpetuas se levantan por ambos lados de los canales.

La cordillera Sarmiento vista desde el canal Santa María.

CAPÍTULO III

CANALES PATAGÓNICOS Y FIORDOS EYRE Y FALCÓN

El canal Sarmiento. La isla Piazzì. Descubrimiento de mármoles en la isla Cambridge. Tempestad del sur. El canal Concepción. Magnífica puesta del Sol. Canal Wide. En el fiordo Falcón. Entre los témpanos. Ascensión llena de obstáculos. En el fiordo Eyre. Una fracasada tentativa de colonización. El glaciar Pío XI. Indian Reach. Encuentro con una tribu alacalufe. Vida y costumbres de estos indígenas. Angostura Inglesa. Trabajos hidrográficos de la corbeta *Magenta*. Regreso a Punta Arenas

DICIEMBRE 18

A las 5 zarpamos y proseguimos el viaje por el canal Collingwood. El tiempo se ha vuelto tempestuoso y oscuro. Lluve y ráfagas impetuosas del suroeste levantan una fuerte marejada de proa.

Para quienes navegan rumbo al norte, los vientos del nor y suroeste que predominan en estas regiones les son siempre contrarios porque las altas montañas obligan a las corrientes atmosféricas a seguir el curso y dirección de los canales, aun cuando éstos son casi divergentes.

Del estrecho Collingwood pasamos al canal Sarmiento atravesando el paso Farquhar y tratamos, por todos los medios posibles, de navegar cerca de la costa, donde es menos violenta la marejada.

El canal Sarmiento, de 100 km de largo, corre de norte a sur, entre el continente y las islas Esperanza, Vancouver y Piazzì. Esta última tiene una superficie de 600 km² y el nombre italiano que lleva le fue dado por Fitz Roy, en honor del ilustre astrónomo del observatorio de Palermo, José Piazzì.

La barrera montañosa que ciñe el canal Sarmiento, por el lado del poniente, es interrumpida por el paso Tarleton, que se abre por una decena de kilómetros entre las islas Piazzì, Vancouver y da acceso al Pacífico a través del estrecho Nelson.

Esta zona, batida furiosamente por los vientos, ha conquistado cierta notoriedad, por haber descubierto el lobero napolitano Pascual Rispoli, en la isla Cam-

bridge, al norte del estrecho Nelson, grandes yacimientos de mármoles, para cuya explotación se formó una fuerte sociedad en Santiago de Chile*.

La isla, completamente montañosa, emerge perpendicularmente del mar, ofreciendo un atrayente y singular aspecto, por los colores de sus rocas calcáreas, que van desde el blanco más puro hasta el negro retinto. Luciano, que ha frecuentado estos lugares durante sus cacerías de focas, me expone las muchas y nada leves dificultades que ofrece la instalación de una empresa similar, no tanto por el clima extremadamente húmedo y lluvioso, sino por la falta de puertos que brinden asilo seguro contra los temporales y las ráfagas (*williwaws*) extremadamente violentas en estos parajes.

Un continuo viento de proa ha dificultado durante todo el día nuestro avance. Debido a lo angosto del canal y la violencia de las olas, nos era imposible bordear con las velas; tuvimos que contentarnos con la sola fuerza del motor, el que apenas conseguía imprimir a la goleta una velocidad de tres a cuatro millas por hora. A las cinco de la tarde llevábamos recorridas unas 60 millas y habríamos llegado casi al término del canal Sarmiento si el cielo cada vez más oscuro y amenazador no nos hubiese aconsejado aprovechar la proximidad del puerto Bueno, para anclar y pasar allí la noche.

Puerto Bueno, así denominado y explorado por Sarmiento de Gamboa, que entró en él el 30 de diciembre de 1579, es una espléndida ensenada tallada en la costa patagónica, frente a la isla Esperanza. Sus aguas profundas y su excelente fondo para anclar hacen de él un lugar preferido por los capitanes de las naves que pasan por los canales.

La bahía está circundada por una playa de arena suave y lisa, sobre la que descenden frondosas ramas de una espesa y exuberante vegetación que, extendiéndose hacia el interior, reaparece en verdes manchas sobre los costados de las montañas vecinas. Aquí y allá serpentean varios arroyuelos y algunos torrentes caen de lo alto. En el ángulo septentrional hay un puerto pequeño, el Schooner Cove, que ofrece reparo seguro a embarcaciones de poco calado.

DICIEMBRE 19

Cuando en las primeras horas de la mañana reiniciamos la navegación, las aguas del canal están plácidas y tranquilas, pero la niebla es tan baja y espesa, que a duras penas podemos distinguir la configuración de la costa y seguir la ruta exacta en este laberinto de canales. Un poco antes del mediodía, cuando estamos a punto de entrar en el canal Concepción, algunas ráfagas de viento barren rápidamente las nubes y dejan ver hacia el sur jirones de cielo de tersísimo azul.

* La explotación industrial de los yacimientos marmóreos de Cambridge se paralizó en 1930. Los derechos mineros fueron adquiridos posteriormente por la Compañía de Acero del Pacífico, que inició la explotación de carbonato de calcio (calizas) en la isla Guarello (archipiélago Madre de Dios), actividad que se mantiene desde 1950 hasta el presente, con una producción que alcanza el millón de toneladas anuales (N.E.).

La calma ha sido breve. El viento sur se desencadena con violencia y en poco tiempo transforma las plácidas aguas del canal en una blanca extensión de crestas espumantes, de olas gigantescas que del Pacífico abierto al sur, llegan hasta nosotros hirvientes de ira, y hacen bailar terriblemente nuestro pequeño velero.

Afortunadamente, el viento y la marejada están en nuestro favor, y la goleta, impulsada por este aquilón furioso, atraviesa en pocas horas el canal Concepción y penetra el Wide, anclando a las siete de la tarde en la caleta Refugio o Refugio Cove.

El viento amainó con la misma celeridad con que vino. Las aguas están de nuevo plácidas y tranquilas y el Sol, próximo a ocultarse detrás de una revuelta masa de nubes grises y azules, orladas de oro y carmín, proyecta sus últimos rayos sobre la imponente barrera de montañas de la ensenada Pingüino, que se abre delante de nosotros.

Mientras las cimas enrojecen como brasas y las nieves perpetuas, blanquísimas, se tiñen de púrpura, los poderosos flancos de las montañas están ya sumergidos en la sombra y se elevan como gigantescos bastidores, ocultándose entre las nubes del lejano horizonte, en un mundo misterioso e inexplorado.

Sobre el espejo cristalino de las aguas en las que se reflejan las escarpadas laderas de las montañas cubiertas de bosques, las manchas blancas de los glaciares y las cumbres todavía iluminadas por el Sol, centellean llamaradas de oro y esmeralda, chispeos de amatistas y zafiros, relámpagos de plata, combinados en tan delicadísima gama de colores que la vista no se cansa de contemplarlos.

Desciendo a tierra y por un buen rato permanezco absorto en una suave y mística contemplación ante aquel soberbio espectáculo de la naturaleza que la soledad y el silencio vuelven más impresionante y sugestivo.

Es uno de los tantos lugares pintorescos de estos canales donde la obra y magnificencia de la creación, amalgamadas en admirable armonía, tienen tanto poder para elevar al hombre por encima de estas visiones, que fenecen, y transportarlo al reino puro de las sublimes e inextinguibles bellezas del espíritu.

DICIEMBRE 20

Hoy debemos alcanzar el seno Eyre, meta principal de nuestro viaje y que dista aún unos 40 km. Continuamos navegando todavía por un buen trecho del Wide Channel (canal Ancho), hasta encontrarnos con la isla Saumarez, donde el canal se divide en dos brazos; uno dirigido al norte, con el nombre de Chasm Reach, y el otro, el Icy Reach (canal de los Hielos), al sureste. Este último está en comunicación directa con el seno Eyre a través del paso Charteris y debe su nombre al hecho de haber sido descubierto en junio de 1874, cubierto por una espesa capa de hielo.

Los canales patagónicos no se congelan jamás, ni aun en lo más crudo del invierno, excepto en algunos lugares donde las corrientes son más débiles y más escasa la salinidad del agua. Estos fenómenos se observan especialmente en el Icy Reach porque se encuentra comunicado directamente con los senos Eyre y Falcón

formados en gran parte por las aguas dulces de los glaciares que bajan de la cordillera. Es posible también que la gran cantidad de témpanos que flotan en el canal contribuya a mantener la baja temperatura de sus aguas.

A medida que vamos penetrando en el canal de los Hielos, las montañas que flanquean los canales, a modo de enormes baluartes, muestran con más claridad y frecuencia las trazas de los antiguos glaciares, los que en su lenta labor de siglos han corroído y modelado los valles, transformándolos en estos hermosísimos fiordos cuando fueron invadidos por las aguas.

Las montañas constituidas por granitos y dioritas y durísimos esquistos negros, forman en las alturas vastas extensiones de rocas aborregadas, bien pulidas y estrías, y mesetas a manera de balcones, sembradas de cuencas lacustres. Más abajo, las paredes de las montañas se precipitan en estrechos desfiladeros con excavaciones tabulares, semicilíndricas talladas a pique sobre las aguas del mar, donde las marmitas de los gigantes fueron cortadas por la erosión acanalada y progresiva de los torrentes glaciares.

Del canal de los Hielos pasamos en pocas horas de navegación al seno Eyre, o Eyre Sound, atravesando el paso Charteris. En algunas épocas del año, especialmente en primavera, este paso, que mide más de una milla, se pone intransitable, pues los témpanos, provenientes de los glaciares internos, se presentan tan tupidos que forman un gigantesco dique.

A nuestro paso, las aguas están completamente libres, pero apenas penetramos en el Eyre, que se extiende amplio y profundo hacia el norte, divisamos en lontananza numerosas masas de hielo, que flotan sobre las azules aguas como blancos veleros.

A pocas millas, doblamos hacia el este y penetramos en el fiordo Falcón, otro profundo brazo de mar que se interna por 35 km entre elevadas montañas y termina a los pies de un gigantesco glaciar, que nos interesa conocer.

Observando la carta hidrográfica inglesa, una guía con que contamos para introducirnos en este laberinto de canales, notamos inmediatamente que presenta notables inexactitudes y omisiones en la configuración de la costa y del fiordo, por lo que suponemos que los hidrógrafos ingleses han de haberla levantado apresuradamente y después de una somera visita.

Toda nuestra atención está ahora absorbida por los grandes témpanos, cuyo número aumenta a medida que nos internamos en el fiordo. Son pequeñas montañas flotantes de hielo, de las formas más curiosas, las cuales van lentamente a la deriva impulsadas por el viento y la marea. Algunas emergen del agua diez o doce metros y tienen todavía algunos trozos de peñas y detritos morrénicos de las montañas del interior. Mientras pasamos cerca de uno de estos témpanos, una foca que estaba reposando tranquilamente sobre el hielo, despertada de su letargo, se yergue rápidamente sobre sus rudimentarias aletas y se deja caer pesadamente en el mar, sin darme tiempo para registrarla con la cámara cinematográfica.

A las 11 de la mañana, después de haber recorrido unas quince millas desde la entrada del fiordo, puesto que el hielo se tornó más espeso, anclamos en la costa norte, en una bellísima bahía circundada por el verde exuberante de la selva, junto a la desembocadura de un río.



Navegando en los canales patagónicos.

Fiordo Falcón. Témpano.

A nuestra llegada, numerosos patos a vapor (*Mycropterus cinereus*) que estaban pescando plácidamente, huyen espantados.

DICIEMBRE 21

A eso de las 10 de la mañana el cielo se aclara y comienzan a asomarse fugazmente entre los claros de las nubes, que cubren las montañas, blanquísimos relampagueos de cumbres, azules reflejos de glaciares que cuelgan sobre los abismos, negras y torvas crestas rocosas que perforan el fondo grisáceo de las nubes: un mundo nuevo e impensado, donde se concentra todo lo bello y lo horrible de la alta montaña. Desciendo a tierra para realizar una excursión a una colina próxima, de regular altura. La selva presenta algunos claros y espero poder estudiar desde ellos la topografía del lugar.

Acompañado por un marinero, remonto en bote algunos centenares de metros por el río, cuyas aguas están ennegrecidas por los residuos putrefactos de los vegetales. Dejando el bote bien asegurado en la playa, penetramos en la selva densa y profunda, donde crecen las hayas junto a las magnolias y donde las flores colgantes de las fucsias, de un hermoso rojo-escarlata, dan una agradable nota de color en la enmarañada y exuberante maleza de calafates (*Berberis buxifolia* - *B. ilicifolia*).

Un arbusto que abunda en estas selvas es el tepú (*Tépualia stipularis*), una mirtácea de hojas muy pequeñas, que forma a menudo, a lo largo de la costa, una masa impenetrable denominada *tepuales*. Los marineros lo buscan para quemar porque arde aun verde y emite mucho calor.

El agua gotea de todas las plantas y uno se hunde hasta la cintura en una espesa capa de residuos vegetales y de troncos putrefactos revestidos de musgos y de líquenes gelatinosos. El pie resbala a menudo en esa engañosa masa vegetal, provocando caídas espectaculares que nos dejan molidos y llenos de fango. A medida que vamos subiendo notamos que la vegetación se ralea y aparecen pequeñas manchas de cipreses (*Libocedrus tetragona*) de corteza bermeja, muy apreciados por la utilidad de su madera y llevados a Punta Arenas en gran cantidad.

En los claros del bosque y sobre el tapete rojo-amarillo de los juncos y esfagnos, brillan agradablemente numerosas y elegantes matas del bellissimo helecho *Blechnum magellanicum*, artísticamente intercaladas entre los cipreses.

Llegado a la cumbre descubro por el norte un río que se desliza en grandes espirales a través de lomas onduladas de origen glaciar, y dos pequeños laguitos, cuyas aguas, de un negro profundo, contrastan con el verdor del espeso follaje que los circunda.

Trazo un rápido bosquejo, tomo algunas fotografías y regreso rápidamente a bordo. Por la tarde salgo de nuevo, esta vez en lancha y acompañado por el capitán y dos marineros. Deseo realizar un reconocimiento de la extremidad sur del fiordo, donde desciende el gran glaciar que día y noche descarga toda esa enorme cantidad de hielo flotante.

Apenas hemos recorrido unos pocos metros y ya nos encontramos literalmente rodeados de témpanos: la ilusión de estar navegando en una región polar es perfecta. La lancha se insinúa trabajosamente por los canales, a fuerza de remo,

mientras pasan ante nuestros ojos grandes y pequeñas masas de hielo de las más variadas y caprichosas formas: enormes osos que emergen aislados o en manadas, albos cisnes con las alas extendidas en actitud de levantar el vuelo, puentes de elegantes arcadas, grutas de reflejos turquesa iluminadas por tan delicadas tonalidades que nos llenan de profunda admiración. Cuatro kilómetros navegamos entre esta fantástica arquitectura de cristales azules, de delicados zafiros que se mueven lentamente sobre el pedestal de cobalto de las aguas, pero no nos es posible continuar más adelante. Faltan aún seis kilómetros para llegar al gran glaciar y ya los hielos son tan tupidos que forman un verdadero *pack* intransitable.

Para no desperdiciar una tarde tan hermosa, decidimos volver la proa a tierra y visitar el frente de otro colosal glaciar que desciende de la alta cordillera y del cual, por estar oculto detrás de una colina, sólo podemos percibir la extremidad superior intensamente quebrada.

Remontamos la margen derecha de un impetuoso río de aguas turbias y lechosas provenientes del glaciar, pero apenas recorridos unos centenares de metros nos vimos obligados a abandonar también esta tentativa, pues el camino está cerrado por una infinidad de ciénagas y pantanos, vestigios de una reciente inundación.

Cambiamos de ruta y decidimos nuevamente subir a la cumbre del contrafuerte que oculta el glaciar, con la esperanza de poder gozar desde allí de un mayor campo de observación.

Trepamos llenos de entusiasmo las rápidas pendientes del monte revestido de una espesa vegetación, pero ya desde el primer momento comenzamos a dudar del éxito de nuestra empresa. Son tantas las dificultades que se oponen a nuestro avance que nos vemos obligados a luchar desesperadamente para abrírnos paso a través de una espesa maraña de árboles grandes y pequeños que se entrelazan en lianas y punzantes matas de *Berberis*.

El suelo, cubierto de un espeso y elástico tapete de musgos, húmedo como una esponja impregnada de agua, esconde pozos peligrosos, troncos flojos y podridos por la vejez, donde uno se hunde, cae o rueda y bien pronto se encuentra con las ropas empapadas, llevándose en las manos y el cuerpo las huellas sangrientas de esa lucha insólita contra las insidias de todo un mundo vegetal.

Ya un poco más alto, podemos caminar más expeditamente a través de un pequeño claro, pero enseguida las manchas de hayas y arbustos azotados por el viento se tornan más consistentes por lo tupido y enmarañado de sus ramas. La forma sumamente accidentada de la montaña, que nos obliga a continuas subidas y bajadas sobre las rocas aborregadas, aumenta la dificultad de nuestra ascensión.

Con frecuencia debemos detenernos frente a muros verticales de decenas de metros de altura y volver sobre nuestros pasos para enfilarse por oscuros y estrechos desfiladeros de los que salimos exhaustos y con la ropa hecha jirones. En dos horas de semejante gimnasia agotadora hemos alcanzado solamente unos seiscientos metros de altura; faltan aún otros doscientos para llegar a la cresta del monte, pero lo avanzado de la hora nos obliga a regresar a bordo.

Contemplamos durante el descenso, desde una meseta, el magnífico espectáculo que ofrece el fiordo Falcón, el cual se extiende a nuestros pies asemejando una



Interior de un bosque.
Fiordo Falcón. Témpanos.

cinta azul constelada de hielos flotantes como fragmentos de cristal, aprisionado entre dos elevadas barreras de montañas revestidas en su parte inferior de espeso follaje, mientras las crestas están desnudas y encapuchadas de nieve. Las nubes, que se extienden uniformemente en densos cúmulos, envuelven los picachos de las cumbres; pero aquí y allá, bajo el influjo de una súbita ráfaga de viento, se rasgan por breves momentos y dejan ver los flancos y las cimas de algunos soberbios dominadores de la alta cordillera. Entre ellos, atrae particularmente la atención una pirámide de terrible aspecto, coronada de obeliscos y pináculos que emerge de un vasto campo de hielo en el costado noreste del fiordo y cuya altura, me parece, no ha de ser inferior a 3.000 m¹⁷.

Después de tomar algunas fotografías emprendemos apresuradamente el regreso, y en poco más de una hora, rendidos y maltrechos, llegamos a la playa donde nuestros compañeros nos esperaban, satisfechos a su vez de haber hecho una buena cacería de patos y avutardas que hallaron en los charcos a lo largo del río.

Nos embarcamos enseguida y mientras descienden las primeras sombras de la noche rehacemos el trecho de mar a través de los témpanos, tratando de ahuyentar con el trabajo del remo, el frío que muerde nuestros miembros bajo las ropas empapadas.

DICIEMBRE 22

A las cinco abandonamos definitivamente nuestro fondeadero y después de pocas horas de navegación, pasamos del seno Falcón al Eyre, que se extiende hacia el norte cerca de unos cuarenta kilómetros. Las aguas están en calma, lo que nos permite avanzar velozmente, y pocos antes de mediodía llegamos al final del seno y echamos el ancla en una pequeña bahía a tres kilómetros de la frente del colosal glaciar que obstruye la extremidad septentrional.

Este glaciar, uno de los más grandes que posee la cordillera Patagónica en su flanco occidental, tuvo en estos últimos años un prodigioso avance y ocasionó la destrucción de una incipiente estancia que en 1925 se había establecido en un valle lateral, para dedicarse a la cría de ovinos. Es singular la aventura de este establecimiento que tuvo pocos meses de vida; es muy interesante, y la expongo aquí tal como la escuché del propio fundador, el noruego Samsing*.

La fiebre de ganancias que invadió años atrás a los colonos de Magallanes, cuando la industria del pastoreo estaba en su primera evolución y prometía insospechadas fortunas, hizo que muchos de ellos buscaran con avidez los terrenos más apartados de la cordillera y de los canales aún inhabitados para poder establecer allí sus haciendas de pastoreo.

¹⁷ Esta montaña y la cadena que continúa al norte, divisada por mí nuevamente desde la cumbre del monte Torino y de los montes cercanos al lago Viedma, ha sido designada con el nombre del geógrafo chileno Riso Patrón.

* En la edición italiana se agrega el nombre a este personaje: se trata de Finn Samsing. (N.E.).

Uno de éstos, el noruego Samsing, que había realizado en noviembre de 1924 un viaje de reconocimiento por los canales, descubrió al final del seno Eyre un extenso valle con abundantes pastos que crecían sobre un terreno de aluvión y sobre las morrenas de un antiguo glaciar. Convencido de haber encontrado un terreno apropiado, decidió volver y fundar allí una pequeña estancia. En febrero de 1925 comenzó el transporte por mar del personal y de los materiales de construcción y, pocos meses después, en ese valle solitario a orillas de un gran río se veían pastando doscientas ovejas y algunos equinos y bovinos; edificadas tres casitas, galpones para la esquila y un depósito de lana.

Pero vino el otoño y tras él los duros meses invernales, durante los cuales la hacienda fue diezmada por la nieve y el hambre. Y cuando, llegada la primavera, se esperaba poder restaurar el diezmado rebaño, el repentino e imprevisto avance de un glaciar, que descendía de la cordillera, cortó a la factoría todo medio de comunicación, sofocando su existencia.

He aquí cómo sucedió este singular fenómeno. El trecho del canal comprendido entre el glaciar y la costa occidental, que daba acceso a la bahía donde estaba instalada la estancia, según los datos suministrados por Samsing, medía en los primeros meses de 1925, cuando él se instaló allí, cerca de un kilómetro. Su cruce, por lo tanto, no podía causar ninguna aprensión. Pero a eso de mediados de septiembre de 1926, Samsing notó un hecho nuevo, sorprendente, que le produjo preocupación y angustia. El glaciar caminaba, avanzaba todos los días, como impelido por una fuerza prodigiosa. El tramo de canal que daba acceso a la bahía disminuía por momentos y de continuar así, en poco tiempo habría cerrado para siempre la entrada. Además, el avance del helero tapaba la salida del río, cuyas aguas empezaban a inundar el valle y las habitaciones de la pequeña estancia. No era posible dilación alguna y Samsing dispuso inmediatamente ponerse a salvo con sus hombres. Embarcando en su *cutter* algunos pocos muebles y víveres, salió de la bahía a través del angosto y peligroso pasaje de pocas decenas de metros, que todavía existía entre el glaciar y la costa, abandonando definitivamente todo el fruto de sus ahorros y fatigas.

En pocas semanas, el glaciar, continuando su avance, siguió hasta quebrar su colosal frente, de cien metros de alto, sobre una barrera rocosa de la costa opuesta, aplastando y sepultando bajo su formidable peso la secular y exuberante selva que revestía aquella vertiente. La bahía y el valle con su factoría quedaron así irremediablemente aislados.

El infortunio de Samsing se convirtió en beneficio para los indios alacalufe, los cuales, ladrones por naturaleza y costumbre, y enterados ya de la fundación de la estancia así como del buen número de animales que poseía, estaban continuamente al acecho de tan rico botín con que saciar su hambre.

Apenas Samsing se hubo alejado, los indios cayeron como langostas sobre el valle y durante algunas semanas, las ovejas, equinos y vacunos les suministraron un descomunal banquete. Las casas fueron despojadas de lo poco que aún contenían y luego incendiadas. Este es el triste epílogo de aquella primera tentativa de colonización en el seno Eyre.



Témpanos en el fiordo Falcón.
Seno Eyre. Frente del ventisquero Pío XI.

Pocas horas después de nuestra llegada, aprovechando la serenidad de la tarde, alegrada a intervalos por los rayos del Sol, decidimos hacer una excursión en lancha hasta cerca de la frente del glaciar. Durante una hora navegamos a través de flotantes masas de hielo y luego descendimos a tierra sobre la costa occidental, en una pequeña bahía rebosante de témpanos, amontonados por el viento y las corrientes, y tan cercanos a la playa, que tocaban la fronda de la vegetación, que allí crece exuberante y desciende hasta las aguas del mar.

En compañía de un marinero, me interno en el bosque y subo, a través de una espesa y sombría maraña de punzantes calafates, la ladera de un monte desde cuya cima espero poder observar a mis anchas el frente del glaciar. No fueron vanos nuestros esfuerzos. Apenas tocamos la cima, henos delante de una inmensa y revuelta llanura de hielo que, reverberando a la luz del Sol, baja majestuosamente del interior, encerrada entre los contrafuertes de la cordillera y que termina en un ciclópeo murallón de 50 a 60 m, cortado a pique sobre las azules aguas del mar. Una vegetación exuberante de hayas, cipreses y magnolias, de un verde brillante, cubre como un tupido manto las laderas de los montes cercanos y forma un contraste sublime con el blanco relumbrante de nieve y hielo.

A este glaciar, del que tracé en los días siguientes un esquema topográfico, le dimos el nombre de Pío XI, en honor al venerado Pontífice que en los años de su juventud honró tanto el alpinismo con sus importantes ascensiones y con sus escritos sobre los Alpes*.

El glaciar, luego de haber chocado con la barrera rocosa sobre la que nos encontramos, divide su frente en dos lenguas de las cuales una vuelve hacia el norte, por dos o tres kilómetros, en dirección a la bahía abandonada por Samsing y la otra, de cuatro kilómetros, desciende en dirección al seno. Próximos a nosotros, los verdes manchones de cipreses y magnolias sirven de soberbia cornisa a ese sublime e imponente mar de hielo adornado de zafiros y berilos. Trazo un bosquejo del panorama y descendemos por el mismo camino a la bahía donde el capitán, que había quedado custodiando la lancha, nos espera algo alarmado por las olas que se precipitaban furiosas sobre la playa, cada vez que el glaciar descargaba en el mar sus enormes bloques de hielo, amenazando destrozar nuestra embarcación contra la costa.

Damos aún una vuelta por la bahía para observar de cerca el frente del glaciar y luego retornamos a bordo ya entrada la noche.

DICIEMBRE 23

Para completar el reconocimiento y efectuar el relevamiento del glaciar, es menester ascender a mayor altura las montañas que lo enfrentan; para ello parto en la

* La denominación impuesta inicialmente por De Agostini fue "Ratti", por el apellido civil del papa Pío XI, y después fue mutada por él mismo a la forma actual, que es la que se ha impuesto en el uso geográfico. Otras denominaciones para este accidente son la de *Brüggen* y *Ana María*, que no han prosperado (N.E.).

mañana temprano con el marinero chileno, óptimo andarín. Seguimos un itinerario cuidadosamente estudiado el día anterior para evitar el bosque espeso y sombrío, pero, a pesar de toda nuestra cautela, quedamos enredados dentro de profundos cañadones, erizados de zarzas y de espinas, y nos hundimos en viscosos pantanos que nos engullen hasta el medio cuerpo. Proseguimos trabajosamente abriéndonos paso a codazos, con el cuerpo inclinado y tenso como una catapulta, hasta que con el rostro y las manos llenas de arañazos, logramos conquistar el desnudo dorso de la montaña.

Nos encontramos a 800 m de altura; la vegetación arbórea constituida por las habituales y raquílicas hayas rastreras (*Nothofagus pumilio*), se manifiesta solamente por pequeñas manchas esparcidas aquí y allá en las anfractuosidades y en los lugares reparados del viento. A la altura de poco más de mil metros desaparece la vegetación y comienza la zona media de la disgregación de las rocas y de las nieves.

En las depresiones entre las rocas aborregadas y los balcones glaciales, se ven numerosos laguitos alimentados por la licuación de la nieve, pero especialmente por las continuas lluvias. El terreno revestido de juncos y criptógamas, es por doquiera blando y está impregnado de agua.

Continuamos nuestra ascensión y llegados a unos 1.350 m de altura, podemos gozar de la magnífica visión del glaciar Pío XI, que se extiende majestuosamente en ligera curva por unos 30 km, mostrando con más evidencia aún que el día anterior la extensión y grandiosidad de su interior surcado de morrenas medianas.

Al lado derecho de su frente, que se apoya en la barrera rocosa, las aguas han anegado el valle, ocupado antes por el estanciero Samsing, hasta la parte inferior del glaciar Greve, formando así un vasto lago*.

Una tenaz cortina de nubes ensombrece el horizonte y no nos permite divisar los picos nevados de la elevada cadena interna en la que se origina el glaciar.

No hay esperanzas de que el tiempo mejore. Descendemos, pues, por la misma ruta seguida en la ascensión y en las primeras horas de la tarde regresamos a bordo.

Al atardecer y cuando menos lo esperábamos, se desgarran repentinamente hacia levante el telón de las nubes y aparecen en lo alto, donde se alza la gran cresta de la cordillera, primero una gigantesca y cándida cúpula de nieve, y luego, lentamente, otras cimas y torres nevadas de imponente aspecto, que los últimos rayos del Sol vuelven más majestuosas y etéreas, encendiéndolas de rosa y púrpura.

Cautivados por el inesperado y sublime espectáculo, seguimos con avidez la aparición de esas misteriosas montañas, tratando de conocer su configuración, pero las nubes, en lugar de abrirse más, se espesan sobre las gargantas y las crestas. Barridas un momento por una ráfaga de viento retornan poco después, más tenaces y voluminosas, hasta que al anochecer, nuevamente se cierran herméticamente como una gruesa cortina.

* Referencia al lago Greve, que se mantiene hasta el presente (N.E.).



El ventisquero Pío XI pocos días antes de que cerrara el paso.

Seno Eyre. Entre los témpanos.



DICIEMBRE 24

Hemos decidido esta mañana dejar el seno Eyre y navegar hacia la angostura Inglesa, nuestra última meta y donde esperamos encontrarnos con alguna tribu alacalufe. Para llegar a la angostura Inglesa debíamos contornear la península Exmouth, situada entre el seno Eyre por el levante y el canal Grappler y el Paso del Indio al poniente, y retornar hasta casi la altura del lugar donde habíamos anclado la última vez. Salidos del seno Eyre, penetramos en el canal Grappler y de ahí en el Paso del Indio, estrecho canal que se extiende entre la isla Saumarez al sur y la angostura Inglesa al norte.

En este último canal, como su propio nombre lo dice, se encuentran casi siempre las canoas de los indios alacalufe, que tienen allí su principal morada, porque abunda la pesca y porque pueden obtener más fácilmente de las naves que con frecuencia atraviesan estos lugares víveres y ropas, a cambio de pieles de nutria.

Navegamos durante seis horas a todo motor bajo un fuerte aguacero y con el mar perfectamente en calma, y al mediodía, encontrándonos ya frente a la pintoresca bahía Edén, casi al final del paso del Indio, una débil columna de humo que se eleva sobre el follaje verde del bosque, nos revela la presencia de alguna tribu indígena.

Rápidamente dirigimos la proa hacia aquella bahía, encantados de poder efectuar el deseado encuentro con los indios alacalufe, cuya vida íntima nos interesa conocer.

Dejando atrás un magnífico grupo de islas cubiertas de espesa vegetación, penetramos en la bahía, en cuyo fondo divisamos un grupo de indígenas que, enterados de nuestra llegada, corren presurosos hacia la playa y se ponen a observarnos con atención, mientras sus perros ladran furiosamente. Apenas hemos echado el ancla, cuando ya una canoa con algunos indígenas se separa de la playa y se dirige rápidamente hacia nosotros. Han reconocido en la goleta una de las acostumbradas embarcaciones de cazadores de focas y esperan poder efectuar su cambio de pieles de nutria por víveres y bebidas alcohólicas a las que son tan aficionados¹⁸. Ya cerca, permanecen en silencio y nos observan, un poco sorprendidos al encontrarse delante de personas desconocidas, pero luego, alentados por nuestro saludo e invitación, atracan a la goleta y saltan a bordo.

Su aspecto es verdaderamente repugnante y digno de compasión, y demuestra abiertamente las penurias y las privaciones de su vida errabunda y salvaje. Sobre el cuerpo mugriento y fétido con olor a grasa rancia, cuelgan ropas desgarradas y

¹⁸ Los oficiales de la corbeta italiana *Vettor Pisani*, que en 1882 atravesaron el estrecho de Magallanes y tuvieron contacto con los alacalufe en la bahía Fortescue, atestiguan que estos indígenas no apetecían en modo alguno los licores. Así describen el encuentro: "A Fortescue trovammo una canoa con una famiglia di fueghini. Li vestimmo colmandoli di doni; non vollero bere né vino né liquori; mangiarono con piacere biscotti e maccheroni". (*En Fortescue encontramos una canoa con una familia de fueguinos. Les vestimos llenándolos de regalos; no quisieron beber ni vino ni licores; comieron con placer bizcochos y macarrones*) traducción del transcriptor. (Cfr. *Rivista Marittima*, octubre 1885, p. 10). Fue, pues, el contacto con los blancos, especialmente con los *loberos*, lo que fomentó en ellos la inclinación a las bebidas alcohólicas, embruteciendo y degenerando más la estirpe.

sucias, recibidas quién sabe cuánto tiempo hace de los pasajeros de alguna nave, que les dejan al descubierto las piernas enjutas y anquilosadas. Algunos llevan una almilla y una camisa, otros solamente una camisa y los más adelantados también pantalones, pero todo ello sucio y hecho jirones.

La faz cobriza y aplastada, en la que brillan entre los dos pómulos muy sobresalientes los ojos pequeños, llenos de astucia, queda oculta en gran parte por los desgredados cabellos que, guarida de numerosos parásitos, les caen en largos mechones sobre la frente y el cuello.

La buena acogida hecha a este primer grupo de indígenas alienta a los restantes que han quedado a la expectativa en la playa; en efecto, poco después vemos a toda la tribu, unos treinta individuos, apresurarse a venir a nosotros y rondar con sus canoas en torno a la goleta, gesticulando, gritando y pidiendo insistentemente “Galleta-tabaca-pantalón”, o sea bizcochos, tabaco y ropas.

Las mujeres manejan el timón o reman con pequeñas paletas, mientras los hombres permanecen agazapados al interior de la canoa en medio de una nidada de criaturas confusamente mezcladas con los perros. Más miserable parece aún el estado de estos infelices cubiertos apenas con pocos y sucios andrajos, residuos de una almilla o camisa, pues los hombres no demuestran sentir la necesidad de preocuparse del frío ni de mejorar en algún modo su condición de vida, preocupándose sólo de saciar el hambre.

Con excepción de dos o tres de los hombres más diestros y fuertes, que han tenido ya contacto con los loberos, de quienes aprendieron algunas palabras en español, todo el resto de la tribu ignora absolutamente este idioma; no me es posible, pues, hacerme entender por ellos como hubiera deseado, para instruirlos un poco en los misterios de nuestra santa religión y administrarles el sacramento del bautismo. Abandono por lo tanto, muy a mi pesar, esta misión, con la esperanza de que pronto pueda ser llevada a cabo por el vicario apostólico de Magallanes a cuyo cuidado está la civilización y evangelización de estos indios^{19*}.

No pudiendo prestarles ninguna asistencia espiritual, procuro suplir al menos en lo material; los hago subir a bordo y les distribuyo una abundante ración de galletas que devoran con visible placer y sorprendente rapidez.

Calmados algún tanto los gritos del hambre, se embarcan satisfechos en sus canoas y regresan a sus cabañas a donde los seguimos nosotros también, curiosos de conocer sus miserables habitaciones.

¹⁹ El actual administrador apostólico de Magallanes, monseñor Pedro Giacomini, acaba de realizar estos deseos enviando para evangelizar estas tribus alacalufe al veterano misionero salesiano padre Federico Torre, quien acompañado por el hermano coadjutor Ernesto Radatto, está compartiendo la vida de estos pobres indígenas para llevarles los auxilios de la religión.

* Efectivamente, entre los años 1940 y 1946 se realizó una misión ambulante entre los kawesqar a cargo del padre Federico Torre, salesiano, la que debió ser abandonada en vista del escaso resultado de la misma, en particular tras los fallecimientos de algunos niños que fueron llevados a Punta Arenas para su educación, todos contagiados por la tuberculosis. Para una mayor información sobre el particular se sugiere consultar a Mateo Martinic, *Archipiélago Patagónico, la última frontera*, Punta Arenas, Ediciones de la Universidad de Magallanes, 2004. (N.E.).



Floresta magallánica.

Indios alacaluf comiendo galletas a bordo del *Renato*.

Por un estrecho sendero penetramos al interior de la selva, donde están instaladas sus chozas. El terreno por donde pasamos está empapado de agua y recubierto del acostumbrado tapete mórbido de helechos y musgos, en el que nos hundimos hasta las rodillas.

Llueve torrencialmente y no podemos comprender cómo estos míseros salvajes pueden pasar la vida con tan escasos medios de subsistencia en un ambiente constantemente húmedo, frío y lluvioso.

Henos aquí ya, junto a su campamento, constituido por unas pocas cabañas próximas unas de otras, de forma hemisférica y de casi dos metros de alto por tres de diámetro, confeccionadas con ramas clavadas en el suelo, convergentes hacia el centro, donde un espacio abierto permite la salida del humo. Sobre esta rústica armazón están extendidas una capa de ramas de haya y algunas pieles de foca, una de las cuales sirve para cerrar la entrada de la cabaña.

En el centro de la choza, una pequeña hoguera, alimentada con troncos de árbol, da calor y vida a los míseros inquilinos ocupados casi todo el tiempo en tostar mejillones y otras especies de moluscos, que constituyen su principal alimento. En torno a este fuego y tan cerca de él que a menudo reciben graves quemaduras, pasan con sus perros gran parte del día y de la noche acurrucados en sus míseras yacijas, hechas con unas pocas hierbas secas y algunas pieles.

Encontramos aquí algunas ancianas de rostro surcado por infinitas y pequeñas arrugas, que no fueron a bordo por su natural aversión al blanco, de quien han recibido más mal que bien, y al que identifican con los pocos *loberos* criminales que recorren los canales sin ser molestados y de quienes anteriormente hemos hecho mención. A nuestro saludo y gracias a algunos pequeños regalos, responden en su idioma con voz lenta y gutural. Una de ellas comienza poco después con acento ora lamentable, ora airado, un largo discurso, con el que quiere darme a conocer el dolor que experimenta por el rapto de una hija realizado impunemente por unos loberos, de quienes nunca más volvió a tener noticias. En otro toldo me encuentro con un hombre inmovilizado por unas llagas en las piernas y quizá por alguna otra enfermedad. Me mira en silencio con ojos resignados y cansados, mientras con una ramita mueve algunos mejillones que se asan sobre las brasas; le doy algunos víveres y con profunda pena salgo de esa cabaña, donde, en la desolación y en la suciedad, esta stirpe en agonía sufre sus dolores y su angustia.

En el exterior de las cabañas están amontonados residuos de alimentos, consistentes especialmente en conchas de mejillones, huesecillos de aves y alguna tibia o cráneo de nutria y huemul.

La búsqueda de alimentos constituye la principal preocupación de estos indígenas, por naturaleza indolentes. La mujer es quien tiene la dura tarea de proveerlos. Y para esto no teme abandonar el confortante calor del fuego y sumergirse en las aguas heladas para recoger los grandes mejillones y erizos de mar. El capitán Formento fue testigo de la habilidad para nadar y de la resistencia de una de estas mujeres, la cual, teniendo entre los dientes un canasto de juncos, se sumergió en las aguas profundas y permaneció un minuto, volviendo luego a la superficie con

su canasto lleno de grandes mejillones. Por pura curiosidad quiso medir la profundidad y la sonda marcó cerca de siete brazas (12 m).

Las madres, para lograr que las hijas resulten hábiles en el ejercicio de la pesca bajo el agua, las acostumbran a zambullirse desde los 2 años de edad. Estos indios tienen una gran predilección por los alimentos grasos, representados por la carne de foca, delfín* y ballena y con cuya grasa suelen untarse el cuerpo**.

Para cazar las aves se valen de curiosas estratagemas. Singular es la que practican para cazar los cormoranes que durante la noche acuden a refugiarse sobre determinados árboles a lo largo de la costa. Individualizado el árbol, el indio construye entre sus ramas un pequeño escondrijo con follaje de la misma planta y luego, al cerrarse una de las noches más oscuras, se oculta y espera inmóvil que acudan las aves. Ya adelantada la noche, cuando los cormoranes están adormecidos, sale de su escondite, los agarra uno a uno, les retuerce el cuello y los deja caer a tierra. Generalmente son pocas las aves que escapan a las manos del indígena, que se ha asegurado así, por algún tiempo, un excelente alimento.

Tienen maravillosa destreza para cazar las aves con una honda, y muchas veces, lanzando simplemente piedras con las manos. Usan el arco y las flechas únicamente para cazar el huemul, el ciervo de los Andes patagónicos, que vive actualmente en exiguo número en los valles cordilleranos.

Los grandes peces son ensartados por los hombres con el arpón, mientras la canoa avanza movida por las mujeres, que manejan pequeños remos. También se valen de otros medios para capturar los peces. El más curioso es una empalizada de ramas entrelazadas, que construyen en las pequeñas angosturas de las bahías o en las desembocaduras de los ríos, dejando una pequeña puerta abierta. Cuando la marea crece los peces entran y cuando baja, cerrada ya la puerta por la misma marea, quedan prisioneros y en seco.

Las canoas de estos indígenas son construidas con tablones de coihue (*Nothofagus dombeyi**** o bien con la corteza del mismo árbol, unidas con tendones de guanaco, tiras de cuero y mimbre. Sobre estas canoas pasan su vida nómada, vagando por el vasto archipiélago, prefiriendo en verano la costa porque encuentran gran cantidad de huevos y pichones de aves, focas y pingüinos, mientras que en invierno se internan en los canales en busca de peces y moluscos.

Hasta hace pocos decenios su vestimenta consistía en una gran piel de nutria que llevaban sobre la espalda y otra pequeña en torno a la cintura; ahora, en cambio, se cubren con ropas que adquieren de los loberos u obtienen regalada de los pasajeros de las naves que surcan los canales. Venden pieles de nutria a los loberos a cambio de víveres y licores. Se pintan el rostro y el cuerpo con colores que ob-

* El delfín es la tonina o tunina, como es conocido en estas regiones. Igual que el nombre de foca se refiere a los lobos marinos, habituales habitantes de los mares del sur (N.E.).

** La práctica de untarse el cuerpo con grasa de lobo marino era acostumbrada también entre los yámana —Darwin ya lo atestiguaba en su viaje por el canal Beagle— y les servía para soportar las bajas temperaturas típicas de estas regiones. De ahí el “insoportable olor” al que alude el naturalista (N.E.).

*** La referencia debe entenderse hecha al coigüe de Magallanes, actualmente *Nothofagus betuloides*. *N. dombeyi* es otra especie presente más al norte en la Patagonia occidental (N.E.).



Después de la comida esperan algún otro regalito.

Indio alacaluf.

tienen de tierras arcillosas o de carbones pulverizados mezclándolos con grasa. Los colores que usan son: el colorado que significa alegría; el blanco, guerra; y el negro, luto. Las mujeres son muy aficionadas a los collares y brazaletes, consistentes en pequeñas conchillas y huesecillos ensartados en tendones. Los oficiales de la *Vettor Pisani*, que tuvieron la oportunidad de encontrarse con algunas familias de estos indígenas en Eden Harbour, relatan un bonito episodio de esta vanidad femenina:

“Habiendo una niña como de 14 años recibido en obsequio un collar de perlas de Venecia, dio señales de una gran alegría, y sin que nadie le enseñase, se lo envolvió al cuello con doble vuelta, demostrando así cómo, hasta en las condiciones que parecen más abyectas, existe la vanidad femenina; al día siguiente, la misma joven, a la que se le había enseñado el nombre del objeto, gritaba con graciosa voz: “collar-collar”²⁰.

Tratamos de conocer el número de individuos de esta tribu alacalufe que vive en la zona norte de los canales patagónicos, pero sin resultado, pues no tienen noción alguna de los números. Únicamente logramos comprender que son muchas las canoas y que el resto de los indígenas está actualmente cazando focas o aves marinas en la costa borrascosa del Pacífico.

Por los datos suministrados por el portugués Viera y por Formento, a base del número de canoas que ellos mismos habían visto y que pueden contener por término medio, cada una, diez indígenas, los alacalufe del norte no deberían ser entonces más de 180 individuos.

DICIEMBRE 25

En este extremo y remoto rincón de la Creación, sumergidos en la soledad y en el misterio de las montañas y de los bosques, la fiesta de Navidad despierta en nosotros nostálgicos y lejanos recuerdos de lugares y personas queridos. La mañana es discretamente serena y clara; después de la celebración de la Santa Misa realizo una magnífica excursión en bote a lo largo del canal, hasta la angostura Inglesa, admirando la encantadora hermosura de este estrecho brazo de mar, que se insinúa entre islas completamente revestidas de vigorosísimas selvas vírgenes. Me parecía haber sido transportado de improviso a los ríos y bosques de un país tropical.

La angostura Inglesa (*English Narrows*), larga e intrincada, pone en comunicación la parte sur del canal Messier con la parte norte del paso del Indio. Sus aguas, que en algunos puntos se estrechan hasta sólo 400 m, hierven y se agitan como un río en máxima creciente, impulsada por las fortísimas corrientes, que llegan a adquirir una velocidad de 9 km por hora y llevan casi siempre dirección al sur,

²⁰ Cfr. “Relatos de Enrique Serra, teniente de navío”, en *Revista Marítima*, fascículo III, marzo 1886. p. 360.

cualquiera sea la marea. A lo largo de su curso algunos escollos a flor de agua hacen difícil y peligrosa la navegación, como lo atestiguan los numerosos navíos que aquí naufragaron por haber chocado contra esos monolitos submarinos.

Un plano exacto y detallado de la angostura Inglesa y sus inmediaciones, con numerosos sondeos en brazas, fue levantado en noviembre de 1867 por el comandante y oficiales de la corbeta a vapor italiana *Magenta*, la cual, en su viaje de circunvalación del globo, permaneció 12 días (12-24 de noviembre) anclada en *Halt Bay* antes de disponerse a la travesía.

La carta marítima que entonces existía, copiada de un esquema ejecutado por el capitán Jenkins, con la medida de pocos ángulos, no ofrecía la seguridad requerida por una nave como la *Magenta*, la más grande que hasta entonces había penetrado en los canales patagónicos.

Las investigaciones y estudios sobre flora y fauna, realizados por el naturalista Enrique Giglioli en numerosas excursiones por mar y tierra, completaron brillantemente el trabajo efectuado por los oficiales de la *Magenta*, cuyos nombres aplicados a algunas bahías (*Magenta*, *Arminjon*, *Libetta*) e islas (*Giglioli*, *Candiani*, *Bassi*) quedaron en los mapas de estas regiones como un bien merecido homenaje a sus estudios y fatigas²¹.

Terminado el plano de la Angostura, la *Magenta*, en la tarde del 24 inició la travesía tan bien descrita por Giglioli:

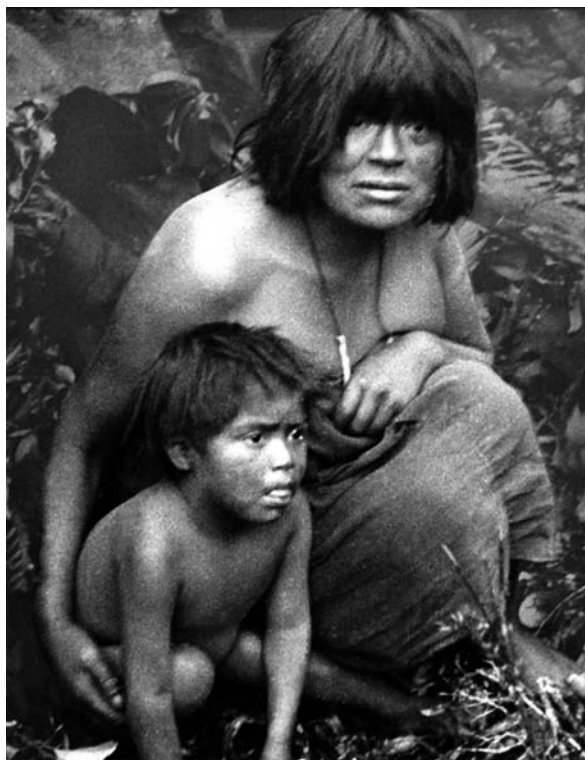
“A las cuatro y media zarpamos de *Halt Bay* dirigiéndonos hacia los ‘Narrows’. Mientras nos aproximábamos al punto más angosto, nos sorprendió la aparición de un humo, más allá de la isleta *Mezzo-Canale*; en el primer momento pensamos que podían ser los salvajes que inútilmente buscábamos desde hacía varios días. Habíamos pasado los *Narrows* en su parte más estrecha, cuando al volver el ángulo meridional de la isleta *Mezzo-Canale* nos encontramos inesperadamente junto a una cañonera francesa que en ese momento doblaba el paso oriental. La ‘*Magenta*’ guiada por quien conocía perfectamente esos lugares, corría segura con una velocidad de 8 millas por hora; la ‘*Lamothe Piquet*’ (así se llamaba la cañonera francesa) se movía a poca velocidad, sondando a diestra y siniestra; podía tener un tercio del tonelaje de la ‘*Magenta*’. La sorpresa recíproca fue grande, pero debió ser mayor la de los franceses, quienes vieron aparecer y desaparecer a gran velocidad y en el punto más peligroso de los canales, una gran corbeta que el movimiento y el paraje debían hacer aparecer más grande aún”²².

DICIEMBRE 26

Concluido nuestro programa, con las primeras horas de la mañana emprendemos la ruta de regreso a Magallanes, a lo largo de los mismos canales por los cuales hemos venido. La navegación hacia el sur es siempre fácil y rápida porque todos

²¹ Cfr. *Reseña Histórica* de este tomo.

²² Cfr. Enrico Giglioli, *Viaje en torno al Globo de la Corbeta a vapor italiana Magenta*, Milán, 1876, p. 940.



Madre e hijo alacaluf.

Una familia alacaluf en su canoa.

los vientos, con excepción del este y sureste, bastante raros, se encajonan en aquella dirección, permitiendo el empleo de las velas, por lo que viajando de norte a sur se experimenta la ilusión de navegar a lo largo de un curso de río en descenso.

Llegados a donde termina el paso del Indio dejamos a nuestra izquierda el canal Grappler y penetramos en el Escape, entre las islas Wellington y Saumarez, y de aquí pasamos al canal Chasm, estrecho y profundo, encerrado entre dos altísimos baluartes de montañas a pique, de las que descienden bellísimas cascadas. Poco después desembocamos en el canal Wide y, favorecidos por un viento fresco del nornoroeste, que nos hace correr con todo el velamen desplegado a 9 millas por hora, atravesamos el canal Concepción.

En las primeras horas de la tarde penetramos en el canal Sarmiento, siempre con viento en popa, pero ahora acompañado a intervalos de fuertes chaparrones. Por momentos la costa desaparece bajo una cortina de niebla y lluvia con peligro de hacernos equivocar la ruta y chocar contra alguna roca. Debemos navegar con gran cautela y permanecer en cubierta bajo la fuerte lluvia y el viento, consultando continuamente la carta para precisar nuestra posición.

Como la tarde se va oscureciendo cada vez más, para no exponernos al peligro de extraviarnos en las tinieblas, nos acercamos a la costa oriental buscando un refugio para pasar la noche y, con gran satisfacción, lo encontramos al final de la bahía Mayne, cortada en la costa occidental de la isla Evans.

Llegamos a tiempo, pues justamente entonces el temporal nornoroeste había alcanzado el máximo de su violencia y la lluvia caía a cántaros, oscureciendo completamente el horizonte. Habíamos navegado sin interrupción toda la jornada, recorriendo 275 km.

Al día siguiente (27 de diciembre) a las 5, levantamos el ancla y proseguimos a lo largo del canal Sarmiento. La lluvia había cesado y reinaba una calma discreta. A eso de las 8, el viento nornoroeste volvió a soplar con fuerza acompañado de grandes chaparrones, pero a la tarde, cuando ya habíamos entrado en el canal Smyth, el cielo se aclaró y cesó la lluvia mientras el viento cambiaba su dirección hacia el oeste con mayor violencia.

El mar estaba encrespado por olas espumosas que se preseguían y enroscaban y bajo las violentas ráfagas del viento se transformaban en torbellinos de agua pulverizada.

A las 5 de la tarde llegamos al extremo sur del canal Smyth, pero no siendo posible proseguir por la furia del huracán, echamos el ancla en una bahía desconocida y segura, que penetra en la costa oriental de la isla Manuel Rodríguez. Delante de nosotros se extienden las aguas del estrecho de Magallanes completamente convulsionadas y cubiertas de blanca espuma.

Dos días hubimos de permanecer anclados en esta bahía porque el temporal continuó con gran violencia y el mar era demasiado grueso para arriesgarnos a atravesarlo con nuestra pequeña goleta.

Al alba del 28, habiéndose calmado un poco el viento, logramos trasponer por fin este peligroso trecho de mar y llegar al paso Roda. De aquí en adelante las dificultades disminuyeron y navegando día y noche, en la mañana del 1 de enero del

nuevo año, 1929, entramos en la rada de Punta Arenas después de haber pasado 34 días de aventurada navegación en las borrascosas y desoladas costas de la isla Negra y entre los encantadores canales y fiordos patagónicos.



Mujeres alacaluf.

Niños alacaluf en la canoa.



Cóndor andino (*Sarcorhamphus gryphus*).

CAPÍTULO IV

ÚLTIMA ESPERANZA

Última Esperanza. Puerto Natales. Progreso de esta región. Sus extraordinarias bellezas naturales. La gruta del Milodón. Primera excursión al monte Balmaceda. Bahía Bellavista. Patos y cisnes. Pastor solitario. Un naufragio evitado. La cadena del Paine en el ocaso. Segunda excursión al Balmaceda. Entre leñadores. Paciente labor de los bueyes. Floresta magallánica. Tercera excursión al Balmaceda. Espectáculo sublime. Lago Azul. Valles y glaciares inexplorados

Entre las regiones andinas de la Patagonia austral, que sobresalen por su grandiosidad, belleza y fertilidad del suelo, debe contarse la de Última Esperanza, uno de los tres departamentos chilenos que constituyen la provincia de Magallanes^{23*}.

Situada al este de la gran cordillera de los Andes, donde ésta, al aproximarse al estrecho de Magallanes, va convirtiendo sus picachos y glaciares en modestas colinas y amenas terrazas, hasta transformarse en la inmensa pampa encierra tesoros de arcana belleza, donde toda la poesía del paisaje andino va armonizándose en una grandiosidad de líneas, en una vivacidad de luces y de colores capaces de impresionar vivamente aun a los más apáticos al influjo de la belleza.

Semejante encanto de la naturaleza, unido a la fertilidad del suelo, sería más que suficiente para hacer de esta región una morada ideal, si los vientos fríos y húmedos que soplan casi de continuo del noroeste al suroeste no aminoraran un tanto el mérito de sus bellezas naturales y no impidieran que los cereales llegaran a su completa madurez.

Sin embargo, su clima es completamente distinto al de los canales patagónicos a esa misma latitud, notándose menor cantidad de lluvias y una temperatura mucho más benigna.

²³ Abarca una superficie de 135.418 km² y cuenta con 48.815 habitantes.

* Desde 1974 la antigua provincia de Magallanes pasó a ser Región de Magallanes y Antártica Chilena, dividida en cuatro provincias, en sustitución de la anterior organización administrativa en departamentos; una de ellas es la de Última Esperanza (N.E.).

Hasta el año 1890, la región de Última Esperanza era conocida sólo en parte por algunos exploradores que la habían recorrido con fines más científicos que comerciales; pero apenas introducida en el territorio de Magallanes la industria del ganado, particularmente ovinos, que se aclimataron y multiplicaron extraordinariamente, el gobernador chileno, Señoret, concedió en 1893 la ocupación de estas tierras y en 1899 se fundaba oficialmente en Puerto Natales, a la entrada del fiordo Última Esperanza, un primer núcleo de población^{24*}.

Años después, entre 1904-1905, el gobierno chileno efectuó la subasta de cerca de 400.000 hectáreas de terreno que fueron adquiridas, en su mayor parte, por una Sociedad Anónima de elevado capital. La industria ganadera progresó de tal forma que pronto quedó asegurada la riqueza y vitalidad de esta región.

Como natural consecuencia, aumentó la población formada por colonos de diversas nacionalidades, aunque en su mayoría por chilenos de Chiloé.

Puerto Natales, capital de Última Esperanza, por ofrecer fácil salida a los productos de la Patagonia austral andina, se convirtió pronto en un centro comercial y marítimo, destinado a ser, después del de Magallanes**, el más importante de la región.

A este rápido crecimiento de la población contribuyó en gran manera la instalación en Puerto Natales y Puerto Bories de dos grandes establecimientos frigoríficos, donde la abundante producción de carne ovina es congelada y exportada a los principales países europeos, especialmente a Inglaterra. Estos establecimientos ocupan durante el verano unos mil obreros y el número de animales faenados asciende a casi medio millón de cabezas.

Los habitantes de Natales son unos ocho mil y otros cinco mil están esparcidos por las estancias de la región de Última Esperanza, que abarca una superficie de 14.642 km².

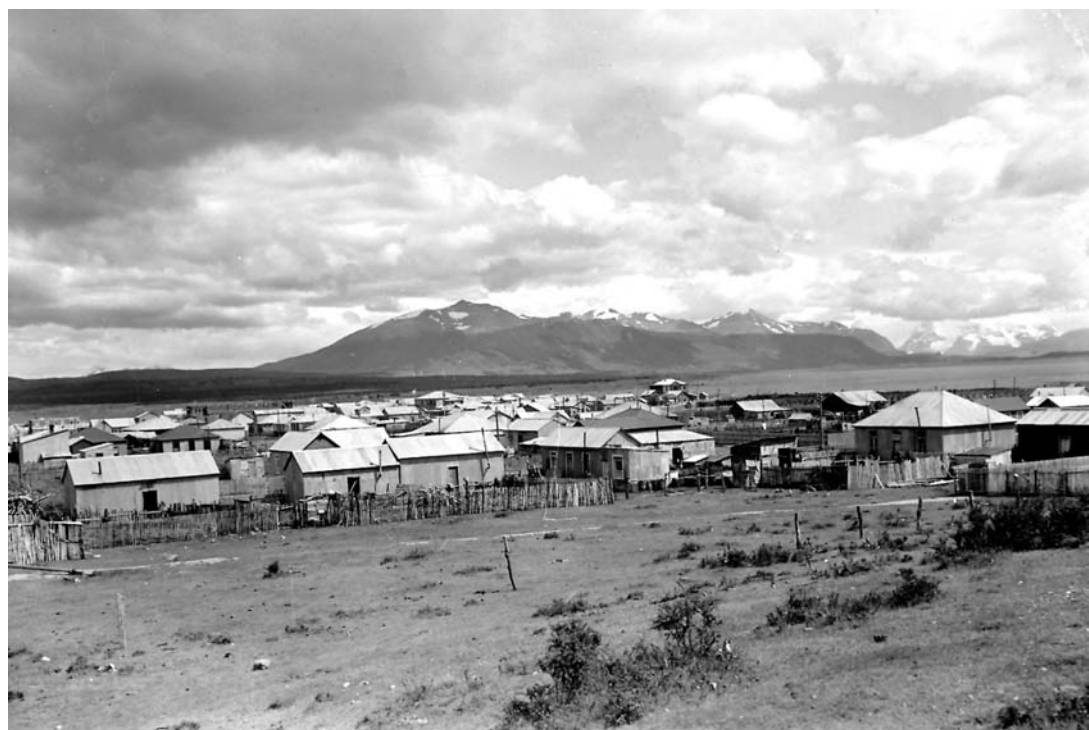
La vida de Puerto Natales está esencialmente ligada a la ciudad de Punta Arenas, de la que se abastece de mercaderías y artículos alimenticios y a la que exporta sus productos lanares.

El tráfico y transporte de los pasajeros viene facilitado por una excelente carretera de 252 km, construida bajo la dirección del ingeniero Fortunato Ciscutti e inaugurada en enero de 1931. Su recorrido es atrayente por la variada y rápida sucesión de los paisajes. Algo monótono al principio mientras se atraviesa la inmensa llanura, van haciéndose soberbiamente pintorescos cuando se penetra en la

²⁴ El descubrimiento de Última Esperanza como región apta para la ganadería se debe al capitán Hermann Eberhard, que en 1892 hizo, en pleno invierno, una expedición a su interior. Cfr. *Reseña Histórica* al final de este tomo.

* Es un dato equivocado, pues en 1899 se fundó Puerto Prat, una veintena de kilómetros al norte de la población citada, como primer centro habitado del distrito de Última Esperanza. Puerto Natales surgió espontáneamente hacia 1904 y fue fundado oficialmente en 1911 (N.E.).

** Se refiere a Punta Arenas. Magallanes es un antiguo nombre que en algún momento recibió la ciudad. Punta Arenas fue fundada en 1848 con ese nombre, que mantuvo hasta 1927, tiempo en que se dispuso su red denominación, lo que en definitiva no prosperó, por lo que a los pocos años, a comienzos de la década de 1930, se retornó al nombre original (N.E.).



Puerto Natales y Sierra Ballena en el fiordo de Última Esperanza.

Puerto Natales. La plaza y el fiordo de Última Esperanza con el cerro Balmaceda (a la izquierda), la cordillera Arturo Prat y el cerro Paine.

zona de los bosques y desde las alturas se divisa a lo lejos la imponente cadena de los Andes que ostenta, en una soberbia gama de colores, sus gigantescas montañas coronadas de nieves y glaciares.

El comercio entre las dos poblaciones es también muy activo por vía marítima, pues hay un discreto número de vapores de cabotaje, que recorren los canales y el estrecho de Magallanes. También la línea de navegación que efectúa el servicio mensual entre Valparaíso y Punta Arenas, tocando de paso Puerto Montt y algunos puertos de Chiloé y Aysén, hace escala en Puerto Natales, dando oportunidad a los turistas para conocer los pintorescos canales de la región de Última Esperanza.

Natales, como todos los pueblos de la Patagonia que han surgido *ex novo* en regiones hasta entonces despobladas, ha sido trazado de acuerdo a un plano geométricamente regular. Sus calles son amplias, y bonitas sus plazas. La mayoría de las casas son de un solo piso y de madera, pues ésta es abundante y barata en la comarca. Hay también algunos edificios de material sólido, entre los que sobresale la iglesia de los Padres Salesianos, construida con los planos del arquitecto salesiano, el sacerdote Juan Bernabé.

Los Salesianos se establecieron en Natales en 1913, edificando una iglesia parroquial y abriendo una escuela para los hijos de los colonos, extendiendo luego de esto su obra de asistencia espiritual a los pobladores esparcidos por las estancias de la vasta región.

El desarrollo experimentado por la industria ganadera y el aumento de las estancias han contribuido eficazmente al mejoramiento de las comunicaciones viales.

Actualmente hay en la región una buena red caminera que permite, en todas las estaciones del año, el acceso a las principales estancias, aun a las que se encuentran establecidas cerca de la cordillera. Entre estas estancias, la más importante por su extensión y por lo moderno de sus instalaciones, es la denominada Cerro Castillo, situada algo hacia el este del lago Maravilla*, y que pertenece a la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego²⁵. Las secciones Lazo y Laguna Amarga, que esta estancia posee en las estribaciones del Paine, ofrecen una encantadora vista sobre este importante macizo y constituyen una meta predilecta de los turistas, que pueden llegar a ellas en auto desde Punta Arenas.

* Referencia al actual lago del Toro, denominación alternativa con que en aquella época se conocía a dicho depósito y que con el paso de los años acabó por perderse. Hoy se denomina así a un laguito situado entre los lagos del Toro y Porteño. En todo caso, en el texto de esta obra se respeta la toponimia utilizada por el explorador salesiano (N.E.).

²⁵ La Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego, cuya fundación se remonta al año 1893 por obra del señor Mauricio Braun, posee actualmente con título inamovible de dominio 1.106.402 hectáreas, de las cuales, 792.439 están en Chile (Departamentos de Magallanes 377.471 hectáreas, Última Esperanza 410.675 hectáreas y Tierra del Fuego 4.292 hectáreas) y 313.961 en territorio argentino. Al lado de estos terrenos propios, la Sociedad trabaja también con campos arrendados que suman 707.385 hectáreas. En el período 1942-1943 los animales esquilados alcanzaron a 1.154.728 y las libras de lana obtenidas eran de 11.490.695, elevando el promedio de rendimiento por animal a la excelente cifra de 9,95 libras. Véase Ferdinando Durán, *Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego 1893-1943*, Chile, 1943.

La región de Última Esperanza ha alcanzado notoriedad entre los estudiosos por los importantísimos hallazgos realizados primeramente (abril de 1896) por Otto Nordenskjöld, y luego por otros investigadores (R. Hauthal, S. Roth y Erland Nordenskjöld), en la caverna de Eberhard. Esta caverna, generalmente conocida por los lugareños como Gruta o Cueva del Milodón, se abre en la ladera del monte Benítez (550 m) cerca de 17,5 km al nornoroeste de Puerto Natales e inmediatamente al noreste de Puerto Consuelo. La amplia entrada de la caverna, que está excavada en un potente banco conglomerado del Cretáceo superior, se halla a 155 m sobre el nivel del mar, y se abre sobre una terraza lacustre de superficie casi llana.

Según recientes observaciones del doctor Feruglio, la gruta se ha formado probablemente por la erosión de las olas del lago que invadiera la cuenca de Natales durante el retiro progresivo del enorme manto de hielo que la rellenaba durante la última expansión glacial cuaternaria. Este lago –al igual que los que ocuparon el seno Skyring y el seno Otway, situados más al sur– logró finalmente abrirse paso hacia el Pacífico a través de los estrechos de Kirke, vaciándose gradualmente, hasta ser en parte ocupado por las aguas del océano. El gradual decrecimiento del nivel del lago se encuentra hasta hoy indicado por una serie escalonada de terrazas lacustres que forman las llanuras de Diana y rodean a Puerto Natales.

Sobre el piso de la espaciosa caverna –que se interna horizontalmente por unos 200 m, con ancho medio de 50 y una altura que puede llegar a los 30 m– se encontraron restos momificados (carne, piel provista de largos pelos y de huesecitos dérmicos) de un gran desdentado de la familia de los *Gravígrados*, pertenecientes al género *Glossotherium* (también llamado *Grypotherium*, o *Neomylodon*)*. Junto con los restos de este extraño animal –cuyos parientes próximos poblaron las pampas argentinas durante el Cuaternario– se han encontrado sus excrementos, los que prueban que su alimentación era herbácea. En la misma caverna se exhumaron también huesos de un gran tigre hoy desaparecido (*Felis listai*, quizá idéntico al *Smilodon*), de un cánido, del oso pampeano (*Arctotherium* o *Pararctotherium*), de *Macrachenia*, de *Onohippidium*, de guanaco, excrementos de un carnívoro, restos del hombre y de la industria humana.

Las condiciones en que fueron hallados los huesos del *Glossotherium* hicieron suponer que éste habría sido domesticado por el hombre prehistórico. Si bien ello parece muy dudoso, de cualquier forma, es cierto que debió vivir cuando el hombre ya poblaba esta región. Su extinción es, pues, de fecha relativamente reciente, es decir, de la época posglacial, la que siguió al retiro de las inmensas masas de hielo que sepultaron la cordillera Patagónica y vastos trechos de las mesetas con-

* Efectivamente las condiciones de sequedad ambiental en el interior de la caverna contribuyeron a la preservación de restos orgánicos (fecas, huesos, piel, pelos) del milodón (*Myloodon darwini*). Desde su hallazgo en 1895, la Cueva del Milodón pasó a ser el sitio paleontológico más famoso de la Patagonia. Para una mayor información sobre la materia se sugiere ver el artículo de Mateo Martinic B., “La cueva del Milodón: historia de los hallazgos y otros sucesos. Relación de los estudios realizados a lo largo de un siglo (1895-1995)”, en *Anales del Instituto de la Patagonia*, Serie Ciencias Humanas, vol. 24, Punta Arenas, 1996, pp. 43-80. (N.E.).



Natales. Iglesia y colegio de los padres salesianos.

Cerro Paine desde la sección Lazo.

tiguas. Un poco al este de la caverna de Eberhard hay otra más pequeña, llamada Cueva Chica, cuya boca está a 162 m sobre el nivel del mar y que se bifurca con una leve inclinación hacia el interior.

Sobre esta pintoresca región de valles fértiles y amenos, poblada por miles de ovejas, irrigada por numerosos y abundantes cursos de agua y sembrada de una infinidad de lagos de variadas dimensiones, dominan, como dos inmensos soberanos, los macizos Balmaceda y Paine.

La imponente grandiosidad de estos dos colosos tan diferentes y singulares en sus formas, surcados por inmensos glaciares, adornados de exuberantes selvas vírgenes, lamidos en sus bases por las aguas de amatista y de cobalto de una maravillosa cadena de lagos y canales, constituye una poderosa atracción para los andinistas y los amantes de las bellezas naturales, que tienen aquí un vastísimo campo para las más arduas ascensiones y la mejor oportunidad para contemplar de cerca los espectáculos más soberbios que pueda ofrecer la naturaleza virgen y salvaje.

El monte Balmaceda se yergue como un gigantesco baluarte en la extremidad meridional de la cordillera Patagónica, la que en esta latitud va perdiendo su forma compacta y elevada para terminar fraccionándose en numerosas y profundas ensenadas, fiordos, canales y bahías.

Este macizo se divisa desde Puerto Natales, porque se eleva al final del fiordo Última Esperanza como un majestuoso telón, erizado de crestas y surcado de glaciares, al que sirven de gigantescos bastidores la cordillera Arturo Prat²⁶ por la izquierda y la sierra de la Ballena a la derecha.

La única manera de llegar al pie del Balmaceda es recorriendo todo el fiordo Última Esperanza, que mide unos 60 km, en alguna de las pequeñas embarcaciones que se encuentran en Puerto Natales o Puerto Bories y que de vez en cuando visitan la costa, en busca de leña o para suministrar víveres a alguna estancia.

Mi primera excursión al Balmaceda la efectué en diciembre de 1916, mientras realizaba un viaje de misión y estudio. Me embarqué en un *cutter* de poco tonelaje, propiedad de los hermanos italianos Crema, quienes poseían en la isla Diego Portales una pequeña estancia y un aserradero^{27*}.

Dejamos Puerto Natales a la caída de la tarde, pues a esa hora los fortísimos vientos del suroeste y noroeste, que soplan todo el día, disminuyen su intensidad.

²⁶ La cordillera Arturo Prat fue objeto, en estos últimos años, de estudios y ascensiones por parte de los doctores G.H. Fester y R. Jacob y de los alpinistas Zuck y Teufel. Este grupo de montañas se eleva entre el estero de Última Esperanza y la recortada cuenca de los lagos Porteño y Maravilla o del Toro, y está formado principalmente por dos cadenas casi paralelas, separadas entre sí por el valle de los Perales y unidas al norte por un elevado travesaño. Compuesta de capas pizarreñas oscuras del Cretáceo superior, tiene crestas afiladas y cimas puntiagudas de 1.200 a 1.660 m de altura, a cuyo reparo se conservan campos de nieve y pequeños glaciares. Cfr. Fester, "Algunas observaciones de un viaje a la Patagonia", en *Revista Minerva*, III, Buenos Aires, 1931; "Observaciones en la Cordillera Austral", en *Revista Minerva*, IX, Buenos Aires, 1938, n. 4; *Die südlichste Kordillere*, Zeitschrift des Deutschen Alpenvereins, 1937-1938.

²⁷ Cfr. Cartas de los misioneros, A. De Agostini, "Una excursión a Última Esperanza", en *Boletín Salesiano*, año XLI, 1º, septiembre 1917.

* La versión de esta *carta* se encuentra publicada en italiano y constituye a su vez la primera y más antigua publicación de De Agostini; en ella se describe detalladamente esta pequeña excursión (N.E.).

Teníamos intención de navegar durante la noche, ya que de otro modo, con el viento de proa nos hubiera sido imposible avanzar, pues conocíamos la terrible fama de la que goza este fiordo, por los violentos huracanes que se desencadenan repentinamente y que han hecho zozobrar a tantas embarcaciones.

Favorecidos por una calma admirable, navegamos hasta la medianoche a la tenue claridad de una luz crepuscular que, desprendiéndose de las sombras fantásticas y misteriosas de la montaña, se expandía vaporosamente en el cielo estrellado e iluminaba con resplandores siniestros los *foscos** antros y hórridos precipicios envueltos en profundo silencio. Como las tinieblas se iban haciendo cada vez más densas, decidimos suspender nuestra navegación y tras prudentes búsquedas, encontramos una pequeña rada donde anclamos para pasar la noche.

A eso de las 4 de la mañana volvimos a zarpar, con calma perfecta, aunque bajo un cielo que de pronto se había vuelto amenazador, velando con espesas nubes la cima del Balmaceda. En poco más de una hora llegamos a los pies del gigantesco macizo que levanta su mole verticalmente desde el agua hasta una altura de 2.020 m, deteniendo como señor indómito las aguas del fiordo, las cuales, a su contacto, se abren en dos brazos, uno dirigido hacia el norte y el otro hacia el suroeste, ciñendo graciosamente su base por una longitud de 15 millas.

Dos colosales glaciares descienden de sus profundas gargantas en rápida cascada de *seracs*, contrastando la albura de las nieves y el azul turquesa del hielo con la cornisa verde de la selva magallánica, que reviste las laderas del monte.

Nos internamos en el brazo que se abre hacia el sur y a eso de las 10 de la mañana echamos el ancla en la hermosísima bahía circundada de bosques.

Nuestra llegada puso en fuga una gran cantidad de patos y una bellísima bandada de blancos cisnes de cuello y cabeza completamente negros, que se destacaban graciosamente por su blancura sobre las azules aguas del canal.

A poca distancia de la costa divisamos una cabaña hecha con palos toscamente labrados y rodeada de un rústico cerco. Creyéndola habitada, descendimos para cerciorarnos, pero la hallamos desierta. Íbamos a regresar a bordo cuando los ladridos de un perro atrajeron nuestra atención y minutos después se dibujó en el límite de la selva la silueta de un hombre vestido grotescamente, que se acercaba seguido de tres mastines. Calzaba botas burdamente confeccionadas con pieles de ciervo y llevaba un Winchester terciado a la espalda y un largo cuchillo en la cintura. Un chambergo de fieltro, consumido por el uso, ocultaba en parte su bronceado rostro encuadrado por una barba hirsuta y espesa; tenía en su porte algo de siniestro, mezcla de contrabandista y bandido. Después de habernos observado de pies a cabeza, se nos acercó con paso cauto y receloso, pero apenas le dimos a conocer nuestra procedencia y el motivo que allí nos llevaba, depuso todo sentimiento de desconfianza, nos saludó cortésmente y empezó a conversar con afabilidad, dándonos detalles de su vida solitaria. Suizo de nacimiento y amante de la vida aventurera, había recorrido el mundo en busca de fortuna, hasta llegar a Magallanes.

* En la versión italiana De Agostini usa aquí la palabra *foschi*, que se traduce como, 'hosco' o 'lúgubre'. El término 'fosco' no existe en español (N.E.).



Puerto Bories.
Cueva del Milodón.



Deposé

Última Esperanza. Río y cerro Paine medio.

Fot. A. M. De Agostini

Ilusionado con la esperanza de enriquecerse ocupando aquellos terrenos desiertos, se había establecido allí hacía cerca de dos años, dedicándose a la cría de ganado vacuno, no sé realmente con qué perspectivas, pues toda aquella región es sumamente pantanosa debido a las continuas lluvias. Hacia cuatro meses que no veía seres humanos, y cual nuevo Robinson, pasaba la vida en la soledad, vagando por montes y valles, llevando a pastar al ganado, alimentándose con carne de ciervo (el huemul chileno, que abunda en aquellos valles) hasta que, terminados los víveres, debe volver a Natales a procurárselos, atravesando a caballo los valles del norte del Balmaceda, después de vadear peligrosos ríos.

Prosigamos nuestra narración. Como no teníamos esperanza de que las nubes que cubrían el macizo se abrieran de ese lado, decidimos zarpar a la mañana siguiente, no sin antes visitar someramente la costa norte, donde desemboca el río Serrano.

Pero esa noche nos esperaba una desagradable sorpresa. El tiempo, que hasta entonces se había mantenido tranquilo, se convulsionó entrada la noche y ráfagas impetuosas bajaron desde las gargantas del Balmaceda, rompiendo el silencio con pavorosos aullidos. La seguridad de encontrarnos en buen puerto y con la embarcación bien asegurada alejó de mí en un principio todo temor; pero a las 3 de la mañana, el insólito movimiento del *cutter* y los fuertes tirones del ancla me pusieron sobre aviso. Viendo que no vigilaba ninguno de la tripulación, salté sobre cubierta y con gran sorpresa noté que el ancla se había zafado y nuestro *cutter* marchaba velozmente a la deriva impulsado por el viento.

Despertados los marineros, tratamos rápidamente de ganar la costa ya lejana, lográndolo con bastante dificultad, pues el ancla y parte de la cadena estaban sumergidas bajo el agua y nos costó no poco levantarlas. Izamos las velas y volvimos a nuestro primitivo lugar de anclaje, donde echamos las dos anclas y pasamos en vela el resto de la noche.

Al asomar el día, el viento fue amainando gradualmente, hasta que por la tarde reinaba ya completa calma, que enseguida aprovechamos para ganar el otro extremo del fiordo antes que se cerrara la noche.

A las cinco dejamos esa preciosa y casi fatal ensenada, y regresando por la misma ruta de hacía dos días, desfilamos nuevamente ante la ciclópea masa del Balmaceda, cuya cima, siempre envuelta en densos vapores, estaba iluminada aquí y allá por los vivísimos rayos del Sol que los intersticios de las nubes grises y negras dejaban pasar en fantástica lluvia de oro sobre las cumbres y los abismos.

A medida que avanzábamos, la gigantesca mole del Balmaceda retrocedía hacia el poniente dejando descubierta la ensenada norte y, como si levantara un mágico telón, apareció, ante nuestros ojos asombrados, una visión sublime que arrancó de nuestros pechos un grito espontáneo de profunda admiración.

A través de la depresión hidrográfica del río Serrano, que separa la cordillera Arturo Prat del Balmaceda, vimos lejos, muy lejos, destacándose sobre el fondo azul tersísimo y luminoso del cielo, el majestuoso macizo del Paine, cuyo perfil gigantesco dibujado por sus bermejas torres y sus albas agujas de hielo, se nos presentaba como la fantástica aparición de un reino ultramundano.

Ni una tenue nubecilla alteraba la serena grandeza de aquellas cumbres excelsas que, a los rayos del Sol poniente, adquirirían una delicada gradación de tonos y colores, esfumándose desde el rojo púrpura hasta el amarillo cromo, desde el azul y violeta de las sombras hasta el verde encendido de la lozana vegetación magallánica, la que, en cambio, a nuestro lado, sobre las escarpadas laderas del Balmaceda, se apagaba en frías tonalidades de un gris verdoso.

Era tan soberbio el contraste con la visión lejana del Paine, límpida y suave; tan maravilloso el juego de matices y tan grande la viveza del colorido, que hubiera enamorado el alma de un pintor y hecho brotar de todos los labios un himno de agradecimiento al Supremo Hacedor de todo lo creado.

El Paine está situado a unos 60 km del Balmaceda y, al igual que éste, es uno de los más elevados macizos de los Andes Patagónicos. Tiene, sin embargo, características de configuración y clima completamente distintas, pues el Balmaceda se encuentra casi permanentemente envuelto en una densa atmósfera de vapores que se transforman en continuas lluvias, mientras que el Paine posee un cielo más límpido y sereno, siendo mucho más raras en él las precipitaciones atmosféricas.

A la mañana siguiente emprendimos el regreso a Natales, porque varias familias de colonos, establecidas a lo largo de la costa del fiordo, esperaban mi visita. Con todo, ya había visto del Balmaceda cuanto era necesario para apreciar su extraordinaria belleza y experimentar el vivísimo deseo de retornar para contemplarlo sin velos en un fulgurante día de sol.

Volví al año siguiente en el *Fueguino*, potente remolcador del establecimiento frigorífico de Puerto Bories, que periódicamente llegaba hasta las cercanías del Balmaceda para proveer de víveres a algunos leñadores que talaban árboles en el bosque, y remolcaban al regreso esta madera hasta dicho puerto. El Balmaceda nos recibió con una serie de huracanes de singular violencia, que parecían no tener término. Los vientos saltaban sin transición del noroeste al suroeste, acompañados a veces de lluvias deshechas.

Pasé así cinco días de penosa expectativa en compañía de leñadores que, bajo la lluvia y el viento, trabajaban sin descanso, abatiendo los troncos de la selva, que luego transportaban con bueyes a la playa.

Aquí el bosque está formado especialmente, como en la Tierra del Fuego, de hayas* (*Nothofagus antarctica* y *N. betuloides*), que crecen vigorosas, sobre todo en los cañadones reparados del viento y donde el humus es más abundante. Mezclados con las hayas crecen el canelo (*Drymis winteri*), una soberbia magnoliácea de hojas siempre verdes, de tallo agudo y elegante; el ciprés (*Libocedrus tetragona*), la leñadura (*Maytenus magellanica*), cuyas hojas son buscadas ávidamente por los vacunos, y unos pocos arbustos más, entre los que predomina el calafate (*Berberis buxifolia*

*El padre De Agostini usa comúnmente el sustantivo 'hayas' para referirse a las especies forestales fagáceas que integran la flora fuego-patagónica. Aunque es un término impropio, se le ha respetado en el texto tal como se hace con algunas denominaciones toponímicas vigentes en la época de las exploraciones y viajes del religioso salesiano. La impropiedad surge de que esas especies son en realidad "falsas hayas", concepto que se expresa en la voz genérica del nombre científico: *Notho* (falso) *fagus* (haya) (N.E.).



Cascada del río de las Chinas.

Rollizos y tablones de lenga o roble (*Nothofagus pumilio*) en el aserradero del río Rubens cerca de Natales.

y *B. ilicifolia*). Como arbusto intermedio entre las yerbas y los árboles es digna de mencionar la *Philesia buxifolia*, vistosa liliácea de flores parecidas a pequeños lirios, pero rojos y carnosos como los de la camelia. Abundan los helechos, y entre éstos se destaca por su desarrollo y belleza el *Blechnum magellanicum*, cuyo tronco, de más de 30 cm de diámetro, posee bellas hojas radiadas de consistencia coriácea y de un verde brillante.

En el interior del bosque, en las laderas del macizo y en los valles, se abren algunos claros (vegas) que tienen en lontananza aspecto de prados, pero que no son otra cosa que blandos y húmedos tapetes de juncos, de esfagnos y de otras especies de criptógamas. Son muy escasas las hierbas forrajeras e insuficientes para la alimentación del ganado vacuno.

Contemplo con un dejo de piedad a los pobres bueyes a quienes toca la ímproba tarea de arrastrar los troncos del bosque a través de la *picada*, pequeño sendero abierto en la selva por los leñadores, entre despeñaderos y pantanos.

Estos infelices animales, obligados a caminar al lado del tronco atado al yugo durante la bajada, se ven sacudidos a diestra y siniestra por el tronco que se adelanta, sesguea o se precipita según los accidentes del terreno, ocasionándoles golpes y heridas.

A las pocas semanas están tan extenuados que es necesario sustituirlos por otros descansados, y así repetidas veces, hasta que quedan reducidos a huesos y pellejo, si es que no sucumben antes en su ruda labor.

La espera del buen tiempo me resulta penosa y desagradable. No había indicio alguno de que el cielo quisiera aclarar.

Por fin, una mañana, habiéndose calmado un tanto el viento, la densa cortina de niebla que envolvía el Balmaceda se desgarró de improviso y de la compacta masa de vapores fueron saliendo primero los gigantescos flancos del coloso, tallados a pique sobre las aguas del fiordo, luego el inmenso glaciar, que llena el valle central*, y por último, la cima suprema, todavía ligeramente velada por tenues vapores que se obstinaban en ocultarla.

El Sol, asomándose entre los claros de las nubes, proyectaba, a intervalos, haces de luz sobre las ásperas pendientes del monte, revelando entre el contraste de las luces y las sombras, nuevas particularidades de aquel inmenso escenario cordillerano donde se concentraban todas las formas y aspectos que puede asumir la alta montaña, bajo el eterno dominio del hielo.

Por este lado, el Balmaceda parece invulnerable a todo intento andinista, tan verticales son sus paredes y tantas insidias presentan las cornisas de hielo suspendidas sobre los abismos. En cambio, la ascensión a la cima por la vertiente boreal parece ofrecer posibilidades de éxito, aunque no esté posiblemente exenta de dificultades.

En este lado se levanta una imponente cresta, toda revestida de hielo, que remata sus extremos en dos cumbres, las más elevadas del macizo, de aproximada-

* Desde entonces este glaciar ha retrocedido visiblemente, tanto que su frente dista ya centenares de metros del sitio en que lo observó el padre De Agostini (N.E.).

mente 2.400 m, y encierra a modo de sillón, una gran cuenca glacial de la que sale un glaciar que desagua hacia el río Serrano.

Este gran macizo, clasificado por Hauthal como una intrusión granodiorítica de tipo lacolítico, y luego estudiado geológicamente por Quensel²⁸, está constituido por numerosos picos y crestas internas superiores a los 2.000 m, todavía completamente inexplorados, y por numerosos glaciares que llenan las depresiones y descienden en rápidas cascadas de *seracs* a lo largo de sus laderas.

En un tercer viaje, que realicé en enero de 1929, debían quedar satisfechos plenamente mis deseos.

Para asegurar el éxito de mi intento, necesitaba esperar en Puerto Natales la llegada del buen tiempo (lo que sucede generalmente cuando la columna barométrica alcanza 760 mm y sopla una ligera brisa del sur) y luego, aprovechando la calma de la noche, partir inmediatamente hacia el Balmaceda en alguna embarcación rápida.

Gracias a la exquisita cortesía del Sr. Thomas Dick, director del gran establecimiento frigorífico de Puerto Bories, encontré cuando necesitaba, una rápida embarcación a motor y un hábil piloto muy práctico de esos lugares.

Después de un largo período de vientos y tormentas, llegaron la calma y el buen tiempo. El Balmaceda, en un maravilloso crepúsculo, sacudió por fin el denso manto de sus nubes y apareció completamente descubierto sobre el lejano extremo del fiordo.

Sin perder un minuto, nos dispusimos a la partida y a medianoche dejaba nuestra lancha Puerto Bories y se lanzaba a toda marcha por el oscuro corredor del fiordo entre dos ciclópeas paredes de montañas severas y misteriosas y bajo una bóveda azul-oscura tachonada de estrellas.

En seis horas de navegación sobre unas aguas siempre tranquilas, llegamos casi al final del fiordo; dejamos atrás un estrecho paso donde las montañas alisadas por los antiguos glaciares tienen el aspecto de una bellísima barrera rocosa tallada a pique sobre el canal, y henos aquí en una amplia caleta frente al Balmaceda, que, libre de nubes, ostenta su altísima mole a los primeros rayos del Sol sobre el pedestal cristalino de las aguas.

Sublime espectáculo que subyuga y conmueve todas las potencias del espíritu con la gigantesca forma de las líneas, con todo el conjunto de picos, crestas, peñas, precipicios y barrancos; con la majestad de los glaciares suspendidos sobre el abismo, entre el verde marco de la exuberante floresta virgen, con la variedad infinita de colores de tonos tan luminosos y delicados que la vista permanece extasiada y el ánimo impregnado de profunda dulzura.

¡Cuánta paz, cuánta tranquilidad se desprende hoy del Balmaceda! La ira de los vientos, el furor de las tempestades, el trastorno de las nubes han desaparecido como por encanto; se diría que estos fenómenos son aquí totalmente desconocidos.

²⁸ Según este autor, "Geologisch-petrographische Studien in der patagonische Cordillera", *Bull. Geol. Inst Uppsala*, 1911, las rocas del monte Balamaceda se componen esencialmente de monzonita cuarcífera y sus diferenciaciones básicas.



Puerto Natales. Atardecer tempestuoso.

Hayas solitarias frente al Balmaceda.

Un profundo silencio reina por doquiera, únicamente interrumpido por el estallido cadencioso del motor, mientras la embarcación avanza lacerando el purísimo espejo de las aguas donde se reflejan en brillantes colores el Balmaceda y las montañas vecinas. Para gozar mejor de aquel encanto de la naturaleza, paramos el motor. Silencio perfecto, solemne. Solamente después de algunos instantes llega a nuestros oídos el melódico rumor de las numerosas cascadas, que descendiendo en gudejas sobre las ásperas laderas de los montes, entre el verdor de la selva, se precipitan en el mar, o se hunden en los profundos abismos.

Llegados a los pies del Balmaceda volvemos la proa al suroeste y nos internamos en el brazo de mar, siempre absortos en la contemplación de la espectacular montaña, que eleva verticalmente sobre nuestras cabezas sus enormes muros y sus afiladas crestas coronadas de pavorosas cornisas de hielo.

Una vez al final del brazo occidental, algo hacia el sur de la bahía Bellavista, penetramos en el cauce de un río sin nombre, que tiene sus fuentes en el lago Azul, situado en el corazón de la cordillera, a 5 km de la costa.

Busco empeñosamente la cabaña del pastor que encontrara en este lugar en mi primera excursión al Balmaceda, pero no la diviso. Me informa el piloto que aquel característico pastor aventurero, viendo disminuir el ganado por la inclemencia del clima y la insuficiencia de hierbas forrajeras, pocos años después se alejó para siempre de allí, dejando de nuevo solitario aquel remoto y pintoresco ángulo de la cordillera, donde había acariciado sus sueños de riqueza.

Durante más de una hora navegamos entre dos riberas recubiertas de tupidas florestas y con ambas márgenes recamadas por graciosos canteros de grandes margaritas (*Senecio acanthifolius* Hombr. et Jacq), tan artísticamente dispuestos que me parecen más obra del hombre que de la naturaleza. Ponemos en fuga numerosas bandadas de patos silvestres y nidadas de avutardas, cuyos polluelos ya grandecitos no pueden volar todavía, pues tienen las alas cortas. Tratamos de alcanzarlos con la embarcación, pero sin conseguirlo, pues corren con mucha velocidad, y cuando estamos a punto de apoderarnos de alguno, se zambullen de cabeza en el agua y desaparecen.

Hacia el final del río las riberas son más abruptas. Después de doblar una barrera rocosa y escarpada, pulida por los antiguos glaciares, penetramos en el solitario y pintoresco lago Azul, verdadera joya engarzada entre un elevado e imponente cerco de montes y de cumbres nevadas, cuyas laderas están revestidas de espesísimos y verdes bosques.

A occidente de este encantador laguito, penetra en la alta cordillera un angosto y típico valle de origen glacial con pequeñas cuencas lacustres y rocas aborregadas, entre las que se encajona y precipita un riachuelo.

La selva crece con extraordinaria exuberancia y con formas y aspectos distintos de las demás por el lujurioso desarrollo de la vegetación criptogámica, favorecida por las lluvias, que son aquí más frecuentes, y por la caída abundante de las aguas provenientes de los glaciares y neveros que cubren las cimas de las montañas.

Los troncos y las ramas están completamente revestidos de un manto de musgos, líquenes y helechos que forman un gracioso tejido, de un hermoso verde es-

maltado y adornado de finísimos encajes. El suelo es un tapete elástico de musgos esfangíneos y otros restos vegetales en putrefacción, impregnados de agua, que obligan a caminar cuidadosamente para no hundirse hasta la cintura.

Desde los montes que ciñen por el noroeste el lago y el valle, bajan grandes lenguas de hielo como las franjas de un inmenso y blanquísimo manto de nieve y hielo, que se entrevé en su interior y que recubre los vastos altiplanos subiendo hasta las cumbres. Es ésta, en efecto, la extremidad sur de aquel vasto campo de hielo inexplorado, atravesado por grandes cadenas de montañas y centenares de cumbres, que se extiende ininterrumpidamente desde el estero Calén, en el fiordo Baker, hasta el golfo Unión, al norte de la península Muñoz Gamero, por una longitud de 440 km*.

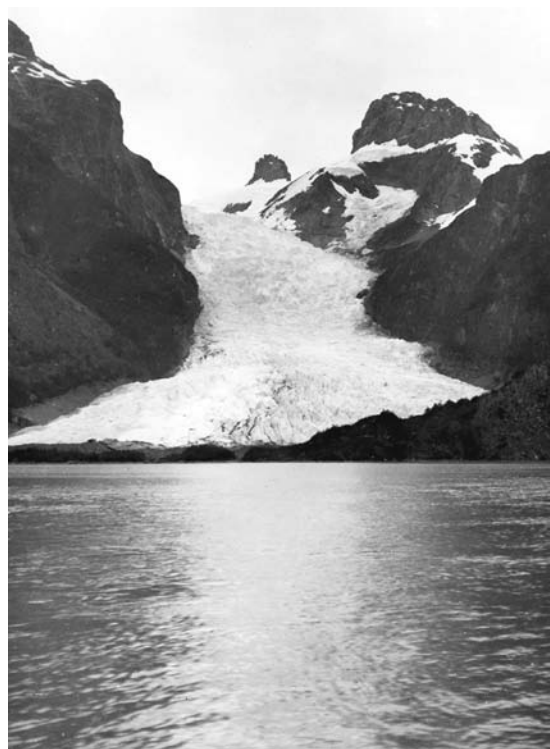
En el verano de 1917, en una excursión que efectué al norte del Balmaceda hasta llegar a los orígenes de los ríos Tyndall y Geikie, afluentes del Serrano, pude observar la configuración de este vastísimo campo de hielo y las blancas cadenas de montes que lo rodean, envuelto casi siempre por densos vapores y azotado sin tregua por vientos y tempestades.

Poco después de mediodía, la serena belleza de la mañana se ocultaba tras una cortina de húmedos vapores que llegaban repentinamente del norte y que se iban haciendo cada vez más densos y amenazantes. Después de un breve recorrido alrededor del lago, emprendimos el regreso a Puerto Natales, donde llegamos al anochecer.

* Apreciación cabal del explorador que se ajusta a la real dimensión geográfica del Gran Campo de Hielo Sur (N.E.).



El Balmaceda en un día de viento.
Bosque de lenga en el seno Bellavista (fiordo Última Esperanza).



Ventisquero en la vertiente oriental del cerro Balmaceda.

Fiordo Última Esperanza. Bahía Bellavista.



Una cascada de 150 m en el fiordo de Última Esperanza.

Cascada al pie del cerro Balmaceda.



Deposé

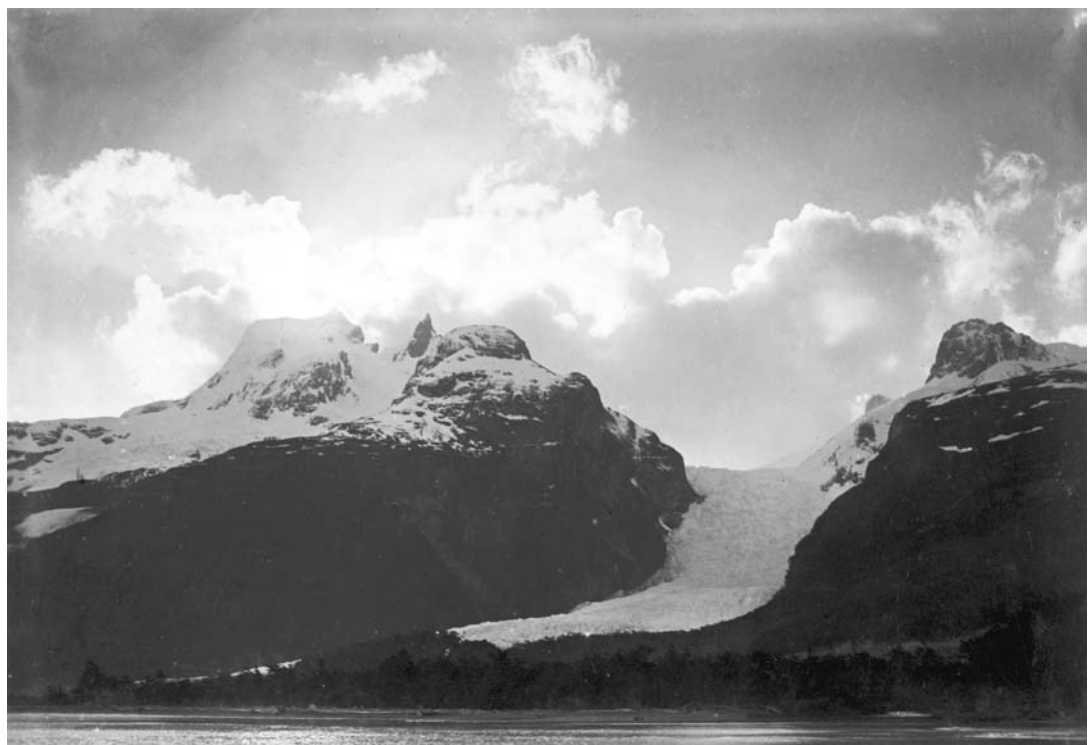
Cerro Balmaceda. Quietud.

Fot. A. M. De Agostini



Cerro Balmaceda. Calma.

Bosques de ñire. (*Nothofagus antarctica*).



Bahía Bellavista. Quietud.
Puesta del Sol en el cerro Balmaceda.

CAPÍTULO V

EL MACIZO DEL PAINE

Imponente belleza del Paine. En el lago Maravilla. Valle y río Serrano. La estancia Río Paine. Un colonizador tenaz. Un paraíso terrestre desaparecido. Rebaños y pastores. Excursión al lago Grey. Caza de un león-puma. La sierra de los Baguales.

El macizo del Paine²⁹ es, sin rival, el más soberbio y característico grupo de picachos que posee la cordillera Patagónica austral. Casi aislado de la cordillera, avanza entre las estribaciones orientales de los Andes como una formidable fortaleza almenada de torres, pináculos, de cuernos monstruosos, audazmente dirigidos hacia el cielo. Por sus formas y colores, parece sin duda uno de los conjuntos arquitectónicos más fantásticos y espectaculares que la imaginación humana pudiera concebir.

En lontananza, el Paine parece un nido de cumbres sin orden ni trabazón, pero visto y estudiado de cerca se nota que estos picos están ligados entre sí y reunidos circularmente en un solo macizo.

²⁹ Los primeros exploradores que recorrieron la región de Última Esperanza abarcan con la única denominación de cordillera de los Baguales el macizo del Paine y la sierra de los Baguales, como se puede constatar en las relaciones de viaje de Juan Tomás Rogers y de Carlos M. Moyano, quienes nos dejaron también una explicación sobre el origen del nombre Paine. El teniente Rogers, que penetró en esta zona en noviembre de 1879, escribe lo siguiente: “La Cordillera de los Baguales, que sólo es una parte o sección de los Andes, es muy caprichosa por su forma y nevadas cumbres. Se halla cortada en su parte sur dejando un monte escarpado con tres picos notables mirados desde la distancia, al que los campañaistas denominan Payne por su semejanza con otro que existe en la República Argentina”. Cfr. “Expedición a la parte austral de la Patagonia por el teniente 2º Juan Tomás Rogers”, en *Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile*, tomo V, p. 82.

El capitán Carlos M. Moyano, en su gira de enero de 1884, por la misma región, se expresa en estos términos: “La cordillera de los Baguales, que he citado como límite oeste del Coile, se empieza a distinguir hacia el noroeste, pocas millas después de subir la meseta del sur, destacándose en primera línea un curioso pico que los indios designan con los nombres de ‘Paine’, ‘Carrón’ y otros, demostrando cierta confusión al denominarlo, lo que me ha permitido aprovechar con júbilo esta circunstancia para darle el nombre de nuestras glorias patrias, el de ‘Andrade’”. Cfr. Carlos M. Moyano, *Viajes de exploración a la Patagonia*, Buenos Aires 1931, p. 158..

La cima más elevada, llamada propiamente Paine*, de 2.734 m de altura³⁰ es la que se eleva en la parte occidental del macizo, en forma de un torreón rocoso revestido de características incrustaciones de hielo. Cubre su base un albo manto de nieve que por el lado sur se despedaza en gigantescas cornisas y lenguas de *seracs* colgantes sobre las paredes verticales del monte. Al este se abre una cuenca delimitada al norte por un elevado contrafuerte rocoso que une al Paine propiamente dicho con el Paine Medio, de 2.400 m. Así se denominan los dos picos fantásticos que desde las bases gigantescas, lamidas por las aguas del lago Norderskjöld, alcanzan verticalmente hacia el cielo sus cimas retorcidas como astas monstruosas.

En la extremidad oriental del macizo, cerca de un monte de formas redondeadas de 2.360 m**, se elevan las tres renombradas torres graníticas del Paine, teñidas de un ligero tinte rosado, las cuales se reflejan en las cristalinas aguas del lago Azul.

El Paine está rodeado por todos sus flancos por el río homónimo, a excepción del costado este y noroeste en que se une a la alta cordillera por el gran helero Grey. Durante su curso, el río Paine forma los lagos Dickson, Paine, Nordenskjöld y Pehoe.

Como por las condiciones climáticas y por la fertilidad del suelo, los valles y llanuras colindantes son ricos en excelentes pastos, varios colonos los han poblado con millares de ovejas, estableciendo allí sus estancias.

Ya desde 1917 conseguí realizar giras detenidas por esas cercanías, en compañía del señor Germán Canto, administrador de la estancia La Península. Pasé en esa ocasión del lago Maravilla al encantador valle del río Serrano, bordeando a caballo la orilla occidental del lago, entre precipicios y bosques en gran parte destruidos por los incendios. El lago Maravilla responde perfectamente a su nombre no sólo por el encanto de sus aguas azul-celestes encajonadas entre montes y verdes selvas, sino especialmente por la soberbia visión del macizo del Paine que desde ahí se goza, sobre todo cuando en los días serenos se recorta sobre el azul purísimo del cielo con sus torres y sus obeliscos rojizos, irisados de suavísimos tonos azul-violeta.

Desde las colinas que se alzan en la extremidad noreste del lago Maravilla, dominando el gran valle del río Serrano, se disfruta de uno de los más grandes espectáculos que pueda ofrecer la región de Última Esperanza.

* Se refiere a la conocida actualmente como cima principal del macizo Paine Grande. Los montes Paine se encuentran dentro del parque nacional Torres del Paine en Chile (N.E.)

³⁰ En la carta topográfica de la Comisión argentina de límites, la altura de este monte [que es de 3.050 m, en vez de los 2.734 m que le asigna el explorador, elevación que sí se corresponde con la de la cima central del Paine Grande (N.E.)], denominado Paine oeste, está fijada en 3.050 m; en la chilena, a escala 1:500.000 figura con 2.670. El ingeniero Álvaro Donoso le asigna 2.734. Cfr. Álvaro Donoso, *Demarcación de la línea de frontera en la parte sur del territorio*, Santiago de Chile, p. 77, 1906. También sobre la altura de otros montes, entre los más elevados, existe, como veremos más adelante, discrepancia de cifras entre las cartas argentinas y chilenas.

** Se refiere al monte ascendido en 1937 por los alpinistas bávaros Zuck y Teufel que denominaron Almirante Nieto, ubicado entre el glaciar Torres y el cerro Paine Chico Sur. Aparece actualmente en algunas cartas con una altura de 2.668 metros (N.E.).



La Península. Paso de la Guitarra.

Río Serrano y macizo del Paine.



Deposé

Cerro Paine (2.734 m).

Fot. A. M. De Agostini

Un amplio cerco de montañas blanqueadas por la nieve y los glaciares, corona el límite extremo de esta vasta llanura donde el río Serrano desenvuelve sus monstruosas espirales alteradas por pequeñas manchas de bosques y con algunos arcos morrénicos, que señalan las varias fases de retroceso de las glaciaciones cuaternarias.

Al suroeste domina el macizo Balmaceda, completamente cubierto de glaciares y coronado de níveas cumbres, invisibles desde el fiordo de Última Esperanza.

Hacia el norte se divisan otras cadenas de montes sobre las cuales se extienden vastos campos de hielo. Más próximos a nosotros y menos elevados, se levantan los montes Donoso (1.450 m) y Ferrier (1.590 m), a cuyos pies brillan las aguas del gran río Grey, que nace en el lago homónimo y desemboca en el río Serrano.

También al norte se presenta entero el imponente macizo del Paine, poniendo en evidencia su singular configuración orográfica.

En 3 días viajando a caballo y llevando como guía a un tal Cabello, chileno, pude conocer los valles lejanos, a occidente del río Serrano, donde él poseía algunos centenares de vacas. Atravesamos ríos impetuosos y profundos como el Tyndall y el Geikie y ganamos no sin dificultad la pendiente septentrional del Balmaceda. Luego, doblando hacia levante, volvimos al valle del río Serrano, hasta alcanzar la costa norte del lago Maravilla, donde está establecida la estancia Río Paine.

Esta estancia, así denominada porque se halla cerca del río Paine, tiene elegantes edificios y está provista de todas las comodidades e instalaciones modernas necesarias para la industria del pastoreo. Las construcciones están rodeadas de jardines y huertas con plantas frutales: cerezos, manzanos, ciruelos y grandes campos cultivados de centeno, cebada, avena, que a pesar de los cuidados no siempre llegan a la madurez, por lo que generalmente son usadas como forraje*.

La posición de la estancia es verdaderamente privilegiada. La vista se pasea sin obstáculos por el vasto horizonte que va desde el río Paine al Balmaceda, del lago Maravilla al macizo del Paine. Es un lugar ideal para efectuar excursiones a los montes y a los lagos que le hacen corona.

No lejos de la estancia, el río Paine desemboca en el lago, y su curso puede remontarse en bote por unos 10 km hasta llegar a una bellísima cascada. Las aguas del Paine se deslizan aquí plácidas y tranquilas, dilatándose casi en forma de lago, flanqueadas por ambos lados por terrazas y cordones morrénicos, testimonios del gran glaciar que antiguamente debía recubrir toda la llanura. Las riberas están

* Este establecimiento ganadero fue fundado en 1896 por el pionero británico Walter S. Ferrier. A su fallecimiento la estancia fue vendida a la Sociedad Braun & Blanchard y sobre su base y otros campos se constituyó después la Sociedad Ganadera Río Paine, que se mantuvo vigente hasta 1972. La parte en propiedad fue adquirida por el empresario industrial italiano Guido Monzino, miembro de la Expedición italiana a los Andes Patagónicos 1957-1958, que conquista la cumbre principal del macizo del Paine y la Torre Norte y autor del libro *Italia in Patagonia, Spedizione italiana alle Ande Patagoniche 1957-58*, Milano, Aldo Martello Editore, 1958, y que posteriormente, en 1977, la donó al Estado para su incorporación al Parque Nacional "Torres del Paine". En el casco de la antigua estancia se encuentra la sede administrativa del parque, cuyas construcciones originales fueron destruidas posteriormente por un incendio (N.E.).

revestidas a su vez, por manchas de arbustos y de troncos de hayas, en parte destruidos por los incendios. Subiendo el manso curso del río, después de una rápida curva, se llega a la cascada, cuyo sordo fragor se oye desde lejos.

El cuadro que se presenta entonces al espectador es de una grandiosidad impresionante. A la belleza de la cascada, donde el río se desliza por una cornisa de negros peñascos y verde bosque, se añade la majestad de los picachos del Paine que dominan el fondo del paisaje.

El río desaparece poco más arriba del salto, dando lugar al lago Pehoe, que se dilata a occidente entre dos colinas aborregadas y terrazas morrénicas. Pero su curso reaparece después de 5 kilómetros en el costado noreste del lago, al este de una pequeña península donde está la estancia Pudeto que visité por primera vez en 1916. Las aguas se presentan aquí espumeantes y revueltas entre dos abruptos muros de rocas, formando, en las cercanías del lago Nordenskjöld, otra bellísima cascada, la más grande de toda la región*.

Es aquí donde el macizo del Paine se muestra en todo su esplendor, donde ostenta toda la majestad de sus pirámides, la hórrida belleza de los inmensos abismos, la pavorosa verticalidad de los glaciares.

El lugar es de lo más salvaje y grandioso. Florestas, lagos, ríos, cascadas, sirven de pedestal a este fantástico castillo de muros gigantescos acorazado de glaciares, coronado por torres de terrible aspecto y que tanta seducción ejercen sobre los andinistas.

En este privilegiado rincón de la naturaleza permanecí varios días hospedándome en la estancia Pudeto, propiedad del señor Orosimbo Santos, un chileno de Ancud, quien, con la tradicional hospitalidad de su país, puso a mi disposición los guías y medios de transporte necesarios para poder realizar mi programa de excursiones hacia el interior de aquellas montañas.

Don Orosimbo fue el primero que penetró esta región, a la cual había llegado el 8 de julio de 1908. Al recordar esos lejanos tiempos de su vida aventurera se entusiasma y conmueve. En aquella época –me dice– toda esta zona era desierta y completamente desconocida.

Las costas del río estaban cubiertas de espesas matas de leñadura (*Maytenus magellanica*) y de otros arbustos, entre los que lucían sus hermosos colores los racimos del ciruelillo (*Embothrium coccineum*) y las fucsias (*Fuchsia coccinea*)** esparcidas profusamente.

Bandadas de ánades, cisnes y flamencos cubrían las lagunas; a millares pastaban en el llano y en los montes los guanacos y los huemules; los zorros y los pumas tenían aquí sus guaridas: era un verdadero paraíso terrenal.

Tanta magnificencia y encanto de la naturaleza movió a Don Orosimbo a establecer allí una morada estable. El cruce del río Paine ofrecía serias dificultades, pero siguiendo los senderos de los guanacos, que atravesaban la región en todas direcciones, descubrió un vado que le permitió alcanzar fácilmente la otra orilla.

* De Agostini describe aquí el actualmente llamado Salto Grande, la gran caída de agua que une con estrepitosa belleza los lagos Nordenskjöld y Pehoe (N.E.).

** Actualmente *Fuchsia magellanica* (N.E.).



Baqueanos patagónicos en las orillas del lago Nordenskjöld.

Estancia Paine y monte Balmaceda.



Lago Maravilla y macizo del Paine.

El macizo del Paine con el lago Pehoe desde el cual sale el río Paine formando una pintoresca cascada.



Una manada de vacunos cruzando el río Serrano durante una crecida.

El río Paine, después de una importante cascada se ensancha como un lago, mientras domina, a lo lejos,
el gran macizo del Paine.



Puso de inmediato manos a la obra, construyó una tosca choza con troncos de hayas y luego un bote para cruzar el río y, provisto de unos pocos víveres, decidió pasar allí todo el invierno, para cerciorarse de si las condiciones climáticas eran favorables para la cría de bovinos incluso durante la estación invernal. El invierno fue sobremanera benigno, escasa la nieve y la temperatura mucho menos rigurosa que en la región pampeana. Con tan óptimos auspicios, don Orosimbo no vaciló en introducir aquella misma primavera 53 animales vacunos y tres años después, un millar de ovejas que se aclimataron y multiplicaron maravillosamente. Una vez más la tenacidad y el trabajo del hombre habían triunfado sobre los obstáculos de la naturaleza virgen, logrando abrir una nueva zona de la cordillera a la prosperidad y a la riqueza.

Hoy todos los valles y montes hasta el borde del glaciar*, están poblados de ovejas, las que, por criarse en estado salvaje, han perdido su natural docilidad y huyen espantadas ante la aparición del hombre. Su captura se logra únicamente con la ayuda de perros adiestrados, los cuales, azuzados por los silbidos de los pastores se lanzan a su búsqueda a kilómetros de distancia y las conducen a los potreros donde, dos o tres veces por año, se las reúne para la esquila, marca y baño contra las epizootias.

Cuando se estableció don Orosimbo, inmensos bosques, jamás hollados por seres humanos, cubrían esta vasta región precordillerana, pero en pocos años, debido a causas fortuitas o intencionadas, fueron enteramente destruidos por colosales incendios que duraron semanas y meses enteros, favorecidos por la extraordinaria y persistente fuerza de los vientos. Tal es la suerte que ha cabido a casi todos los bosques de los valles precordilleranos de la Patagonia en su vertiente oriental.

Pero si es de lamentar el daño ocasionado a la belleza natural del paisaje con la destrucción de estas inmensas florestas, cuya madera por otra parte era de escásimo valor, hay que reconocer que el *estanciero* no tenía a su alcance otro medio para valorizar estos terrenos incultos e introducir en ellos la industria del pastoreo, fuente perenne de vitalidad y riqueza.

Libre de bosques, el terreno se hace más seco y asoleado y produce buenos pastos forrajeros, pues estos valles son muy ricos en abonos vegetales.

La vigilancia de los rebaños está confiada a los ovejeros, pastores que viven en lugares apartados de la cordillera, en pequeños puestos, y que diariamente recorren los lugares donde pacen las ovejas, para llevarlas a la zona de pastoreo, sacarlas de los pantanos y librarlas de cuanto pueda ocasionarles enfermedades contagiosas.

Con algunos de estos ovejeros, rivales de los huasos chilenos del norte por la habilidad con que andan a caballo por barrancos y precipicios, recorrí toda esta zona hasta el lago Grey, donde rompe su frente el imponente glaciar homónimo, el más vasto de la región de Última Esperanza, y que tiene su origen en el interior de la cordillera Patagónica**.

* Se refiere al glaciar Grey (N.E.).

** De hecho, este gran glaciar, al cual hoy se tiene un relativamente fácil pero agotador acceso a pie, o más cómodamente en lanchas que navegan por el lago del mismo nombre transportando turistas,

Puede llegarse hasta sus proximidades a caballo, costear las riberas del lago Grey, y atravesando casi siempre los bosques de hayas semidestruidas por los incendios.

El glaciar tiene su frente partida en dos por una prominencia rocosa que, revestida de un verde y espeso manto boscoso, se levanta en el centro. Los dos brazos del glaciar, de un blanco azulado, se introducen en el lago como dos enormes bastiones flotantes erizados de fantásticos pináculos y agujas. Del frente, tallado a pique sobre las aguas en una altura de 40 a 50 m, caen continuamente con gran estruendo enormes trozos de hielo, que empujados por el viento flotan como grandes veleros sobre las aguas.

Esta inmensa corriente de hielo, limitada al este por el Paine y al oeste por inexploradas cadenas de montañas, de donde emergen algunos picos enteramente cubiertos de hielo, se extiende como una gran llanura hacia el norte por unos 20 km.

Pero el campo principal de mis excursiones fue el interior inexplorado del Paine, al norte del lago Nordenskjöld, donde se encajona un valle entre el Paine medio y el Paine propiamente dicho*.

Durante mi primera excursión, realizada en 1917, descubrí en el corazón de este valle una tropa de vacunos que se había alejado de la estancia y que vivía tranquila en aquel solitario rincón cordillerano, sin que don Orosimbo sospechase siquiera su existencia.

En el verano de 1929 volví otra vez acompañado por dos jóvenes chilenos, caminantes infatigables. Permanecimos unas cuantas noches acampados en la entrada del valle, pero debido al malísimo tiempo debimos regresar a la estancia. Para la segunda tentativa contamos con un tiempo espléndido y pudimos llegar al final del valle que se oculta y termina en un vasto anfiteatro detrás de las pirámides del Paine, en una región donde reina todavía el misterio.

Para poder realizar tan larga excursión en una sola jornada, partimos a caballo, por la mañana temprano. Durante dos horas costeamos las barrancosas riberas del lago Nordenskjöld y, llegados a la entrada del valle, donde la floresta se torna tupida y la subida más dificultosa, abandonamos las cabalgaduras y seguimos a pie.

Llevábamos unas horas de camino llenos de entusiasmo, cuando los perros leoneros que iban con nosotros, especialmente adiestrados para la caza de pumas, comenzaron a ladrar furiosamente, y a perseguir a toda velocidad a un león que habían descubierto detrás de un barranco. Emprendimos también nosotros la persecución, pero después de una endiablada carrera por lo más espeso del bosque, el león desapareció y los perros no pudieron volver a encontrar la pista. Continuamos nuestro camino y a la salida del bosque penetramos en la zona abierta de los detritos y rocas.

es una de las tantas lenguas accesibles del gigantesco Campo de Hielo Patagónico Sur que se extiende como un gran manto desde el fiordo Baker en la Región de Aysén (N.E.).

* Se refiere aquí al actualmente llamado Valle del Francés (N.E.).



Por entre el verde marco de las hayas asoman en lontananza los atrevidos picos del Paine.

Al salir del lago Nordenskjöld, el río Paine forma la más imponente cascada de la región.

Por más de tres horas costeamos la vertiente occidental de las pirámides del Paine Medio, avanzando sobre detritos y masas granodioríticas, que se han desprendido de esas gigantescas pirámides cuyas paredes, de hermoso granito blanco-rosado de varios centenares de metros de altitud, se elevan sobre nuestras cabezas, tan lisa y verticalmente, que hacen inútil cualquier intento de ascensión.

Cuando a la una de la tarde alcanzamos una loma rocosa de 1.250 m de altura, se presentó todo entero a nuestras miradas el arco terminal del valle; el misterio que encubría este remoto ángulo del Paine quedaba completamente develado. Nos encontramos en un amplio anfiteatro formado por gigantescas paredes de montañas que, a modo de ciclópeos bastiones y torres de una terrible fortaleza, defienden la cuenca de toda invasión exterior.

Sólo a levante una espiral de luces nos señala un paso que conduce, entre grandes peñascos graníticos y manchas de nieve, a otro angosto valle cortado en el gran macizo. En el lado opuesto de este valle se yerguen las gigantescas torres del Paine y el monte Almirante Nieto, escalado por los alpinistas Zuck y Teufel del Club Alpino Bavarés en enero de 1937.

La forma perfectamente circular de esta cuenca andina, defendida en todo su alrededor por un gigantesco murallón de montañas, hizo suponer erróneamente a varios exploradores, comenzando por Moyano³¹, que se trataba de un volcán apagado; pero allí no hay traza alguna de erupciones, como lo demuestran las rocas granodioríticas de que está formada la cadena.

El Paine, con sus formas singulares y descollantes, es una típica masa intrusiva del Terciario Inferior, que poco a poco se fue despojando del manto de pizarras cretáceas que la cubrían y que hoy todavía pueden verse en la placa oscura de rocas sedimentarias que encapuchan las cúspides de sus torres.

Como a las dos de la tarde emprendemos el regreso, siguiendo el profundo valle, siempre por el interior de la selva, y a eso de las siete estamos junto a las orillas del lago Nordenskjöld. Ensillamos los caballos, que impacientes por volver a casa, no necesitan estímulos para largarse a toda carrera entre precipicios y barrancos, con continuos sobresaltos para nosotros. Al caer la noche estamos de nuevo en la estancia.

³¹ Así describe Moyano la configuración de esta cuenca que él vio desde lejos: “Este monte presenta cinco agujas colocadas circularmente dejando adivinar en su centro una depresión que bien pudiera ser la del cráter de un volcán, afirmación sobre la cual me parece aventurado insistir, puesto que no tengo otros datos para ello y que señalo, sin embargo, al estudio de los que vayan después”. Cfr. Moyano, *Viajes de exploración a la Patagonia*, p. 158. Más tarde fue explorado el macizo del Paine por las comisiones topográficas destacadas por los gobiernos de la Argentina y de Chile, y estudiado geológicamente por R. Hauthal, quien reconoció su verdadera naturaleza granítica. Años después, el geólogo sueco P. Quensel (quien participaba de la expedición mandada por el botánico C. Skottsberg) hizo a este grupo orográfico objeto de un meritorio estudio geológico y petrográfico. De acuerdo con sus resultados, la masa plutónica del Paine se compone principalmente de granito biotítico, con diferenciaciones periféricas de grano fino (aplíticas) y otras. Véase Quensel, *op. cit.*). Ulteriores observaciones fueron realizadas, en 1931 y 1937, por el doctor Gustavo A. Fester, al mismo tiempo que sus compañeros, los alpinistas St. Zuck y H. Teufel, del Club Andino Alemán, efectuaban la primera ascensión del Paine Este, bautizado por ellos con el nombre de monte Almirante Nieto y cuya altura establecerían en 2.670 m. Cfr. G.A. Fester, “La cordillera Payne”, en *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, septiembre de 1938.

En el lado noroeste del Paine propiamente dicho (2.670 m), que remata en una cumbre empinada revestida de hielo, se levanta otro bellísimo grupo de picachos de altura algo menor, que recibe el nombre de Paine Chico (2.160-2.360 m).

A continuación del Paine Chico y tras una pequeña depresión hacia el norte, prolóngase una imponente cadena de montes nevados limitada a levante por la cuenca hidrográfica del lago Paine y al poniente por el gran campo de hielo que desborda el lago Grey. En los mapas chilenos dos cumbres de este grupo llevan los nombres de cerro Ohnet (1.920 m) y cerro Stokes (2.140 m).

En la segunda mitad de enero de 1943 pude recorrer toda la cuenca que se extiende al norte del macizo del Paine entre el lago Paine y el lago Dickson, donde se establecieron florecientes estancias. El acceso a este valle se halla facilitado por caminos carreteros que llevan hasta la estancia La Victorina, situada en la cabecera oriental del lago Paine. Desde esta estancia, que es propiedad del señor Bitsh, efectué con tiempo espléndido algunas excursiones hacia el interior del valle, llegando hasta las cercanías del glaciar Dickson.

Un buen camino tropero, que fácilmente podría habilitarse para vehículos, costea el lago Paine y conduce a una dependencia de la mencionada estancia, ubicada en el valle surcado por el río Paine y a pocos kilómetros de su desembocadura en el lago del mismo nombre.

La costa oriental de este lago ofrece hermosos paisajes realzados por los picachos nevados del Paine y de la cordillera que descuellan a lo lejos. La costa boreal del lago está formada en gran parte por rocas pizarrosas oscuras en las que me fue dado encontrar diversos ejemplares de grandes bivalvos de ornamentación concéntrica, pertenecientes al género *Inoceramus* y cuya edad se remonta al Cretáceo Superior.

Muy escasa es la vegetación arbórea que está constituida en su mayor parte por la lenga (*Nothofagus pumilio*), la cual se presenta aquí y allá en pequeñas manchas donde no pudo llegar el fuego con su fuerza destructora.

El valle surcado por el río Paine es una prolongación del lago homónimo y corre por unos diez kilómetros de este a oeste, limitando en su curso casi toda la vertiente boreal del macizo del Paine. Tiene fondo llano, aluvional, muy fértil, sembrado de lomas redondeadas y cubiertas de bosques quemados casi totalmente por los incendios.

El macizo del Paine, visto desde este lado, no presenta igual majestuosidad de formas que en su vertiente austral. Los cerros externos están constituidos en su mayor parte por pizarras arcillosas y ofrecen con su color negruzco singular contraste con las rocas blanco-rosadas de la masa intrusiva granodiorítica de que se componen los picachos interiores, entre los cuales descuellan las grandes torres, sobre todo cuando los últimos rayos del Sol iluminan el gran macizo.

El lago Dickson es la prolongación y término de la cuenca hidrográfica del Paine. Corre de norte a sur por una extensión de 8 km y uno y medio de ancho, siendo allí donde se origina el río Paine.

La cuenca del lago presenta un perfil asimétrico. Un cordón montañoso, de naturaleza esquistosa, que termina en una afilada cresta, cierra como un formidable



Cuenca interior del macizo del Paine encerrada entre altísimos paredones de granito.

dique rectilíneo toda la parte occidental de la cuenca lacustre. Un poco más abajo de la cumbre, se anidan algunos pequeños glaciares colgantes, y en las escarpadas paredes que se alzan sobre el lago crece un tupido manto boscoso. El flanco oriental es el más suave y ofrece características formaciones de rocas aborregadas que encierran pequeños lagos de excavación glacial. En varios lugares sobre las rocas porfíricas redondeadas y alisadas por los antiguos glaciares, se encuentra abundante material detrítico y algunos cantos erráticos de granito. El suelo está aún cubierto de grandes troncos de hayas derribados por los incendios y que se conservan todavía alineados en la dirección en que soplabla el viento cuando se produjo la quemazón.

En la cabecera norte del lago Dickson, desborda desde el interior de la cordillera nevada un extenso glaciar, cuya lengua llega hasta las orillas de dicho lago. El frente del glaciar aparece en notable retroceso, producido probablemente desde hace unas pocas decenas de años, como lo demuestra la faja completamente desnuda que cubre actualmente la ladera de la montaña.

Su cuenca de alimentación es muy extensa y cubre toda la vertiente sureste del monte Gorra, de 1.800 m, y se origina en un amplio altiplano cubierto de hielo y del cual emergen algunas cumbres bellísimas, totalmente blancas, debido a la nieve que las reviste. Por su costado noroeste el glaciar Dickson se comunica por una profunda depresión glaciar, con otra corriente de hielo que desciende de la cordillera hacia la cuenca del brazo Rico del lago Argentino. El relleno de este boquete glaciar de transfluencia, como pude observar en una excursión que realicé en el verano de 1916, subiendo desde el lago Argentino, está sujeto a intensa ablación y se presenta cubierto de un gran manto de morrenas y sembrado de pequeños estanques de deshielo donde se origina el río Frías que desemboca en el lago del mismo nombre, a pocos kilómetros del brazo Rico (lago Argentino)*.

A través de esta depresión se puede pasar fácilmente desde el valle del Paine al lago Argentino, subiendo unas lomas rocosas que flanquean el lado occidental del monte Agudo (1.810 m).

Al norte del macizo del Paine, delimitado por la depresión del río Paine y de los lagos Dickson y Paine, se desprende de la cordillera un cordón montañoso con cumbres entre los 1.500 a 1.700 m de altura, que se dirige por el noreste hasta la cabecera de los valles del río Rico y del río Zamora, tributarios respectivamente del lago Argentino y del lago Maravilla, y allí se enlaza con la dentada sierra Baguales, que alza sus cimas basálticas hasta los 1.400-2.000 m y señala en toda su extensión el límite chileno-argentino entre la región de Última Esperanza y el lago Argentino.

Las cumbres más elevadas se caracterizan por su aspecto áspero y salvaje, teniendo en muchas partes formas de agujas y minaretes. Su nombre de Baguales (animales salvajes) le fue dado por los primeros exploradores, porque hace pocos decenios se encontraban allí, en estado salvaje, algunos centenares de caballos,

* Interesante información del explorador que confirma la antigüedad del fenómeno de retroceso de este glaciar (N.E.).

perdidos tal vez por los indios Tehuelche y multiplicados luego rápidamente en aquellos valles solitarios y de difícil acceso.

En su vertiente austral, la sierra de los Baguales da origen a cuatro ríos: el Zamora, el de las Chinas, el Baguales y el Vizcachas, los cuales más al sur se juntan en el río de las Chinas, que desemboca en el lado sureste del lago Maravilla.

Los valles surcados por estos ríos habitados primitivamente por los indios Tehuelche, como lo demuestran los restos de antiguos campamentos, son relativamente fértiles y abundan en ellos los pastos forrajeros, por lo que numerosos colonos han establecido allí sus estancias para la cría de ovejas.

Siguiendo el curso de estos valles, es fácil bajar a caballo, en un día, hasta el lago Argentino, cruzando algunas gargantas talladas en la sierra de los Baguales. La huella más frecuentada, especialmente por el tránsito de ganado, que va desde el lago Argentino a los establecimientos frigoríficos de Puerto Natales, es la de los Baguales, donde nace el río del mismo nombre y donde se encuentra la estancia Los Leones.

En febrero de 1929, hice, en siete horas de galope, el viaje desde la estancia Los Leones a La Anita sobre la orilla del lago Argentino. En el trayecto se descubren paisajes nuevos y severos, ofrecidos por los austeros picos basálticos que asumen el aspecto de majestuosos castillos ornados de almenas y torres, o de largas crestas afiladas como hojas de cuchillo.

El valle, en su parte final, serpentea entre estrechos desfiladeros donde los montes erguidos como gigantescos murallones se tornan negros y ásperos, demostrando con mayor evidencia la naturaleza volcánica de sus rocas.

Un tapete de hierba verde y fresca cubre la llanura donde pacen numerosos guanacos. No muestran mayor temor ante nuestra presencia y nos observan con curiosidad, pero apenas tratamos de acercarnos huyen velozmente, deteniéndose luego de improviso a algunos centenares de metros para observarnos nuevamente con más seguridad.

El último tramo es el más áspero, porque los caballos, antes de llegar al boquete, deben subir una empinada cuesta entre escombros morrénicos. Desde el collado, que marca la línea divisoria entre Argentina y Chile, se desciende siguiendo el curso de otro valle bañado por el río Centinela, el cual se despliega en onduladas colinas y va a morir en las riberas del lago Argentino.

A medida que nos alejamos de la región cordillerana y penetramos en las desiertas mesetas patagónicas, la sierra de los Baguales y el Paine se aproximan hasta parecer una sola cadena, adquiriendo mayor elevación y grandiosidad. El Sol poniente lanza sus últimos rayos de oro púrpura sobre aquella fantástica arquitectura andina.

En el azul del cielo resplandecen las bermejas torres del Paine, rodeadas de centenares de cumbres y glaciares, irisadas de maravillosos tonos amatista y zafiro, salpicadas de rubíes y esmeraldas, de formas al parecer tan inmateriales, que lo dejan a uno absorto, como si no fueran las mismas que momentos antes ha contemplado tan de cerca.

Pareciera que bajo un mágico conjuro se hubiesen transformado de repente en las agujas y pináculos de una gigantesca catedral gótica, erigida en las puertas de



La estancia Pudeto, a orillas del río Paine.

El majestuoso ventisquero Grey se desborda por la cordillera, formando dos grandes paredones de hielo que se deshacen en el lago homónimo.



Deposé

Los picachos del Paine en un día de tormenta.

Fot. A.M. De Agostini

la ciclópea cordillera para elevar perenne tributo de honor y gloria a Dios, Autor y Señor del Universo*.

* Esta lírica descripción, una de las varias dedicadas al espléndido conjunto oro-lacustre del Paine, refleja el parecer unánime de cuantos conocieron y conocen esa maravilla natural y permite entender el porqué de su reservación como parque nacional. La primera iniciativa vino del profesor Werner Gromsch, de Punta Arenas, quien en los años de 1930 propuso la creación del Gran Parque Nacional del Sur, pero no fue sino hasta 1959 cuando, por la preocupación de varias entidades ligadas a la protección de la vida silvestre, el fomento del turismo y a los deportes de montaña, que se hizo efectiva la primera reserva, el parque nacional de turismo Lago Grey (4.332 hectáreas). Tras este modesto comienzo, sucesivas ampliaciones durante los años 1961, 1970, 1975, 1979, se conformó el actual parque nacional Torres del Paine, cuya superficie abarca un total de 242.242 hectáreas, y que ostenta, además, la condición de Reserva de la Biosfera otorgada por la UNESCO (1978). Actualmente se estudia postular los parques nacionales Bernardo O'Higgins y Torres del Paine como sitios del Patrimonio Mundial Natural de la Humanidad, junto con otras reservas del género creadas en la Patagonia chilena. En cierta medida el padre De Agostini contribuyó a este merecido reconocimiento por la difusión que hizo en Chile y el mundo de las bellezas del espléndido sector subandino oriental del país (N.E.).



Brazo oriental del glaciar Grey.

Dique basáltico en la sierra de los Baguales.

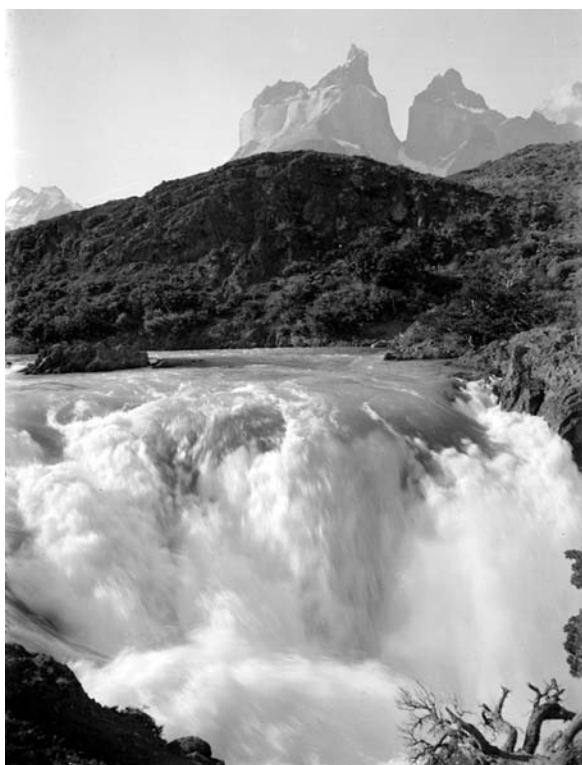


Lago Paine.

Laguna Azul y Torres del Paine.



Las Torres del Paine.
Témpanos en el lago Grey.



Valle del río Paine y vertiente boreal del grupo del Paine.

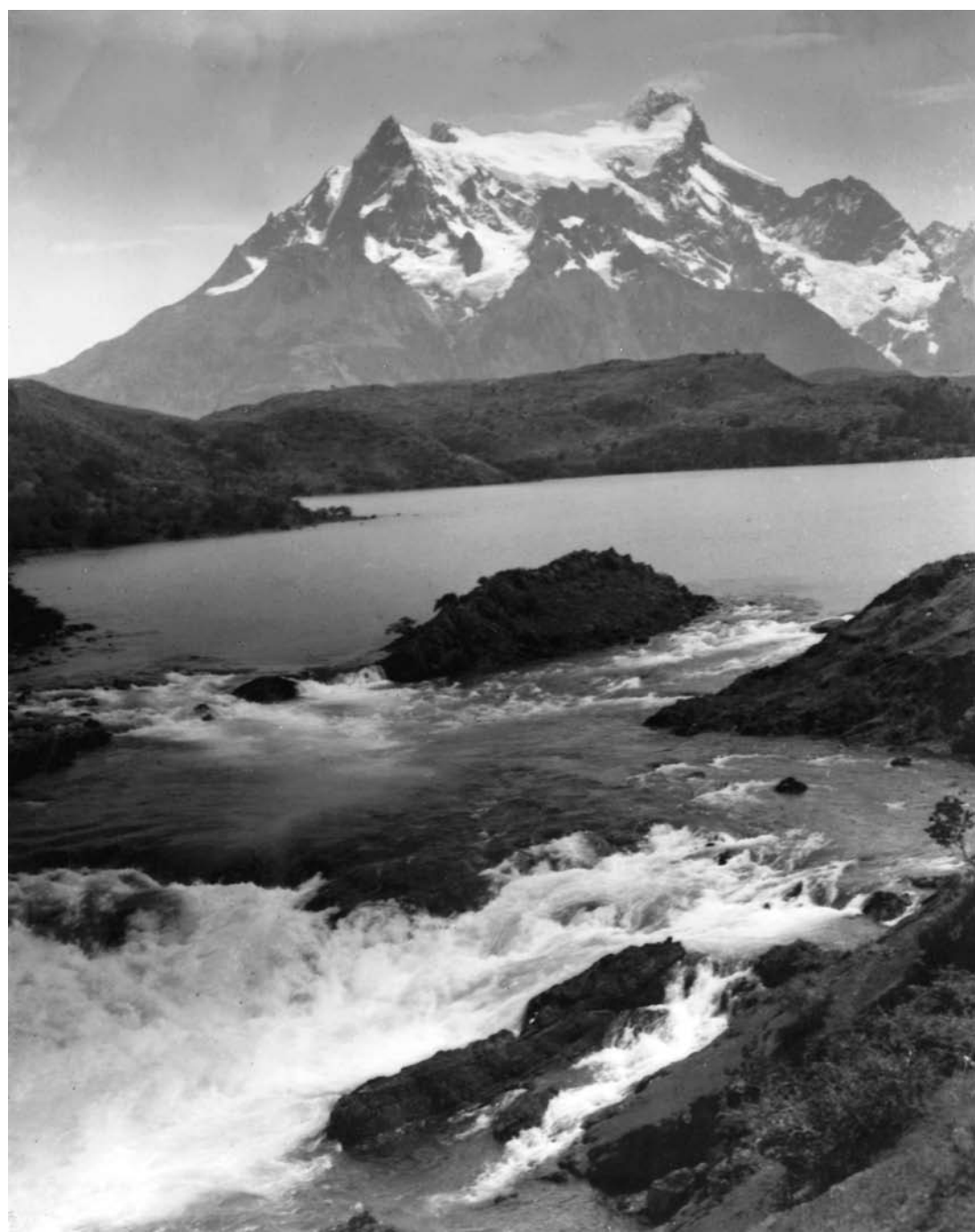
Cascada del río Paine.



Deposé

Río Paine. Los cuernos del Paine.

Fot. A.M. De Agostini



Cerro Paine y río homónimo al salir del lago Pehoe.



El macizo del Paine visto de la orilla del lago Sarmiento.

Lago Porteño. Claro de luz en la tempestad.

CAPÍTULO VI

EN VUELO SOBRE EL BALMACEDA Y EL PAINE

Dificultades de la aviación en la zona de la cordillera austral. El piloto Franco Bianco. Expectativa en Puerto Natales. Sobre el fiordo Última Esperanza. Caídas en el vacío. Desde el Balmaceda al Paine. Por encima de las cumbres andinas. Günther Plüschow y su trágico fin. En las blancas soledades de hielo. Florestas vírgenes a la luz del ocaso

Otra soberbia visión del Balmaceda y del Paine debía tenerla aún desde la cabina de un aeroplano, el 13 de abril de 1937.

Me ofreció esa oportunidad el aviador puntarenense Franco Bianco, hijo de piamonteses, quien poco antes había adquirido bien merecida fama con un audaz *raid* de 6.500 km, recorriendo solo y en un pequeño aeroplano de su propiedad, el largo trecho de la cordillera de los Andes, desde Punta Arenas hasta Santiago de Chile y regresando luego a Punta Arenas pasando por Mendoza y Buenos Aires.

Su pasión por el vuelo, nacida con la fundación del aeroclub en Punta Arenas, le hace olvidar a menudo sus negocios de lanas para hacerle elevarse al majestuoso y fascinante cielo magallánico, donde no pocas veces los fuertes ventarrones han puesto a prueba su valor y su pericia de piloto.

La navegación aérea es, en este trecho de los Andes meridionales, una de las más difíciles del mundo, por hallarse sometida a frecuentes perturbaciones atmosféricas que fácilmente adquieren carácter de ciclón.

La considerable altura de la cordillera, que está casi constantemente envuelta en nubes, constituye asimismo un peligro permanente, por no decir insalvable. Las ráfagas de viento que se estrellan contra las cumbres de las montañas o que descienden por las sinuosidades de los canales, son terriblemente fuertes y vertiginosas, y producen en su carrera pozos de aire y tan poderosos remolinos que pueden hacer caer el aparato volador en el momento y lugar menos sospechados.

El poder y la perfección de los aparatos modernos movió al gobierno de Chile a establecer en 1937 una línea aeropostal y de pasajeros entre Punta Arenas y Puerto Montt, con dos potentes bimotores Sikorski: el Chiloé y el Magallanes.

Parecía así salvada la distancia entre las lejanas regiones de Magallanes y el corazón de la república, permitiendo a los habitantes de las frías regiones preantárticas trasladarse en breve tiempo al delicioso clima de Santiago y Valparaíso. Pero el proyecto, tan acariciado, estaba destinado a fracasar. El Chiloé pocos meses después desaparecería entre las olas del Pacífico, y el Magallanes quedaba inutilizado después de un aterrizaje forzoso. Tan graves pérdidas provocaron la suspensión de la línea, cuando contaba apenas un año de existencia. En junio de 1946 volvió a establecerse el servicio aéreo entre Punta Arenas y Santiago por medio de la agencia LAN con dos viajes semanales pasando por territorio argentino, al margen oriental de la cordillera, que ofrece mayor seguridad. Desde 1945 funciona también un servicio regular aéreo bisemanal entre Punta Arenas, Porvenir, Bahía Felipe, Caleta Josefina y Puerto Natales.

Por el contrario, del lado del Atlántico, la Aeroposta Argentina mantiene, desde el año 1931, un servicio regular a lo largo de la costa patagónica. Los vientos, aunque no menos fuertes y continuados, y a menudo huracanados, son más uniformes y se puede volar a poca altura sin peligro de que el aparato vaya a estrellarse contra alguna montaña.

Para que nuestro vuelo sobre los macizos gigantescos del Balmaceda y del Paine y sobre los demás montes y glaciares de la cordillera, se efectuara en las condiciones atmosféricas más propicias, determiné dirigirme a Puerto Natales. Desde allí me sería fácil observar el momento preciso en que la cordillera se hallara completamente despejada y comunicarlo telefónicamente a Bianco, radicado en Punta Arenas.

En Puerto Bories, a cinco kilómetros de Natales, sobre la costa norte de Última Esperanza, hay un campo de aterrizaje que utilizan los aeroplanos militares chilenos cuando llegan en excursión desde Punta Arenas. Desde allí emprenderíamos nuestro vuelo sobre los picos andinos.

En la casa salesiana de Natales comienzo, pues, a esperar pacientemente que la cordillera se despoje del manto de nubes que constantemente la envuelve. Pero el tiempo, en lugar de mejorar, parece empeorar cada día. Con la constancia característica de estas regiones preantárticas se suceden fuertes chaparrones de agua en la llanura y tempestades de nieve en la montaña. Estamos en otoño, pero el frío es tan intenso que nos parece hallarnos en pleno invierno.

Consulto con impaciencia el barómetro y cien veces al día escudriño el gran macizo, pero invariablemente lo encuentro oculto entre las nubes.

Ya habían transcurrido dos semanas de inútil espera y estaba por abandonar el proyecto considerándolo imposible, cuando en la mañana del 13 de abril veo que el denso velo de nubes que envuelve la cordillera comienza a rasgarse y aparece en lontananza lleno de luz y colores el Balmaceda. La sensible elevación del barómetro y la calma reinante me confirman en mi idea de que ha llegado el momento propicio.

A las diez envío a Franco un fonograma. “Tiempo óptimo. Cordillera descubierta”. Respuesta inmediata: “Salgo enseguida”. Cuando el Saturno, después de describir una curva sobre Natales a guisa de saludo, aterriza en el campo de Bories, son las doce en punto. Partamos pronto —me dice Franco— porque se ha levantado



El ventisquero Tyndal visto desde el Saturno.

El padre Alberto M. De Agostini y el aviador Franco Bianco antes de emprender vuelo hacia la cordillera.

del lado oeste una corriente contraria que ya me ha hecho perder un cuarto de hora. Observo que, efectivamente, el cielo se ha oscurecido algo hacia occidente. Pero no opinan lo mismo el director del establecimiento frigorífico de Puerto Borries, señor Thomas Dickh, escocés, ni su señora, ligur, que nos ha preparado un exquisito almuerzo a base de tallarines y pudding.

Aceptamos la amable invitación y, después de haberle hecho los honores correspondientes, nos dirigimos apresuradamente al campo de aterrizaje, donde el diminuto Saturno con sus alas plateadas y abastecido de combustible, nos espera para emprender el vuelo.

Dos carabineros chilenos cuidan el aparato y nos aguardan para pedirnos las informaciones reglamentarias sobre el itinerario y la duración del vuelo. Cuando subo a la cabina, uno de ellos me pregunta por qué no llevo el paracaídas. Yo pienso para mis adentros que el único paracaídas que llevo siempre conmigo es una reliquia de san Juan Bosco, a la cual acudo en momentos de peligro y dificultad.

Me acomodo en el asiento, pero es tan reducido el espacio que apenas encuentro lugar para mi maquinaria fotográfica.

Franco pone sobre mi escafandro un micrófono receptor y lo une al suyo con un hilo telefónico; me sujeta con las correas de seguridad y luego de recomendar-me que no toque con los pies las palancas de comando, sube también él, acelera el motor y el Saturno despega suavemente en dirección al monte Balmaceda.

Es la primera vez que vuelo por encima de la inmensa cordillera Patagónica, meta predilecta desde hace tantos años de mis estudios e investigaciones. En pocos minutos toma altura el aparato. Las costas del fiordo y las montañas que lo flanquean se hunden rápidamente y en forma plástica muestran todas las sinuosidades y repliegues de los valles, surcados por las venas plateadas de los torrentes y salpicadas de innumerables laguitos.

Durante un cuarto de hora volamos siguiendo el curso del fiordo, frente al gigantesco Balmaceda. Estamos en plena cordillera a una altura de 2.000 m y el panorama que se despliega a nuestro alrededor es cada vez más grandioso.

La máquina fotográfica entra en función a breves intervalos. Entretanto, hacia el suroeste se oscurece sensiblemente el horizonte y negros nubarrones van acumulándose con rapidez sobre los montes, e impulsados por un fuerte viento del oeste, se acercan a nosotros.

Únicamente por el norte el cielo continúa sereno. Pareciera que la cordillera no quisiera hoy dejarse subyugar. Las primeras ráfagas embisten ya la frágil aeronave y la hacen oscilar fuertemente, uniendo sus silbidos al ruido del motor.

Acabamos de entrar en un estrecho corredor, que penetra entre el Balmaceda y el cerro Prat, cuando de pronto siento que el aparato se precipita con impresionante velocidad y cae en vertical como si hubiera perdido las alas. Cincuenta, cien metros... Franco me aseguró después que debimos haber bajado a doscientos. No me había repuesto aún de la sorpresa de aquel salto acrobático cuando una fuerza invisible nos empuja vertiginosamente hacia arriba en una fantástica picada.

El Saturno se estremece y oscila, se hunde y se eleva como si estuviera a merced de una marejada gigantesca.

Hemos entrado en el curso de una poderosa corriente de aire que baja con ímpetu de la cordillera, obligada a pasar por entre estas elevadas paredes de montañas, formando remolinos y grandes pozos de aire. Franco domina el aparato con seguridad y maestría y a mis recelosas preguntas responde que apenas dejemos aquella garganta entraremos en una zona más tranquila.

Avanzamos rápidamente. He interrumpido mi labor fotográfica y contemplo admirado las cimas más elevadas del Balmaceda, revestidas de una cándida coraza de nieve, y sus poderosos flancos, sobre cuyas paredes, cortadas a pique, descienden grandes corrientes de hielo. Debajo de nosotros diviso las aguas del fiordo agitadas por el viento, y más al norte la cinta de plata del río Serrano, que serpentea en el valle profundo y desemboca formando un hermosísimo delta.

Cuando después de diez minutos de trepidación, dejamos atrás al Balmaceda y enfilamos hacia el macizo del Paine, vuelve a reinar la calma primitiva y puedo continuar fotografiando el paisaje cordillerano, que se hace ahora cada vez más interesante. Hacia el oeste, bajo los efectos de una luz siniestramente pálida, que brota de una capa grisácea de vapores, se extiende hasta perderse de vista un inmenso campo de hielo, limitado en su parte interior por inexploradas cadenas de montañas. Este gran manto de hielo desciende por el declive oriental de la cordillera, festoneado con numerosos glaciares que se precipitan en las profundas gargantas o derriten sus frentes sobre los lagos, entre los cuales distingo el Tyndall y el Geikie, ya visitados por mí hace algunos años.

Estamos muy cerca del macizo del Paine, que absorbe nuestra atención por la belleza y majestad de sus innumerables pirámides, torres y pináculos que le dan el aspecto de una gigantesca fortaleza. Ya la conozco en todos sus detalles, pero hoy, desde la altura, puedo escrutar sus más ocultos repliegues.

Poco más allá del Paine, volamos sobre la profunda cuenca lacustre del Dickson, que brilla a la luz del Sol como un trozo de cristal. Al norte del lago, blancos colosos que se elevan al azul del cielo con maciza potencia, taladrando las acolchonadas masas de nubes estancadas en las gargantas, nos muestran las cúspides más altas y dominantes de la cordillera Andina, que marcan el límite entre Chile y Argentina.

Con una ascensión a todo motor, Franco eleva el aparato a 3.200 m. El horizonte se amplía de una manera tan grandiosa que sobrepuja toda imaginación. A occidente aparece un inmenso caos de montañas centelleantes de nieve, de picos gigantescos y torvos, de hórridos amontonamientos de *seracs* que se asoman a los abismos, de crestas afiladas, fantásticamente orladas de hielo, de suaves alburas de nieves engarzadas en bastiones rocosos, que se dilatan y se pierden en misteriosas lejanías.

Por todas partes hielo y nieves eternas y cadenas de montes, de cuya existencia los mapas no tienen indicación alguna, dejando solamente un espacio en blanco con la consabida inscripción: "Inexplorado".

En pocos minutos sobrepasamos la sierra de los Baguales y penetramos en el brazo sur del lago Argentino, que ya he visitado otras veces, pero que hoy me revela nuevas bellezas y nuevos secretos sobre la configuración interior de sus cadenas y de los glaciares que descienden hacia él.



Lago y ventisquero Dickson - A occidente se levanta el cerro Stokes.

Llevamos una hora de vuelo y el frío comienza a agudizarse, el termómetro marca siete grados bajo cero; pero lo que nos hace sentir más intensamente el frío son las heladas ráfagas de viento.

Volamos ahora sobre los tortuosos brazos occidentales del lago Argentino, cuyas aguas penetran sinuosamente paredes de montes abruptos revestidos de flores-tas vírgenes.

Un triste recuerdo acude a mi memoria. En este mismo sitio, en estas mismas aguas, sobre las cuales nos cernimos, el 28 de enero de 1931 caía, sorprendido quizás por alguna fuerte ráfaga, el hidroavión Cóndor de Plata, pereciendo el piloto alemán Günther Plüschow y su mecánico y fotógrafo Dreblow, mientras se dirigían a la cordillera en vuelo de reconocimiento*.

Plüschow había venido directamente de Alemania en 1927-28 con su goleta *Feuerland* y había efectuado numerosos vuelos sobre el archipiélago de la Tierra del Fuego hasta el cabo de Hornos, obteniendo una magnífica colección de vistas fotográficas y cinematográficas y publicando sus impresiones de viaje en un libro muy interesante: *Ueber Feuerland*.

Dos años después había regresado a la Patagonia, para reanudar sus vuelos sobre la cordillera, pero el aparato, que sin duda estaba ya resentido por la intemperie y por los esfuerzos hechos, no pudo continuar la lucha, y, mientras se encontraba en pleno vuelo, a nuestra misma altura, al desligarse del timón un cable de acero, se precipitó sobre la costa del lago.

Plüschow se descolgó con el paracaídas, pero éste no se abrió, y murió instantáneamente; Dreblow sólo logró hacer funcionar parcialmente la sombrilla y se precipitó violentamente a tierra golpeándose la cabeza contra una piedra; logró dar unos pasos y expiró a pocos metros de su compañero.

Nuestros ojos se sienten ahora irresistiblemente atraídos por una inmensa corriente de hielo horriblemente revuelta que irrumpe de la cordillera y penetra como una dilatada barrera de cristal en el canal de los Témpanos, donde numerosas masas de hielo, desprendiéndose de su frente, flotan sobre las aguas azules, como enormes osos blancos.

Es el glaciar Moreno, el más bello de la cordillera Patagónica en su flanco oriental y el más grande por su amplitud e imponencia**.

Del canal de los Témpanos pasamos rápidamente al brazo norte del lago Argentino, un larguísimo seno que se incrusta en el corazón de la cordillera y termina al pie del glaciar Upsala.

Aquí reina una calma perfecta. La cadena, completamente descubierta, muestra a los rayos del Sol, próximo al ocaso, sus innumerables picos, entre los cuales reconozco algunos que hemos explorado hace pocos años. He aquí el puntiagudo

* Los aviadores alemanes venían de dar fin, forzosamente por las precarias condiciones estructurales y mecánicas del avión, a una azarosa campaña de exploración por sectores de la alta cordillera de los Andes que permitió adelantar en el conocimiento de buena parte del campo de hielo Patagónico Sur (N.E.)

** En realidad el glaciar más extenso de la vertiente oriental andina es el Upsala, seguido por el Viedma (N.E.).

obelisco del monte Mayo que se yergue al sur del canal Avellaneda, escalado ya por nosotros en 1932, con los guías Croux y Bron; y más allá del cerro Peineta, los montes Spegazzini y Onelli; con sus imponentes glaciares, explorados también todos ellos, que descienden en albas cascadas de hielo, sobre los fiordos del mismo nombre. Hacia el norte distingo entre una ciclópea y nívea aglomeración de montes y glaciares, el cerro Cono, a cuyo pie hemos vivido durante tres semanas, en pequeñas carpas, sometidos al continuo furor de las tormentas, hasta que en un día sereno, después de haber superado el vasto altiplano Italia, efectuamos la primera travesía de la cordillera, divisando desde la cumbre del monte Torino las aguas del fiordo Falcón, en los canales del Pacífico.

Hemos entrado en el reino misterioso de las blancas soledades de hielo, donde el viento y los huracanes reinan soberanos y donde hoy dominan la luz y el silencio profundo, interrumpido únicamente por el ronroneo del motor.

Quedo absorto ante el fascinador espectáculo y saboreo la alegría de descubrir los últimos secretos de esos hielos eternos. Pero Franco me llama a la dura realidad. “Apenas nos queda combustible para la vuelta” —me grita por teléfono. Llevamos dos horas de vuelo, y nos hacen falta otras tantas para el regreso. Con la mano le indico a Franco que realice todavía un giro más, para darme ocasión de obtener algunas fotografías: son las últimas placas que me quedan. El aparato efectúa un rápido viraje y luego prosigue rumbo al sur, en dirección a Puerto Natales.

Durante una hora cruzamos las mismas cadenas de montañas y los anfractuados brazos del lago Argentino. Con la caída de la tarde se van alargando las sombras acusando hasta el más mínimo detalle y la más ligera sinuosidad de la compleja textura de las montañas.

Los bosques de hayas que cubren los valles y se elevan a gran altura, arraigadas en las laderas, al reparo del viento, ofrecen en el otoño adelantado, bajo los últimos destellos del Sol, una maravillosa gama de colores desde el rojo escarlata al amarillo-oro, desde el verde-esmeralda hasta el violeta-amatista.

Dejamos la cordillera glacial y bajamos gradualmente hacia la llanura siguiendo el curso de profundos valles, entre los cuales serpentean en grandes espirales los ríos Zamora y Baguales.

Poco más al sur del Paine dejamos a nuestra derecha los lagos Sarmiento y Maravilla, cuyas aguas azuladas se rompen en blancas crestas de espuma. Hemos vuelto a la zona azotada por los vientos del oeste, que hacen oscilar nuevamente el aparato.

Volamos a poca altura sobre las llanuras amarillentas del cerro Castillo, salpicadas de blancos rebaños de ovejas que pacen en los campos, y de una que otra mancha de establecimientos ganaderos, hasta que al fin aparece la cinta azul del fiordo Última Esperanza y sobre una terraza inclinada hacia el mar, las casas de Puerto Natales como un tablero de ajedrez.

El aparato describe una espiral sobre la población y se dirige hacia el campo de aterrizaje de Bories.

Un imperceptible golpe del tren de aterrizaje, una breve carrera sobre el llano y henos ya parados en tierra.

Mi primer vuelo sobre la cordillera ha terminado.



Lago Grey y ventisquero.

El lago Dickson con su glaciar que se desborda de la cordillera.



El macizo del Paine, con sus atrevidas torres, picos y neveros, visto desde el Saturno.

Torres y simas en el interior del Paine.



El canal de los Témpanos en el lago Argentino. Entre la maraña de montes y de glaciares descuella
imponente la silueta del monte Mayo.

Picos y hielos eternos reverberando al Sol poniente.



Lago Argentino. Últimos rayos del Sol en la cordillera.

El fiordo Spegazzini y la alta cordillera nevada.



La ensenada y el glaciar Onelli desde el avión.

CAPÍTULO VII

HACIA EL LAGO ARGENTINO

Expedición exploradora a la cordillera. Río Gallegos. La estepa patagónica. Umbelíferas en flor. Calafates. En la estancia Anita. Diversos aspectos del lago Argentino. En el canal de los Témpanos. El glaciar Francisco Moreno. Tempestad en el lago. Hielos flotantes. Llegada a la estancia Cristina.

Conocí el lago Argentino en febrero de 1928. Había llegado hasta allí desde la región de Última Esperanza, a través de la Sierra de los Baguales, y después de una breve permanencia en la estancia Anita, tuve la grata oportunidad de recorrer en lancha el brazo septentrional del lago y visitar la estancia Cristina, oculta en la soledad de las montañas. En el escaso tiempo que pasé allí, favorecido por unos días perfectamente serenos, hice dos excursiones al glaciar Upsala y pude conocer de cerca la configuración de los macizos centrales y los enormes glaciares que bajan de los mismos. Quedé profundamente emocionado y entusiasmado. La insospechada grandiosidad del paisaje andino, los numerosos estudios que podía realizar en esas montañas y glaciares, que ningún pie humano había pisado aún, así como la proximidad de una estancia que me facilitaba el establecimiento y los medios de transporte, me sugirieron inmediatamente la idea de establecer en ese lugar la base de una expedición, que desde hacía algunos años venía proyectando para explorar el interior de la cordillera.

Pero hasta 1930 no pude llevar a cabo mi acariciado proyecto.

Pocas personas integraban la comitiva que yo había organizado en Buenos Aires: el doctor Egidio Feruglio, de Udine, que desde 1925 se encontraba en la Argentina en calidad de geólogo de los yacimientos petrolíferos de Comodoro Rivadavia, y los guías alpinos Evaristo Croux y León Bron de Courmayeur.

Los guías llegaron a Buenos Aires el 30 de noviembre; el 5 de diciembre se embarcaban conmigo y con todos los equipajes a bordo del vapor *Asturiano*, con rumbo a Río Gallegos, población extrema de la costa patagónica argentina. En Comodoro Rivadavia, importante centro costero de la Patagonia³², de rapidísimo

³² La palabra 'patagonia' deriva de 'patagones', nombre aplicado por Magallanes en 1520 a los indígenas que encontró en el Puerto de San Julián, como refiere Pigafetta en la relación del viaje. Con

desarrollo debido a la creciente explotación de sus pozos de petróleo, se nos agregó el doctor Egidio Feruglio, dispuesto a abandonar durante algunos meses sus ocupaciones para participar de mi expedición, y en la mañana del 15 de diciembre desembarcamos en Río Gallegos, capital, desde 1898, del territorio argentino de Santa Cruz. Es una población de 8.000 habitantes, ubicada sobre la orilla derecha del río homónimo y a siete millas de su desembocadura en el Atlántico. A Río Gallegos, lo mismo que a todos los puertos de la costa patagónica, convergen, desde un determinado sector, los caminos que vienen de las estancias diseminadas por el interior de la cordillera. Hay también caminos que conducen a Punta Arenas (Chile) con la cual está unida por un activo servicio diario de automóviles.

Por ser la capital del territorio de Santa Cruz y sede de las autoridades del gobierno territorial, Río Gallegos supera en vitalidad a todos los demás pueblos de la costa. Casi todas las casas son de un solo piso y construidas con madera traída de Tierra del Fuego o de la cordillera (lago Argentino), con techo y paredes revestidas por fuera con chapas de zinc. En estos últimos años se ha realizado un rápido y notable progreso que se manifiesta en el gran número de elegantes edificios de ladrillo y cemento construidos tanto por las entidades públicas gubernativas y militares como por particulares y grandes casas comerciales.

La violencia y la continuidad del viento impiden tenazmente el crecimiento de la vegetación arbórea, aunque en las plazas, a lo largo de las avenidas y alrededor de los chalets, algunas manchas verdes o algunas amelgas floridas, señalan cómo, aun bajo los azotes del viento patagónico, pueden crecer y desarrollarse plantas y flores imprimiendo algo de alegría al triste y monótono cuadro de la estepa.

esta denominación, netamente geográfica, formada progresivamente por tradición cartográfica, se denomina la extremidad sur, tanto chilena como argentina, del continente sudamericano, que se introduce como una cuña entre el Atlántico y el Pacífico hasta el estrecho de Magallanes.

Antiguamente se denominaba Patagonia a toda la zona situada al sur del cabo San Antonio y hasta el estrecho de Magallanes, y por consecuencia al territorio que desde la costa se extiende hasta la cordillera occidental. Posteriormente esta extensión fue reducida, considerándose como Patagonia toda la región al sur del río Colorado, incluyendo el territorio del Neuquén, hasta la cordillera, límite que hasta hoy día parece prevalecer por razones históricas y geográficas, contra el que algunos autores modernos quisieran fijar en el curso del río Negro y de su afluente el Limay.

Este último límite norte coincidiría con el que fue trazado por el geógrafo Hans Steffen para la Patagonia chilena, el cual está determinado por la gran línea de depresión de los lagos Llanquihue y Todos los Santos, que cruza la cadena divisoria de la cordillera por el paso Pérez Rosales y continúa en el brazo occidental del lago Nahuel Huapi. Hans Steffen, *Viajes de exploración y de estudio de la Patagonia occidental*, p. 10.

Desde que fue promulgada la ley del 18 de octubre de 1884, con la cual toda esta porción austral del territorio argentino fue dividida en gobernaciones o territorios nacionales, el nombre Patagonia quedó solamente como testimonio de una tradición histórica.

Actualmente la Patagonia argentina está dividida en 5 territorios nacionales: Neuquén —con una superficie de 94.000 km², una población de 85.000 habitantes y una densidad de 0,90 por km²—; Río Negro —con una superficie de 200.000 km²; población, 132.000 y densidad de 0,65—; Chubut —superficie de 169.000 km², población 53.000 habitantes y densidad 0,32—; Gobernación militar de Comodoro Rivadavia —superficie 97.000 km², población 51.000 y densidad 0,52—; Santa Cruz, superficie 201.651 km², 24.000 habitantes y densidad de 0,12—; administrados cada uno por un gobernador que reside en las capitales: Neuquén, Viedma, Rawson, Comodoro Rivadavia y Río Gallegos.



Río Gallegos. Calle Roca.

Río Gallegos. Colegio de los Padres Salesianos.



A lo largo de la calles, trazadas con pródiga amplitud sobre un plano geométricamente regular, como un tablero de ajedrez, están alineadas las casas y los almacenes donde los colonos, los estancieros y las amas de casa pueden encontrar todo lo necesario para vestirse, alimentarse y adornar su hogar.

En casi todas las esquinas se levanta un bar o un hotel, a los que concurren generalmente los estancieros que vienen del interior para hacer sus compras y contratar la venta de los productos lanares.

La prosperidad de los habitantes de estos pequeños centros costeros está en directa relación con el alza y baja de las lanas y las carnes, sujetas a constantes alternativas, de acuerdo a las cotizaciones del mercado internacional.

Cuando el precio de la lana está alto, el dinero afluye en mayor cantidad a esos centros, porque todo lo que se consume en el campo, con excepción de la carne de oveja, hay que ir a buscarlo a los pueblos de la costa.

En las cercanías de Gallegos hay un establecimiento frigorífico (el Swift de Río Gallegos), donde se sacrifican, en la temporada de verano, cerca de 200.000 ovinos, cuyas carnes son embarcadas, en su mayor parte hacia Gran Bretaña³³.

Aquí, como en todos los demás pueblos de la costa, predomina entre la población el elemento extranjero. La mayoría son españoles; un buen número ingleses, yugoeslavos, alemanes, escandinavos y sirio-libaneses; escasean los italianos, que han poblado, en cambio, los fértiles valles de río Negro. Hay un fuerte núcleo de chilenos o, más bien, de chilotes (habitantes de Chiloé) emigrados de Punta Arenas o infiltrados en la Patagonia a través de los valles cordilleranos de más al norte, viviendo, en parte, de los productos agrícolas o pastoriles, o trabajando en los establecimientos frigoríficos o en las estancias, como ovejeros, esquiladores o peones. Son muy apreciados por sus capacidades para trabajar y su resistencia al clima.

Los salesianos se establecieron en Río Gallegos tiempo después de su fundación (1885), cuando sólo había allí unas pocas viviendas, gracias al misionero turinés don José Beauvoir y al incansable monseñor José Fagnano. Cuentan ahora con una hermosa iglesia y un grandioso colegio para la educación de la juventud.

En Gallegos estuvimos dos días para completar las vituallas y buscar los medios de transporte con que proseguir el viaje hasta el lago Argentino. El día 17, por la mañana, salimos muy temprano en automóvil, con la esperanza de poder recorrer ese mismo día los 350 km que nos separaban de la estancia Anita, sobre la costa del lago Argentino. Todos nuestros víveres y equipajes –cerca de 1.000 kilos– fueron cargados en un camión de alquiler, que hacía el servicio de transporte de productos lanares desde la cordillera a la costa. Aquí el automotor ha reemplazado rápidamente al caballo, tanto en la vialidad como en el transporte de productos lanares, acortando las distancias, de modo que en un solo día es posible llegar de la costa a la cordillera*, al pie de los glaciares, con una rápida carrera de 400 km,

³³ También en Deseado, San Julián y Santa Cruz existe un establecimiento frigorífico para industrializar la abundante producción ovina de las zonas respectivas.

* Actualmente en autobús, el tramo que va desde Río Gallegos en la costa Atlántica hasta El Calafate, sobre la costa del lago Argentino y desde donde es posible alcanzar los glaciares Moreno, Upsala,

a través de las inmensas altiplanicies. Las comunicaciones viales, que hasta hace pocos años eran dificultosas, y debido a las lluvias y deshielos poco menos que impracticables, pues se hacían sobre las viejas y tortuosas huellas de las carretas, hoy han mejorado mucho con la construcción de caminos nuevos, rectos como un hilo, tendido por leguas enteras y puentes de cemento, tanto en el interior, hasta la cordillera, como a lo largo de la costa atlántica, de acuerdo con los planes de la Dirección de Vialidad.

A medida que se avanza hacia el interior es fácil observar cómo el terreno va elevándose gradualmente en forma de largas mesetas escalonadas, que en las cercanías del lago Argentino (Pampa Alta), donde están revestidas con depósitos glaciales, llegan casi a los mil metros de altura. El examen estratigráfico del subsuelo de estas mesetas, constituidas por bancos y capas de areniscas, conglomerados y especialmente tobas, en que se encuentran con frecuencia y abundantemente fósiles marinos y terrestres, permite reconocer con claridad los diversos avances y retrocesos del mar, verificados en esta región desde el Cretácico Inferior hasta el Plioceno Superior. El gradual ascenso de la cubierta sedimentaria desde el Atlántico hacia la cordillera es el resultado de movimientos epirogénicos, intermitentes, acaecidos durante el Terciario Superior y el Cuaternario. Sobre la superficie de estas mesetas se extiende un manto de varios metros de cascajos y guijarros durísimos y redondos (los rodados Tehuelche) de origen fluvioglacial, o sea, transportados desde los Andes por las corrientes de deshielo de los glaciares cuaternarios.

Mientras tanto, nuestro auto avanza rápidamente por el interior de las inmensas llanuras, áridas y pedregosas, onduladas a veces e interrumpidas otras, por pequeñas depresiones (cañadones) que señalan el álveo de antiguos cursos de agua que bajaban de la cordillera en la época glacial, o se han formado posteriormente en el mismo altiplano.

La gran llanura de un color amarillo verde pálido presenta sólo algunas hierbas rígidas y punzantes, en matas más o menos aisladas, formada por escasas gramineas, entre las que predominan la *Festuca* y la *Stipa*, conocidas vulgarmente con el nombre de coirón. Estos pastos y algunos más constituyen el único alimento de los rebaños ovinos y caballares que viven en las praderas patagónicas. Es la típica vegetación xerófila y raquílica de la estepa, caracterizada por plantas bajas en forma de cojines, que crecen en un suelo pedregoso y permeable, sobre el cual influye sensiblemente la acción de los vientos, que soplan durante meses enteros, haciendo evaporar rápidamente la humedad producida por las escasas lluvias.

Estamos en primavera y casi no lo advertiríamos, tan pobre es la floración, si no nos lo revelaran los cojinetes verdes y aterciopelados de algunas umbelíferas y verbenáceas, tupidamente espigadas de delicadas y pequeñísimas flores de

Spegazzini, Onelli, entre otros, en el parque nacional argentino Los Glaciares, que además incluye por el norte la cadena montañosa del Fitz Roy, a cuyos pies se encuentra la localidad de El Chaltén —fundada recién en la década de 1980 originalmente como asentamiento de soberanía andina argentina y transformada luego en centro de turismo en la base de la cadena del Fitz Roy—, se cubre en cerca de cuatro horas por un camino totalmente asfaltado a través de la inmensa pampa patagónica. Casi lo mismo se tarda desde El Calafate a Puerto Natales, en Chile (N.E.).



Río Gallegos visto desde el avión.

Caminos patagónicos.

tintes vivaces, que van del blanco cándido al rojo y al lila. Una de éstas, la Leña de Piedra (*Azorella trifoliata*, *A. monantha*), de la familia de las umbelíferas, se desarrolla en lugares secos en forma de un gran cojín, a veces de más de un metro de diámetro, y es muy buscada por los pobladores de la estepa porque después de hecha secar proporciona un buen combustible parecido a la turba.

Entre las verbenáceas merece especial mención el tomillo (*Lippia trifida*), del cual se obtiene una excelente infusión, de un gusto parecido a la menta. Otra bebida para infusión, muy usada y apreciada por los habitantes, es la que se obtiene del té pampa (*Satureja darwini*), una labiada que abunda en todas partes, desde la costa hasta la cordillera.

Sobre la extensión árida y monótona de la pampa se destacan de vez en cuando los manchones verdinegro de la mata negra (*Verbena tridens*)*, una verbenácea que crece en tupidas gramas de 60 cm y que brinda un pobre, pero útil combustible a los habitantes. Menos tupidos son los arbustos de la mata verde (*Lepidophyllum cupressiforme*), que prefiere los terrenos salados y que, por ser resinosa, arde también verde. Otro arbusto, la mata amarilla (*Anarthrophyllum desideratum*), de más de un metro de alto, se caracteriza por sus flores amarillas y se utiliza para formar cercos de protección contra el viento, alrededor de las casas y a lo largo de las huertas. Algo más elevados y leñosos son los arbustos espinosos de los calafates (*Berberis heterophylla* y *B. buxifolia*), que producen unas bayas dulces con un dejo amargo y que en el verano sirven de alimento a muchas aves. Muy raro resulta hoy el *Incienso* *Schinus dependens*, un arbusto espinoso que puede llegar a los dos metros de altura. Tanto el tronco como sus raíces dan una leña muy buena, que arde fácilmente, y a eso se debe que haya desaparecido con rapidez.

Mientras continuamos avanzando, nuestra mirada se extiende a lo largo de la planicie amarillenta de la pampa, donde resaltan los numerosos puntos blancos de las ovejas y, mezclados con ellas, los guanacos y avestruces que pastan tranquilamente y huyen despavoridos al oír el zumbido de nuestro coche.

De vez en cuando salen repentinamente de los matorrales y de las cuevas numerosas liebres (*Lepus europaeus*) que huyen despavoridas ocultándose en pocos instantes a la vista. Otros roedores parecidos ya existían, aunque en cantidades limitadas en la Patagonia septentrional y central con el nombre de liebre patagónica (*Dolichotis australis* o *patagonica*), pero en la actualidad aquéllas se multiplicaron extraordinariamente desde la costa hasta la cordillera ocasionando serios daños a los cultivos y consumiendo las pocas yerbas destinadas a las ovejas.

* En *Gli Ultimi Patagonici, Cacciatori di Guanachi*, un artículo del 21 de abril 1939, aparecido en el diario italiano *Corriere de la Sera*, De Agostini afirma que entre los aonikenk o tehuelche este arbusto es usado para confeccionar un peine de unos treinta centímetros de largo, hecho con sus raíces y atado con ligamentos de guanaco. Esta información se confirma en Mateo Martinic, *Los aonikenk, historia y cultura*, de Punta Arenas, Ediciones Universidad de Magallanes, 1995, p. 247. El mismo Martinic proporciona allí mayor información acerca de la confección y características de dicho peine, incluyendo una fotografía gentileza del Museum für Völkerkunde de Berlín. Tanto el ejemplar original del artículo de De Agostini, así como su borrador mecanografiado y su traducción al español, se encuentran actualmente en los archivos del Museo Maggiorino Borgatello de la ciudad de Punta Arenas (N.E.).

No hay posibilidad alguna de poder eliminarla, pues su cantidad es enorme. Aunque desde hace algunos años se activó la caza, porque su piel adquirió valor en el mercado.

Pocas son las viviendas que encontramos a lo largo del camino. Se trata por lo general de estancias, puestos de policía y pequeñas fondas y boliches, que constituyen una parada casi obligatoria, ya sea para tomar un bocado, ya para interrumpir en algo la monotonía del viaje y defenderse del frío con una copita de licor. El invierno último fue extraordinariamente crudo y nos dicen que el termómetro descendió hasta los 26 grados bajo cero y, en zonas más elevadas, hasta los 32. La abundante nieve, endurecida por el frío constante, provocó la muerte de miles de ovejas, cuyos restos pudimos ver, en efecto, acá y allá en la llanura, amontonados por los ovejeros, listos para ser quemados. La temperatura es mucho más rígida en el interior que sobre la costa, pues el terreno es más elevado y más expuesto a los vientos dominantes y fríos de la cordillera. Por la tarde subimos la ladera de una elevada meseta (pampa alta), desde donde podemos vislumbrar, a lo lejos, las altísimas y blancas cadenas de la cordillera, semiocultas por la neblina y –más cerca de nosotros– la mancha azulada del lago Argentino. Una vez traspuestos los cordones morrénicos de la pampa alta, bajamos, por empinadas pendientes, a la profunda depresión del río Santa Cruz, emisario del lago Argentino.

Era nuestra intención llegar durante el día a la estancia Anita, propiedad de la sociedad Menéndez Behety, que está sobre la vertiente meridional del lago, pero un desperfecto del motor nos obligó a pasar la noche en un hotel de El Calafate, único centro poblado de esta región precordillerana.

A la mañana siguiente reanudamos viaje hacia la estancia Anita, donde ya nos esperaban, por habérselo avisado con anticipación desde Santa Cruz nuestro compatriota, el señor Menotti Bianchi, activo e inteligente administrador general de la sociedad ganadera Menéndez Behety.

La Anita, trazada según los planos del señor Bianchi, es una de las más bellas e importantes estancias de la región. Sus grandiosas construcciones destinadas a la industria ganadera, y hechas de acuerdo a las exigencias de la técnica moderna; los elegantes chalets destinados al personal de administración, rodeados de anchas avenidas de álamos y de hermosos jardines; sus campos frutales, hortalizas y forrajes, le dan un aspecto de oasis verdeante entre el paisaje desnudo y monótono que la circunda.

Mientras nosotros nos quedamos en calidad de huéspedes en la estancia Anita, el camión prosigue hasta Punta Bandera, sobre la orilla del lago, donde el vaporcito *César*, de la estancia Cristina, comienza de inmediato a cargar los equipajes, a fin de poder salir al día siguiente. La mañana del 19 salí de la estancia Anita acompañado por el guía Bron, para Punta Bandera, donde me embarqué, prosiguiendo hacia la estancia Cristina. Los demás compañeros que se habían quedado en la estancia Anita nos seguirían al regresar la lancha, trayendo consigo todos los equipajes y víveres que faltaban. La espera no resultó inútil para el doctor Feruglio, ya que puede dedicarse ventajosamente al estudio geológico de aquel lugar.

En el tramo de camino entre la estancia Anita y Punta Bandera –casi 50 km– comienzan a asomar los primeros paisajes cordilleranos llenos de vida y de sal-



Los fardos de lana son llevados a la costa por medio de camiones.

Rebaño de ovejas pastando en las mesetas patagónicas.

vaje grandiosidad. Hacia occidente se elevan las cadenas Buenos Aires y Cattle, revestidas hasta casi la cumbre de verdes bosques de hayas. Un poco más lejos se destacan, sobre el pedestal de las aguas del lago, los blancos colosos de la elevada cordillera, entre jirones de nubes que los envuelven casi perennemente.

Por el sur, a lo largo de un camino que costea el seno Rico, profunda articulación del lago Argentino, el paisaje adquiere la forma de un verdadero parque, con una hermosa sucesión de manchas de bosques y de vivaces praderas donde se encuentran numerosas estancias, siendo La Jerónima la más importante y pintoresca.

Punta Bandera, que da el nombre a la pequeña rada que sirve de refugio a las pocas embarcaciones que navegan por el lago, señala netamente la división del lago Argentino en dos porciones de caracteres morfológicos totalmente distintos. La parte oriental tiene la forma típica de los lagos terminales andinos, extendiéndose en una amplia cuenca de contornos costeros regulares, circundada por terrazas bajas morrénicas y glacio-lacustres y, a mayor distancia, por las empinadas laderas de las mesetas subandinas.

La parte occidental, en cambio, está profundamente articulada y se interna en la elevada cadena andina a modo de dos brazos extensos, en direcciones opuestas: el más vasto hacia el noroeste y el otro hacia el sur.

Cada uno de éstos se subdivide, a su vez, en canales y profundas ensenadas que, encerradas entre altas y escarpadas paredes rocosas, tienen todo el aspecto de los fiordos noruegos. El brazo sur es el más ancho y tortuoso y también el más pintoresco. Desde Punta Bandera penetra en un pequeño tramo hacia el poniente, entre las penínsulas Avellaneda, al norte, y Magallanes, al sur. Luego, dejando hacia el oeste la profunda ensenada Mayo, que termina en las bases mismas de la montaña homónima, dobla hacia el sur, con el nombre de canal de los Témpanos. El propio nombre explica la enorme cantidad de témpanos que flotan en sus aguas y que tienen origen en el glaciar Francisco Moreno, el cual desborda de la cordillera y penetra en el lago en forma de un gigantesco baluarte hasta alcanzar la orilla opuesta.

El seno Mayo, muy poco conocido y visitado hasta ahora, posee bellezas naturales tan fascinantes que constituiría bien pronto, junto con el glaciar Moreno, una de las metas predilectas de los turistas que visitan el lago Argentino*. Penetra en los contrafuertes de la cordillera en dirección al oeste y está limitado al norte por la península Avellaneda y al sur por el cordón Ameghino. A 20 km de la entrada, al doblar la punta Maravilla, tuerce hacia el sur, para seguir en una extensión de

* Lo cierto es que el glaciar más visitado actualmente es el Moreno, conocido más bien como Perito Moreno, al cual se accede ya por tierra o bien navegando desde Punta Bandera por el canal de los Témpanos. Luego le siguen entre los más visitados los glaciares Spegazzini, en el brazo sur; Onelli, Bolados, Agazzis, los tres alrededor de la pequeña laguna Onelli; y el Upsala en el brazo norte, el más extenso de todos. A éstos se accede únicamente navegando en modernos catamaranes por el brazo norte del lago, siendo posible visitarlos todos en una jornada. Para ambos servicios, durante el verano se ofrecen salidas diarias desde El Calafate o Punta Bandera (N.E.).

10 km más, ofreciendo el aspecto de un grandioso fiordo. Contemplamos allí uno de los espectáculos más imponentes y variados que pueda presentar la cordillera, encontrándose reunido, en poco espacio, cuanto de más hermoso puede poseer la naturaleza virgen y salvaje.

El monte Mayo, el gigante andino cuya cumbre escalamos el 5 de enero de 1931, levanta casi verticalmente su pirámide, por más de dos mil metros, sobre las aguas del lago. Por su ladera norte desciende casi hasta el lago una bellísima cascada de hielo engarzada en el severo marco de la floresta. Frente al monte Mayo, por el lado sureste, el elevado cordón Ameghino parece, con sus fantásticos y atrevidos picachos, un formidable baluarte puesto allí por la naturaleza para ocultar esta rara joya andina a los ojos profanos. En el extremo austral se asoma, como un blanco fantasma, la cúspide del monte Pietrobelli, reconocido en nuestra ascensión al monte Mayo, enteramente revestido de hielo, sin que la menor mancha empañe el candor de sus nieves eternas. A ambos lados del fiordo, tupidos bosques de hayas cubren con su verde manto las laderas de los montes, formando un sublime contraste con el blanco de las nieves perpetuas y con los glaciares que cuelgan de aquellas empinadas murallas sus enormes collares de zafiros y esmeraldas.

Al término del fiordo desborda desde el interior de la cordillera el glaciar Mayo, que ciñe el flanco suroeste del monte homónimo. Su lengua de hielo, que en una época no muy lejana debía llegar hasta el lago, se encuentra ahora a casi un kilómetro del mismo. El trecho de terreno que separa al glaciar del lago está formado por depósitos morrénicos entre los cuales corre un torrente glacial que sale del propio glaciar. Litológicamente, si exceptuamos algunos pocos elementos de rocas pizarrosas, el detrito morrénico se compone de granodioritas.

Siguiendo el canal de los Témpanos hacia el sur, se abre, a pocos kilómetros de la entrada del fiordo Mayo, una profunda depresión surcada por un glaciar de tipo alpino que llega hasta pocos kilómetros del lago, formando un delta muy extenso³⁴.

El canal de los Témpanos se encuentra cortado en su extremo austral por la gran corriente de hielo del glaciar Moreno, el cual, por su mole e imponentia y por la exuberancia de los bosques que lo rodean a modo de cornisa, es el más hermoso de los que bajan por la vertiente oriental de la cordillera. Esta imponente masa de cristal, deslumbrante en su níveo candor, de perláceos reflejos verdeazulados, desciende majestuosamente de la cordillera como un inmenso río de hielo, com-

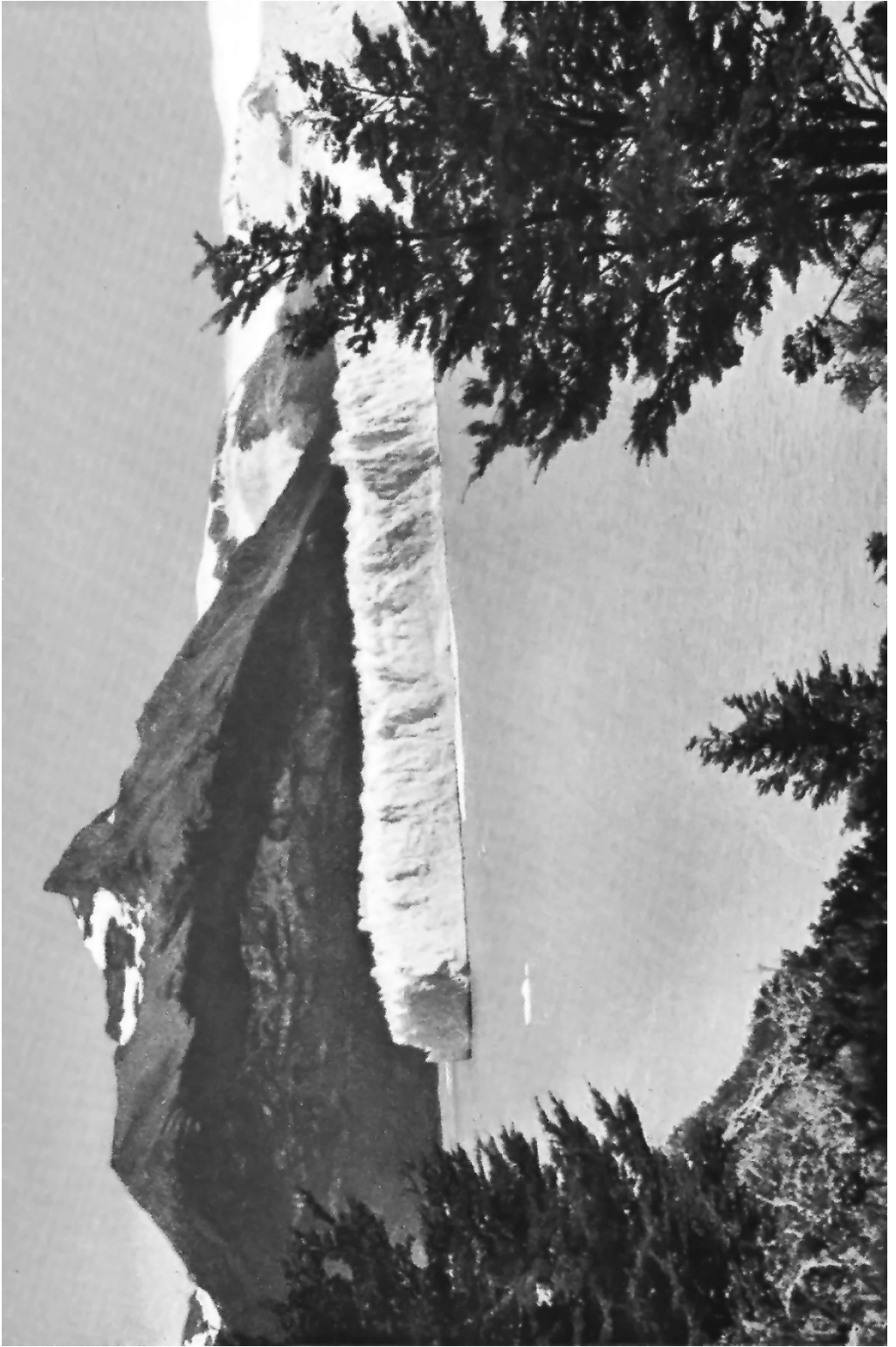
³⁴ En enero de 1944 realicé varias excursiones al interior de este valle y una ascensión a los montes que flanquean el glaciar por el lado sur, logrando reconocer en todo su curso dicho glaciar, que denominamos Ameghino, en memoria del gran sabio argentino Carlos Ameghino, autor de renombradas obras de paleontología sobre la Patagonia y la Pampa.

Efectuamos entonces una interesante excursión a caballo hasta el glaciar Moreno y siguiendo, parte por la costa del lago, parte por el interior del bosque, tuvimos el placer de contemplar de cerca y bajo otro de sus aspectos, la frente de este maravilloso glaciar por su flanco occidental. Dicha estadía nos fue posible gracias a las atenciones del colono Salvador Martín, quien posee allí una pequeña hacienda vacuna y se dedica además, con halagadores resultados, a las plantaciones de coníferas y a la siembra de pastos.



Avestruz (*Rhea darwini*).

Céspedes de coirón (*Stipa*).



Deposé

Lago Argentino. Ventisquero Francisco Moreno.

Fot. A.M. De Agostini

pletamente dentellado por gigantescos *seracs* comparables a las agujas y pináculos de una catedral gótica, que causan en el viajero una profunda sensación de estupor y asombro.

De su frente, de más de 50 m, cortada a pique sobre las aguas y minada por grietas profundas, se desprenden a breves intervalos grandes bloques de hielo, que se precipitan al agua produciendo un ruido sordo y retumbante, como el tronar de poderosa artillería.

En el lento movimiento del glaciar, la gran mole de hielo, como empujada por una mano poderosa e invisible, se quiebra con sordo estruendo y descarga sobre el lago sus pirámides de alabastro, provocando en su caída gigantescas oleadas que van a romper sobre la costa. Los bloques de hielo desprendidos del glaciar, son arrastrados caprichosamente por el viento y forman un pintoresco contraste con el azul de las aguas y con el verde oscuro del bosque.

El glaciar Moreno presenta la ventaja de ser fácilmente accesible, cosa que no sucede con ningún otro de la cordillera, pudiendo llegarse hasta él a caballo, bordeando unos 35 km de la costa norte del brazo Rico, que desde el río Mitre lleva hasta la frente misma del glaciar³⁵.

Al contrario de lo que ocurre con los otros glaciares, que revelan claros indicios de reciente retroceso, el glaciar Moreno se encuentra en pleno avance. Ya en el verano de 1917 se vio obstruido el canal por la lengua del glaciar que había avanzado hasta alcanzar la orilla opuesta con un ancho de pocas decenas de metros, pero al cabo de pocas semanas volvió a abrirse otra vez. En cambio en diciembre de 1939, debido a la mayor cantidad de precipitaciones habidas en la alta cordillera, el glaciar aumentó extraordinariamente de volumen y avanzó su frente hasta la otra orilla, con un ancho de casi 300 metros, obstruyendo por completo el canal, motivo por el cual las aguas del brazo sur del lago (el brazo Rico) crecieron unos nueve metros, inundando los terrenos adyacentes y perjudicando las chacras próximas al río Mitre. Pero en febrero de 1940, ya sea por efectos de los calores estivales, que ocasionaron el desmoronamiento lateral y frontal del glaciar con mayor intensidad; ya sea por la intensa presión que el aumento del peso produjo en el brazo Rico; ya quizás por la presión tangencial del glaciar sobre la tierra, se formó, a través de las resquebrajaduras de hielo, una galería por la cual las aguas del mencionado brazo se vaciaron en el canal de los Témpanos, volviendo a su nivel normal³⁶.

³⁵ Por decreto N° 105.433 del 11 de mayo de 1937, la zona austral de la cordillera comprendida entre el lago Argentino y el lago San Martín fue declarada parque nacional Los Glaciares. La determinación de este nuevo parque ha sido confiada al autor por encargo de la Dirección de Parques Nacionales. Cfr. Pbro. Alberto M. De Agostini S.S., *Nuevos parques nacionales - Informe de la cuarta comisión exploradora*, Buenos Aires, 1937, pp. 121-144).

³⁶ Un interesante estudio con levantamiento topográfico del glaciar Moreno fue realizado por los ingenieros C. Volpi y A. Grandi del C.A.I., quienes visitaron el glaciar en la época de su avance en noviembre de 1939, formulando acertadas hipótesis sobre las causas que habrían de provocar la abertura del glaciar. Cfr. C.A.I., "El ventisquero Moreno, por los ingenieros Carlos A. Volpi y Alberto L. Grandi", en revista *La Ingeniería*, Buenos Aires, Centro Argentino de Ingenieros, enero de 1940.

Al sur del glaciar Moreno* el canal vuelve a adquirir su primitiva amplitud y después de algunos kilómetros se divide en dos brazos: uno de ellos con dirección este, con el nombre de brazo Rico, y el otro, más extenso y profundo, brazo Sur, que se dirige hacia el sur y viene a terminar bajo una elevada cadena cubierta de nieve y glaciares.

El brazo Norte, hacia el cual nos dirigimos, se interna por unos 50 km en los contrafuertes orientales de la cordillera y termina a los pies del glaciar Upsala.

Son las 9, y antes de que hayamos arreglado a bordo nuestros equipajes, el viento ha levantado en el canal una violenta marejada que preocupa a Wildig, piloto y maquinista de la lancha y experto conocedor del lago y de todas las insidias que en el mismo se ocultan.

La entrada al brazo Norte del lago está señalada por un angosto canal encerrado entre dos despeñaderos que los marineros suelen llamar Puertas del Infierno, debido a que cuando sopla el viento fuerte del noroeste, la marejada, proveniente del interior, adquiere en este punto una violencia y una amplitud extraordinarias. Cruzamos el paso con relativa facilidad, porque el viento viene del suroeste, y después de dos horas de navegación alcanzamos la bahía del Quemado, donde se encuentra la estancia La Unión. Allí desembarcan dos pasajeros que habían subido con nosotros y, poco después, reanudamos la navegación con la esperanza de llegar antes del anochecer a la estancia Cristina.

Es éste el tramo más difícil, porque al penetrar hacia el interior, los vientos, que soplan constantemente desde el tercer o cuarto cuadrante, son siempre contrarios y la embarcación debe luchar contra una poderosa marejada que, aprisionada entre las altas montañas, se torna aún más violenta azotada por las impetuosas ráfagas que bajan de la cordillera y que pasan con vehemencia ciclónica por aquellas angosturas.

Enseguida, y tras haber doblado un baluarte rocoso que protege la bahía del Quemado, entramos en plena marejada. El viento, que pocas horas antes no era tan fuerte, se ha hecho ahora extremadamente violento, llegando hasta nosotros acompañado, a breves intervalos, por descargas de lluvia, de nieve y de granizo, que oscurecen el horizonte. Las olas, lívidas y espumosas, se siguen veloces y espesas, abriendo profundas simas entre las cuales se sumerge la embarcación como un submarino. Wildig, que está acostumbrado a esa furia y desenfreno de los elementos, le controla la ruta al timonero con vigilante cuidado, y baja a la sala de máquinas para regular la marcha y avivar los hornos. Transcurren así dos horas de danza infernal, avanzando muy lentamente, hasta que al llegar a la embocadura de la ensenada que lleva a la estancia Cristina amaina el viento, y las aguas, como por encanto, se tranquilizan.

Las corrientes aéreas desviadas por las cadenas de montañas hacia el curso de los valles, dan origen a estos extraños fenómenos por los cuales es dado observar, simultáneamente, que mientras en un canal las aguas están agitadas por una ma-

* El glaciar Perito Moreno es un glaciar compartido con Chile, donde recibe el nombre de Vidal Gormaz (N.E.).



Umbelíferas en flor.
Guanacos (*Lama guanicae*).



rejada enfurecida, en otro cercano reina la calma más completa, o bien soplan en ambos canales los vientos en direcciones opuestas.

Las laderas de las montañas que bordean el lago, escarpadas y redondeadas, muestran claramente los efectos de la extraordinaria potencia erosiva de los extensos glaciares que antiguamente las recubrían.

Muy escasa es la flora boscosa, que apenas se vislumbra en algunos puntos de la costa hacia el poniente. Los grandes bosques, que antes cubrían la vertiente oriental del lago, fueron destruidos, hace unos veinte años, por un colosal incendio que, activado por un fuerte viento huracanado, se propagó en un solo día, desde la extremidad norte del lago hasta el Quemado, en una extensión de 30 kilómetros. La intensidad del calor de las llamas fue tal, que no sólo destruyó los árboles sino también el estrato de mantillo vegetal que cubría las rocas. El humo inundó las llanuras patagónicas y, arrastrado por el viento, llegó hasta las costas del Atlántico, a 300 km de distancia.

Un espectáculo nuevo y atrayente ofrecen las masas de hielo que, desprendidas de los glaciares, o flotan sobre las aguas azules del lago como blancos veleros, yendo a la deriva empujadas por el viento, hasta vararse luego en las ensenadas, o se amontonan como una manada de osos.

Hemos llegado casi al extremo del lago y comienza a dibujarse en el horizonte, bajo una capa de nubes grisáceas y tétricas, una inmensa llanura de nieve y de hielo, que se pierde en la lejanía entre gigantescas paredes de montañas en gran parte veladas por las nubes. Es el glaciar Upsala, que baja majestuosamente de la cordillera y derrite su frente sobre las aguas del lago. Nadie podría imaginar que en las inmediaciones de esta inmensa extensión de hielo pueda haber valles donde pastan miles de ovejas y se desarrolla la industria ganadera.

Nos internamos aún por un buen trecho en una profunda ensenada flanqueada hacia el poniente por la península Herminita, larga y estrecha lengua de tierra rica en pastos, y, hacia levante, por un cordón de cumbres rocosas redondeadas y alisadas por la antigua acción glacial. Aproximándonos al término de la ensenada se descubre a nuestra vista la estancia Cristina, que está ubicada sobre un llano en la desembocadura de un valle que corre paralelo al glaciar Upsala, del cual lo separa únicamente una loma rocosa revestida por manchones de hayas.

Es un lugar solitario y hermoso, donde Percival Masters, que conoce el lago Argentino desde 1904, emplea con amor todas sus actividades y todos sus ahorros en el desarrollo de la ganadería, edificando casas, jardines, huertas, y donde vive desde 1913 con su familia, en un oasis de paz y de tranquilidad. El hecho de encontrarse alejado de todo centro habitado y la necesidad de proveer personalmente a las muchas exigencias de la estancia, han transformado a Masters y a su hijo Alberto en mecánicos, carpinteros, electricistas, capataces. Un aserradero accionado por fuerza hidroeléctrica corta los troncos del bosque cercano y provee la madera para la construcción de viviendas, muebles, puentes para el cruce de ríos y botes para navegar sobre el lago.

Alberto es también un excelente deportista, gran conocedor de aquella zona montañosa, que ha recorrido en diversas excursiones organizadas para la caza del

puma o para los acostumbrados rodeos de las ovejas. Sus consejos nos resultaron sumamente útiles para el cumplimiento de nuestro programa de exploración de la cordillera.

Al señor Masters debemos especial agradecimiento por la gentil hospitalidad y por los numerosos servicios que prestó a nuestra expedición.

Mientras esperamos que lleguen los compañeros, yo efectúo, en compañía del guía Bron, algunas excursiones a los alrededores a fin de tomar algunas vistas fotográficas. Cuando el tiempo es malo, nos dedicamos a preparar los materiales del campamento y a subdividir los víveres para las distintas metas señaladas. Teniendo en cuenta las dificultades que podíamos encontrar por causa de las condiciones atmosféricas adversas, tan características de estas altas zonas cordilleranas, que casi constantemente están veladas por las nubes, limité mi programa a explorar primero el sector montañoso que se extiende a occidente de la península Avellaneda, y luego a los macizos centrales de la cordillera, desde donde esperábamos alcanzar el fiordo Falcón en los canales patagónicos del Pacífico. El 27 de diciembre llegaron a la estancia Cristina el doctor Feruglio y el guía Croux y, terminados los preparativos para el viaje, nos embarcamos, tres días después, en el *César*, para dar comienzo a nuestras excursiones.



Lago Argentino. Caserío de Calafate.
Canal de los Témpanos. Lago Argentino.



Lago Argentino. Frente del glaciar Moreno en enero de 1928.
Lago Argentino. Frente del glaciar Moreno en diciembre de 1939.



Panorama de los canales meridionales del lago Argentino y de la estancia La Jerónima.



Lago Argentino. Canal de los Témpanos.

Lago Argentino. Fiordo y monte Mayo.





Lago Argentino. Frente del glaciar Moreno visto desde el oeste.

Lago Argentino. Fiordo y glaciar Mayo.



Paredón de hielo de 50 m del glaciar Moreno.



Glaciar Mayo y montes inexplorados en el interior de la cordillera.

Interior del glaciar Mayo.



Lago Argentino. La cordillera nevada en el brazo Norte.



Las montañas Patagonia del sur y centro Argentina



Brazo norte del lago Argentino y península Herminita.

Una *picada* en el bosque.



Lago Argentino. Seno y glaciar Spegazzini.

Lago Argentino. Témpano a la deriva.

CAPÍTULO VIII

EN EL SENO SPEGAZZINI

Magnificencia del paisaje andino. Bosques y glaciares. Primeras ascensiones. Vivac bajo la lluvia. Vuelta del buen tiempo. Ascensión al monte Mayo. Grandioso panorama. El regreso al campamento base. Vientos huracanados. Lago y glaciar Onelli. El regreso a la estancia Cristina

En la mañana del 30 de diciembre el vaporcito *César*, con todos nosotros a bordo, deja la bahía de la estancia Cristina y se dirige hacia el seno más occidental del lago, desde donde daremos comienzo a nuestras primeras excursiones de exploración por el interior de aquella zona de la cordillera.

Enderezamos con rumbo al sur, costeando la península Herminita y, después de doblar su extremidad meridional, cruzamos el brazo central del lago que termina al pie del glaciar Upsala, cuyo frente vemos flotar sobre las aguas. Llegados a la extremidad norte de la península Avellaneda, penetramos en el seno que constituye nuestra meta, obstruido en sus comienzos por algunos islotes.

A medida que adelantamos, van haciéndose más numerosos los hielos flotantes empujados por el viento, lo que vuelve algo peligrosa la navegación. Las montañas son cada vez más elevadas y escarpadas y entre ellas atrae especialmente nuestra admiración el monte Heim, que ostenta en su vertiente suroeste una hermosísima cascada de hielo, cuya lengua baja hacia un valle, deteniéndose festoneada a poca distancia del bosque, donde una faja de rocas oscuras, desnudas de vegetación, indica el reciente retroceso del glaciar.

Doblamos una punta cubierta de bosques y he aquí que descubrimos en toda su grandeza espectacular la parte final del seno, en cuyo fondo campea, como un telón blanco, un majestuoso glaciar cuyo frente da sobre las aguas del seno. Alrededor de la ensenada se elevan nevados picos entre los cuales domina cerca de nosotros el Peineta, con su dentellada cúspide de más de 2.000 m, y el gigantesco monte Heim de 2.450 m que cierra el fiordo por el norte. Las formidables paredes de esta montaña están revestidas, en su parte más alta, por un cándido manto de hielo, franjeado en sus extremidades y surcado por innumerables arroyitos de aguas cristalinas, que penetran como hilos plateados en el manto verdeante de

la exuberante floresta virgen, que cubre las bases de la montaña. Las aguas intensamente azules del lago reflejan el arco purísimo del cielo y forman el pedestal de este ciclópeo y policromo monumento de la naturaleza virgen y salvaje.

Tanto al seno como al glaciar y al monte que obstruyen el fondo, yo les di, más tarde, el nombre de Spegazzini, para honrar la memoria del eminente botánico italiano Carlos Spegazzini, que en 1883 participó de la expedición Bove a la Tierra del Fuego y que en sus 47 años de laboriosa actividad pasados en Argentina logró echar, con sus numerosos estudios y escritos, las bases científicas de la botánica argentina.

Los hielos flotantes se van espesando e, impulsados por el viento, ponen en guardia a nuestro piloto Wildig que, en peligro de ver aplastada por ellos la lancha *César*, prefiere efectuar el desembarco a algunos kilómetros del glaciar, frente a un herboso y abrigado rellano del bosque, donde encontraremos un sitio magnífico para acampar. Son las 13:30.

En poco más de media hora, todos nuestros equipajes y víveres son desembarcados en la playa y la lancha reanuda el viaje no sin antes ponernos de acuerdo en que volverá a buscarnos dentro de 10 días. Toda la tarde la dedicamos a preparar el campamento, talando árboles, limpiando el terreno, siempre bajo el asalto y la molestia de un enjambre de tábanos a los que el desacostumbrado calor ha despertado de su letargo, tornándolos voraces y sedientos de sangre. Estos dípteros salen de sus refugios en los días hermosos y tranquilos, ya por desgracia tan escasos, cuando reinan el calor y la calma; pero apenas sopla un poco de viento y hace frío, desaparecen y transcurren semanas y hasta meses enteros sin que vuelvan a dejarse ver.

31 DE DICIEMBRE

Por la mañana llovizna, y las montañas aparecen veladas por las nubes, pero a eso del mediodía el cielo se aclara y un Sol magnífico inunda de luz aquel rincón silvestre y grandioso de la naturaleza, que nosotros, realmente entusiasmados, no nos cansamos de admirar.

Cuanto de más impresionante y espectacular pueden ofrecer la montaña y el mar, parece aquí concentrado en tan poco espacio; cumbres, glaciares, cascadas, bosques exuberantes, aguas de cobalto, se funden en admirable armonía, vivificados por el aliento misterioso de la soledad y por el arcano que los envuelve.

Nuestras carpas se levantan, al abrigo del viento, entre un verdeante manchón de hayas y leña dura (*Maytenus magellanica*) y sobre un denso y mórbido tapiz de murtilla (*Pernettya mucronata*), a corta distancia de la playa. El guía Croux, que hace de cocinero, ha preparado ya la cocina, puesto en orden los utensilios y los víveres, y ha colocado la mesa y los asientos para las comidas. Gozamos de una hermosa vista del lago y, si no fuese por los hielos que flotan sobre las aguas y desfilan como blancos veleros, podríamos pensar que nos encontramos en las amenas orillas de alguno de nuestros pintorescos lagos alpinos.



Témpano en el fiordo Spegazzini.
Ventisquero Spegazzini y monte Peineta.

1 DE ENERO DE 1931

Amanece una mañana límpida, llena de sol, que despierta en nosotros ansias febriles de trepar hacia lo alto y de contemplar y conocer todo ese mundo de rocas y de glaciares que nos rodea. Mientras el doctor Feruglio y el guía Croux salen para una excursión geológica hacia la costa occidental, yo, acompañado por el guía Bron, me dirijo hacia una montaña que se yergue al sureste del seno. Subimos las pendientes cubiertas de hayas, magnolias (*Drymis winterii*) y tupidas malezas de calafates (*Berberis*), entre las cuales brillan graciosos claros cubiertos por altos y verdeantes pastos. De vez en cuando cruzan nuestro camino algunos senderos abiertos por los ciervos (huemules) que aquí son aún numerosos y de los cuales encontramos algunas huellas recientes. El huemul (*Hippocamelus bisulcus*) es el más hermoso y simpático de los pocos mamíferos que viven en la cordillera Patagónica, pero que está ahora próximo a extinguirse por la caza despiadada que de él se ha hecho. Vive únicamente en las regiones elevadas de la cordillera, preferentemente en los lugares más apartados y solitarios de los altiplanos y de los valles andinos, donde abundan las hierbas tiernas y frescas, regadas por las aguas cristalinas de las nieves. Es un animal fuerte y ágil, de costumbres pacíficas, muy parecido al ciervo europeo, a excepción de los cuernos, que son más pequeños y tienen dos ramificaciones.

Algunos años atrás eran muy numerosos y se los veía reunidos en grandes baños, pero debido a su mansedumbre y a la confianza con que permitían acercarse a ellos, se convirtieron en blanco fácil de los peones, que los mataban de puro gusto para dar la carne a los perros.

Hacia los mil metros de altura la vegetación se va volviendo raquítica, arrastrándose por el suelo, con las características hayas enanas (*Nothofagus pumilio*), que forman verdaderos laberintos vegetales, difíciles de atravesar, hasta que desaparece al llegar a los 1.050 o 1.100 m.

Caminando siempre en dirección al sur, llegamos, a través de un collado, hasta la cumbre de una montaña que se prolonga en forma de un largo y aplanado espinazo en dirección de oeste a este, cortada por una multitud de surcos en los que se estancan las aguas de numerosos laguitos y crecen diminutos manchones de hayas enanas. Desde un cerro más elevado y prominente podemos divisar, sobre la vertiente opuesta, una parte del brazo del lago que termina al pie del monte Mayo, que es el pico más elevado de esta zona, y se levanta separado y aislado de la alta cordillera y asoma por un instante la cabeza entre las nubes que lo cubren. También las montañas internas más altas están veladas por las nubes y sólo se divisan los grandes glaciares que se precipitan en cascadas de *seracs* sobre las paredes.

Proseguimos nuestro camino hacia el oeste, siguiendo la cresta del monte con el fin de acercarnos lo más que podamos al glaciar Spegazzini, del cual consigo tomar, en las primeras horas de la tarde, algunas interesantes fotografías. Bajamos luego al seno, entre resquebrajamientos y despeñaderos obstruidos por una serie de rocas aborregadas y por las barricadas de troncos de hayas caídas de puro viejas o derribadas por los aludes. Llegamos al campamento al anochecer, cuando

comenzaba a soplar un fuerte viento del sur. El barómetro va subiendo sensiblemente.

2 DE ENERO

Tiempo espléndido, montes despejados. Solamente hacia el norte se divisan algunas nubes sobre las cumbres más elevadas, pero no nos causan preocupación. No hay duda de que las condiciones atmosféricas van mejorando y parecen anunciar algunos días de buen tiempo. También el viento va calmándose gradualmente. Decidimos salir al día siguiente hacia el interior de la cordillera. Para no perder un tiempo tan precioso en la búsqueda del camino, Croux se adelanta para explorar el tramo de costa por donde deberemos pasar, abriendo con el hacha un sendero a través de la tupida y espinosa barrera de los calafates y tratando de evitar, en la costa abrupta, los pasos más largos y difíciles.

Por la tarde aprovecho la excepcional luminosidad y tersura del cielo para tomar algunas vistas panorámicas del seno y de los montes y glaciares circundantes.

El Sol desaparece entre una suavísima y transparente gama de colores que imprimen al paisaje silvestre el aspecto más atrayente de su imponente grandiosidad. Al caer las sombras, a la entrada del seno se asoma el disco luminoso de la luna, que irradia sus efluvios plateados sobre el grandioso cuadro de la naturaleza, sumergida ahora en el silencio y en la quietud más profundos.

Sólo a intervalos llega hasta nosotros, con ritmo ya creciente, ya apagado, el canto melodioso y tenue de las innumerables cascadas y torrentes, que bajan de los glaciares en la vertiente opuesta del seno y se precipitan por las gargantas de las montañas.

3 DE ENERO

A las 4 suena el despertador, a las 5 partimos. Llevamos con nosotros, además de los equipos habituales para trepar las montañas, las máquinas fotográficas, el saco de pelo, y víveres para 4 días. Estamos decididos a penetrar lo más que podamos en el interior inexplorado de la cordillera y a escalar alguna cumbre de importancia, para conseguir mayor campo de visión. Vamos orillando la costa del seno, llevando cada uno nuestro pesado fardo por el borde rocoso y abrupto del lago o en el corazón de la floresta y comprobamos con cuánta oportunidad el guía Croux ha abierto el camino a través de la tupida barrera vegetal, que, de otra manera, nos hubiera ocasionado mucho trabajo y gran pérdida de tiempo. Pasado el primer valle, abandonamos la costa y trepamos las faldas del cordón montañoso que rodea la ensenada hacia el sur entre matorrales de hayas y desnudas peñas rocallosas. En otras 3 horas dejamos atrás la empinada cuesta y alcanzamos la margen de una primera plataforma rocosa, desde donde gozamos



Nuestro campamento a orillas del lago.

El guía Croux fungiendo de cocinero.



Deposé

Lago Argentino. Cerro Heim (2.450 m).

Fot. A.M. De Agostini

con una soberbia visión de toda la ensenada Spegazzini y de los glaciares que a ella descienden.

El monte sobre el cual nos hallamos señala el comienzo de un largo y articulado contrafuerte que, bajo el nombre de península Avellaneda, se desprende de la cordillera y penetra en la gran depresión lacustre, limitada al sur por la ensenada Mayo y al norte por la ensenada Spegazzini. La cima casi llana y los flancos conservan en toda su integridad y esplendor un magnífico paisaje de erosión glacial, modelado por la acción del gran manto de hielo que cubría anteriormente el alto relieve andino y descendía con toda su potencia en los valles de la periferia, en numerosos lóbulos, que ahora ocupan las diversas ensenadas del lago. Las rocas formadas por durísimos esquistos arcillosos, que en su mayor parte constituyen estas montañas, han sido admirablemente corroídas y pulidas, y presentan numerosas cuencas lacustres, largas cuestas redondeadas y profundas hondonadas que aquí y allá, en los lugares resguardados del viento, se revisten de una tupida y enmarañada vegetación de hayas enanas.

Continuamos ascendiendo hacia el oeste sobre ondulaciones morrénicas salpicadas de laguitos y matorrales achaparrados de hayas, entre los que se abren pequeños claros revestidos de verdes pastizales. En uno de estos matorrales, junto a un pequeño torrente de aguas cristalinas, establecemos un vivac para la noche. Nos encontramos a unos mil metros y algo más arriba comienzan las primeras manchas de nieve. Son apenas las 2 de la tarde y después de un breve almuerzo, dejamos los víveres y los equipos y subimos todavía algunos centenares de metros hasta alcanzar la cúspide de una cresta rocallosa desde donde podemos otear mejor el interior de las montañas y glaciares que descienden hacia la ensenada. Nuestra excursión fue coronada con un éxito insospechado, pues descubrimos que nos era posible efectuar en el día la ascensión a la cumbre del monte Mayo, que se erguía imponente en la margen meridional de un vasto glaciar de superficie inclinada y resquebrajada.

Regresamos a nuestro vivac con las más placenteras esperanzas para el día siguiente, pero ya a la puesta del Sol, el cielo, antes sereno, se cubre con una densa capa de vapores que avanzan rápidamente desde el norte; poco después empieza a llover. Lisonjeados por el promisor aspecto del tiempo y por la presión barométrica muy elevada, no habíamos traído ninguna carpa, mas, ¿quién puede hacer previsiones seguras sobre el tiempo en estas regiones tan repentinamente sujetas a perturbaciones atmosféricas?

Procuramos suplir esta omisión construyendo dos pequeñas chozas al estilo indígena, con un techo formado por una gruesa capa de ramas de haya, y allí abajo, acurrucados en dos grupos, tratamos de pasar la noche. Pero para disgusto nuestro la lluvia continúa cayendo ininterrumpidamente hasta la mañana. En poco tiempo el techo improvisado se llena de agua, y de las hojas desbordan sobre nosotros copiosas duchas. También el suelo está inundado y uno que otro arroyuelo se filtra taimadamente entre las cobijas, llegando con ingrata sorpresa a mojar nuestros cuerpos.

4 DE ENERO

Con las primeras luces del alba salimos de nuestras chozas y encendemos, para defendernos del frío y secar nuestras ropas, una gran hoguera con troncos secos del bosque que por todas partes cubren el suelo. Así pasamos todo el día junto al fuego sin que la lluvia cesara de caer. Esperamos hasta el día siguiente. El doctor Feruglio y yo abandonamos la poco abrigada choza de ramas de haya y buscamos resguardo durante la noche bajo la saliente de una roca, donde el guía Croux ha trabajado pacientemente para prepararnos un refugio más comfortable*. Cuando me despierto, algo después de medianoche, la lluvia ha cesado, y el disco plateado de la luna llena asoma a intervalos entre las nubes, inundándonos de blanca luz. Siento que renacen mis ya casi perdidas esperanzas de próximo buen tiempo, y con esta agradable perspectiva paso lo que falta de la noche, pero cuando me levanto alrededor de las 5, una espesa neblina envuelve completamente el horizonte. Sin embargo, fue pasajera. Al aparecer los primeros rayos del Sol, las nubes desaparecen, como por encanto, dejando enteramente descubierta la bóveda del cielo. Ya no hay lugar a dudas: tendremos uno de esos raros días serenos, que suelen seguir a los aguaceros, mientras el barómetro se mantiene elevado y reina una calma completa.

A las 6 de la mañana dejamos nuestro vivac reanimados con la alegría de aquellos primeros rayos solares que se abren paso entre las pocas nubes estancadas en el valle, mientras las cimas de coral hienden con cristalina limpidez el azul purísimo del cielo. En una hora logramos la cumbre del contrafuerte, que ya habíamos visitado la víspera, y, después de pasar por algunas ondulaciones morrénicas, habiendo ya alcanzado los 1.200 m de altura, llegamos al glaciér, en cuya extremidad sur domina majestuoso y solitario, en forma de pirámide, el monte Mayo. Tres horas empleamos para cruzar la extensa pendiente de hielo que mide unos 9 km, resquebrajada al principio, mas luego lisa, y enseguida, a los 1.700 m de altura iniciamos la subida por la empinada ladera del monte Mayo, formada de negros esquistos pizarreños, que en esa primera parte forman un manto pedregoso suelto y desmoronadizo, muy molesto y fatigoso para la ascensión.

Dejando atrás la escarpada pared, alcanzamos la cresta norte del monte, tallada a pique sobre un profundo valle, donde está suspendido verticalmente un glaciér que baja desde la cúspide, partido en muchas partes por colosales hendiduras. Seguimos el camino a lo largo de la cresta, que se hace cada vez más delgada y que parece llevarnos seguramente hasta la cima entre dos espantosos precipicios. El guía Croux, que marcha a la cabeza de la caravana, atado a la cuerda que nos une, avanza sin vacilaciones y, después de pasar con precaución algunas planchas de hielo revestidas de nieve fresca, a las 13:15 llegamos al vértice de una cúpula de hielo y nieve en forma de cúspide.

Un panorama soberbio e indescriptible, tanto por la profunda extensión del horizonte como por la sublime grandeza de aquellos centenares de cumbres y de

* Cabe recordar aquí que De Agostini, para enero de 1931, contaba ya 48 años de edad (N.E.).



El lago Onelli lleno de témpanos que se desprenden del ventisquero homónimo.

glaciares que fulguran bajo los tersos rayos del Sol, se presenta ante nuestras miradas, los primeros ojos humanos que contemplan esas misteriosas soledades de hielo, mientras nos estremecemos de alegría y quedamos atónitos por el recogimiento. La particular situación de esta montaña, que se levanta en la margen oriental de la cordillera en forma aislada y dominadora, hace que desde su cúspide, de 2.380 m de altura, se pueda divisar un horizonte extensísimo, tanto en la zona interior como en la zona exterior preandina. Hacia el sur se desploma a pique por más de dos mil metros sobre las aguas de la ensenada Mayo, y, contemplada desde ese lado, presenta la forma de un cuerno, ligeramente doblado hacia el sur.

Su nombre actual le fue puesto por el perito argentino Francisco Moreno, quien la observó en 1877 desde Punta Bandera, llamándole la atención la forma angosta y retorcida de su cúspide, cuya altura sobrepujaba a todas las montañas vecinas. Justamente debido a su elevación y visibilidad desde la región preandina oriental, el monte Mayo fue elegido como punto de referencia para establecer sobre él mismo la línea limítrofe entre Argentina y Chile*.

Dos horas permanecemos sobre la cumbre gozando de una calma perfecta, que nos permitió dedicarnos con tranquilidad a nuestros trabajos. No soplabla la menor brisa y el termómetro marcaba al Sol un grado y medio sobre cero.

Mientras los guías levantan sobre el borde norte de la cúspide un montón de piedras, donde se halla una pared rocosa, el doctor Feruglio se dedica a efectuar triangulaciones con la brújula y observaciones sobre los glaciares, al tiempo que yo obtengo un panorama fotográfico de todo el vasto horizonte.

La mirada trata de atravesar ávidamente a través de esa inmensa extensión de nieve, glaciares y cordilleras, realizadas aún más por la fulgurante luz del Sol y la cristalina transparencia de la atmósfera, ansiosa de escudriñar sus secretos.

Cerca de nosotros domina al este la península Avellaneda, que penetra en el lago Argentino como un gigantesco y aserrado baluarte montañoso, limitada al sur por la ensenada Mayo, cuyas azuladas aguas vemos penetrar hasta nuestros pies, y al norte por la punta septentrional del lago, que lame el frente del glaciar Upsala. La inmensa superficie ondulada de este glaciar se dilata por el norte hasta donde se pierde la vista entre blancas cadenas de montañas, donde domina, a una distancia de más de 100 km, la torre rojiza y majestuosa del Fitz Roy.

Hacia el noroeste, más allá de la planicie de hielo y nieve que acabamos de cruzar, se eleva la zona central de la cordillera, formada por un complejo sistema de montes, glaciares y vastos campos de nieve, cuya configuración constituye el objeto de nuestras observaciones y estudios. Los montes Spegazzini y Peineta (2.450 m), que ahora se han vuelto muy bajos, ocupan los dos extremos de un vasto círculo de montañas, que encierra una cuenca glaciar de donde brota una de las principales corrientes de hielo, tributaria del glaciar Spegazzini. Al oeste de este grupo montañoso, que se alza en forma de anfiteatro, se distingue una última cadena de montañas enteramente cubiertas de nieve y hielo cuya vertiente oriental baja hacia el

* Como se ha dicho, el monte Mayo tiene aproximadamente 2.380 m de altura, y se encuentra en territorio argentino próximo al límite internacional acordado en 1998 (N.E.).

Pacífico. Esta elevada cadena, denominada por nosotros Malaspina³⁷, está cortada por algunos boquetes, alcanzando su mayor altura (de aproximadamente 3.000 m) en un macizo que se encuentra en el extremo norte. Entre esta cadena y el círculo de montes Spegazzini y Peineta, se prolonga en semicírculo una vasta cuenca glacial, donde nace la corriente principal de hielo que baja a la ensenada Spegazzini.

Al sur del monte Mayo y del cordón Malaspina, la cordillera queda interrumpida por un profundo y estrecho valle que representa la continuación occidental de la ensenada Mayo. En la margen oriental de esta depresión se encuentran dos pequeñas cuencas lacustres sobre las que mojan sus frentes algunos pequeños glaciares*. Más hacia el interior, la depresión se acentúa en forma de un collado glacial que no alcanzamos a ver enteramente, porque lo oculta una capa de nubes estancadas. La distancia entre estos pequeños lagos y los canales del Pacífico debe ser muy corta.

Al sur de este collado la cordillera vuelve a elevarse con un monte imponente, de tal vez 3.000 m, revestido de hielo hasta la cumbre, y que surge aislado al margen de los canales patagónicos. Lo denominamos Aguilera en homenaje al primer obispo salesiano chileno de Magallanes, que tanto hizo para el progreso espiritual y cultural de aquel lejano territorio. Por las paredes escarpadas de los montes que están frente a nosotros, donde la cordillera se vuelve otra vez compacta y elevada, bajan al valle dos glaciares entrecortados por profundas hendiduras, cuyos frentes aparecen ennegrecidos por detritos morrénicos flotantes.

Al sur de esta depresión el relieve andino se presenta como una vastísima altiplanicie helada de 2.000 m de altura, donde faltan absolutamente las cimas agudas y se descubren solamente lomos redondeados y algunas crestas rocallosas. Desde esta extensa altiplanicie de hielo descienden hacia el brazo sur del lago Argentino algunos glaciares encajonados entre cadenas de montañas. Uno de los montes sobresalientes de este trecho cordillerano fue denominado Pietrobelli, en memoria del fundador de Comodoro Rivadavia.

Después de haber ultimado nuestros trabajos y observaciones, a las 15:10 iniciamos el descenso. El cruce de hielo fue algo más fatigoso pues la nieve se había ablandado bajo los rayos del Sol, y a las 19:45 llegamos cansados y satisfechos a nuestro vivac.

A la mañana siguiente volvimos hasta el borde del glaciar, donde el doctor Feruglio completó los relevamientos del mismo y yo tomé algunas fotografías panorámicas. A las 11 estábamos nuevamente en el vivac, y a las 13 bajamos hasta nuestro campamento base, mientras las montañas se cubrían de nubes y empezaba a soplar el viento.

Cuando llegamos al campamento, ya al anochecer, una oveja que habíamos dejado atada en un pastizal cercano se asustó al vernos aparecer, y rompiendo la sogá escapó al bosque, sin que nos fuera ya posible dar con ella.

³⁷ En memoria del ilustre almirante italiano Alejandro Malaspina, que exploró las costas patagónicas en 1789. Cfr. *Reseña histórica* al final de este libro.

* Referencia a la laguna Escondida, accidente altoandino que De Agostini fue el primero en registrar para el conocimiento geográfico (N.E.).



Árboles seculares en los cañadones al abrigo del viento.

7 DE ENERO

El barómetro ha bajado sensiblemente, indicio seguro de que el tiempo empeorará. Cielo nublado y calma perfecta. El calor de los días precedentes ha resquebrajado aún más la parte terminal del ventisquero, y desde su frente se han despegado numerosos témpanos que ahora llenan la bahía. Al atardecer empieza a soplar un fuerte viento del suroeste, cuya intensidad aumenta durante la noche.

8 DE ENERO

El doctor Feruglio sale muy temprano con el guía Croux hacia el glaciar Spegazzini con la intención de cruzarlo y llegar hasta las bases del monte Peineta, cuya constitución desea conocer. El viento continúa soplando con fuerza. Los hielos flotantes que obstruían literalmente la bahía han desaparecido, arrastrados a la deriva por el viento, que ahora levanta furiosamente las olas con sordo fragor.

9 DE ENERO

El viento ha soplado durante la noche con mucha vehemencia, acompañado por breves momentos de lluvia, y sigue a la mañana con la misma intensidad. La tormenta envuelve todas las cumbres. Por el cielo pasan velozmente densos nubarrones dejando ver a intervalos algunos jirones de un purísimo cielo azul. De vez en cuando se desatan en lo alto de las montañas ráfagas de viento tan violentas que pulverizan las aguas de la bahía y forman remolinos que rebotan a lo largo de la misma. Cuando las ráfagas de viento llegan hasta nosotros, las copas de los árboles se doblan y se inclinan con gran fragor, como oprimidas por un enorme peso. Poco después de mediodía vuelven los compañeros. No han podido cruzar el glaciar porque el fuerte viento hacía muy peligrosa la travesía de los colosales *seracs*, pero con todo, han recogido un buen material litológico y también hallaron algunos fósiles en las duras capas pizarreñas que bordean, a mano derecha, la vasta lengua de hielo.

Los diez días fijados a la lancha para que vuelva a buscarnos han transcurrido ya, y a la espera de que llegue esta tarde, preparamos los equipajes para podernos embarcar sin tardanza. Al caer el Sol el viento disminuye en intensidad, sobreviniendo al anochecer una calma perfecta.

De pronto, un agudo silbido resuena a lo lejos y poco después, por detrás de una punta rocallosa, asoma la *César* que había dejado la estancia Cristina apenas unas horas antes, cuando el viento comenzó a amainar. Muy pronto todos los equipajes se encuentran a bordo, pero como ya la noche estaba avanzada, la *César* ancla en la bahía más segura al pie del monte Heim.

A la mañana, no bien aclara, salimos de nuestro refugio y dirigimos la proa hacia otra ensenada más al norte, separada de la ensenada Spegazzini por las estribaciones orientales del monte Heim. Hemos decidido pasar algunos días en esta

otra vertiente de la cordillera para estudiar la configuración de algunos glaciares que por allí descienden, e intentar alguna ascensión a las montañas vecinas.

A las 11 llegamos al interior de la ensenada y desembarcamos con todos nuestros equipos en una atrayente playa embellecida por la verde vegetación de las hayas, estableciendo en su ribera nuestro campamento. La *César* zarpa poco después; volverá a buscarnos dentro de una semana.

Por la tarde efectuamos una excursión por el interior del bosque, y después de unos veinte minutos nos hallamos frente a un hermoso laguito de excavación glaciar, casi repleto de hielos flotantes, cuyo cauce señala la continuación del brazo del lago. La barrera que separa el lago de esta pequeña cuenca lacustre, de casi 2 km de largo, está formada por depósitos morrénicos y aluvionales de pocos metros de altura, entre los cuales sale un torrente glaciar, emisario del lago. Una tupida vegetación de hayas y arbustos, entre los cuales predomina el *Maytenus magellanica*, la golosina de los bovinos, crece sobre estos depósitos morrénicos acumulados por el glaciar que ahora ocupa el fondo del valle.

Este glaciar, cuyo frente se derrite sobre las aguas del laguito, está formado por otras dos corrientes de hielo que se alimentan en vastas cuencas encerradas en la alta cordillera inexplorada. En memoria del ingeniero Clemente Onelli, apasionado estudioso de la cordillera Patagónica que visitó y estudió en largos viajes, incorporado a la comisión de límites, se le dio su nombre tanto al laguito como al glaciar y al monte.

En el lado austral del lago Onelli baja un glaciar originado en una amplia cavidad socavada en la ladera noreste del monte Heim; un torrente sale del glaciar y se precipita en fragorosa cascada entre escarpadas paredes, desnudadas por la acción del glaciar, el cual señala una reciente fase de retirada. Al norte del lago los declives de los montes son más suaves y se prolongan por algunas decenas de kilómetros formando planicies y ondulaciones, en parte morrénicas, revestidas de tupidos bosques de hayas.

Desgraciadamente las condiciones atmosféricas nos fueron adversas durante los seis días que permanecemos en esta ensenada. El viento y la lluvia se sucedieron sin interrupción, impidiéndonos efectuar las proyectadas excursiones al interior de la cordillera y de los glaciares. A pesar de todo, atravesamos el valle en todas direcciones y tanto de él como de los glaciares limítrofes pudimos ejecutar un ligero levantamiento topográfico. El doctor Feruglio y el guía Croux realizaron también una excursión algo más profunda, remontando la margen occidental del glaciar Onelli, y recogieron un buen acopio de observaciones geológicas y morfológicas, cumpliendo a la vez con un relevamiento expeditivo de la parte terminal del glaciar.

17 DE ENERO

Poco después del mediodía, llegó la *César* para embarcarnos y llevarnos a la estancia Cristina, donde llegamos el 19, cerrando así felizmente y con satisfactorios resultados la primera parte del programa de estudios y de exploración que nos habíamos fijado.



El monte Peineta y el cordón Malaspina vistos desde la cumbre del monte Mayo.
Cruzando el ventisquero antes de trepar el monte Mayo.



CORDILLERA TOMADO DESDE LA CUMBRE DEL CERRO MAYO (2,431 m)



Sobre la cumbre del monte Mayo.

Montañas y glaciares inexplorados vistos desde la cumbre del monte Mayo.



El monte Heim visto desde la bahía Onelli.

Lago Onelli.



CAPÍTULO IX

PRIMERA TRAVESÍA DE LA CORDILLERA PATAGÓNICA AUSTRAL

Al margen de la cordillera. Entre los *seracs* del glaciar Upsala. Campamento al pie del cerro Cono. Diez días bajo la tormenta. Noche de luna llena. La travesía. Descubrimiento del altiplano Italia. En la cúspide del monte Turín. La meta lograda. En las bases del cerro Murallón. Regreso.

No bien regresamos a la estancia Cristina, empezamos los preparativos para el viaje de exploración a los macizos centrales y para la travesía de la cordillera hasta el fiordo Falcón.

El tiempo se había estabilizado bastante y en esos primeros días efectué con los guías una gira hasta el glaciar Upsala, con el objeto de buscar el punto más fácil para atravesarlo y elegir el lugar del campamento base, desde donde emprender nuestras excursiones hacia el interior.

El glaciar Upsala dista unos 10 km de la Cristina, y se puede llegar a él muy fácilmente, remontando la ladera occidental del valle, casi siempre a través del bosque, donde el continuo tránsito de ovejas y caballos ha abierto numerosos senderos.

En tiempos no muy lejanos, cuando tenía mayores dimensiones, el glaciar Upsala debió descender hasta este valle, como lo demuestran las rocas aborregadas, las laderas redondeadas y pulimentadas, los depósitos glaciales y la gran cantidad de cuencas lacustres bien conservadas, la mayor de las cuales, la Pearson o Anita, se encuentra cavada entre las estribaciones meridionales del monte Norte, bellísimo picacho porfirico de 2.950 m, que domina el fondo del valle. Desde el lago Pearson sale un gran torrente, que recorre el valle y desemboca en la extremidad del lago, junto a la estancia.

La prominencia rocosa que separa el valle del glaciar Upsala, adelantándose por largo trecho en el lago con el nombre de península Herminita, está formada en gran parte de pizarras arcillosas levemente metamorfoseadas, en las que se encuentra gran cantidad de amonites y belemnites, que pertenecen a sedimentos marinos del Jurásico Superior y Cretácico Inferior.

El camino a lo largo del valle se desarrolla entre continuas formaciones morrénicas revestidas de boscajes, hasta que, más arriba, concluye la vegetación y em-

pieza la zona de los detritos y de las rocas roídas y estriadas, abandonadas, hace poco, por el glaciar.

Desde lo alto de este cordón morrénico el glaciar se nos presenta en toda su majestuosa extensión, como una inmensa llanura de hielo, limitada hacia el oeste por una elevada cadena de montes nevados entre los cuales destacan el Cono y el Murallón.

La enorme capa de material detrítico allí acumulada, sin el menor rastro de vegetación, y que en pronunciada pendiente se levanta por más de cien metros sobre el glaciar, indica claramente el rápido retroceso de éste, acentuado notablemente en estos últimos años.

El glaciar Upsala es el mayor de los que hay del lado oriental de la cordillera Patagónica.

Su longitud desde el lago, en que extiende su frente, hasta la cuenca de origen, es de unos 30 km y su ancho, de 9 a 12 km. A ambos lados numerosas corrientes de hielo alimentan este gran río de hielo, siendo las mayores las que descienden del cordón central de la cordillera. Hace poco tiempo debió ser mucho más elevado y amplio, como lo demuestran claramente las morrenas recién abandonadas que se levantan en sus márgenes a alturas variables entre los 100 y 140 m.

Un problema que nos preocupaba era el transporte de víveres y de los equipos a través del glaciar para poder llegar a la margen opuesta donde se encuentra la cadena central, en la cual teníamos la intención de establecer un segundo campamento, antes de intentar la travesía definitiva de la cordillera hasta el fiordo Falcón.

Después de haber efectuado una corta exploración por el interior del glaciar, nos convencimos de que no era posible usar el trineo que llevábamos para el transporte de los equipos, porque tras un corto trecho el glaciar se convertía en un verdadero mar de crestas; era menester, pues, transportarlo todo a hombro.

La búsqueda de un lugar apto para establecer el campamento base, a la orilla de ese mar de hielo, donde el viento, libre de obstáculos, llega con todo el ímpetu desde la cadena central, no fue tan fácil como creíamos; pero por fin y tras mucho buscar, hallamos en una pequeña depresión morrénica cubierta de pasto, a 774 m de altura sobre el nivel del mar, un lugar discretamente abrigado y próximo a algunos matorrales de hayas enanas que podían proporcionarnos el combustible necesario.

De regreso a la Cristina, aclaradas las dificultades de movilidad para el cruce del glaciar y establecido el lugar del campamento, empezamos al día siguiente el transporte de los equipos y de los víveres con caballos avezados a la montaña.

La noche del 23 habíamos concluido de transportar los equipos y víveres al campamento base; nos faltaba ahora estudiar el camino más fácil para cruzar el glaciar y determinar luego el lugar de nuestro segundo campamento al interior de la cordillera, donde, a causa de las habituales condiciones atmosféricas adversas, era prudente prever una permanencia de por lo menos una semana, antes de conseguir nuestro propósito. Por lo tanto, resolví efectuar con los guías un primer cruce del glaciar para explorar el camino y elegir el sitio del campamento en la base del monte Cono, pico cuneiforme que se levanta en la cabecera de un contra-



Frente del glaciär Upsala.

El valle, al final del lago Argentino, donde se asienta la estancia Cristina.

fuerte de la alta cordillera y forma la vertiente divisoria de las aguas de dos valles tributarios del glaciar Upsala.

24 DE ENERO

Por la mañana temprano inicio con los guías la travesía del Upsala. El tiempo, que en la noche anterior era amenazador, se ha vuelto espléndido; reina la calma y las cadenas interiores se despojan lentamente de las nubes. Caminamos rápidamente sobre el hielo, cuya superficie se presenta levemente ondulada, con amplios surcos por donde corren algunos torrentes glaciales.

Después de un recorrido de unos cuatro kilómetros, el glaciar se contrae repentinamente y forma una barrera de *seracs* colosales de 20 a 30 m de alto, separados por profundas hendiduras.

La primera parte del glaciar que acabamos de cruzar es llana y casi inmóvil, porque se encajona y concluye como en uñas sobre las morrenas de la península Herminita; aquí, en cambio, la gran extensión de hielo se nos presenta terriblemente revuelta y resquebrajada, porque su frente, cortada a pique sobre las aguas del lago, avanza a mayor velocidad bajo la presión de las masas que la forman y que descienden desde lo alto. A poco de pasada la mitad del glaciar, cruzamos una morrena flotante, que se origina en el monte Murallón, compuesta en su mayor parte de rocas graníticas y dioríticas que señalan claramente la constitución de esa montaña. Alcanzamos por fin el borde occidental del glaciar surcado por otra morrena, que desciende desde el monte Cono e indica la confluencia del Upsala con una corriente de hielo tributaria, de unos 3 a 4 km de ancho y casi 10 de profundidad, que desborda por el interior inexplorado de la cordillera a la que denominamos Bertacchi.

En el lugar por donde nosotros cruzamos el glaciar Upsala mide casi nueve kilómetros.

Llegados a la base del monte Cono, en una hora subimos una pronunciada pendiente morrénica, formada por grandes piedras granodioríticas y varias rocas esquistoso-cristalinas, abandonadas en tres fases sobre las laderas meridionales del monte Cono, cuando el glaciar Bertacchi tenía mayores dimensiones.

Una vez en la cumbre de esta escombrera (940 m), se nos presenta inesperadamente un ameno rellano herboso, encerrado entre las hondonadas morrénicas, regado por unas fuentes cristalinas, junto a las cuales está comiendo tranquilamente una pareja de avutardas con sus polluelos, que huyen asustados al vernos aparecer. Un poco más arriba se alinean algunos matorrales de hayas enanas, secas en gran parte, las cuales nos proporcionan excelente combustible, ahorrándonos el transporte de la cocina Primus y del petróleo.

Es un pequeño oasis verde y florecido entre la desolación de los glaciares y de las rocas, y un espléndido lugar para establecer nuestro campamento. Subimos todavía algunos centenares de metros por las laderas orientales del Cono y desde esas elevaciones podemos admirar en toda su magnificencia la inmensa extensión del glaciar Upsala y las cadenas preandinas limítrofes del lago Argentino.

Cuando, a eso de las 6 de la tarde, regresamos a nuestro campamento, encontramos al doctor Feruglio que en aquel intervalo había podido efectuar algunas excursiones geológicas por los alrededores de la estancia Cristina y una ascensión al monte Cuchillo (1.941 m), recogiendo importante material paleontológico.

25 DE ENERO

Esta mañana los guías han salido hacia el monte Cono cargados con vituallas para unos 10 días. Les resultó pesado el atravesar durante 6 horas con 35 kilos sobre los hombros, las barricadas de *seracs* en un continuo subir y bajar, agravado con el cruce del fastidioso amontonamiento morrénico del monte Cono, pero lo realizaron sin mayor esfuerzo, demostrando una resistencia poco común y suma habilidad para superar estas inmensas barreras de hielo.

También hoy el tiempo continúa sereno y calmo, y ya va una semana en que las condiciones atmosféricas se mantienen excelentes; es una lástima que todavía no nos encontremos acampados en el interior para poderlas aprovechar en las proyectadas excursiones, ya que naturalmente es lógico suponer que después del buen tiempo vendrá el malo, y como suele acontecer en estas regiones, éste será más largo.

26 DE ENERO

Muy de madrugada nos preparamos para abandonar definitivamente el campamento base y transportar lo más indispensable hasta el monte Cono, donde estableceremos nuestro segundo campamento. Llevamos dos pequeñas carpas que pesan 15 kilos cada una, el saco de dormir, unas pocas ropas, las máquinas fotográficas y algunos instrumentos meteorológicos.

Poco antes de la partida llega al campamento Alberto Masters, quien desea acompañarnos un breve trecho y nos deja luego, augurándonos éxito en nuestra empresa.

Cada uno lleva su carga al hombro: el doctor Feruglio y yo, de 15 a 20 kilos; los guías, de 30 a 35. A pesar de que la carga que llevamos no es liviana, caminamos expeditamente, cruzando en una hora y media la primera parte del glaciar, que no ofrece mayores dificultades; pero en cuanto llegamos a los *seracs* de la zona central nuestra marcha se hace más lenta y fatigosa. Sumergidos en ese horrendo caos de hielo, debemos avanzar cuidadosamente, ya sobre el vértice de afiladas crestas, ya escalones, ya descendiendo a simas profundas, de las que no podemos salir sino rozando por las lisas y frías paredes, siempre bajo nuestra pesada carga. Durante dos horas caminamos lentamente por ese fantástico laberinto de pirámides de hielo, que ponen a dura prueba la elasticidad y firmeza de nuestras piernas, hasta que por fin alcanzamos la morrena.

Ya desde la mañana, al partir, el cielo se había encapotado; pero, por suerte, reina ahora una calma perfecta, ya que de otro modo, con las ráfagas del viento no



Los montes Norte y Moyano vistos desde la margen izquierda del glaciar Upsala.

Entre las pirámides de hielo del ventisquero Upsala.

MONTE BERTRAND

MONTE ROMA

MONTE BERTACCHI

MONTE CANSO

MONTE MURALLON

MONTE DOS BOSQUES



EL VENTISQUERO UPSALA Y EL CORDÓN FRONTERIZO ENTRE CHILE Y LA REPÚBLICA ARGENTINA

FOT. ALBERTO M. DE ALBERTINI

REPRODUCCIÓN PROHIBIDA

podríamos mantenernos en equilibrio sobre las delgadas crestas de hielo puro. En las primeras horas de la tarde alcanzamos la cumbre de las morrenas adosadas a la falda oriental del Cono, en el lugar establecido para nuestro campamento.

27 DE ENERO

Hemos levantado nuestras tiendas en un rellano herboso, al abrigo de una muralla de grandes cantos que forma el borde superior de una antigua morrena. Croux ha encontrado ya entre estos peñascos un rinconcito al abrigo del viento donde encender el fuego, cocinar y alojarnos también nosotros para comer. En las excursiones de exploración que realizamos por los alrededores, nos ha sorprendido la presencia de algunos arbustos, entre los que notamos la bella flor compuesta *Chiliotrichum amelloides*, formada por una constelación de graciosas y minúsculas margaritas blancas; los *Berberis*, la murtilla (*Pernettya mucronata*), una ericácea de hojas espinosas y de bayas rojas, dulzonas, y otras flores delicadas que contrastan con la desolación del paisaje.

Los hermosos días anteriores, tan tranquilos y serenos, han desaparecido. El cielo se ha vuelto plomizo y cargado de nubarrones que velan completamente las montañas. El viento ha despertado de su breve letargo y nos hace oír sus terribles silbidos y aullidos que llegan a nosotros acompañados de violentísimas ráfagas. No nos queda más remedio que ponerle al mal tiempo buena cara y esperar pacientemente.

28 DE ENERO AL 4 DE FEBRERO

El viento y la lluvia se suceden con verdadera terquedad de día y de noche y con increíble constancia; sin embargo, con todo, no me impiden efectuar algunas excursiones por los alrededores, ni al doctor Feruglio dedicarse apasionadamente a sus investigaciones geológicas, ya en las laderas del monte Cono, ya en las morrenas vecinas.

A nuestro alrededor no alcanzamos a vislumbrar más que la extensión del glaciar, gris y monótona, que resulta aún más siniestra y lúgubre por las nubes que cubren constantemente el cielo y las montañas. El tiempo no ofrece ningún indicio de mejorar, y los víveres, que disminuyen sensiblemente, constituyen una alarmante preocupación. Por eso, ante la casi seguridad de tener que esperar aún un largo período, y aprovechando que el viento y la lluvia calman un tanto, la tarde del 31 los guías se dirigen al campamento base, regresando al día siguiente con provisiones para 8 días más. Mientras tanto, la lluvia que caía abundantemente a breves intervalos se ha transformado en nieve. La temperatura ha descendido considerablemente y, para abrigarnos contra el frío y el viento, debemos permanecer durante largas horas acurrucados bajo la carpa.

Aun con mal tiempo, el guía Croux, que está siempre en movimiento, efectúa algunos paseos por las laderas del monte Cono para cazar aves, que llegan hasta

aquí únicamente durante el verano atraídas por el pasto tierno que crece sobre las morrenas. Son casi exclusivamente avutardas con las alas de color pardo herrumbrado y cabeza y cuello cenicientos; algunos ejemplares de conirrostrós y una que otra perdiz. Durante una de estas excursiones ha descubierto en un laguito sobre las morrenas, una bandada de avutardas, logrando voltear cuatro de las más grandes. Tenemos carne fresca y sabrosa por algunos días.

Después de la nevada, el viento vuelve a soplar con más vehemencia y en la noche del 3 al 4 la violencia de las ráfagas hace temer que las carpas lleguen a ser arrancadas de cuajo y hechas jirones. Al día siguiente, los guías levantan, del lado donde el viento sopla con mayor furia, un muro de protección con piedras de las morrenas.

5 DE FEBRERO

Después de una noche con vientos huracanados como las anteriores, el cielo comienza a limpiarse lentamente de las nubes, y el Sol muestra entre jirones de límpido azul, sus rayos luminosos, trayendo algo de alegría a nuestros abatidos espíritus.

Los densos vapores que desde hacía dos semanas envolvían tenazmente las cadenas internas de las montañas, se van disipando, y hacia el suroeste se asoman unas cúspides y cúpulas gigantescas, completamente blancas de nieve, que hasta entonces no habíamos visto. La naturaleza parece despertar de un profundo sueño y adornar su faz de sonrisa y alegría.

Por la tarde, a medida que disminuye la fuerza del viento, las montañas se despojan de las nubes, y el barómetro sube; por fin tenemos un anuncio esperanzador de buen tiempo. Como aún estamos en duda sobre el camino que vamos a seguir, aprovechamos las pocas horas de la tarde para realizar una excursión a lo largo de las morrenas del glaciar Bertacchi, a cuyo lado nos hallamos acampados, y comprobar si por la extremidad del valle se puede penetrar fácilmente al interior de la cordillera. Después de recorrer 4 kilómetros, desembocamos en un valle circular, cavado en la ladera sur del monte Cono, sobre el que está suspendido un pequeño glaciar. El fondo del valle, excavado y aluvionado, encierra algunas cuencas lacustres rodeadas de paredes rocallosas recubiertas de detrito morrénico. Continuamos aún por 2 km a lo largo de las morrenas, hasta que en una vuelta del valle se nos presenta casi entera la cuenca terminal del glaciar, cuyo cruce no parece ofrecer grandes dificultades.

Al anochecer, cuando regresamos al campamento, el viento ha cesado por completo; sobre el cielo de purísimo azul se perfilan con extraordinaria nitidez las blanquísimas cúspides de los contrafuertes montañosos aún desconocidos que se levantan en el interior de la cordillera. La naturaleza se ha recogido en profundo silencio. Ya entrada la noche, desde la gran llanura helada del Upsala, se levanta el reluciente disco lunar que derrama suavemente sus rayos sobre el inmenso anfiteatro de cumbres y glaciares, armonizado con la soberana quietud que ha



Travesía del ventisquero Upsala llevando víveres y equipos.

Itinerario seguido en la primera travesía de la cordillera desde el glaciar Upsala hasta el fiordo Falcón.



inundado de golpe este tormentoso reino. Es éste un caso particular que podría parecer vulgar en cualquier otra parte, pero que para nosotros, que tenemos la cabeza dolorida con los continuos alaridos del viento, y los nervios de punta con la atormentadora y larga espera, constituye un acontecimiento importante. En efecto, el reposo nocturno sobre el duro piso de la carpa nos resulta, como muy pocas veces, dulce y reparador.

La aurora del 6 de febrero surge luminosa y serena, infundiéndonos confianza y valor para la ardua caminata que vamos a emprender. A las 5 abandonamos el campamento y marchando rápidamente seguimos durante una hora a lo largo de las morrenas recorridas la víspera, hasta que, al separarse éstas de nuestra ruta, las abandonamos para descender por una pronunciada barranca de escombros morrénicos hasta el glaciar, y continuar por allí durante otra hora, paralelamente a su margen izquierda. A las 7 nos vemos obligados a entrar en el glaciar, festoneado en esta última parte por grandes crestas heladas, que disminuyen en algo nuestra marcha. A medida que avanzamos, la vasta cuenca superior del glaciar Bertacchi adquiere mayores proporciones y nos descubre gradualmente en sus laderas, poderosas cascadas de hielo que desbordan los altiplanos. El camino más corto para alcanzar el fiordo Falcón, meta de nuestras aspiraciones, habría sido remontar la cresta occidental del monte Cono, pero como la ladera de acceso a la misma está cubierta por un glaciar muy resquebrajado, torcemos un tanto nuestra ruta hacia el oeste, donde aparece, tallado en la cadena nevada que rodea hacia arriba el glaciar Bertacchi, un boquete más fácil de alcanzar. Más allá está lo desconocido, lo inexplorado, aquello que nos tiene ansiosos y trepidantes.

Al llegar al término del valle, cruzamos una llanura helada, y a las 9 empezamos la ascensión de una empinada corriente de hielo, que desborda desde el boquete. Superamos fácilmente algunas hendiduras transversales que cortan el glaciar en su parte central, y alcanzamos la parte superior del boquete tras una hora y media de fatigoso ascenso.

Nos recibe una helada brisa del noroeste, pero eso no nos preocupa, ya que el cielo continúa en su diamantina pureza y el Sol fulgura entre el candor de los glaciares y de las nieves. Mientras tanto, nuestras miradas penetran con intensa avidez más allá del collado, en el misterioso reino de los eternos hielos, donde imperan permanentemente los huracanes y los vientos. Con gran sorpresa nuestra, en vez de montañas –como suponíamos– se extiende ante nosotros una vastísima altiplanicie de hielo, orientada de norte a sur, limitada al este por el cordón del límite y al sur por una elevada cadena de montañas, que bautizamos con el nombre de cordón Roma. A lo lejos, hacia el oeste, se elevan algunas cándidas cimas: son los baluartes occidentales de la cordillera, que extienden sus bases en las aguas del Pacífico. El descubrimiento de esta inmensa altiplanicie helada, que hemos denominado Italia, nos llena de alegría, tanto más que nos sonríe con mayor seguridad la esperanza de alcanzar los canales patagónicos del Pacífico, cuyas depresiones nos parece entrever en el lejano horizonte. Hacemos una breve parada para comer y registrar algunas observaciones. Estamos a una altura de 1.960 metros y el termómetro señala un grado y medio sobre cero.

A las 10:30 reanudamos con buen ánimo el camino a través de la gran altiplanicie, conservando la dirección nornoroeste, en la que presumo se encuentra el fiordo Falcón. El violentísimo viento de los días anteriores ha trazado profundos surcos sobre la nieve fresca, que ahora recubre una delgada capa de hielo que cede a nuestro paso. A medida que nos internamos, el paisaje se hace cada vez más severo, asumiendo el aspecto de una región netamente polar.

Mientras tanto, hacia el norte, empiezan a perfilarse inmensas cadenas de montañas, inexploradas y completamente cubiertas de nieve, entre las cuales hay algunas de formas descollantes; al este, el monte Murallón ha perdido toda su terrible majestuosidad y aparece sojuzgado por una poderosa capa de hielo que se eleva suavemente hasta la cúspide. Hacia el noroeste, más cerca de nosotros, se ve una serie de cándidos picachos helados, que supongo no han de encontrarse lejos de los canales; elijo como meta el que se encuentra en la cabecera norte, totalmente aislado y de forma cónica, por parecerme más próximo al fiordo Falcón.

La notable distancia que aún nos separa de él nos induce a continuar con paso rápido a través de la refulgente y uniforme extensión de la altiplanicie. Después de 2 horas de marcha continua y rápida, alcanzamos la base del monte y en media hora trepamos una pronunciada barranca helada donde el guía Croux, que abre la marcha, va cortando con la picota numerosos escalones. Pasada la barranca, nos encontramos al pie de la cima, la cual, como si quisiera impedirnos el acceso, cae sobre nuestras cabezas como una enorme cornisa de hielo; pero un angosto rellano abierto en el paredón, al oeste de la cúpula, completamente recubierto de cristales de nieve y aristas de hielo, nos permite superar aquella dificultad; y henos aquí, después de pocos minutos, sobre el vértice. Repentinamente nos aparece en el horizonte toda la vertiente opuesta, y nuestros ojos, auscultando con ansiedad el horizonte, contemplan las tortuosas aguas del fiordo Falcón, encerradas entre gigantescas paredes montañosas. Una explosión de alegría invade nuestra alma, que hasta hace poco luchaba contra la incertidumbre de la victoria. Me satisface sobre todo el itinerario que he trazado y que nos ha conducido sin vacilaciones a la ansiada meta. Reconozco inmediatamente la característica configuración del fiordo, que dos años antes había visitado en la goleta *Renato* de Punta Arenas, y donde había permanecido una semana efectuando varias ascensiones.

Bajo una helada brisa del noroeste contemplamos con profunda admiración el vasto horizonte e iniciamos nuestras observaciones y trabajos. El termómetro marca solamente 2,5 grados bajo cero, pero nosotros, azotados por esas ráfagas glaciales, tenemos la ilusión de que ha descendido hasta los 20. El barómetro nos marca una altura de 2.256 m. El grandioso panorama que se extiende a nuestro alrededor nos impresiona por el resplandor enceguecedor de las nieves y glaciares, que recubren montañas y valles con un fulgor de luz, dejando ver únicamente algunas pequeñas salpicaduras negras, por donde asoman las rocas. Todo es blanquísimo, inmaculado. La misma montaña en la que nos encontramos no deja descubierta una sola roca que nos permita conocer su constitución; sólo nieve y hielo por doquier. La gran altiplanicie Italia, que hemos cruzado oblicuamente, se prolonga hacia el norte por una decena de kilómetros todavía, con leves ondulaciones y salientes.



Una hermosa flor (*Chiliotrichum amelloides*) que crece lozana en el limo glacial, cerca de los hielos.

Subiendo la cuenca terminal del glaciar Bertacchi.

Aunque quebrado por cadenas de montañas, el gran manto de hielo y nieve continúa ininterrumpidamente su curso subiendo las cimas, dilatándose en otras extensas planicies, para luego volcarse en todas direcciones y descender hasta los valles periféricos y los fiordos en forma de grandes corrientes de hielo. Las abundantes precipitaciones de nieve, la gran nubosidad, la baja temperatura del verano, son los principales factores de esta enorme acumulación de nieve que brinda caracteres morfológicos tan peculiares a la formación glacial patagónica. Los contrafuertes que dominan el fiordo Falcón tienen forma cónica y están revestidos por un gran manto de nieve y hielo que se desflca en numerosas y empinadas caídas de hielo sobre él. Más abajo, sobre el pedestal de sus aguas, se advierten las manchas verde-oscuras de vegetación de las hayas, de los cipreses y de las magnolias.

La travesía de la cordillera ha sido cumplida; ningún obstáculo se nos impone ya, y en dos o tres horas a lo mucho, podríamos descender por la ladera del monte hasta la zona desnuda de las rocas y llegar al bosque y pasar la noche; pero esto carece para nosotros de objetivo, y después de haber realizado observaciones y documentado el cruce con fotografías, emprendemos el regreso. Mientras tanto la hermosa serenidad de hace pocas horas se enturbia hacia el norte; los vapores se hacen más densos y se acercan velozmente hacia nosotros. En tres horas hemos rehecho el monótono e interminable camino a través del altiplano Italia y, al llegar al collado, todo el cielo está cubierto de nubes y amenaza llover.

La noche nos sorprende en la parte inferior del glaciar, cuando nuestras fuerzas, puestas a dura prueba por el largo y fatigoso camino, están casi agotadas; con todo, a la débil claridad de la linterna, pasamos en otras tres horas los resquebrajados bordes del glaciar y las piedras revueltas de las morrenas con un continuo esfuerzo de voluntad, hasta que a las 23:45, después de casi 19 horas de ausencia, penetramos, bajo una lluvia torrencial, en nuestro campamento, exhaustos, pero plenamente satisfechos. Durante la jornada habíamos recorrido no menos de 50 km, casi enteramente a través del hielo y de la nieve. La cordillera nos ha confiado por fin gran parte de sus misterios y por primera vez se ha realizado su travesía, llegando desde la precordillera patagónica argentina hasta el borde de los canales patagónicos chilenos*.

7 AL 12 DE FEBRERO

Nos place haber sabido aprovechar la hermosa y corta jornada del 6; ahora el tiempo se ha puesto nuevamente borrascoso y nos aprisiona desde hace días en nuestro campamento, quitándonos toda posibilidad de realizar las excursiones proyectadas, entre ellas la ascensión del monte Murallón, una de las cimas más elevadas y dominantes y que se encuentra relativamente cerca de nosotros. Con todo, en la mañana de 12, habiéndose serenado en algo el cielo, logramos recorrer

* Efectivamente, fue un gran logro exploratorio del padre De Agostini que la posteridad le ha acreditado, como tantos otros; no obstante, algunos han relativizado su importancia por el hecho de que el salesiano no alcanzó hasta el borde mismo de las aguas marinas interiores patagónicas (N.E.).

casi todo el valle que se extiende entre el Cono y el Murallón, surcado por un glaciar de unos 10 km de largo, tributario del Upsala, que se origina en el altiplano Italia. En esta excursión podemos observar de cerca el gigantesco macizo del Murallón, de casi 3.000 m de altitud y de formas cuadradas y macizas, que eleva hacia el este sus formidables paredes graníticas, cortadas a pique sobre el glaciar por unos 1.500 m^{38*}.

Con esta excursión se cerraba nuestro período de permanencia en el monte Cono y el día 13, muy temprano, cargados con nuestros equipos, iniciamos el regreso. El cruce del glaciar Upsala requirió a la vuelta mayor fatiga y precaución que a la ida, pues a causa del calor estival, las crestas de los *seracs* sobre las que debíamos pasar con nuestras cargas se habían hecho más angostas y peligrosas³⁹.

³⁸ No habiendo sido aún objeto la cordillera Patagónica de una triangulación regular, las alturas que figuran en los mapas de la Comisión Argentina de Límites y en las cartas 1:500.000 de la Oficina de Mensuras de Tierras de Chile, son todas aproximadas, especialmente las de los cerros situados en el interior de la cordillera, que fueron medidos desde bases muy lejanas. [De Agostini se refiere a la Carta Nacional de Chile, escala 1:500.000, del Instituto Geográfico Militar, año 1945 (N.E.)].

Por comparación con nuestras mediciones barométricas, podemos asegurar que las alturas de 3.600 m asignadas al monte Murallón y a otros, pecan de excesivas y que probablemente no alcancen o apenas superen los 3.000. La misma altura del espejo de los lagos Argentino y Viedma es dudosa. La carta argentina les asigna 200 y 250 m y la chilena 187 y 254, respectivamente. El nivel del lago Argentino presenta una variación de cerca de 3 metros según la mayor o menor afluencia de las aguas de deshielo.

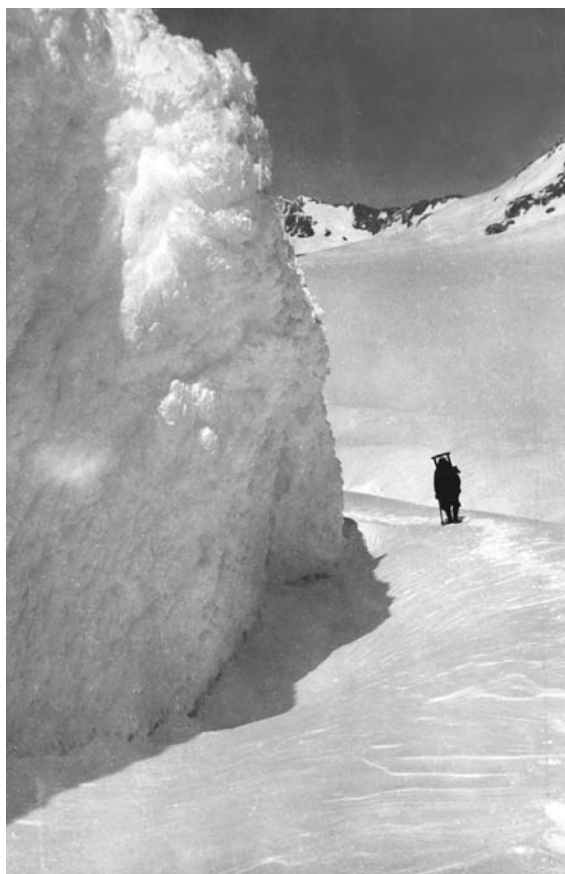
Las cotas de nuestros campamentos, de los cerros ascendidos y otros puntos visitados por nosotros, fueron medidas con un barómetro altimétrico, tomando por base al espejo del lago cuya altura se aceptó en 200 m.

* El monte Murallón tiene una altura aproximada de 2.656 m y fue escalado por primera vez en 1961 por Eric Shipton y Jack Ewer, ingleses, y por Cedomir Marangunic y Eduardo García, chilenos (N.E.).

³⁹ Con el objeto de completar el conocimiento de la cuenca de origen del ventisquero Upsala y del trecho de cordillera que se levanta entre el lago Viedma y el seno Eyre, en el verano 1937-1938 organicé un nuevo viaje a esta región en compañía del guía Oberto José de Macugnaga, del señor Carlos Cassera y de un peón portador chileno conchabado en el lugar.

Para alcanzar más fácilmente nuestro objetivo nos trasladamos a la estancia Cristina y de allí, subiendo el valle por unos 20 km, establecimos el campamento base en la margen izquierda del glaciar Upsala. Era nuestra intención cruzar el glaciar Upsala y establecer un segundo campamento en el cordón interior más elevado, y para este fin llevamos parte de los víveres y dos carpas hasta las morrenas de la izquierda, 10 km más al norte (1.200 m), donde el glaciar, poco o casi nada resquebrajado, ofrecía mayor facilidad para ser cruzado en un trineo cargado con nuestros equipos y víveres. El tiempo nos fue constantemente adverso y en los 42 días que permanecemos en este lugar, resultó imposible efectuar la proyectada travesía, y solamente llevamos a cabo alguna que otra excursión al glaciar y a los montes cercanos, en las cuales conseguimos precisar nuestro conocimiento sobre la configuración de esta zona interior de la cordillera.

Al norte del monte Murallón, separado por un boquete glacial, se eleva otro imponente monte, algo menos elevado y que nosotros denominamos Don Bosco. Este monte, cuyos flancos gigantesos están cubiertos de glaciares profundamente resquebrajados, termina en una cándida y fantástica cima de hielo. Al norte de este monte el relieve central de la cordillera baja y, después de dos pequeños y aislados montes, desaparece debajo de una capa de hielo y nieve, la cual sube en declive suave hacia el oeste, uniéndose al vasto altiplano Italia por su extremo septentrional.



Travesía del altiplano Italia. La cándida cadena del monte Roma se levanta imponente hacia el sur.

Pared de hielo del monte Torino.



Ventisquero Bertacchi y monte Roma (3.000 m).
Al borde de la morrena (lado derecho) se divisan nuestras dos pequeñas carpas.

En las primeras horas de la tarde llegamos a nuestro campamento base y poco después yo proseguí el viaje a la estancia Cristina. Los compañeros se quedaron allí todavía, pues los guías debían volver al día siguiente al monte Cono para transportar el resto de los equipos, y el doctor Feruglio continuar sus investigaciones geológicas y sus relevamientos del glaciar y de las cadenas limítrofes.

Tres días después también ellos bajaron a la estancia Cristina.

Nos encontrábamos ya en la segunda mitad de febrero, y deseando efectuar una rápida excursión al monte Fitz Roy, que aún no conocía, el 18 abandonaba definitivamente la estancia Cristina e iniciaba a caballo la travesía del cordón montañoso que separa el lago Argentino del lago Viedma. Me acompañaban los dos guías y dos peones chilenos con ocho caballos*. El doctor Feruglio se quedaba aún en la estancia para ultimar los relevamientos topográficos en el frente del glaciar Upsala y el estudio geológico y morfológico de la cuenca del lago, trabajos que lo mantuvieron ocupado hasta abril.

La travesía de esas montañas nos llevó tres días muy fatigosos para los caballos, que debieron llevar nuestros pesados equipajes a una altura de 1.520 m sobre escarpadas laderas de montes cubiertos de nieve, sin rastro alguno de camino. Por suerte algunos incidentes del viaje no tuvieron consecuencias fatales y a la tarde de la tercera jornada bajábamos en las márgenes meridionales del gran lago Viedma, donde fuimos huéspedes de nuestro compatriota José Schinco, administrador de la estancia Segunda Viedma de la Sociedad Menéndez Behety. Allí permanecemos tres días y luego seguimos hacia el monte Fitz Roy, donde nos detuvimos alrededor de 15 días, realizando algunas excursiones cuya descripción será el tema de los siguientes capítulos.

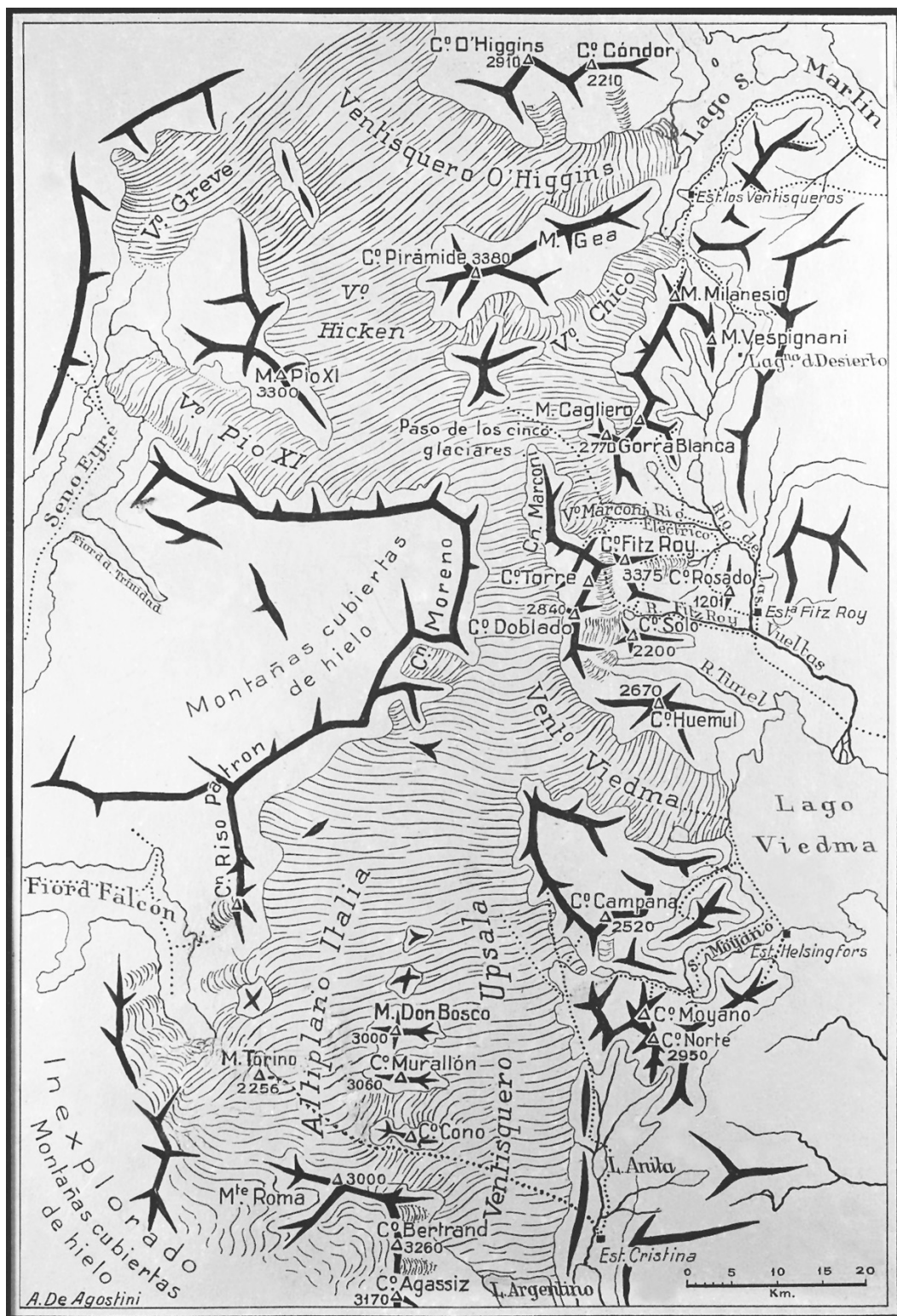
* La recurrente mención a los peones chilenos debe explicarse tanto por la copiosa inmigración de gente originaria de Chile (especialmente de la antigua provincia de Chiloé) a la Patagonia argentina, como por sus proverbiales cualidades de reciedumbre, resistencia y voluntad para el trabajo (N.E.).



El monte Murallón visto desde el altiplano Italia.

El altiplano Italia y la cabecera oriental del cordón Roma vistos desde el monte Torino.

A la izquierda está el boquete por donde hemos subido.



Croquis de orientación de la región cordillerana explorada, trazado sobre la carta chilena a escala 1:500.000, modificado y completado luego con nuestras observaciones y descubrimientos.

La posición del fiordo Falcón con respecto al extremo norte del lago Argentino es diferente de la que resulta del mapa chileno, como lo comprueban las mediciones que efectuamos durante nuestra travesía.



El monte Torino desde el camino de regreso.

Blancas soledades de hielo vistas desde la cumbre del monte Torino. En primer término se extiende el altiplano Italia, y más lejos, en el horizonte, el cordón Roma con otros montes inexplorados.



Deposé

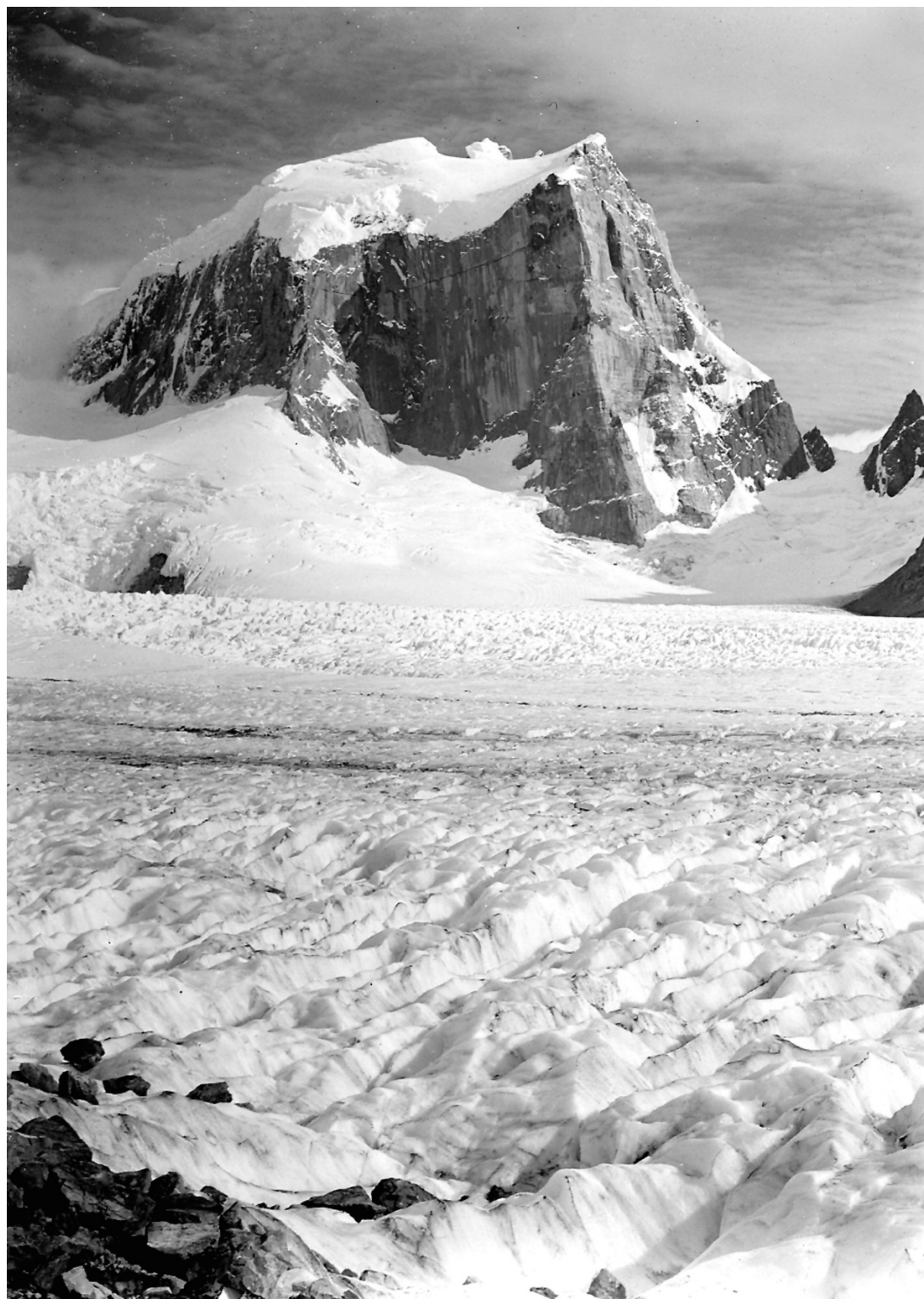
Altiplano Italia. Bajo la pared helada del monte Torino.

Fot. A.M. De Agostini



Sobre la cumbre del monte Torino (2.256 m) desde donde se divisan las aguas del fiordo Falcón.

Parte superior del ventisquero Upsala y monte Don Bosco.



Deposé

Monte Murallón (3.060 m).

Fot. A.M. De Agostini



Conos de hielo cubiertos de morrena, en la margen oriental del glaciar Upsala. A lo lejos sobresalen en el horizonte los montes Murallón y Don Bosco.

Pan fresco en la cordillera.



El ventisquero Upsala y el cordón fronterizo vistos desde la vertiente occidental del cordón Moyano.



Deposé

El monte Don Bosco visto desde el ventisquero Upsala.

Fot. A.M. De Agostini

CAPÍTULO X

EN EL LAGO VIEDMA

En la estancia Helsingfors. Florestas vírgenes. Primavera en flor. El cordón Moyano. El glaciar Viedma. Primer encuentro con un huemul. Ráfagas ciclónicas. Brujas en la floresta. Un cóndor herido. Efectos de un alud sobre el lago. En el fiordo Moyano. El leonero Paredes y la caza del puma. Nubes de agua pulverizada por el viento. En el corazón de los glaciares patagónicos.

El lago Viedma, con los soberbios picachos e inmensos glaciares que espectacularmente rodean su extremidad poniente, es el lago andino que más inmediatamente ofrece una visión grandiosa de la cordillera y más poderosamente impresiona al viajero que llega de las desoladas y monótonas estepas patagónicas.

El glaciar Viedma, que baja de las candidas cadenas interiores como un inmenso río de cristales blanquiazulados, y, más al norte, la torre gigantesca del Fitz Roy, que domina con la majestad de un emperador todas las cumbres andinas y las vastas llanuras de la pampa, constituyen, ya de por sí, espectáculos tan imponentes que suscitan la más profunda admiración y dan bien merecida fama a las bellezas naturales de esta región andina.

A diferencia de los otros lagos, el San Martín al norte y el Argentino al sur, éste no posee articulaciones de importancia que penetren en la cordillera y sólo por el lado suroeste existe un estrecho brazo, el que nosotros denominamos Moyano, que, en forma de fiordo, se interna por unos veinte kilómetros entre cadenas de montañas⁴⁰.

El largo del lago alcanza 70 km y su ancho oscila entre los diez y los veinte. Los contornos de la ribera son regulares, y están limitados al este por tierras bajas, escalonadas a modo de terrazas de distintos niveles, y formadas por depósitos glaciolacustres y por las acumulaciones morrénicas de la última glaciación cuaternaria. Hacia occidente, las orillas del lago corren casi inmediatas a altos cordones de montañas, que culminan en mesetas de una altitud media de 1.500 m.

⁴⁰ El capitán Carlos Moyano, de la Armada argentina, fue el primer gobernador del Territorio de Santa Cruz (1884-1887) y uno de los más ilustres y beneméritos exploradores de la Patagonia preandina. Cfr. Reseña histórica al final de este libro.

El interés que despertaba en mí el conocimiento y la exploración de las cadenas de montañas que se elevan al sur del lago, desde donde abrigaba la esperanza de poder divisar la parte superior del glaciar Upsala, que el verano anterior habíamos dejado inexplorada, revivió en el verano 1931-32 al regresar a sus orillas, con el fin de realizar tan acariciados proyectos.

El 29 de noviembre de 1931 desembarqué en Santa Cruz con el guía Mario Derriard de Courmayeur y el 5 de diciembre llegaba a la estancia Segunda Viedma, donde el administrador José Schinco, avisado por mí con anterioridad, tenía listos para que me acompañaran a dos robustos jóvenes chilenos escogidos entre el personal de la estancia.

El 7 de diciembre seguimos hacia la estancia Helsingfors en el extremo suroeste del lago, donde se encuentra establecido el finlandés Alfredo Ramston, que desde hace ya unos veinte años ha poblado de ovejas aquellos solitarios valles preandinos.

Todos nuestros equipos y vituallas se transportaron contemporáneamente en un camión que nos ofreció gentilmente el noruego Juan Jorgensen, quien posee cerca de allí una estancia y quiso acompañarnos personalmente hasta el lugar de destino. El camino que lleva a la estancia flanquea la costa del lago, entre cordones y valles morrénicos cubiertos de guijarros y cantos erráticos, interrumpidos en algunas partes por incisiones fluviales de excavación posterior.

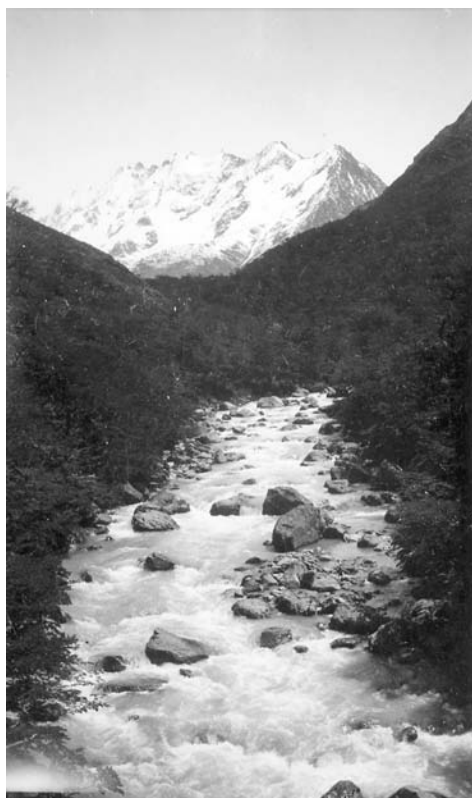
El día es hermoso; el Sol brilla en todo su esplendor y da vida y luminosidad al paisaje cordillerano que podemos admirar desde el vértice de algunas lomas cuando se asoman imponentes las lejanas y candidas cadenas de nieve de la alta cordillera, veladas en parte por las nubes que les dan un aspecto casi inmaterial. De aquéllas baja el glaciar Viedma, que se dilata como una extensa llanura entre bastidores alternos de montañas y luego hunde su frente cubierta de agujas y pináculos en las aguas del lago, de un magnífico verde veronés, pálido y delicado. Mientras el auto penetra por el camino trazado por los carros, cruzando fosos y piedras, mis ojos escudriñan ávidamente las cadenas de montañas del sur del lago, que pronto deberán ser la meta de nuestras excursiones.

Cuando después de una hora llegamos a la cumbre de uno de aquellos cordones morrénicos, vemos abrirse hacia el sur el seno Moyano, semejante a un hermosísimo fiordo, que se introduce entre montes escarpados, algo entristecidos por los residuos de bosques destruidos por incendios. Arriba se descubren manchas de nieve y cuelgan lenguas de hielo, que se originan en vastos glaciares situados en el interior desconocido.

Hemos llegado a la estancia Helsingfors, pequeña agrupación de casitas sobre la ribera del lago, que por dos meses formará la base de nuestras excursiones.

Cuando en 1910 Alfredo Ramston llegó al lago Viedma, no encontró caminos, ni casas, ni habitantes, sino únicamente guanacos y ciervos, que pastaban tranquilamente en la poética soledad de estos valles andinos, cubiertos de bosques ricos en pastos, regados por cristalinos manantiales, fulgurantes de nieve y de hielos eternos. Con tenacidad y no pequeños sacrificios, el esforzado finlandés edificó la primera casa, importó las primeras ovejas, construyó los primeros alambrados, y

0475M



Lago Viedma. Fiordo Moyano.

Río y monte Mascarello.

así surgió la pequeña estancia que valorizó esos valles andinos, incultos y desiertos, y llevó un nuevo soplo de vida y civilización a la soledad de la cordillera.

Las cualidades de experto marino que Ramston había adquirido en largos años de navegación por los mares de su patria, le permitieron afrontar con serenidad y destreza, en su pequeña lancha, las furiosas y continuas tempestades del lago.

Como nuestro principal objetivo era alcanzar el glaciar Upsala a través del cordón de montañas que rodean el lago por el suroeste, dirigimos nuestras primeras exploraciones hacia un valle que corta aquel cordón, y que al parecer conducía a la meta. El señor Ramston pone gentilmente la lancha a nuestra disposición, y al día siguiente, después de embarcar equipajes y víveres para un mes, zarpamos rumbo a la opuesta ribera del lago.

El canal, tan terrible por su marejada, se encuentra hoy en relativa calma, y lo cruzamos fácilmente; luego rumbeamos hacia el norte siguiendo la ribera occidental del lago, y después de 3 horas bajamos a una pequeña rada, próxima a la embocadura del valle que deseamos remontar. Desembarcamos allí nuestros equipos y armamos las carpas sobre un rellano cubierto de hierba, junto a un rancho deshabitado, construido con troncos de hayas y que sirve de refugio a un ovejero de Ramston que viene de cuando en cuando hasta aquí para vigilar unos rebaños de vacas y caballos. A la mañana siguiente Ramston parte con su lancha prometiendo regresar dentro de unos diez días.

10 DE DICIEMBRE

Hemos realizado una primera excursión por el valle atravesando espesos bosques de hayas, ya en parte destruidos por incendios. Surca el fondo del valle un impetuoso torrente glacial, alimentado por el derretimiento de las nieves y glaciares. El fragor de sus aguas, que se precipitan en grandes peñascos, repercute misteriosamente en el valle como un canto armonioso, ora fuerte y sonoro, ora delicado como una plegaria. Después de 8 kilómetros, el valle dobla hacia el sur, limitado hacia el poniente por una bellísima cadena de montañas, cubierta de pequeños glaciares suspendidos, a la que llamamos Mascarello, en homenaje al teniente de navío argentino José María Mascarello, infatigable y benemérito marino de las costas patagónicas⁴¹.

Proseguimos por el valle, unos 2 o 3 km más, atravesando bosques que se hacen cada vez más sombríos y tupidos, para concluir en la cumbre de un gran lomo aborregado por la erosión glacial, que se levanta en la cabecera del valle. Desde allí vislumbramos la cuenca terminal del valle, pudiendo de esa manera trazar el itinerario de la ascensión a uno de estos montes que realizaremos en cuanto el tiempo nos lo permita, y formarnos así una idea exacta de la estructura de aquellas cadenas a través de las cuales queremos llegar al glaciar Upsala.

⁴¹ Cfr. Reseña histórica al final del presente libro.

Poco después de mediodía el cielo se ha oscurecido y mientras nos preparamos para el regreso, comienza una lluvia torrencial, que nos acompaña hasta el campamento, a donde llegamos después de tres horas, calados hasta los huesos.

11 AL 17 DE DICIEMBRE

No hay esperanza de que el tiempo mejore. Ha empezado un tormentoso período de viento y lluvia que no sabemos cuándo terminará. Nos hemos resignado a pasar largas horas bajo la carpa o en el rancho, transformado en cocina, para protegernos contra la lluvia y el viento, que día y noche sopla iracundo. Cuando reina un poco de calma efectuamos por los alrededores algunas cortas excursiones. Nuestro trabajo se reduce a colecciones botánicas, a relevamientos con la brújula y a observaciones meteorológicas.

La lluvia, que en los últimos días ha sido sobremedida copiosa, ahora se ha convertido en nieve, y las montañas aparecen completamente blancas, como si nos encontráramos en pleno invierno. Estamos sin embargo en primavera avanzada y el despertar de la flora apenas se aprecia en las numerosas y tupidas matas de violetas amarillas (*Viola maculata*), en las graciosas anémonas amarillas (*Anemone multifida*) y en algunas elegantes orquídeas, entre las cuales destaca la *Codonorchis lessonii*, de flores blancas con pequeñas manchas rosas.

No faltan tampoco aves canoras, aunque su canto, que se oye con breves intervalos en las horas de la mañana y de la tardecita, cuando reina un poco de calma, es monótono y casi silábico. Entre estas aves se destaca la calandria (*Mimus triurus*), el tordo americano que imita perfectamente el canto de los demás pájaros. Se encuentra con mayor abundancia en el norte de Argentina, pero se aventura hasta los valles andinos del sur patagónico. Más frecuente es el zorzal (*Turdus falcklandii*), pájaro gris del tamaño de un mirlo, cuyo canto es menos melodioso, y el chingolo, más pequeño y que se acerca a las carpas a picotear los residuos de nuestras comidas. En estos valles precordilleranos se encuentran también las hermosas tórtolas (*Zenaida auriculata*). Nos sorprendió el gran número que había en los bosques cercanos a nuestro campamento, y su carne exquisita vino, no pocas veces, a alegrar nuestra mesa.

18 DE DICIEMBRE

Debido a un viento del sur, excesivamente frío, el cielo se ha despojado enteramente de nubes.

A las 6 de la mañana abandonamos el campamento y nos internamos en el valle por el mismo camino seguido hace 8 días, hasta llegar al cono morrénico. Desde aquí nos dirigimos hacia el suroeste y trepamos sobre las empinadas laderas de una montaña, que forman las crestas divisorias entre el valle que acabamos de cruzar y el fiordo Moyano. Poco después de mediodía alcanzamos la cumbre de la



Cordón de montañas que cierra por el sur el fiordo Moyano.

Torrente glacial entre despeñaderos.



Deposé

Lago Viedma. Ventisquero Viedma.

Fot. A.M. De Agostini

montaña, a 1.824 metros de altura, donde gozamos de la vista de un extenso panorama sobre el fiordo Moyano y sobre toda la cadena de montañas que se eleva entre el glaciar Viedma y el glaciar Upsala. Este grupo de montañas atravesadas por estrechos valles –al que denominamos cordón Moyano– culmina al suroeste en un bellissimo pico, en forma de torreón, completamente revestido de hielo y nieve, indicado en los mapas chilenos y argentinos con el nombre de Campana y con una altura de 2.570 m.

Una rápida mirada a las montañas de occidente nos convence de que sobre ellas no existe ningún paso de fácil acceso para el glaciar Upsala. El valle en el que fundábamos nuestras esperanzas concluye a los pies de un glaciar, que desciende por la vertiente boreal del cerro Campana. Habrá que buscar por lo tanto el ansiado paso más hacia el norte, por la margen derecha del glaciar Viedma, y si no, como parece más probable, hacia el sur, a través de una llanura de hielo que vemos elevarse y extenderse en la extremidad del fiordo Moyano. Eran las 7 de la tarde cuando nos encontramos de vuelta en nuestro campamento. El cielo se ha oscurecido nuevamente y vuelve a soplar un fuerte viento del suroeste. Nuestro cometido en este valle ha terminado; esperamos la lancha para dirigirnos a las cercanías del glaciar Viedma, unos 15 km más al norte de la misma costa en que estamos acampados.

20 DE DICIEMBRE

En las primeras horas de la mañana llega a la bahía la lancha con Ramston y un marintero. Debían haber llegado la noche anterior, pero el viento sur, levantando una fuerte marejada, los obligó a refugiarse en una bahía, a mitad de camino, donde pasaron la noche como pudieron. Por la mañana el viento se ha calmado por completo. Embarcamos rápidamente nuestros equipajes y zarpamos hacia el glaciar Viedma. Sobre el cielo de un azul terso, se destacan las montañas con acostumbrada nitidez y esplendor; el lago es una lámina de cristal verde-esmeralda con reflejos perláceos. Costeamos durante una hora, y al doblar la punta rocallosa se descubre poco a poco el majestuoso frente del glaciar Viedma, fulgurante de níveo candor.

Queremos contemplarlo más de cerca y la lancha se arrima a esa gigantesca pared de cristal, erizada de agujas y pináculos, que se yergue vertical y amenazadora sobre nosotros, mostrando sus gigantescas placas lisas y tersas, minadas debajo por profundas rasgaduras, por donde la luz del Sol irradia las más maravillosas tonalidades del azul y del turquesa.

Tras un breve recorrido a lo largo del frente buscamos en la costa rocallosa, que rodea la margen derecha, un lugar donde fijar nuestro campamento, pero es ésta tan abrupta que a duras penas encontramos un sitio para desembarcar y transportar a tierra nuestros equipajes.

La lancha se marcha y vuelve otra vez a dejarnos solos por unos quince días. Hemos acampado a corta distancia de la costa sobre la lomita herbosa de una

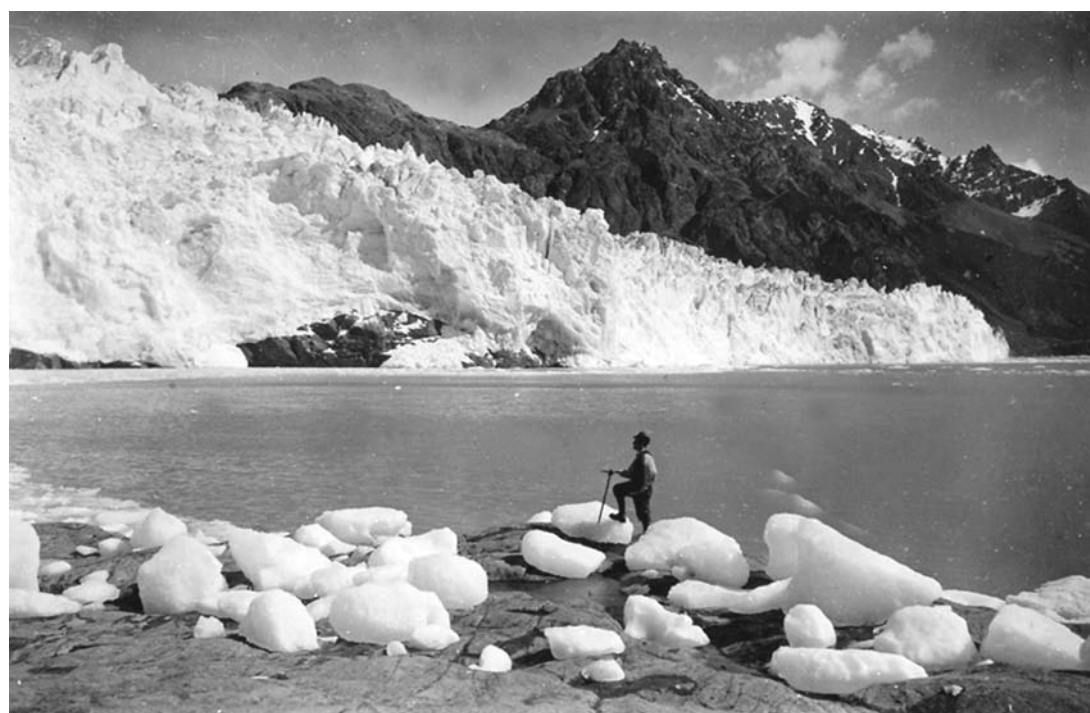
elevada barrera montañosa, que obstruye parcialmente el frente del glaciar por el lado sur. El lugar es de los más amenos y soleados. Tenemos frente a nosotros la extensión verdeazulada del lago, limitado por tierras bajas, de un color gris amarillo, que en lo alto, sobre los rellanos, se hace más sombrío y severo al contacto de las rocas porfíricas.

Desde la primera excursión hacia el interior, con el guía Derriard, conocemos la variedad y hermosura de este pequeño oasis engarzado entre la llanura verde-esmeralda del lago y la correntada verdeazulada del glaciar Viedma. Después de habernos elevado algunos centenares de metros sobre el lago, avanzamos entre hondonadas morrénicas y pintorescas lagunas diseminadas en unos casquetes hemisféricos de rocas aborregadas. Alrededor de las lagunas y en las depresiones, al abrigo del viento, crece con vigor la vegetación boscosa constituida únicamente por hayas parcialmente retorcidas por el viento. Mientras cruzamos una de estas graciosas cuencas lacustres, he aquí que se nos asoma sobre una loma, a un centenar de metros, un huemul, que desde lo alto de una roca nos mira con curiosidad. Derriard lamenta no haber traído su Winchester, deseoso de apoderarse de los hermosos cuernos que adornan su cabeza, mientras yo en cambio trato de obtener una buena fotografía, pero en cuanto me le acerco y estoy por hacer funcionar el disparador, el huemul pega un salto y en un santiamén desaparece de mi vista. Los numerosos senderos que observamos en el interior del bosque, donde suelen esconderse y buscar abrigo del viento, así como algunas sendas que atraviesan las lomas, y los abundantes residuos, nos indican que los huemules deben ser numerosos en este oasis de paz.

22 DE DICIEMBRE

El barómetro continúa manteniéndose elevado y, después de un día nublado, vuelve el tiempo hermoso y sereno y la calma que esperábamos ansiosamente para poder obtener una vista panorámica del glaciar y de las cadenas interiores. En las primeras horas de la mañana, después de dos horas, llegamos a la cumbre de una roca aborregada (920 m), desde la que se nos presenta en toda su magnificencia y grandiosidad la inmensa extensión del glaciar, horrendamente resquebrajado, limitado hacia el oeste por un elevado círculo de montañas, cubiertas de nieve y glaciares, que se recortan sobre el azul purísimo del cielo. El interminable mar de hielo, dentellado por enormes cubos, por gigantescas pirámides, comprimido e impulsado por fuerzas ciclópeas, baja desde lo alto con el ímpetu de una marejada solidificada y va a sumergir su frente de cristal blancoazulado sobre la superficie dulcemente verde del lago.

El glaciar Viedma, después del Upsala, es el mayor de la cordillera Patagónica en su vertiente oriental. Su curso, aproximadamente de 30 km, se orienta, en la parte superior, de norte a sur, paralelamente al cordón central Mariano Moreno divisorio de las aguas, pero hacia la mitad de su curso, en la confluencia con una cuenca glacial, próxima a la altiplanicie Italia, de la que recibe otra poderosa co-



Laguito en las cercanías del ventisquero Viedma.

Bloques de hielo arrojados a diez metros de altura sobre la costa por las olas provocadas por el derrumbe del ventisquero.



rriente de hielo, dobla hacia el este y baja hasta el lago Viedma, apresado entre la extremidad boreal del cordón Moyano y la ladera austral del monte Huemul.

También este glaciar muestra señales evidentes de un reciente retroceso, indicado por la desnudez de las rocas inmediatas, aún desprovistas de vegetación. En la superficie interna del glaciar se descubren detritos morrénicos flotantes, que continúan la amplia curva del glaciar, y se originan en los contrafuertes occidentales del monte Huemul.

El ancho de su frente, que desciende sobre el lago, es de 3 km, pero otros 3 km del mismo glaciar quedan encerrados por la elevación rocosa, sobre la que nosotros nos encontramos, redondeada y alisada por el glaciar cuando teniendo mayor extensión y amplitud descendía hasta el lago.

En la extremidad sur de esta loma rocosa, formada en su mayor parte por pórfido cuarcífero, el glaciar rompe su frente en un laguito de donde sale un gran torrente que corre encajonado entre simas profundas de erosión fluvio-glacial y se precipita en el lago después de 2 km de recorrido, formando una hermosa cascada.

Saco una vista panorámica del grandioso paisaje y luego bajamos del monte y penetramos en el glaciar para conocer las dificultades que presenta su travesía. Pero apenas hemos hecho unos centenares de metros, cuando nos vemos perdidos en un caos de crestas, tan altas y revueltas, separadas por profundas grietas, que nos obligan muy pronto a desandar lo recorrido, abandonando el proyecto que teníamos de llegar por ese lado al glaciar Upsala.

23 DE DICIEMBRE

Por la mañana hemos realizado una excursión hasta el frente del glaciar Viedma, que dista solamente 2 km del campamento, y al que se puede llegar fácilmente siguiendo la orilla del lago, por entre las habituales ondulaciones morrénicas y los laguitos. Vista así de cerca la gigantesca pared de hielo, que se eleva verticalmente sobre el lago a unos 60 m de altura, ofrece uno de los espectáculos más sublimes e impresionantes. Pero todo este ciclópeo edificio de cristal lleva consigo el sino de lo inconsistente.

La inmensa corriente de hielos se desliza resbalando lentamente hacia el abismo como empujada por una fuerza misteriosa, y con breves intervalos descarga en el lago sus torres y minaretes de alabastro, ya con detonaciones secas y potentes como la explosión de una mina, ya prolongadas, como el tronar de baterías enteras de cañones. Seguimos el desmoronamiento de ese fantástico castillo con el más vivo interés. Una leve crepitación, que sale de las entrañas del glaciar, seguida por un ruido metálico, cortado como tiro de fusil, no es sino el grito de alarma de un centinela; luego, de improviso, empieza el tableteo de las ametralladoras y el tronar del cañón; una verdadera y furiosa batalla, mientras desde las formidables paredes se precipitan sobre las aguas masas pequeñas y grandes de hielo levantando olas gigantescas que van a quebrarse sobre las escolleras vecinas, arrastrando enormes bloques de hielo.

El castillo de hielo ha cambiado ahora de forma y aspecto. Otras torres, otras agujas asoman por encima del gigantesco murallón, que muestra en sus bases las roturas y las profundas heridas recién recibidas y que ya atentan contra su estabilidad.

25 DE DICIEMBRE

Mañana de sol y de viento. Como de costumbre, celebro la Santa Misa bajo la carpa, y durante todo el día permanecemos en el campamento tratando de pasar lo más agradablemente posible la gran solemnidad de la Navidad.

26 AL 31 DE DICIEMBRE

El buen tiempo, que a nuestra llegada había despertado en nuestro ánimo las mejores esperanzas, cerró inexorablemente sus puertas, y el viento, como un implacable enemigo, empezó terrible, feroz, deslizándose por debajo de la espesa capa de vapores, que envuelve tenazmente los glaciares y las montañas. De cuando en cuando parece disminuir su fuerza y entonces tratamos de alcanzar alguna loma, pero ni bien tocamos su cumbre nos rechazan ráfagas fulmíneas que nos arrojan al suelo.

Bajo la violencia de estas impetuosas rachas que llegan desde el interior, encajonados en el valle, la superficie del lago se transforma en una blanca llanura de agua pulverizada que el viento arrastra y levanta en remolinos.

De los propios labios de Ramston recogí un ameno episodio sobre las extraordinarias ráfagas, acaecido justamente en esas inmediaciones. Cuando por cuenta de la estancia Primera Viedma se empezó a extraer madera del bosque de hayas en la ribera norte del lago, próxima al glaciar, algunos trabajadores chilotes habían dejado su bote algo internado en la playa, asegurándolo a un árbol junto al campamento. Al volver después de algunas horas, mientras arreciaba uno de esos ciclones, no vieron más el bote. Después de inútiles búsquedas, uno de los leñadores, alzando la mirada, lo vio suspendido sobre las ramas de los árboles. En vez de sentir admiración, los chilotes fueron presa de supersticioso terror. Eso no podía ser sino el maleficio de alguna bruja habitante del bosque, y por temor a algún nuevo infortunio, regresaron a la estancia, abandonando definitivamente el trabajo.

Un hecho parecido le aconteció al propio Ramston, mientras, en compañía del danés Madsen, extraía troncos del bosque en ese mismo lugar. También ellos habían amarrado su bote a un árbol y, para estar más seguros de que las ráfagas de viento no lo desataran y arrastraran hasta el lago, lo llenaron de agua hasta la mitad; pero en lo más recio del temporal, una ráfaga, delante de ellos mismos, levantó algunos metros la embarcación y luego la tiró al suelo destrozándola.



Laguito en la margen izquierda del ventisquero Viedma.

Navegando en la lancha de Ramston a lo largo de la costa del lago Viedma.

28 DE DICIEMBRE

En la tarde de hoy el viento ha cesado y, habiéndose serenado un tanto el cielo, efectuamos una excursión al borde suroeste del glaciar, donde una gran cascada de hielo se separa de su frente y baja hasta un laguito cuya superficie está en parte cubierta de témpanos.

Mientras desde el borde de un barranco fotografío el lago y el glaciar, cuatro cóndores efectúan amplios círculos sobre nosotros, despertando viva admiración con el soberbio planear que efectúan sin el menor movimiento de las alas, tanto en el descenso como en el ascenso. Derriard, que acechaba con su Winchester, logra herir con un certero tiro a uno de ellos que se cierne 50 m sobre nuestras cabezas. El ave, que en ese instante se encontraba sobre nosotros, herida en pleno cuerpo, se precipita al suelo y cae a mis pies, salpicándome de sangre la ropa.

Aún no me había repuesto de mi sorpresa, cuando el cóndor, tocando apenas el suelo, se levanta y, tras unos breves pasos, alza nuevamente el vuelo picando hacia abajo en lo profundo del valle, donde desaparece de nuestra vista. Estaba gravemente herido y seguramente habrá muerto poco después, pero es tal la vitalidad de estas aves que, aun heridas en sus partes vitales, conservan por algún tiempo toda su fuerza.

30 AL 31 DE DICIEMBRE

Día y noche continúa el viento del suroeste con ritmo de huracán. En la tarde del 30, encontrándonos junto a la playa, donde yo había instalado un pequeño observatorio meteorológico compuesto por un barógrafo, un termómetro, un higrógrafo, un pluviómetro y dos termómetros de máxima y mínima, vemos que repentinamente las aguas del lago se retiran, dejando al descubierto un buen trecho de la playa. Observábamos sorprendidos el raro fenómeno, cuando de repente una ola formidable se abalanza sobre la orilla sin darnos tiempo de poner a salvo los instrumentos. La ola se había elevado un metro y medio sobre el nivel normal, y había arrojado al suelo los instrumentos sin dañarlos, con excepción de un termómetro de mínima que se hizo añicos.

Pasada la confusión del momento y reflexionando sobre las causas que habrían podido producir tan singular y violento movimiento de las olas, argüimos que se debía al desprendimiento de un gran alud de hielo del frente del glaciar. A la mañana siguiente obtuvimos la plena confirmación de nuestra hipótesis, pues al dirigirnos al frente del glaciar, vimos amontonados sobre las costas rocallosas, junto al mismo, a 10 m sobre el nivel de las aguas, varios bloques de hielo, algunos de los cuales medían hasta 2 m³. La pared de hielo que de improviso se había desprendido del glaciar debió haber sido de dimensiones colosales, ya que la ola levantada por el mismo, había lanzado a la distancia de doscientos metros esos grandes bloques de hielo.

3 DE ENERO DE 1932

Ramston ha vuelto nuevamente. Por la tarde nos embarcamos en la lancha y abandonamos nuestro pintoresco refugio, en donde habíamos pasado dos semanas entre el tronar de los aludes de hielo y el silbido del viento. En el lago soplaba un fuerte viento del suroeste, y al embocar el canal Moyano para cruzarlo, nos hallamos a merced de gruesas olas, que rompían furiosas contra la lanchita. Mientras nos vemos sacudidos de arriba abajo, toda nuestra confianza descansa en un viejo motor de automóvil Ford, que jadea terriblemente, y en la habilidad de Ramston, que timonea y vigila pacientemente su motor, inyectándole de tanto en tanto aceite con no sé qué imprecaciones, mientras nosotros, armados de latas de petróleo vacías, sacamos agua del lago para echarla en el radiador, que tiene las venas rotas y desangradas. Después de una hora de baile infernal, empapados y transidos de frío, llegamos alegres y contentos a la casa de Ramston, donde su buena señora nos ha preparado una succulenta cena que nosotros sazonomos con alegría, después de casi un mes de vida solitaria y aventurera en las soledades de las montañas y los glaciares.

4 DE ENERO

Una parte importante de nuestro programa de estudio queda aún sin cumplir: se trata del reconocimiento de la zona superior del glaciar Upsala y de las zonas limítrofes. No dilatamos por lo tanto la partida y, a la mañana siguiente, embarcadas nuestras provisiones, volvemos a salir con la lancha hacia el extremo sur del fiordo Moyano. Este estrecho brazo del lago que se interna como un fiordo por unos 15 kilómetros, está flanqueado por abruptas y áridas montañas de casi dos mil metros de altura. En su término se elevan los dos majestuosos picos, Moyano y Norte, de casi 3.000 m de altura y encapuchados por nieves eternas.

En dos horas de navegación realizamos el trayecto y desembarcamos en la embocadura de un estrecho valle encajonado entre altas montañas cubiertas de nieve, en cuyo fondo corre un gran torrente que tiene sus orígenes en glaciares que obstruyen el valle.

A poca distancia de la playa advertimos un rancho de troncos, donde vive un ovejero que cuida el rebaño desparramado por el valle y a lo largo de la costa de la ensenada.

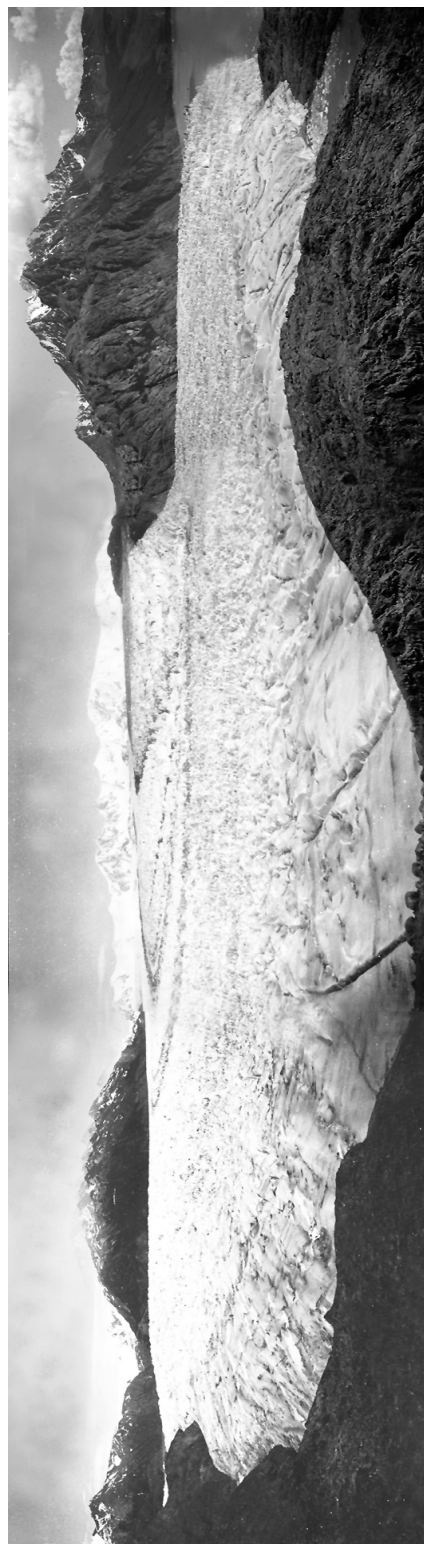
Por la tarde transportamos los equipos e instalamos el campamento al abrigo de un matorral de hayas que crece a lo largo de un arroyuelo de puras y cristalinas aguas. Al anochecer conocemos al pastor que regresa de su inspección cotidiana del rebaño en las montañas vecinas. Es un viejo chilote, ágil y lleno de bríos, llamado Paredes, a quien todos conocen aquí con el nombre de el Leonero, porque es uno de los más famosos cazadores de pumas de toda la región.

Ha recorrido en todas direcciones los diferentes valles preandinos, desde Última Esperanza hasta el lago San Martín, y ahora se ha retirado a este remoto rincón de la cordillera, no sólo para cuidar el rebaño por cuenta de Ramston, sino especialmente



Cascada de un río que baja del ventisquero Viedma.

Cuenca terminal del fiordo Moyano.



Panorama del ventisquero Viedma y el cordón fronterizo Mariano Moreno.

para cazar leones, que aún son muy numerosos y causan estragos en el ganado. Durante las largas noches que pasé con él en su ranchito, mientras afuera la tormenta arreciaba, recogí de su boca interesantes narraciones referidas a sus cacerías. Los pumas muertos por él fueron más de 200. Recuerda una a una a sus víctimas y sabe citar su número, el lugar y los más mínimos detalles de la cacería. Donde mató más fue en la estancia Punta del Lago, propiedad de Teófilo Wynand, cuyo número llega a los 70. También en la vecina estancia María Antonia, de los Biggeri: 49. Toda esa región andina estaba hasta hace pocos años infestada de pumas que se ocultaban en las anfractuosidades de las montañas y hacían verdaderos estragos entre las ovejas importadas con tanto sacrificio por los estancieros. La mayoría de las veces la caza debía efectuarse en el interior de profundas y oscuras grutas, donde había que avanzar gateando con una luz en la mano, listo para disparar cuando se enfrentaba al felino. Justamente fue en una de esas cacerías, al interior de una gruta, que Paredes pasó un mal rato, cuando, habiéndosele apagado la antorcha, tuvo la poco grata impresión de sentir deslizarse sobre su cuerpo al león que huía, aunque sin ocasionarle ningún daño.

El puma (*Puma concolor*), llamado también león americano, carece de melena; mide, comprendida la cola, 2 m de largo, a veces más, y tiene 70 cm de alto. El animal adulto es gris amarillento, con tendencia a veces al rojo aleonado. Es tímido y huye del hombre. Pero la hembra, cuando tiene cachorros y está hambrienta, lo asalta también, como lo prueban algunos casos, entre ellos el acontecido al mismo Perito Moreno, quien, junto al emisario del lago Viedma, que ahora se llama río Leona, fue asaltado por una hembra hambrienta.

El puma causa muchos daños en las estancias, pues no solamente diezma los rebaños, sino que mata también terneros y potrillos.

Cuando captura a alguno de estos animales, le abre las venas del pescuezo y absorbe con placer la sangre, y luego devora las carnes. A veces es tan goloso por la sangre, que llega a despreciar la carne y entonces mata a un gran número de ovejas –hasta 50 e incluso más– solamente para saciar tan sanguinario apetito. Otras veces la matanza en masa de rebaños se debe a la hembra, que junta las ovejas en un lugar determinado y luego lanza sobre ellas a los cachorros para que las maten por entretenimiento y se adiestren en la cacería. Debido a los grandes daños que ocasionan a los rebaños, los estancieros los persiguen encarnizadamente, pagando una libra esterlina por cada cuero de puma muerto.

La caza más fácil y provechosa es la que se realiza durante el invierno, porque los perros pueden seguir fácilmente sobre la nieve las huellas de los pumas. Al verse perseguido, el puma huye, en los primeros 200 m con suma velocidad, pero luego da señales de cansancio y busca salvarse trepando a un árbol o arrimándose a alguna roca, ante la que permanece inmóvil, defendiéndose de los ataques de los perros con las patas delanteras; la jauría ladra furiosamente a su alrededor quedando a veces varios perros descuartizados por los zarpazos del felino. Mientras el puma se encuentra luchando así con los perros, le resulta fácil al cazador acercarse y matarlo*.

*De Agostini se hace eco aquí de las conocidas quejas de los estancieros respecto del puma patagónico, en lo que ha habido, como lo hay, no poco de exageración y mito, pues como todos los carnívoros

5 DE ENERO

Por la tarde, con Derriard y dos peones chilenos, hice una excursión hasta la cumbre de una montaña en forma de cúpula, que limita por el norte el fiordo Moyano, pudiendo conocer la configuración de la cuenca terminal del valle y de las montañas circundantes y sacar buenas fotografías. El cielo era luminoso y las montañas suficientemente descubiertas, pero soplaban un viento fuerte y frío del suroeste que nos permitió permanecer muy poco tiempo en la cumbre (720 m), regresando prestamente al campamento.

Una columna de humo, que se levanta al final del valle, nos alarma haciéndonos pensar que se trataba de un incendio en el bosque, pero luego, observando con los prismáticos, nos damos cuenta de que sólo era el efecto de violentísimas ráfagas de viento, que embestían furiosamente la cascada de un torrente pulverizándolas y arrastrándolas hacia lo alto en forma de nubes.

La intensidad del viento en ese desfiladero era de una fuerza des acostumbrada, porque al llegar desde el interior, quedaba encajonado como en un gigantesco embudo. Poco después del crepúsculo, el viento adquirió la fuerza de un ciclón. Las ráfagas se acercaban precedidas por un rugido aterrador, que crecía constantemente en intensidad, tronando sordamente en el valle, hasta que llegando a nosotros, se abatían con un fuerte chasquido sobre los árboles y las carpas tan violentamente, que más de una vez temí por la resistencia de éstas. Y en efecto, en las primeras horas de la noche, un golpe de viento fortísimo embistió mi carpa volteándola, rompiendo el sostén. Siguió un momento de confusión, pero luego, ayudado por los compañeros, volvimos a levantarla, asegurándola de la mejor manera posible.

Pasamos la noche insomnes y temerosos; el viento truenaba ininterrumpidamente en el valle y cae vertiginosamente sobre nosotros con la fuerza de una cachiporra.

6 DE ENERO

Ha menguado la fuerza del viento. La temperatura ha bajado y el cielo va aclarándose lentamente. Después de mediodía trepamos por la ladera de una montaña hasta casi 800 m de altura, y desde allí se nos presenta un estrecho y profundo valle, cubierto de bosques, que lleva a la estancia Cristina, sobre el lago Argentino, limitado al oeste por el cerro Norte, de 2.950 m, y por otro majestuoso picacho de igual altura próximo a nosotros, cuya cúspide cupular se encuentra revestida por un espeso manto de hielo en forma de capuchón. No hallándolo indicado en los mapas, lo denominé Moyano, por elevarse al sur de la ensenada homónima. Hacia el oeste, al término del valle Moyano, descubrimos un boquete no muy elevado, desde donde baja una empinada cascada de hielo, que se origina en el glaciar Upsala, del cual alcanzamos a distinguir un sector de su llanura helada. Este descubrimiento

en la naturaleza este animal caza sólo lo necesario para su alimentación. Así lo prueban, asimismo, algunos estudios científicos recientes realizados en el parque nacional Torres del Paine (N.E.).



Cerros Norte y Moyano, vistos desde el valle Moyano.

Árboles seculares derribados por ráfagas ciclónicas.

despierta en nosotros un vivo deseo de internarnos en la cordillera y de escalar algunas cumbres desde donde nos sea posible develar el misterio que allí se oculta.

9 DE ENERO

Hemos debido esperar hasta hoy a que amainara el viento para efectuar el transporte de los equipos hasta las proximidades del glaciar que baja del boquete a 8 km de distancia, donde he decidido levantar un segundo campamento. El *Leonero* Paredes viene a ayudarnos y gracias a sus caballos, en tres viajes sucesivos, todos nuestros equipajes son transportados junto a un cordón morrénico que limita la vertiente terminal del valle próximo al glaciar.

Hemos levantado las carpas entre un matorral de hayas, que nos ofrece protección segura contra el viento, y hemos construido una choza con troncos de hayas, al modo indígena, decididos a esperar pacientemente a que el tiempo nos regale algún día hermoso para trepar el cordón que nos separa del glaciar Upsala.

A poca distancia de nosotros baja rumoreando un gran torrente glacial que nace del ventisquero.

10 AL 19 DE ENERO

También aquí nos persiguen vientos y lluvias interminables. Cuando nos asomamos al estrecho corredor del valle por donde baja el torrente, nos rechazan las ráfagas poderosas que con gran fragor bajan por la garganta interna, levantando en el torrente remolinos de agua pulverizada.

A pesar de todo, también con viento, efectuamos pequeñas excursiones por los alrededores para tomar fotografías y trazar el itinerario de la próxima ascensión. Nuestra meta preferida es un estrecho valle que se interna hacia el sur unos 4 kilómetros más, y termina en la base del monte Moyano, del que pende un pequeño glaciar. Gran parte del valle está revestida de tupidos bosques de hayas en los que el viento casi no se siente, porque lo desvían las montañas vecinas. A lo largo del valle se abren graciosos claros con laguitos, asomándose, imponente, la gran y escarpada mole del cerro Moyano. De cuando en cuando, el silencio del bosque se interrumpe con el ruidoso clamoreo de las cotorras (*Conurus magellanicus*), que revolotean en grandes bandadas y traen un poco de vida a esta soledad adusta y salvaje.

20 DE ENERO

Anoche nos pareció que tendríamos un hermoso día y por eso Derriard ha vigilado toda la noche, impaciente, listo para dar la señal de diana. Nos levantamos muy temprano; el cielo está sereno, y aunque unas ráfagas de viento del oeste dan poca seguridad sobre la estabilidad del tiempo, dejamos, con todo, el campamento y

nos encaminamos a lo largo del valle, al principio sobre las morrenas y luego remontando la empinada ladera de un monte revestido de tupidos bosques de hayas, que domina el fondo del valle y cuya travesía resulta muy fatigosa. Tras dos horas y media de dura ascensión, hemos subido más de mil metros sobre el plano del valle, y desde una loma dominante, que forma el borde extremo noreste del monte, contemplamos con sumo interés un gran glaciar, que desde el monte Campana baja en empinada cascada de crestas hasta el fondo del valle, recibiendo por la derecha una pequeña corriente de hielo que se desborda del glaciar Upsala. Durante una hora continuamos a lo largo de la cresta del monte en dirección suroeste, mientras hacia occidente aparecen las primeras nubes mensajeras del mal tiempo y nos azotan frías ráfagas de viento del noroeste, silbando sordamente entre las rocas.

A las nueve abandonamos la cresta rocallosa y penetramos en una vasta planicie de hielo, que sube suavemente hacia el poniente, culminando en una roca puntiaguda. A las 11 alcanzamos la cumbre, y nuestros ojos, ávidos de lo desconocido, contemplan uno de los más imponentes espectáculos que pueden ofrecer los picos andinos.

A nuestros pies, limitada por negras y abruptas paredes de esquistos, se dilata una inmensa llanura de hielo y nieve de aspecto intensamente polar, limitada hacia el poniente por blancas cadenas de montañas, próximas a los canales patagónicos. Sobre esta vasta cuenca glacial viene a concluir el altiplano Italia que hemos descubierto el verano anterior, en nuestra primera travesía de la cordillera hasta el fiordo Falcón. Más hacia el sur, limitada por los montes Murallón y Cono, baja la enorme corriente del glaciar Upsala hasta el lago Argentino, donde vuelca su frente. Al norte se extiende la cadena Moyano, sobre la que domina la cumbre helada del monte Campana. Hacia el sureste, cerca de nosotros, se elevan los dos majestuosos montes Norte y Moyano, que por este lado, azotados por las corrientes húmedas del noroeste, muestran al desnudo sus paredes rocosas y negruzcas. Es singular la cúspide del monte Moyano, que aparece recubierta por una blanca y gigantesca cofia de hielo. Algo más lejos, hacia levante, se alza también otra montaña, cuya cima porfirica está truncada como una mesa, la que se observa también desde la estancia Cristina.

Bajo las ráfagas heladas de un viento noroeste, me apresuro a ejecutar un panorama de todo el horizonte y a cumplir algunas observaciones, ya que las montañas amenazan cubrirse. El barómetro indica una altitud de 2.087 m y el termómetro, 3 grados bajo cero.

En algo más de una hora sobre el hielo, antes radiante de luz, se han acumulado densos nubarrones que se amontonan cada vez más y empiezan a velar las montañas. Apenas he terminado mis trabajos cuando la tormenta nos atropella furiosamente y levanta a nuestro alrededor remolinos de nieve. Dejamos apresuradamente la cumbre y, pocas horas después, volvemos a entrar en nuestro campamento, satisfechos de haber podido conocer esta vastísima zona cordillerana, ignorada hasta entonces, donde se acumulan las más formidables masas heladas de los Andes y en donde parece que se han dado cita las fuerzas más feroces de la naturaleza.



León puma (*Puma concolor*).

Transporte de nuestros equipos hasta el extremo del valle Moyano.

El 13 volvemos a la estancia Helsingfors, donde permanecemos dos días más efectuando breves excursiones por los montes vecinos.

Desde la estancia Helsingfors pasamos nuevamente a la Segunda Viedma, y de aquí seguimos hacia la Cerro Fitz Roy, de Andreas Madsen, para continuar nuestros reconocimientos sobre el gigantesco y atrayente macizo del Fitz Roy.



Deposé

Cerro Moyano. Soledad.

Fot. A.M. De Agostini



Ventisquero en la cuenca terminal del valle Moyano.

Corriente de hielo que baja del ventisquero Upsala.



Cuenca de alimentación del ventisquero Upsala y montes inexplorados del exterior.
Vertiente occidental del cordón Moyano y el campo de hielo que se extiende en el interior de la cordillera.



El valle y el fiordo Moyano vistos desde el oeste.

Cruzando un ventisquero en el cordón Moyano.



Cordón Moyano y cerro Campana.

Cerro y glaciár Campana.



Los cerros Moyano y Norte vistos desde el noroeste.

CAPÍTULO XI

DEL PUERTO DE SANTA CRUZ AL MONTE FITZ ROY

En los puertos patagónicos. Los pozos de petróleo de Comodoro Rivadavia. Santa Cruz. Violencia del viento patagónico. Prodigios del trabajo italiano en la dilatada estepa. Poesía de la pampa. Mata Amarilla. El río de las Vueltas en crecida. Navidad a los pies del Fitz Roy

Después de tres años de ausencia vuelvo a ver la costa patagónica y sus escuálidas y atormentadas llanuras, que se extienden y pierden en misteriosas lejanías; vuelvo a oír el viento, el terrible viento patagónico, que silba en mis oídos como el canto de una diana, despertando en mi mente recuerdos lejanos y adormecidos de luchas y batallas libradas para arrancar a las soberbias cumbres andinas sus secretos, sus más recónditas bellezas*.

Desciendo en el puerto de Santa Cruz en un hermoso día de sol (12 de diciembre de 1935), penúltimo pueblo de la costa patagónica, con sus casitas dispuestas en forma de tablero a lo largo de la desembocadura del río homónimo, el más grande de la Patagonia austral. Conmigo vienen dos guías del valle de Aosta, Luis Carrel y José Pellicier, que traje expresamente de Italia para que me acompañaran en estas nuevas y aventuradas peregrinaciones por los montes y glaciares andinos cercanos al Fitz Roy.

Hemos empleado once días de viaje en vapor para recorrer la distancia de Buenos Aires a Santa Cruz, viaje que si fuera directo, podría realizarse en 4 o 5 días. En todos los puertos permanecemos uno o dos días, a veces tres o cuatro –según la cantidad de mercaderías, el estado de la marea y el humor del tiempo, casi siempre borrascoso, ya que el viento no parece tener un día de descanso en la Pa-

* Según se lee en el lamentablemente inconcluso, pero igualmente interesante y ameno libro de Germán Sopena, *Monseñor Patagonia. Vida y viajes de Alberto De Agostini, el sacerdote salesiano y explorador*, Buenos Aires, Ediciones El Elefante Blanco, p. 122, entre 1933 y 1935, los tres años de ausencia a los que aquí se alude, De Agostini permaneció en Italia dictando una serie de conferencias. El libro de Sopena, que recoge los viajes de De Agostini por Patagonia y Tierra del Fuego, no pudo ser terminado por el propio autor, pues éste murió en un accidente de avión en las inmediaciones del lago Argentino el 28 de abril de 2001, cuando se dirigía a Punta Bandera (N.E.).

tagonia– para descargar cereales, frutas, automóviles y mercaderías de toda clase, y cargar luego productos de la región, casi exclusivamente lanas y pieles ovinas. A los pasajeros no les queda otra distracción que la de contemplar durante días enteros las maniobras de carga y descarga, acompañadas por el ruido ensordecedor de las grúas, que trabajan día y noche. A veces, cuando el mar está calmo, se puede bajar a tierra para desperezar los miembros y conocer algo de la vida y el ambiente de estos solitarios pueblos costaneros, los cuales, debido a la aridez de las tierras que los circundan, ofrecen al viajero muy pocas atracciones.

El primero de estos pueblos costeros al que se llega, después de tres días de navegación, es puerto Madryn, que se levanta en el extremo occidental del golfo Nuevo, enorme bahía circular, abierta al sur de la península Valdés. Por su particular configuración y por la seguridad de su puerto, Madryn se ha convertido en un importante centro marítimo y comercial y representa la salida natural de los productos del valle del Chubut y de los principales centros de la zona, como Trelew, Rawson, Gaiman y Dolavon, con los cuales está unido por medio de una vía férrea de trocha angosta.

Después del puerto Madryn, hacemos escala en Comodoro Rivadavia, la ciudad del petróleo, situada en el extremo del golfo San Jorge. Entre todas las localidades de la Patagonia, Comodoro Rivadavia se destaca netamente por su actividad comercial, su riqueza y vitalidad propias. La prosperidad de esta pequeña ciudad, que se extiende unos 5 km por una meseta árida y chata, hasta la costa castigada por las olas enfurecidas del mar, se debe al descubrimiento del petróleo, ocurrido casualmente el 13 de diciembre de 1907, al efectuarse una perforación en busca de agua potable.

Desde una profundidad de 540 m, en vez del agua potable brotó, en gran abundancia, un líquido negro mezclado con gas: era el oro negro de la Patagonia. El hallazgo del petróleo convirtió a Comodoro Rivadavia, la incipiente aldea, fundada en 1900 por el italiano Francisco Pietrobelli, en un gran centro de actividad y comercio, influyendo poderosamente en el progreso económico de la Patagonia.

La industria pastoril, que antes de este descubrimiento era la principal fuente de riqueza de la región, pasó a segundo plano. Los 16 millones de ovejas que se cuentan actualmente en la Patagonia, no proporcionan, sumando su lana y su carne, la mitad de la ganancia que se obtiene con el petróleo de Comodoro Rivadavia y de Plaza Huincul. En efecto, mientras la producción anual de lana y carne rinde unos 70 millones de pesos, la del petróleo puede valuarse en 150 millones⁴².

⁴² Los casi 16 millones de ovejas que posee la Patagonia producen anualmente 50 millones de kilos de lana (3 kilos por oveja). Fijando en 10 pesos el precio medio de 10 kilos, sobre la base del promedio de ventas del producto en estos últimos decenios –en los cuales osciló entre un máximo de \$32, durante la guerra europea, y un mínimo de 7 en la inmediata posguerra– resultaría una entrada de 50 millones de pesos. A esta cantidad habría que agregar aún lo que se gana con la carne para los frigoríficos y con los cueros, que alcanza a los 20 millones de pesos.

Difícilmente se podrá obtener en la Patagonia un aumento de animales ovinos, porque tanto las mesetas como los valles precordilleranos están ya totalmente ocupados por colonos y cargados de rebaños. El único progreso posible en la producción pastoril será el de la selección de las razas para lograr un mayor rendimiento de lana y de carnes.



Embarque y desembarque de productos y mercaderías en puerto Madryn.

YPF, en Comodoro Rivadavia. Vista del campamento central.

Después de Comodoro Rivadavia vienen los puertos Deseado y San Julián, pueblos de gran actividad, a donde afluyen los productos lanares del norte del territorio de Santa Cruz, desde la costa hasta los lagos Belgrano y Buenos Aires, que están a 500 y más kilómetros en el interior, al pie de la cordillera.

En estos últimos puertos de la costa patagónica, desde Deseado a Gallegos, la entrada y salida de los barcos está supeditada al estado de la marea. Para poder entrar y salir, el capitán debe llevar un cálculo escrupuloso de la altura de la marea, del tiempo de puerto y de la fuerza y dirección de las corrientes, para no varar el vapor en los bancos de arena. Las mareas de la costa patagónica son excepcionalmente elevadas, alcanzando una amplitud de hasta 14 metros en los puertos de Río Gallegos y Santa Cruz, originando grandes corrientes, cuya velocidad en las mareas de las sicigias, alcanza hasta las siete millas por hora. Santa Cruz, situada a 52°2' latitud sur, fue hasta 1898 la capital del territorio. Es el pueblo de la costa que tiene menos población, poco más de mil habitantes, debido a que gran parte de la actividad y del comercio se los sustrae Piedra Buena, floreciente localidad que se encuentra 35 km más adentro, en la orilla izquierda del mismo río.

A Santa Cruz convergen los caminos que conducen a los lagos Argentino, Viedma y San Martín, a los pies de la cordillera.

Es notable, entre los escasos edificios de material, la iglesia de los salesianos, quienes se radicaron allí desde 1885, a la llegada de los misioneros padre Ángel Savio y padre José Beauvoir.

En las cercanías de Santa Cruz, a lo largo de la costa atlántica, abundan las focas, los pingüinos y cormoranes. En Punta León, unos 50 km al sur de Santa Cruz, en un islote, vive un número infinito de estas aves (*Stercorarius magellanicus*). El guano depositado por los mismos, durante quién sabe cuántos años, forma una espesa capa de un metro, y recién ahora comenzó a recogerse por una sociedad comercial que lo transporta a Santa Cruz y de allí a Buenos Aires. En algunos tramos de esta costa, de cincuenta y a veces cien metros de altura cortados a pique sobre el mar, se observan curiosos e interesantes fenómenos de erosión en forma de grutas y portales, de los cuales tomé las fotografías que aquí se reproducen.

En Santa Cruz permanecemos tres días para completar nuestras provisiones, hasta que una mañana, a eso de las 8, después de cargar nuestros equipajes y víveres en un camión, dimos comienzo a la travesía de las inmensas y escuálidas mesetas patagónicas, que se extienden por casi 400 km antes de llegar a la cordillera.

En ese primer día teníamos como única meta llegar a la estancia La Julia, distante 100 km, donde Menotti Bianchi, un toscano de Siena que desde hace más de 30 años tiene dedicadas sus energías y altas dotes de experto administrador al

La producción de petróleo en la Patagonia, en cambio, da mucho mayor rendimiento y aumenta constantemente.

En 1943 la producción argentina de petróleo en toda la república alcanzó 3.952.000 m³, representando la de Comodoro Rivadavia el 80% aproximadamente del total producido en el país. A los yacimientos de Comodoro Rivadavia siguen en la actualidad, en orden de producción, los de Mendoza, con unos 500.000 m³ anuales; los de Salta y Jujuy, con unos 340.000 y los de Plaza Huincul (Neuquén), con unos 270.000.

servicio de la Sociedad Menéndez Behety, la más grande compañía comercial de la Patagonia. Menotti ha realizado un milagro de tenacidad y de trabajo, convirtiendo en ubérrimas campiñas de alfalfa, legumbres, hortalizas, cereales y plantas frutales, unas tierras antes arenosas y desiertas.

Manejaba el camión un joven uruguayo que desde hace algunos años se dedicaba al transporte de lanas de la cordillera a la costa. Al salir de Santa Cruz, el camión se dirigió hacia el poniente por un estrecho cañadón, tajado tortuosamente por la inmensa meseta y, después de algunos kilómetros, alcanzamos su punto culminante. Empezábamos a cruzar una de esas inmensas mesetas, que se van escalonando gradualmente hasta la cordillera, cortada en su comienzo, cerca del océano, por el ancho estuario de Santa Cruz, el cual se prolonga tierra adentro en el tortuoso valle del río homónimo, flanqueado por altos y abruptos barrancos tobáceos.

A 35 km de Santa Cruz, el camino deja la meseta y desciende rápidamente hacia el fondo del valle, surcado por el río Santa Cruz, en cuya orilla izquierda surge el pueblo Luis Piedrabuena, antes Paso Ibáñez. El valle, gracias al influjo benéfico de las aguas del río, adquiere un aspecto alegre y fresco, con sus campos de pastos verdeantes y algunos manchones de árboles.

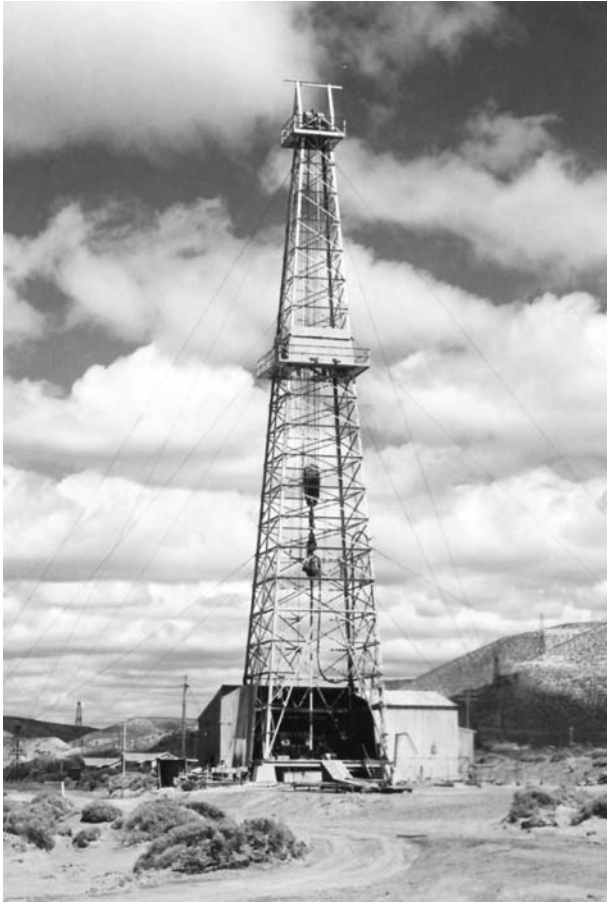
A falta del puente, que está en proyecto desde hace muchos años, el cruce del río se hace sobre una balsa, el característico *ferry-boat* patagónico, que consiste en una chata sujeta por roldanas a un largo cable de acero que avanza empujada por las mismas aguas que corren en bajada. Cuando el río está crecido por los deshielos, su ancho alcanza los 800 m, aunque normalmente no pasa de los 450*.

Cruzando el valle del río Santa Cruz, la vista puede espaciarse sobre horizontes vastísimos, llanuras interminables que se extienden hacia occidente, alteradas solamente por escasas depresiones (cañadones).

Mientras tanto, el viento, que por la mañana soplaba moderadamente, adquiere poco después una intensidad impresionante. El horizonte aparece de pronto velado por las nubes de polvo y arena que corren locamente por la llanura empujadas por el viento, haciéndose cada vez más densas y cayendo luego con extremada violencia sobre nosotros. El automóvil, vencido por el ímpetu de las ráfagas, parece detenerse, mientras con su crepitar violento los granos de arena y las piedrecillas golpean furiosamente contra el cristal del parabrisa, que en pocos instantes se empaña como si se hubiera sometido a la acción limadora de un esmeril.

“Hace poco tiempo –me dice el conductor– he tenido que cambiar el parabrisa de un automóvil porque se había vuelto opaco a causa de estas descargas de piedritas. Conté el hecho en Buenos Aires, pero no querían creerlo; y sin embargo, la verdad es que el viento de la Patagonia sabe hacer esa y otras muchas maravillas!”.

* Desde los años de 1960 un espléndido puente de mampostería une las riberas del río en el mismo lugar donde antaño se realizaba el balseo. En los años de 1980 se agregó un segundo puente, aguas arriba, en el paraje denominado Charles Fuhr (N.E.).



Pozo petrolífero YPF.

Colegio salesiano Deán Funes, en Comodoro Rivadavia.

Dos horas lleva el coche avanzando fatigosamente en medio de la tormenta hasta llegar a otra importante depresión hidrográfica por donde corre el río Chico, que nace en la cordillera, cerca del lago Belgrano. Allí el camino se adentra serpenteando algunos kilómetros sobre una tierra insidiosa, entre charcos y pantanos, residuo de recientes inundaciones, pues el río desborda en las crecidas primaverales. Superado este difícil y molesto trecho de camino, llegamos en las primeras horas de la tarde a la estancia Julia. Saliendo de la escuálida y arenosa estepa, entramos de súbito en un verde oasis de pastos y sembradíos, entre avenidas sombreadas por hileras de álamos y sauces, que gimen martirizados por el viento. Un penetrante y agradable olor a hierba proviene del reciente corte de una extensa área de alfalfa, difundiéndose por todo el derredor; me parece haber llegado en plena cosecha a un fértil valle de clima templado.

A medida que el auto penetra en las elegantes y amplias avenidas, bordeadas de setos de flores, aparecen por ambos lados extensos cultivos de hortalizas, legumbres y farináceas de una exuberancia y desarrollo maravillosos; perales, manzanos y otros árboles frutales nos muestran sus ramas cargadas de fruta⁴³.

La sorpresa es tanto mayor cuanto que mis ojos, irritados por el viento y ennegrecidos por el polvo, conservan aún, en toda su escualidez, la visión de las inmensas pampas arenosas cubiertas por escasas y espinosas hierbas amarillentas.

El mérito de esta transformación se debe a Menotti Bianchi. La estancia Julia, privada de toda protección natural y expuesta a los fuertes vientos patagónicos, estaba hasta hace algunos años invadida por la arena, que aumentaba constantemente, formando médanos y amenazando sepultar los edificios e instalaciones. El único medio para salvar de la ruina aquella tierra era inundarla de agua, pero ésta se encontraba distante y su conducción resultaba sumamente difícil por la naturaleza insidiosa del terreno. A pesar de estas dificultades, Bianchi puso manos a la obra con escasos medios mecánicos y con la ayuda de algunos trabajadores italianos. A 8 km de la estancia construyó un dique sobre la orilla del río Chico, dio comienzo a la construcción de un canal y, después de vencer numerosos obstáculos, el peor de los cuales era la naturaleza arenosa del suelo, que cedía fácilmente a los golpes del viento, provocando la pérdida en pocos momentos del trabajo de varias semanas, el agua llegaba a destino y se comenzaba con el saneamiento de los terrenos próximos a la estancia. Fueron emparejadas verdaderas montañas de

⁴³ Entre los productos de la estancia Julia, que dan hoy, después de los muchos y cuidadosos experimentos de selección realizados por el señor Bianchi, y por sus buenas calidades de sabor y conservación, seguro y provechoso resultado comercial, están las papas, de inmejorable calidad y rendimiento, y con un índice de producción que puede extenderse hasta llenar las necesidades del mercado regional. Lo mismo puede afirmarse de las cebollas, ajos, tubérculos forrajeros, farináceas, tomates y legumbres de toda especie. La fruta, especialmente las manzanas, peras, ciruelas y duraznos de diverso tipo, compiten en calidad con los mejores del país y se cosechan en una cantidad susceptible de aumento, con respecto al consumo local y de otras zonas. El más importante de estos trabajos, sin embargo, es sin duda la transformación de tierras arenosas e improductivas en vigorosos alfalfares que permiten el pastoreo y engorde de millares de corderos. La cosecha de este precioso forraje alcanza a varios miles de toneladas anuales y constituye un valioso recurso para aquellas estériles regiones.

arena acumuladas por el viento; se hicieron canales de desagüe y de irrigación; se niveló el terreno; se aró y se sembraron hierbas destinadas a fijar las arenas. Cientos de miles de plantas forestales fueron distribuyéndose en una superficie de 500 hectáreas de terreno para protegerlo contra la furia de los vientos. La constancia y tenacidad del hombre triunfaron al fin sobre la adversa naturaleza, y Bianchi vio en pocos años coronados sus esfuerzos por el éxito más halagüeño. Este trabajo de saneamiento en forma tan racional, desconocido hasta entonces en la Patagonia austral, señala el comienzo de una nueva fase de explotación de estas tierras: la del cultivo de productos agrícolas, que hasta ayer se creía imposible conseguir en amplia escala y con fines comerciales.

En la Patagonia austral oriental (territorio de Santa Cruz), el área apta para el cultivo se limita a los valles precordilleranos, a las depresiones hidrográficas, cañadones irrigables por los escasos ríos perennes que bajan de la cordillera, ya que en las mesetas, que constituyen el 80% de la superficie total, la escasez de las lluvias, la fuerza del viento y la aridez del suelo pedregoso impiden por completo toda clase de cultivos.

En cambio, las zonas apropiadas para la verdadera agricultura son las del valle del río Negro y las del tramo inferior del río Chubut donde, por ser el clima más suave, se produce trigo, maíz, alfalfa, vino y fruta en abundancia.

Pero la Patagonia austral oriental será siempre una zona esencialmente pastoral; la producción agrícola podrá desarrollarse y aumentar sólo relativamente a las necesidades de la población local.

En la estancia Julia pude conocer a los humildes artesanos de este arduo trabajo: el capataz Ángel Francia, romano; los hermanos Silvio y Luis Gasparini, venecianos; Juan Ferrando, piamontés, y algunos otros robustos trabajadores italianos que, bajo la dirección de Bianchi, contribuyeron con sus vigorosos brazos y su técnica agrícola al feliz cumplimiento de la obra.

La Sociedad Ganadera Menéndez Behety, a la cual pertenece la estancia Julia, sin mirar en gastos, ha realizado una obra de cultivo y saneamiento digna de los mayores elogios, que podrá servir de modelo para el futuro agrícola de la Patagonia austral⁴⁴.

Volvemos a partir a la mañana siguiente con la esperanza de recorrer el camino que aún nos queda para llegar a la estancia Primera Viedma. El viento casi ha

⁴⁴ La Sociedad Menéndez Behety debe su fundación al gran iniciador y propulsor del progreso de la Patagonia, don José Menéndez. La prodigiosa actividad de este asturiano inteligente y tenaz, llegado a Punta Arenas en 1875 y muerto en Buenos Aires en 1918, se manifestó en la fundación de las más diversas empresas comerciales con visión clara y segura del próspero porvenir de la Patagonia. También a él se debe la fundación de la importante Sociedad Anónima Importadora y Exportadora de la Patagonia, la cual posee casas sucursales y bancarias en todas las poblaciones costeras e internas de la Patagonia y una flota de barcos de cabotaje, que hacen servicio regular para todos los puertos de la costa patagónica y la Tierra del Fuego, desde Ushuaia a Buenos Aires.

Actualmente las varias ramas comerciales de la Sociedad Menéndez Behety están dirigidas por los hijos, quienes constituyen las sólidas columnas de la vasta organización comercial que representa un factor innegable de progreso para la Patagonia.



Fardos de lana listos para el embarque.

Panorama de Puerto Deseado.

cesado; en el cielo, de un azul clarísimo, vagan unas pocas nubes y la inmensa extensión de la pampa, bajo los rayos luminosos del Sol, es una lámina interminable de plata salpicada en oro.

El auto corre velozmente horas y horas por la inmensa meseta, cubierta con la alfombra amarillo pálida de las hierbas erizadas del coirón, y nos parece que vamos caminando lejos, lejos, hacia lo desconocido, hacia lo infinito.

Ningún árbol rompe la monotonía del paisaje; sólo encontramos algunas manchas de calafate y mata negra, que en la lejanía adquieren proporciones extraordinarias y que, a lo largo del camino, nos parecen vehículos que van marchando por nuestro mismo camino hasta que, al acercarnos y comprobar su inmovilidad, descubrimos el engaño en el que hemos caído. Particularmente al amanecer y al anochecer, las grandes sombras, proyectadas oblicuamente, imprimen formas gigantescas al más pequeño animal que pasta en la pampa; una oveja se vuelve un elefante; un caballo parece un monstruo antediluviano, las más leves ondulaciones del terreno se nos antojan colinas. La interminable sucesión de estas mesetas infinitas, escuálidas, desoladas, causa en el viajero una impresión de soledad y de tristeza tan grande como la que debió haber experimentado el naturalista Darwin cuando les dio la injusta denominación de “tierra maldita”.

Pero a pesar de la desnudez, la monotonía y la falta de relieves del chato paisaje de la pampa patagónica, emana de ahí una inmensa y sublime poesía.

La sabiduría creadora de Dios, que lo ha dispuesto todo maravillosamente, ha distribuido también aquí, con generosa mano, tesoros de belleza y encanto, que vamos descubriendo poco a poco en la variedad de los cuadros que la luz solar, la sombra, la calma y la tempestad van produciendo con maravillosa fecundidad, a cada hora y a cada instante. La misma extensión interminable de la pampa, vasta como un océano, produce en el ánimo un sentido vago y agradable de lo infinito y parece aquietar los innatos anhelos del espíritu humano hacia los espacios incommensurables de horizontes sin límites.

Sus cielos majestuosos, ya cubiertos de nubes oscuras y tempestuosas que se agolpan en el horizonte y huyen en furioso galope arrastradas por el viento, ya teñidos con las más delicadas tonalidades de rojo y amarillo, de verde o violeta, que se difunden en sus atardeceres de fuego; sus tardes de calma, llenas de luz y calor flotando sobre un celeste tenue y purísimo, transportan el pensamiento a visiones paradisíacas y ofrecen espectáculos tan profundamente sugestivos que nunca se podrán olvidar.

A 3 horas de la estancia Julia se encuentra la Laguna Grande, asiento de una comisaría y de un boliche donde el viajero puede encontrar abrigo y descanso en su largo y monótono viaje por la pampa. De Laguna Grande sale hacia el norte el camino que lleva al lago Cardiel, nombre que recuerda al misionero jesuita José Cardiel, que visitó la Patagonia en 1745. La vasta cuenca de este lago, con sus aguas salobres de un color verde oscuro, está encerrada entre escuálidas y solitarias mesetas, pobladas acá y allá por estancias. En su orilla oriental se levanta un picacho de roca volcánica, hosco y oscuro, llamado cerro Negro.

A lo largo del camino que lleva al Cardiel, hacia levante, domina majestuosamente la pampa otra cumbre basáltica, el cerro de la Ventana, que en su aguda

cima ostenta un gran boquete, parecido a una ventana, lo que precisamente dio origen a su nombre. Desde la cumbre, que subí en otra de mis excursiones, se admira un grandioso panorama sobre el fértil valle del río Chico que serpentea a sus pies en gigantescas espirales.

Hacia el mediodía tocamos Mata Amarilla, formada por un hotel y la estancia La Soriana, que posee extensos cultivos de forraje y toda clase de árboles frutales.

Proseguimos a lo largo del valle del río Chaliá, que aquí se vuelve más angosto y describe repetidas curvas, serpenteando en una verde llanura de pastos, respuntada por las manchas blancas de las ovejas.

A 10 km de Mata Amarilla fue fundada hace pocos años una pequeña aldea, Tres Lagos, donde viven algunas familias de colonos. Hay algunas elegantes casitas de cemento, dos hotelitos, la escuela, la comisaría y una pequeña capilla. Este paraje es conocido también con el nombre de Piedra Clavada, debido a una rara y gigantesca piedra de arenisca compacta que, corroída en su base por efecto de la degradación meteórica, se levanta de su delicada base como una gigantesca hacha, de efecto magnífico.

En dos horas cruzamos el valle del río Chaliá, entre guijarros y malezas, y luego volvemos a subir por los largos cordones morrénicos, que limitan hacia levante el lago Viedma, cuyas aguas podemos divisar finalmente en las cercanías de Punta del Lago, donde existe una pequeña casa comercial y otro hotel.

Boardeamos todavía durante una hora las orillas septentrionales del lago, y he aquí que llegamos a la estancia Primera Viedma, perteneciente a la Sociedad Menéndez Behety, donde cerramos otra etapa antes de penetrar en la cordillera.

Noticias recién llegadas de la cordillera, de las proximidades del Fitz Roy, aseguran que los ríos están en crecida por causa del deshielo y no permiten su cruce. En el río de las Vueltas, que nosotros debemos atravesar, fue arrastrado hace pocos días por la corriente un carro cargado de víveres y utensilios, perteneciente al estanciero Albertsen, pereciendo tres yuntas de bueyes y logrando salvarse a duras penas los hombres montados a caballo. Ya veremos la manera de proseguir.

La elevada cadena de montañas, que hacia poniente sirve de fondo espectacular a este lago, se nos presenta al atardecer resplandeciente de nieves y glaciares, con las cumbres veladas en parte por las nubes, entre las cuales el Sol, próximo a ponerse, proyecta sus fantásticas luces.

De tanto en tanto, un soplo de viento desgarra ese velo misterioso y aparecen en toda su soberbia belleza, picachos afilados, paredes acantiladas, pináculos y torres de aspecto terrible, entre las cuales domina la gigantesca pirámide del Fitz Roy.

Nos encontramos por fin en el reino de nuestros ensueños. Los guías contemplan largamente el grandioso espectáculo mientras en la expresión de sus rostros y sus palabras se manifiesta su estupefacta admiración.

En la estancia se trabaja activamente en la marca de las ovejas y todos los días llegan rebaños de varios millares de cabezas que los ovejeros, a caballo y ayudados por los perros, van a reunir en los valles próximos. Son 60.000 las ovejas pertenecientes a esta estancia que deben ser llevadas, poco a poco, a las varias secciones



El guano de un metro de espesor es extraído y embolsado.

de la misma, para poder separar las madres de los corderos, los cuales son señalados con la marca de la estancia.

Hacia fines de diciembre se dará comienzo a la esquila y entonces habrá que repetir nuevamente el rodeo de todas las ovejas, lo que mantendrá en un trabajo agotador, durante un mes, a unos 60 hombres.

Estos terrenos preandinos reciben mayor cantidad de lluvias que los de la región costera y, por lo tanto, sus pastos son mejores y pueden alimentar mayor número de ovinos. También la avifauna está representada por una mayor cantidad de pájaros, que en otros países más poblados constituiría el paraíso de los cazadores; aquí, en cambio, nadie les hace caso, porque las ovejas ofrecen carne excelente y son más que suficientes para las necesidades de los habitantes.

Las aves que más abundan son las avutardas (*Chloephaga magellanica*), grandes como gansos. Sus plumas son negro-grisáceas con manchitas blancas, y viven en bandadas de 20 a 50. Prefieren los pastos tiernos y comen mucha hierba en perjuicio del ganado.

Son también numerosos y de varias especies y tamaños los ansares. Los más pequeños se reúnen en bandadas de más de 100. En los pequeños lagos y pantanos, junto a la mancha negruzca de los ansares, se destacan los elegantes cisnes (*Cygnus melanocoryphus*), cuyo cuerpo es de un candor níveo y el cuello y la cabeza negros; y junto a ellos, los flamencos (*Phoenicopterus chilensis*) con sus plumas de color rojo escarlata, que forman un contraste extraño y bellissimo con las aguas azules del lago.

Después de 4 días de espera llegó finalmente la noticia de que las aguas del río habían disminuido algo y así pude disponer que el carro de la estancia, tirado por tres pares de bueyes y cargado con nuestros equipos y víveres, saliera con rumbo a la estancia Cerro Fitz Roy, distante unos 70 km. Desde este último centro habitado, muy próximo a la alta cordillera, podremos penetrar con facilidad en los valles interiores, próximos al Fitz Roy, donde pensamos establecer nuestro campamento.

Me preocupa el temor de que en los cruces que será preciso efectuar a través del río de las Vueltas, nuestros equipajes y víveres puedan ser arrastrados o dañados, pero llega oportunamente el danés Andreas Madsen, propietario de la estancia Cerro Fitz Roy, viejo colono y profundo conocedor de la región, quien ya en viajes precedentes me había prestado su valiosa ayuda. Advertido por mí, vino a esperarnos en la margen del río con un carro tirado por caballos. Era Nochebuena y se hacía necesario apurar el viaje para llegar esa misma noche a su estancia, donde la familia nos esperaba para pasar juntos la gran solemnidad.

Nuestro carrero, acompañado por un joven chileno a quien yo había contratado como changador en la Primera Viedma, había llegado muy de madrugada al río, pero, sin atreverse a cruzarlo con la carga completa, pues estaba todavía crecido, había seguido el viaje a lo largo de sus accidentadas orillas, sin camino de ninguna clase, para llegar, 5 km más al norte, a un puentecito suspendido con cables sobre el río, que en ese lugar se encajona entre dos pronunciadas barrancas. Allí hubiera sido posible efectuar a hombros el transporte de todo el equipaje, sin dañarlo, para cargarlo luego sobre el carro que había cruzado vacío el río.

Poco antes del mediodía nos encontramos cerca del puente y en dos horas de pesado trabajo todo nuestro equipaje quedaba depositado en la cumbre de una meseta en la orilla opuesta. Mientras el carro deshacía su camino, dando una gran vuelta para cruzar el río y volver luego al mismo punto, nosotros proseguimos el viaje hacia la estancia Cerro Fitz Roy, dejando al guía Carrel para que custodiara los víveres.

Abandonando la orilla del río de las Vueltas, enfilamos un cañadón que serpentea entre antiguos cordones morrénicos, donde Madsen ya tiene listos tres caballos, fuertes y dóciles, los mejores que posee y de los cuales se sirve cuando debe efectuar viajes largos y cruces peligrosos, con un singular vehículo que llama nuestra atención.

“No se extrañe, Padre –dice Madsen–, éste es un coche, si así quiere llamarlo, de mi construcción; una especialidad cordillerana. Aquí se dispone de medios escasos y hay que arreglarse como mejor se puede. Ajusté sobre las ruedas de un carro, la carrocería de un viejo automóvil y de esa forma ha salido un vehículo híbrido, entre carro y auto, en el cual puedo viajar cómodamente con mi familia”.

Presento mis felicitaciones al genial constructor y tomo asiento en el coche con el guía Pellicier. Siento fuertes sacudidas de las ruedas, que rebotan sobre las irregularidades del terreno, apenas los caballos han tomado el trote; advierto que al extraño vehículo le faltan los neumáticos y amortiguadores. Vamos penetrando en un amplio valle, que se eleva gradualmente entre mesetas morrénicas y termina a los pies del monte Fitz Roy que, completamente descubierto, domina con toda su hilera de agujas el fondo del valle.

Los últimos rayos del Sol que está ya por ponerse, bullen con luz oblicua detrás de la misteriosa cadena de los Andes, e imprimen a las paredes graníticas del Fitz Roy y de sus satélites, el aspecto de bloques incandescentes, envueltos en un fuego devorador que parece brotar de las entrañas mismas de la Tierra. Las nubes que surgen detrás de las montañas impulsadas por el viento suroeste, henchidas de vapores de un color azulado intenso, se vuelven de pronto diáfnas y luminosas, se encienden de púrpura y oro, y se despliegan con aéreos arabescos sobre el fondo del cielo de un celeste tan puro y delicado que hipnotiza los sentidos. Son breves instantes; el incendio se va apagando gradualmente, las tintas se amortiguan, el rojo escarlata se destempla en un rojo pálido y finalmente se apaga todo en un violeta sombrío*.

El Fitz Roy aparece entonces como un desmesurado bloque de diastro frío, que desgarrar el cielo con sus agujas e impera majestuoso en la soledad misteriosa de aquellos montes, mientras que por mucho tiempo aún, en el poniente, se refleja un abanico de luz pálida y vaporosa.

* En este atractivo lugar, el gobernador de Santa Cruz, Arturo Puricelli, fundó en 1985 el pueblo de El Chaltén, como asentamiento de soberanía argentina. La acción debe ser entendida en el contexto de tensión chileno-argentina por la denominada Cuestión de la Laguna del Desierto y por las posiciones encontradas en lo referido al curso del límite en el sector del campo de hielo Patagónico Sur (N.E.).



La balsa en el río Santa Cruz.

Monte León. Miles de cormoranes durante la empolladura.

A medida que avanzamos, el valle se hace cada vez más angosto y accidentado, mientras los primeros contrafuertes del Fitz Roy bajan a cerrar el curso del río de las Vueltas que, impetuoso y lleno de agua, se abre paso a través de dos barreras rocosas, erguidas verticalmente centenares de metros sobre las aguas, como bastiones formidables. Mientras tanto, hemos llegado casi al término de nuestro viaje.

El torrente del Fitz Roy, que nace cerca de las faldas meridionales del monte homónimo, lleva ahora escasa agua y lo cruzamos fácilmente. Un breve trecho más, en el valle estrecho y llano, y luego llegaremos a la estancia, que se oculta detrás de una mancha de bosque. Pero antes de llegar debemos atravesar el río de las Vueltas, un cruce de unos 60 m de ancho, difícil y peligroso para quien no lo conozca, aunque no para Madsen, que lleva grabadas en la memoria todas las desviaciones de los bancos y los desplazamientos ocurridos durante las crecidas; sigue diariamente la subida y la bajada de las aguas, y tiene en la orilla infalibles puntos de referencia que le saben decir claramente si el río puede cruzarse o no. Unos metros más a la izquierda o a la derecha significa caer en profundos zanjones, donde el caballo debe nadar forzosamente, con riesgo de ser arrastrado por la corriente. Casi todos los años hay que lamentar víctimas en los cruces de estos traicioneros ríos, especialmente entre los trabajadores de las estancias, quienes, por falta de puentes, se ven obligados muchas veces a intentar el cruce arriesgando la vida.

Apenas tocamos la orilla opuesta, escuchamos el fuerte ladrido de los perros de la estancia, que han advertido ya nuestra llegada. Después de unos centenares de metros, divisamos, detrás de una mancha de hayas, las hermosas casitas de la estancia, que se levantan en la ladera de una meseta lacustre rodeada por cultivos de hortalizas y unos pocos árboles frutales.

Con sumo placer vuelvo a contemplar este oasis de paz escondido en la soledad de estos pintorescos valles andinos, ya visitados por mí otras dos veces, y que fue el punto de partida para mis excursiones hacia el interior de la cordillera.

En el umbral de la casa nos espera la familia: la señora, una niña y dos varoncitos que acaban de llegar a caballo de una estancia cercana, para pasar con la familia la fiesta de Navidad. Para estos colonos, que pasan meses enteros sin ver a una persona extraña, constituye siempre un pequeño acontecimiento la llegada de un forastero, al cual acostumbran prodigar la más cordial hospitalidad. Entramos en la modesta casita de madera pasando por la cocina, donde la señora está atareada en preparar masas, tortas y otras golosinas para la festividad de mañana, y luego, henos ya en la sala de recibo, en cuyo centro se levanta el árbol de Navidad, una pequeña haya magallánica con sus hojas coriáceas de hermoso verde reluciente, alrededor del cual la hija de Madsen coloca cintas, premios y velas que deberán ser encendidas durante la fiestita. Las paredes de la sala están cubiertas de trofeos de caza; cabezas de pumas embalsamadas, cuernos de huemul, y sobre los muebles, pieles de guanaco y de zorro, y otras curiosidades de la región. Numerosas fotografías, sobre las cuales domina siempre la silueta gigantesca del Fitz Roy, aparecen distribuidas por las paredes. Algunas, ya amarillas por el tiempo, recuerdan a parientes y amigos de años lejanos, cuando Madsen y su familia acababan de establecerse en el valle.

Madsen recuerda con placer y emoción aquellos primeros años, y su palabra se anima y su rostro se ilumina de repentina alegría. Recuerda cómo llegó por primera vez a este paraje, en 1901, y regresó en 1902 y 1903, acompañando a la comisión argentina que debía determinar los límites con Chile y que estaba presidida por el topógrafo Ludovico von Platten y el capitán Hugberg. Relata cómo el encanto de aquellos valles, su fertilidad y, especialmente la fascinación que sobre él ejercía el Fitz Roy, lo movieron a establecerse en ellos con la familia, cosa que solamente consiguió llevar a cabo en 1906, edificando la primera casita e importando las primeras ovejas. En aquel tiempo todos estos valles solitarios eran completamente deshabitados y desconocidos. Por doquiera se divisaban rebaños interminables de guanacos y de ciervos que, sin atemorizarse, permitían aproximarse a ellos. Hasta los zorros seguían a sus perros cuando se internaba en el valle.

La noche transcurre alegremente tocando algunos discos y escuchando los interesantes relatos de Madsen, quien nos cuenta sus aventuras de caza y sus viajes, concluyéndose con la tradicional fiestita del árbol de Navidad. Toda la familia se reúne en la sala y se dispone alrededor del árbol, mientras la niña enciende los cirios, sobre las ramas filigranadas de oro y plata. Luego, la señora entona en voz alta un himno al Niño Jesús en el idioma de su país natal, y todos los presentes se unen al coro.

Un cantar rítmico y melancólico, robustecido por la voz de los hombres y dulcificado por las voces de los niños y de las mujeres, resuena poderosamente en la sala iluminada por la luz de los cirios. Después de una breve pausa, los familiares reanudan con mayor ánimo el canto y, asidos de las manos, giran lentamente alrededor del árbol de Navidad.

Al terminar el canto, la señora extrae del cajón un viejo libro de oraciones y lee en voz alta el pasaje del Evangelio en que el evangelista San Lucas describe el nacimiento del Niño Jesús en la cabaña de Belén, y narra cómo los pastores, avisados por los ángeles, acuden a adorar al Mesías recién nacido.

Por la mañana celebro la Santa Misa, a la cual asiste toda la familia, feliz de ver tan bien coronada la hermosa fiesta de la Natividad.

Poco antes de mediodía los perros anuncian la llegada del carro. Carrel lo precede con paso ágil y viene a relatarnos alegremente sus aventuras.

—¿Y por qué no regresaron anoche? —le pregunto.

—El carro llegó demasiado tarde —me contesta—, los bueyes estaban cansados y el carrero creyó oportuno darles un poco de descanso para reanudar el viaje a la madrugada.

—¿Y cómo pasaron la noche?

—Magníficamente. No hacía frío y nos pusimos a dormir sin levantar siquiera la carpa. Dormí perfectamente, pero al amanecer comenzó a llover y a soplar el viento, lo que nos obligó a levantarnos temprano. Sin embargo, antes de que el carrero hubiese encontrado a los bueyes, que pastaban en la pradera, y los uniera al yugo, se nos hizo tarde.

—¿Y la cena?

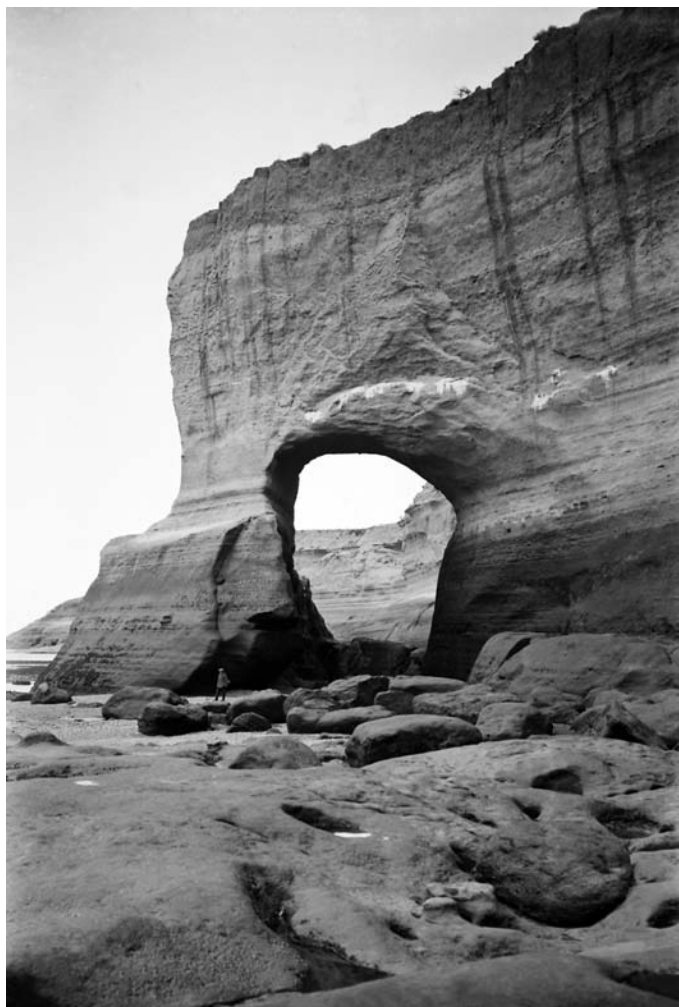
—Excelente. Los compañeros encendieron fuego con leña de las cercanías y prepararon un asado con cuero, un plato que yo jamás había probado, pero que es exquisito.



Un ejército de pingüinos en un islote cercano a Santa Cruz.
Una imponente pared de la isla Monte León esculpida por el mar.

—¿Y pasaron la noche sin tomar nada?

—Eh, no... Sacamos un poco de vino de la bordalesa para festejar Nochebuena... Charlamos y cantamos. Ellos hablaban español y yo italiano, pero nos comprendíamos lo mismo... en parte con ademanes, en parte con palabras... una noche realmente pintoresca... no la olvidaré nunca.



Monte León. Una puerta de mar excavada en los acantilados marnosos de la costa.

Población de Santa Cruz y su puerto.



Iglesia y colegio de los padres Salesianos en Santa Cruz.

Cosecha de alfalfa en la estancia Julia.



Cultivo de cebollas en la estancia Julia.

El milagro del agua en la estancia Julia. Canal de riego.



Cultivo de alfalfa en la estancia Julia.

Poesía de la pampa. Cúmulos.

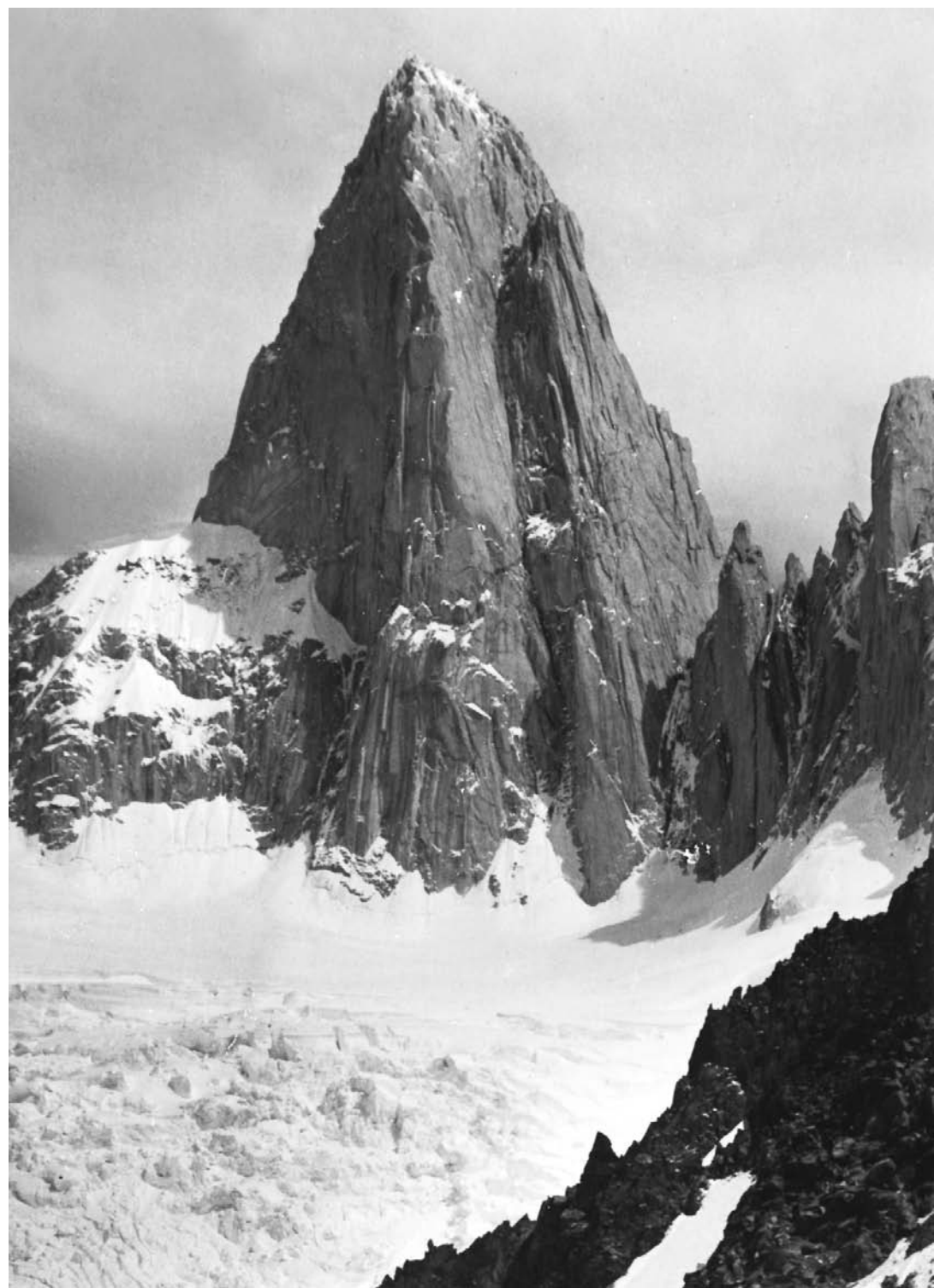


Rodeo en la Pampa. Atardecer.

Valle del río Chico visto desde el cerro de la Ventana.



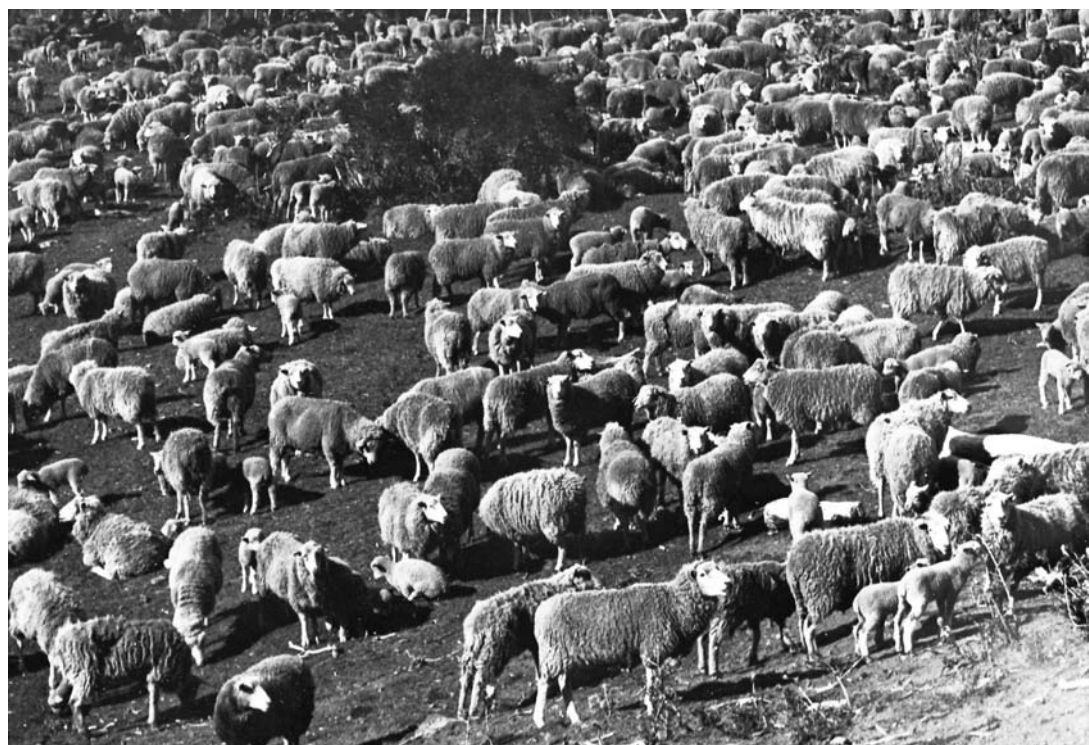
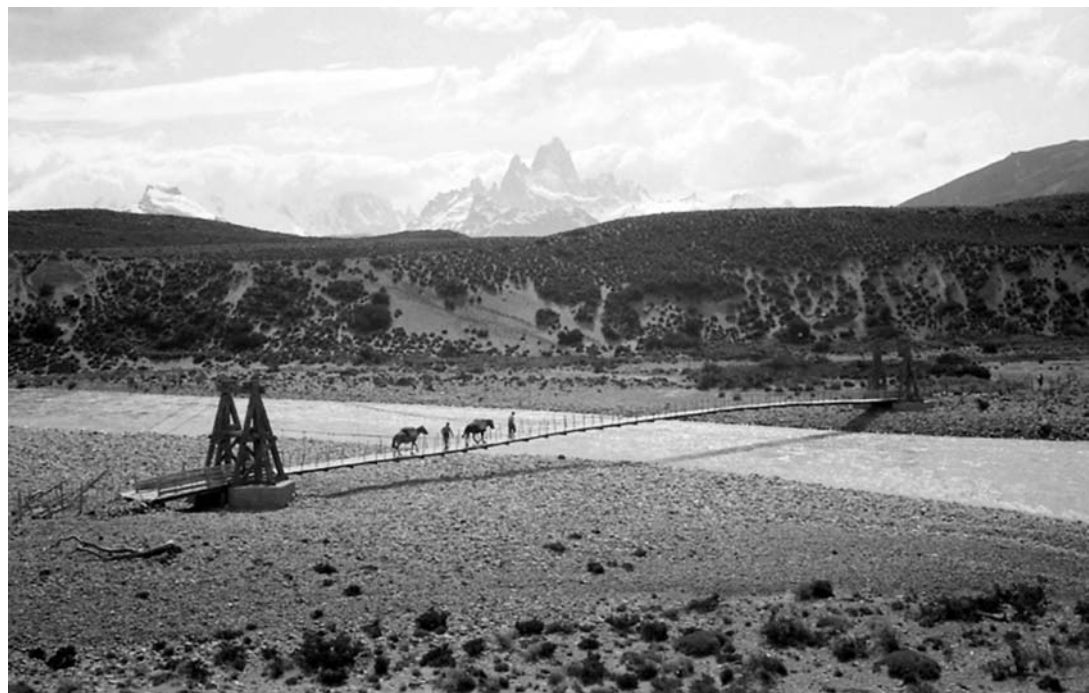
Rebaño de corderos pastando.
La Piedra Clavada (Tres Lagos).



Deposé

La torre del Fitz Roy (3.375 m)

Fot. A.M. De Agostini



Puente colgante sobre el Río de las Vueltas.

Ovejas y corderos en un corral.



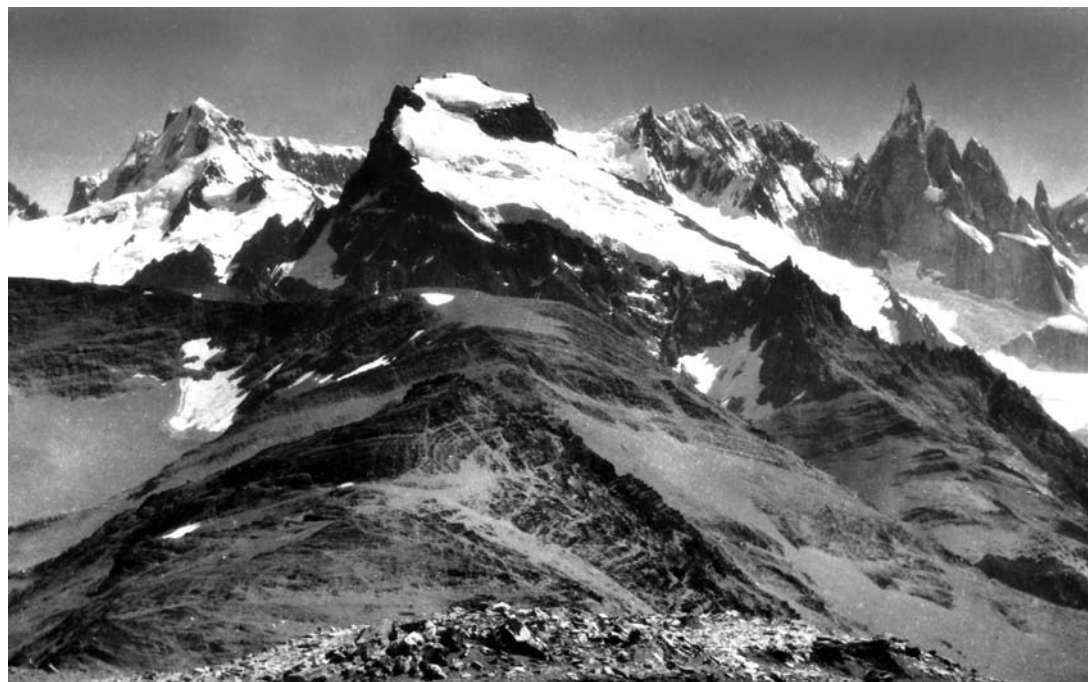
Fardos de lana en la estancia Primera Viedma.

El Fitz Roy al ponerse el Sol.



La estancia Fitz Roy de A. Madsen, en el valle homónimo.

Leña dura (*Maytenus magellanica*).



Monte Grande (empezando por el lado izquierdo), cerro Solo, cordón Adela y cerro Torre vistos desde el levante.

Puesta de Sol en la Primera Viedma.

ÍNDICE

Presentación	v
ALBERTO M. DE AGOSTINI. Centenario de su llegada a Magallanes, <i>por Mateo Martinic B.</i>	ix
PRÓLOGO	3
CAPÍTULO I. ASPECTOS DE LA CORDILLERA PATAGÓNICA AUSTRAL: Situa- ción y subdivisión. Extensión de los glaciares. Particularidades morfológicas de la glaciación patagónica. Condiciones climáti- cas. Estructura orográfica. Constitución geológica. El Fitz Roy y la actividad volcánica de la cordillera. Efectos de la erosión glacial durante el Cuaternario. Fiordos y canales patagónicos.	5
CAPÍTULO II. ESTRECHO DE MAGALLANES Y CANAL SMYTH: Canales y fior- dos patagónicos. Crock Reack y Long Reack. Entre tempestades y huracanes. Una semana bloqueados en el cabo Upright. Vientos y lluvias interminables. La oca antártica. Particularidades meteoroló- gicas de los canales occidentales. Islas pintorescas. En el paso Ta- mar. A la deriva sobre los arrecifes Stragglers. La <i>Macrocystis pyrifera</i> . En el canal Smyth. Monte Burney. Encuentro con un viejo lobero. Orgía entre loberos e indios alacaluf. La cordillera Sarmiento.	53
CAPÍTULO III. CANALES PATAGÓNICOS Y FIORDOS EYRE Y FALCÓN: El canal Sarmiento. La isla Piazzzi. Descubrimiento de mármoles en la isla Cambridge. Tempestad del sur. El canal Concepción. Magnífica puesta del Sol. Canal Wide. En el fiordo Falcón. En- tre los témpanos. Ascensión llena de obstáculos. En el fiordo Eyre. Una fracasada tentativa de colonización. El glaciar Pío XI. Indian Reach. Encuentro con una tribu alacaluf. Vida y cos- tumbres de estos indígenas. Angostura Inglesa. Trabajos hidro- gráficos de la corbeta <i>Magenta</i> . Regreso a Punta Arenas.	91
CAPÍTULO IV. ÚLTIMA ESPERANZA: Última Esperanza. Puerto Natales. Progreso de esta región. Sus extraordinarias bellezas naturales.	

La gruta del Milodón. Primera excursión al monte Balmaceda. Bahía Bellavista. Patos y cisnes. Pastor solitario. Un naufragio evitado. La cadena del Paine en el ocaso. Segunda excursión al Balmaceda. Entre leñadores. Paciente labor de los bueyes. Floresta magallánica. Tercera excursión al Balmaceda. Espectáculo sublime. Lago Azul. Valles y glaciares inexplorados.	129
CAPÍTULO V. EL MACIZO DEL PAINE: Imponente belleza del Paine. En el lago Maravilla. Valle y río Serrano. La estancia Río Paine. Un colonizador tenaz. Un paraíso terrestre desaparecido. Rebaños y pastores. Excursión al lago Grey. Caza de un león-puma. La sierra de los Baguales.	165
CAPÍTULO VI. EN VUELO SOBRE EL BALMACEDA Y EL PAINE: Dificultades de la aviación en la zona de la cordillera austral. El piloto Franco Bianco. Expectativa en Puerto Natales. Sobre el fiordo Última Esperanza. Caídas en el vacío. Desde el Balmaceda al Paine. Por encima de las cumbres andinas. Günther Plüschow y su trágico fin. En las blancas soledades de hielo. Florestas vírgenes a la luz del ocaso.	211
CAPÍTULO VII. HACIA EL LAGO ARGENTINO: Expedición exploradora a la cordillera. Río Gallegos. La estepa paagónica. Umbelíferas en flor. Calafates. En la estancia Anita. Diversos aspectos del lago Argentino. En el canal de los Témpanos. El glaciar Francisco Moreno. Tempestad en el lago. Hielos flotantes. Llegada a la estancia Cristina.	231
CAPÍTULO VIII. EN EL SENO SPEGAZZINI: Magnificencia del paisaje andino. Bosques y glaciares. Primeras ascensiones. Vivac bajo la lluvia. Vuelta del buen tiempo. Ascensión al monte Mayo. Grandioso panorama. El regreso al campamento base. Vientos huracanados. Lago y glaciar Onelli. El regreso a la estancia Cristina.	283
CAPÍTULO IX. PRIMERA TRAVESÍA DE LA CORDILLERA PATAGÓNICA AUSTRAL: Al margen de la cordillera. Entre los <i>seracs</i> del glaciar Upsala. Campamento al pie del cerro Cono. Diez días bajo la tormenta. Noche de luna llena. La travesía. Descubrimiento del altiplano Italia. En la cúspide del monte Turín. La meta lograda. En las bases del cerro Murallón. Regreso.	313
CAPÍTULO X. EN EL LAGO VIEDMA: En la estancia Helsingfors. Floresas vírgenes. Primavera en flor. El cordón Moyano. El glaciar Viedma. Primer encuentro con un huemul. Ráfagas ciclónicas. Brujas en la floresta. Un cóndor herido. Efectos de un alud sobre el lago. En el fiordo Moyano. El leonero Paredes y la caza del puma. Nubes de agua pulverizada por el viento. En el corazón de los glaciares patagónicos.	359

CAPÍTULO XI. DEL PUERTO DE SANTA CRUZ AL MONTE FITZ ROY: En los puertos patagónicos. Los pozos de petróleo de Comodoro Rivadavia. Santa Cruz. Violencia del viento patagónico. Prodigios del trabajo italiano en la dilatada estepa. Poesía de la pampa. Mata Amarilla. El río de las Vueltas en crecida. Navidad a los pies del Fitz Roy.

409



El texto de Alberto M. de Agostini ofrece las alternativas de los viajes que el explorador realizó por la Patagonia durante más de cuatro décadas, durante las cuales investigó y registro muy acuciosamente las características físicas del territorio patagón. En él se encuentran también sus registros antropológicos sobre la cultura de las etnias originales que le tocó conocer. Ilustrado con abundantes fotografías, con el tiempo ha devenido en un verdadero clásico. A través de él se aprecia y valora la imponente naturaleza del extremo austral de América, pero también el carácter multifacético del quehacer de su autor.

Hoy, la Congregación Salesiana de Chile, el Museo Salesiano de Punta Arenas, Edebé Editorial Don Bosco y la *Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile* reeditan el texto *Andes Patagónicos* con las ampliaciones y revisiones que el propio de Agostini realizó.



FACULTAD DE HISTORIA,
GEOGRAFÍA Y CIENCIA POLÍTICA



Congregación Salesiana



Biblioteca Nacional
de Chile